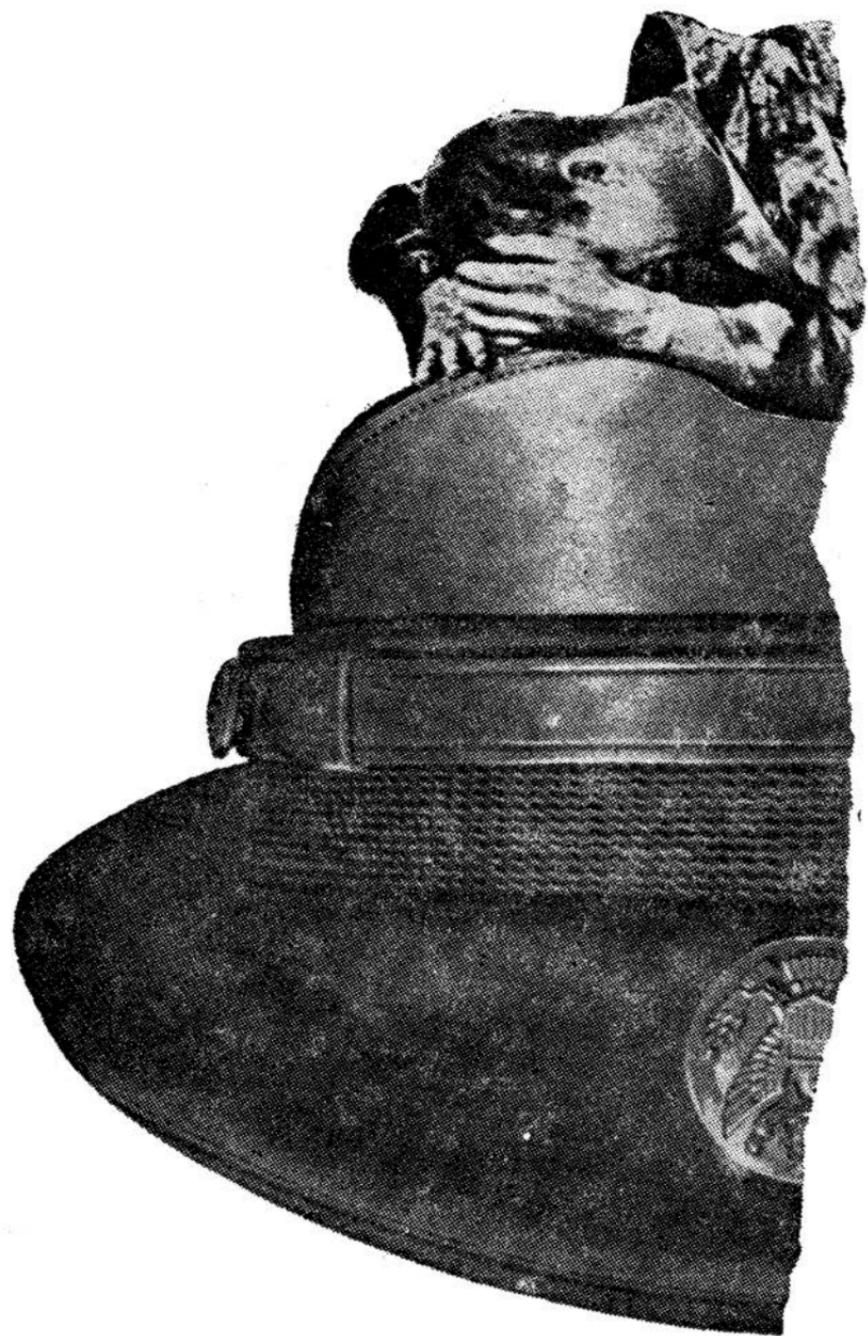


pensamiento
crítico





pensamiento crítico

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no correspondan necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director

- Fernando Martínez

Consejo de Dirección

- Aurelio Alonso
- José Bell Lara
- Mireya Crespo
- Jesús Díaz

Diseño y Emplane

- Navarrete

Suscripción anual \$4.80

Redacción/Calle J No. 556, Vedado, Habana, Cuba. Telf. 32-2343

● Precio del ejemplar / 0.40 centavos ● Circulación / Distribuidora Nacional de Periódicos y Revistas, Virtudes 257, Teléfono 6-6765 ● SUSCRIPCIONES ● En el extranjero a / Departamento de Exportación del Instituto del Libro / 19 No. 1002, Vedado / La Habana, Cuba ● Precio de la suscripción anual / Correo marítimo 5.00 dólares canadienses / Correo Aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares canadienses / para Europa: 25 dólares canadienses.

índice

NÚMERO 44 — SEPTIEMBRE 1970

IMPERIALISMO Y MILITARISMO

- | | | |
|----------------------------|------------|---|
| | 4 | PRESENTACIÓN |
| John Saxe Fernández | 7 | HACIA UN MODELO DE LA ESTRATEGIA MILITAR NORTEAMERICANA |
| Pino Tagliazucchi | 56 | LA OTAN: POLÍTICA DE BLOQUES Y LUCHAS SOCIALES |
| Wilfred Burchett | 88 | LA SEGUNDA GUERRA DE INDOCHINA |
| Carlos Tablada | 122 | MARXISMO Y II INTERNACIONAL |
| James Petras | 148 | VENEZUELA: UNA DÉCADA DE DESARROLLO CAPITALISTA |

DOCUMENTOS

- | | | |
|--|------------|--------------------------------|
| | 165 | VOLVIMOS A LAS MONTAÑAS |
| | 182 | A LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS |
| | 184 | LOS AUTORES |

La etapa actual del imperialismo no puede explicarse unilateralmente; inversión extranjera, monopolio, dependencia; si se quiere entender lo que es el imperialismo de hoy, hay que interrelacionar los factores que le dan forma en sus variantes y combinaciones.

En los Estados Unidos existe una unidad entre la economía interna, la actividad financiera e inversionista en el exterior y las estrategias política y militar, que obligan a analizar el imperialismo como una totalidad.

A su vez se da una dependencia tal entre las instituciones y los individuos que ejercen el poder militar, económico y político, sus objetivos e intereses son tan complementarios que han dado lugar al llamado complejo militar-industrial, alianza que controla la sociedad norteamericana.

Una alianza cuyos objetivos principales son mantener la hegemonía norteamericana del mundo capitalista, dirigir la contrarrevolución mundial y ejercer un control centralizado sobre la economía y la política en el interior de los Estados Unidos. Un objetivo presupone el otro y los tres se interrelacionan entre sí.

Al mismo tiempo la función autónoma de los militares crece. El Pentágono es hoy la mayor de las corporaciones; mantiene millón y medio de hombres en 119 países y una red de 3 400 bases militares consumiendo sobre el 50% del presupuesto federal. En 1968 el per capita de gastos militares fue de 132 dólares. Precio que paga el pueblo norteamericano para mantener el sistema imperialista.

Desempeñar las funciones de contrarrevolucionarios mundiales lleva a los militares a penetrar profundamente en todos los niveles de la sociedad norteamericana.

Establecen o se hacen cargo de empresas, penetran en la enseñanza, en la investigación, en las decisiones del Congreso y en la economía; un 20% del producto bruto nacional depende de los militares y un por ciento más o menos igual de fuerza de trabajo depende de industrias que tienen que ver con lo militar.

Hoy el Pentágono no brinda solamente armas y teorías y estrategias militares, sino también adoctrinamiento ideológico, técnicas pedagógicas, investigación social y líneas de desarrollo científico.

La oligarquía norteamericana necesita la mayor maquinaria militar del mundo para mantener el lugar que ocupa en el sistema imperialista y los militares dependen de los negocios para crecer y tener mayor influencia en la sociedad.

A su vez no podemos olvidar que la clase dominante norteamericana ha logrado imprimirle al sistema una fuerte tendencia integradora.

La intoxicación de los medios masivos de comunicación y de un aparato cultural difusor de normas y valores en cuyo centro está el «éxito» como medida de realización personal, la disminución relativa del número de trabajadores industriales y el disfrute de un alto nivel de vida por una parte de la población son los hechos de mayor relieve que tienden a una fusión ideológica que abarca no sólo a las capas dirigentes, sino también a parte del pueblo norteamericano. Si unimos a lo anterior que la imagen de la solidaridad nacional está basada en una mixtificación de valores en que USA defiende la «democracia» frente al «totalitarismo», el «mundo libre» frente a la «subversión extranjera»; «ayudan» a los países subdesarrollados para que puedan «vivir en libertad»; la resultante es un fascismo subliminal que enajena toda la sociedad a objetivos contrarrevolucionarios. Frente a este sistema de dominación, una emergente izquierda revolucionaria lucha por politizar al pueblo y desarrolla acciones de enfrentamiento directo y total al sistema. En su actividad revolucionaria se reconoce cada vez más a sí misma como parte de una lucha mundial, junto a los combatientes vietnamitas, junto a los que en cualquier continente luchan contra el imperialismo.

Imperialismo y militarismo son gemelos que se alimentan uno del otro, y sólo desaparecerán cuando desaparezca el sistema.

En la medida en que los campos de batalla entre el imperialismo y el socialismo se han desplazado al Tercer Mundo, los diseñadores de la política militar norteamericana no sólo han elaborado estrategias que intentan responder a esta alternativa, sino que incluyen a los ejércitos de los países dependientes como parte del sistema político militar norteamericano, modernizándolo y equipándolo técnicamente para realizar funciones militares y paramilitares. La «vietnamización» es un caso concreto de esta estrategia en que se pretende descargar al Ejército norteamericano de la función directamente contrarrevolucionaria. El análisis de Wilfred Burchett muestra como esto no los ha conducido a la victoria, sino a la segunda guerra de Indochina, y a una derrota mayor. John Saxe Fernández explora las premisas estratégicas que presiden la «ayuda» militar norteamericana y su impacto tanto en Estados Unidos como América Latina.

El artículo de Pino Tagliazucchi aborda la política de bloques y su relación con las luchas revolucionarias en Europa. Algunos de sus puntos de vista no son compartidos por nosotros, pero consideramos de interés su publicación en este número porque ofrece al lector un aspecto de la política imperialista en ese continente.



Cada minuto, cada día, algo digno de publicarse
sucede en alguna parte. Cada semana
TIME selecciona los sucesos más importantes
y desglosa lo que merece publicarse de
lo que es sólo ruido. De esta suerte, TIME mantiene a los
lectores más asiduos del mundo informados sobre las personas,
los lugares y los sucesos más interesantes del mundo.

TIME

The Weekly Newsmagazine

Hacia un modelo de la estrategia militar norteamericana*

John Saxe Fernández

I

INTRODUCCION

Sería difícil, en nuestros días, encontrar un investigador serio de los asuntos interamericanos que no se de cuenta de la poderosa influencia que ejercen las estrategias y factores militares en el proceso de decisiones políticas locales y continentales. Tres hechos relacionados con la esfera militar ayudan a explicar lo que está ocurriendo en el hemisferio occidental. Primero, el aumento de la participación militar en la formulación de la política exterior norteamericana, rasgo que caracteriza la época de la posguerra y que ha adquirido notoriedad con la guerra de Viet-Nam y la evidente influencia política del complejo militar-industrial.¹ Segundo, la decadencia de los progra-

* Trabajo preparado para el **Noveno Congreso de Sociología**. Asociación Latinoamericana de Sociología. Universidad Autónoma de México, 21-25 de noviembre, 1969. El título original del trabajo es: De «Nation-Building a Empire-Building»: hacia una estrategia militar hemisférica.

8 mas de ayuda «no militar» al tercer mundo, proceso que consolida el resquebrajamiento final de la Alianza para el Progreso.² Tercero, el énfasis que da el programa de asistencia militar norteamericano (PAM) al «uso-no-militar» de las fuerzas armadas de los países subdesarrollados.³

La tendencia a excluir estos factores del estudio del militarismo hemisférico puede explicarse parcialmente, si recordamos que no fue sino hasta principios de la década de 1960 cuando la política ex-

¹ Para un análisis sobre los aspectos institucionales de la ascensión militar en la política norteamericana, véase: C. Wright Mills, **The Power Elite**, Oxford University Press, New York, 1956. Los aspectos económicos del complejo militar-industrial son analizados en forma adecuada por Seymour Melman: **Our Depleted Society**, Dell Publishing Co., New York, 1965; John K. Galbraith, **The New Industrial State**, Boston, 1967; Clark R. Mollenhoff, **The Pentagon**, New York, 1967. Un estudio pormenorizado de los procesos de adquisición de armamentos es presentado por Merton J. Peak y Frederick M. Scharer, «The Wapons Acquisition Process: An Economic Analysis», Harvard Bus. Sch. Div. of Research, 1962. El surgimiento del Departamento de Defensa (DoD) como originador de la política externa es ilustrado en las tensiones entre el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa. Los conflictos sobre el control de investigaciones sociopolíticas con implicaciones internacionales han sido frecuentes. Véase: I. L. Horowitz, **The Rise and Fall of Project Camelot**. The M.I.T. press, 1967; documentación sobre la discrepancia entre la política civil y militar es ilustrada con casos pertinentes a la América Latina en W. F. Barber y C. N. Ronning, **Internal Security and Military Power**, Ohio State University Press, 1966. El intervencionismo militar en la política, la economía y el sistema educativo norteamericano ha recibido creciente atención. Véase: «Pentagon Gaining a Key Role on Domestic Violence», **New York Times** (NYT), 15 de setiembre de 1968; «Congress and the Military Complex», **St. Louis Post Dispatch**, 4 de febrero de 1969, p. 38; «Military Influence in Foreign Policy», **St. Louis Post Dispatch**, 17 de febrero de 1969, p. 38; la creciente usurpación del poder civil en decisiones vitales es ilustrado por el general William Westmoreland y Almirante Sharp, **Report on the War in Viet Nam**, US Printing Office. Véase también: «A Pentagon White Paper», **St. Louis Dispatch**, 11 de abril de 1969; «The Military, Servant or Master of Policy?», **Time**, 11 de abril de 1969; General David M. Shoup, «The New American Militarism», **The Atlantic**, abril de 1969, vol. 223, no. 4; «Congressional Committees Open Hearings in Move to Control Military Spending», **NYT**, junio 4 de 1969; «The Power of the Pentagon», **The Progressive**, vol 33, no. 6, junio de 1969; John K. Galbraith, **How to Control the Military**, The New American Library, Signet, Chicago, junio de 1969; «Influence of Joint Chiefs in Reported Rising», **NYT**, 30 de junio de 1969.

² La posición de la Academia de la Fuerza Aérea Norteamericana ha sido similar a la línea conservadora republicana: disminución de la ayuda económica al tercer mundo y aumento de la asistencia militar, el sector privado norteamericano gradualmente observaría la mayor parte de los programas de «asistencia» económica. Véase: Westly Posvar, John C. Ries et. al. **American Defense Policy**, The Johns Hopkins Press Baltimore, Maryland, 1965. El desarrollo económico en días recientes es visto como un obstáculo para los programas de seguridad interna. Véase: Charles Wolff (Rand Corporation) **United States Policy and The Third World**, Little Brown and Company, Boston; especialmente pp. 25-45. Una posición similar se encuentra en el programa de Asistencia Externa propuesto por el presidente Nixon, **NYT**, 29 de mayo de 1969.

³ Véase: citas no. 45-74.

terior norteamericana reaccionó contra la revolución cubana, e inauguró sistemática y coherentemente una doctrina, una financiación y una administración contrarrevolucionaria. Paulatinamente esta postura hemisférica se ha despojado de sus vestiduras «desarrollistas» y «civiles» —por ejemplo, la Alianza para el Progreso—, para cuajar en una estrategia militar que permita realizar eficazmente las graves responsabilidades de la **Pax Americana**.⁴ Tanto los estrategas militares que formulan la política externa como aquellos que fomentan la correspondiente industria de guerra necesaria para implementarla, tienen plena conciencia de estas responsabilidades. En un reciente estudio preparado por la Douglas Aircraft Corporation⁵ para el ejército norteamericano se concluye que:

Aunque Estados Unidos no es una nación imperialista, ahora exhibe muchas de las características de los imperios del pasado y, en efecto, ha adquirido responsabilidades imperiales.⁶

Otro factor que explica la aparente timidez en incluir la dimensión imperial en el estudio del militarismo hemisférico es que, naturalmente, se complica el análisis, ya que se trata no solamente de determinar la influencia política de los programas de asistencia militar en el país «receptor» —problema de por sí complejo⁷— sino también de su impacto en la nación «donante».

El presente trabajo presupone que el análisis objetivo de estos procesos ayuda a dilucidar las alternativas históricas de que disponen las naciones latinoamericanas.⁸ Proponemos como principio de orga-

⁴ Véase: Ronald Steel, **Pax Americana**, The Viking Press, New York, 1967; George Liska, **Imperial America**, The Johns Hopkins Press, 1967; Amaury de Rien-court, **The American Empire**, The Dial Press, New York, 1968; John Saxe-Fernández, «A Asistencia Militar dos USA e a Paz Americana», **Revista Civilização Brasileira**, año III, no. 15, pp. 107-26.

⁵ La Douglas Aircraft Corporation —ahora consolidada con McDonall Corporation— recibió contratos militares en 1968 valorados en 1 101 000 000 (mil ciento un millones de dólares). Véase: **U.S. New & World Report**, 21 de abril de 1969, p. 63.

⁶ Douglas Aircraft Corporation, Project Pax Americana. Véase: «Defense Dept Sponsored Foreign Affairs Research», **Hearing Before the Committee on Foreign Relations**, US, Senate 9th Congress, Second Session, parte 2, 28 de mayo de 1968, p. 32.

⁷ Para un análisis superficial pero típico véase: Wolff Ch., **op. cit.**, pp. 90-111.

⁸ Véase: I. L. Horowitz, «The Rule of Illegitimacy: The Political Sociology of Latin America», en **Latin American Radicalism**, I. L. Horowitz, Josué de Castro y John Gerassi (ed.), Random House, New York, 1969, pp. 2-28; Octavio Ianni, «Estados Unidos y el militarismo latinoamericano», en **Revista Mexicana de Sociología**, vol XXX, año XXX, no. 3, julio-setiembre de 1968, pp. 511-24.

10 nización e interpretación que el aparato militar norteamericano actúa bajo la premisa —real o imaginaria— de su autonomía política y económica tanto en el plano interno como en el externo. Por lo tanto, en Latinoamérica los Programas de Asistencia Militar y de venta de armamentos se coordinan con el supuesto de que se ha logrado una eficaz incorporación político-ideológica, técnica y organizativa de los establecimientos militares locales dentro de sus diseños hegemónicos.

II

LA MILITARIZACION DE LA POLITICA EXTERNA

Una vez terminada la segunda guerra mundial, la administración de Truman implantó una serie de medidas con el propósito de disminuir tanto la influencia política como los presupuestos militares logrando un virtual desmantelamiento de las fuerzas armadas.⁹

Esta situación prevaleció hasta que, en marzo de 1947, el presidente, respondiendo a las crisis de Grecia y Turquía, elaboró una serie de propuestas y programas que resultaron en la universalización de la Doctrina Monroe.¹⁰ Esta actitud, conocida como la Doctrina Truman, sentó las bases del intervencionismo global norteamericano de la posguerra y revitalizó el proceso de militarización. La expansión a fronteras euroasiáticas se fundamentó tanto en programas económicos similares al Plan Marshall, como en una masiva presencia militar norteamericana a escala global por medio de bases, sistemas militares regionales y programas de asistencia militar. Estados Unidos entra en la década de 1970 con 429 grandes bases y 2 972 de menor escala, distribuidas por todos los mares y continentes. Estas ocupan un área de cuatro mil millas cuadradas, hospedan a más de un millón de soldados —además de medio millón de sus familiares— y dan empleo a más de doscientas cincuenta mil personas de otras nacionalidades. Su costo anual es de aproximadamente cinco mil millones de dólares.¹¹ Oficialmente se admite la existencia de ocho tratados bilaterales y multilaterales de naturaleza militar:

⁹ R. Goodwin, **The Power of the Pentagon**, op. cit., p. 18.

¹⁰ Véase: Kenneth Thompson, **Political Realism and the Crisis of World Politics: An American Approach to Foreign Policy**, Princeton Univ. Press, 1960, p. 124.

¹¹ Charles S. Stevenson, «GI Men Posts Around the World», **StLPD**, 17 de junio de 1969.

1. Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca

Pacto de Río de 1947

Estados Unidos	Ecuador	Panamá
Argentina	El Salvador	Paraguay
Bolivia	Guatemala	Perú
Brasil	Haití	Trinidad-Tobago
Colombia	Honduras	Repúb. Dominicana
Costa Rica	México	Uruguay
Cuba*	Nicaragua	Venezuela
Chile		

* Cuba fue excluida del Pacto de Río en 1962.

2. Tratado del Atlántico del Norte

(NATO, 1949)

Estados Unidos	Islandia	Grecia (1952)
Bélgica	Italia	Turquía (1952)
Canadá	Luxemburgo	República Federal
Dinamarca	Noruega	Alemania (1955)
Francia	Portugal	
Holanda	Gran Bretaña	

3. Tratado de Seguridad entre Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda

(ANZUS 1951)

4. Tratado colectivo de defensa de Asia Sudoccidental

(OTASO 1954)

Estados Unidos	Nueva Zelanda	Viet Nam del Sur*
Australia	Pakistán	Cambodia*
Filipinas	Tailandia	Laos*
Francia	Gran Bretaña	

* Viet Nam del Sur, Cambodia y Laos no son signatarias de la OTASO; pero fueron incluidos en las provisiones de defensa del tratado en un protocolo al mismo. Cambodia ha rechazado la protección de la OTASO. Laos declaró que no «reconocerá la protección de ninguna alianza ni coalición militar, incluyendo la OTASO» en la Declaración de Ginebra sobre la neutralidad de Laos en 1962. Estados Unidos y otras naciones acordaron también en la Declaración de Ginebra «respetar el deseo de... Laos a no reconocer la protección de ninguna alianza ni coalición militar, incluyendo la OTASO».

TRATADOS BILATERALES

- 5. Tratado de Defensa Mutua con Filipinas (1951)**
- 7. Tratado de Defensa Mutua con China (Taiwan) (1954)**
- 6. Tratado de Defensa Mutua con Corea del Sur (1953)**
- 8. Tratado de Seguridad y Cooperación con Japón (1960)**

12 La campaña de Corea y posteriormente la guerra de Viet-Nam dieron como resultado una considerable expansión presupuestaria así como una notoria tendencia a trasladar y solucionar problemas de orden político-económico dentro de marcos y estrategias militares. Durante la dominación de Eisenhower, estas fuerzas adquirieron relieves lo suficientemente visibles y alarmantes como para que el general, en su conocido y frecuentemente citado mensaje de despedida, previniera a la nación sobre la poderosa influencia política de lo que denominó el «complejo militar-industrial».¹²

Durante los gobiernos de Kennedy y Johnson —y de la guerra de Viet Nam—, el Departamento de Defensa adquirió una extraordinaria influencia que le asegura ahora un papel determinante e indisputable en la formulación de políticas internas y externas. Los datos disponibles refutan la idea popular de que el secretario de Defensa Robert S. McNamara haya impuesto efectivamente el control civil y amainara el militarismo norteamericano. Aunque esa hubiera sido su intención, al introducir una serie de técnicas y teorías administrativas, económicas y estratégicas, el Pentágono logró una inusitada eficacia militar. Esto ha servido para justificar exigencias presupuestarias, racionalizar exhaustivamente la necesidad de adquirir complejos sistemas tecnológicos de destrucción masiva, llevar a cabo una promoción de ventas de armamentos sin precedentes en la historia militar, aminorar sustancialmente las tradicionales rivalidades entre las tres armas, centralizar y someter al control militar vastos recursos de la comunidad de servicios de inteligencia y racionalizar y asumir bajo jurisdicción militar estrategias económicas, sociales y políticas para los países subdesarrollados.

En los años transcurridos desde que Eisenhower pronunció su advertencia, el Departamento de Defensa duplicó su presupuesto, de cuarenta mil millones a casi ochenta mil millones anuales.¹³ La Sección de Logística Internacional establecida por el secretario McNamara bajo la dirección de Henry John Kuss, logró invertir la relación entre donaciones y ventas militares: de 1 960 millones de dólares en donaciones y 230 millones de dólares en ventas en el año 1953, a 466 millones en donaciones y 2 000 millones de

¹² Eisenhower D. 1961, «Farewell Address», **Defense and Disarmament**, Ed. R. Bolton, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1966, pp. 173-75.

¹³ Dept of Defense Appropriations. **Senate Hearings Before the Committee on Appropriations**, 9th Congress, Second Session, F. Y., 1969.

dólares en ventas en 1968.¹⁴ Se calcula que de los dos mil millones, el mundo subdesarrollado adquiere aproximadamente entre 25 y 30% mediante el crédito de instituciones como el Eximbank. Fue en este período que se ordenó la construcción de una fuerza de más de mil cohetes balísticos intercontinentales, decisión llevada a cabo en 1961 a raíz de la convicción que la administración de Kennedy tenía, de que el Departamento de Defensa era la agencia mejor equipada para poner rápidamente en circulación cualquier inversión monetaria del gobierno federal.¹⁵ Esta política estaba de acuerdo con los principios básicos importados por McNamara directamente del Departamento de Economía de la Universidad de Harvard, bajo la influencia de lo que podríamos llamar la «línea dura keynesiana».¹⁶ Para realizar estas operaciones en forma eficaz, McNamara, inspirado tanto en la Escuela de Administración de Negocios de Harvard como en su propia experiencia como presidente de la Ford Motor Company, creó una oficina para regular las relaciones entre el Departamento de Defensa y la industria de guerra.¹⁷ La agencia creada por McNamara (Agencia de Suministros para la Defensa) centraliza la administración y control de contratos para productos industriales valorados aproximadamente en cuarenta mil millones de dólares anuales.¹⁸ Aunque ahora los arsenales del Departamento de Defensa cuentan con una capacidad destructiva estimada en seis toneladas de dinamita por cada ser humano en este planeta,¹⁹ la demanda de sistemas masivos de destrucción continúa. Se calcula, por ejemplo, que los gastos del sistema de cohetes antibalísticos

¹⁴ Véase: G. Thayer, **The War Business**, Simon and Schuster, New York, 1969, 179-218.

¹⁵ Véase: Murray L. Weidenbaum, «The Impact of Military Procurement on America Industry», *Planning and Forecasting in the Defense Industries* J. A. Stockfish, ed. Belmont, Calif: Wadsworth Publishing Co., 1962.

¹⁶ Daniel Seligman, «McNamara's Management Revolution», **Fortune** LXII, no. 1, julio de 1965.

¹⁷ Véase: Seligman, **op. cit.**

¹⁸ Murray L. Weidenbaum, «Defense Expenditures and the Domestic Economy», en **Defense Management**, Stephen Enke, Ed. Prentice Hall Inc., Englewood Cliffs, New Jersey, 1967, pp. 315-36. Seymour Melman, «Who Decides Technology?», **Columbia Forum**, vol XI, no. 4, Winter, 1968, pp. 13-16.

¹⁹ Ralph S. Lapp, **Kill and Overkill**, Basic Books Inc., New York, 1962.

²⁰ Este programa antibalístico generó una oposición sólida en el senado, debido a que el Departamento de Defensa llevó a cabo un esfuerzo publicitario masivo, y a que el bloqueo del proyecto afectaría seriamente la economía de más de 25 estados y 87 distritos electorales, todas las propuestas militares recibieron sanción legislativa.

14 recientemente aprobado por el congreso²⁰ y sus programas de defensa civil, el programa de vehículos de reentrada múltiple e independiente (MIRV), el programa para la adquisición de aviones C5A²¹ —capaces de transportar 700 soldados a velocidades supersónicas y a cualquier continente—, y el adiestramiento y equipo para las fuerzas de contrainsurrección nacionales y adjuntas,²² costarán no menos de quinientos mil millones de dólares. Si estos programas (que no agotan en forma alguna la lista presentada por el Pentágono al congreso) se llevaran a cabo durante los próximos cinco años, el presupuesto del Departamento de Defensa tendría que duplicarse.²³

La presencia de estructuras técnicas y económicas de esta magnitud tienden a generar un sistema que adquiere virtual autosuficiencia política. Cada etapa de la carrera armamentista requiere un mayor refinamiento y complejidad científica, y esto se traduce en altos costos; de aquí que el presupuesto se aumentara en 680% —de 11 800 millones en 1948 a 80 000 millones en 1970.²⁴ Con un control de más de las tres cuartas partes de todos los recursos destinados a la investigación y al Desarrollo (Research and Development), el complejo militar-industrial absorbe los necesarios talentos académicos que, bajo lucrativos contratos, le proveen el diseño de poderosos y costosos mecanismos de destrucción masiva y elaborados sistemas logísticos-estratégicos, que justifican y aceleran sus continuas expansiones burocráticas. Así, por ejemplo, durante más de veinte años los 'tanques pensantes' del Departamento de Defensa han estado definiendo una situación internacional hipotética en la cual se ha basado los presupuestos militares de la posguerra. Esta hipótesis presupone la continuación de la guerra de Viet Nam en un nivel estable, el surgimiento en Europa de una conflagración a gran escala y el desarrollo de una guerra de guerrillas de intensidad similar a la del sudeste asiático en algún área que no

²¹ Véase: «Senators Disagree on C-5A Commitment», **StLPD**, 5 de junio de 1969.

²² Las fuerzas «adjuntas» o «complementarias» son las locales de países subdesarrollados.

²³ Véase: Melman, *op. cit.*, p. 15.

²⁴ Para un reciente análisis véase: Jonathan B. Bingham, «Can Military Spending be Controlled?», **Foreign Affairs**, vol. 48, no. 1, octubre de 1969, pp. 51-66. Tomando en cuenta el movimiento inflacionario el aumento sería de 345%. El presupuesto planeado para 1970 es de 86 332 millones de dólares. Véase: **The 1970 Defense Budget and Defense Program for FY 1970-1974**, Statment by Secretary of Defense Clark M. Clifford, Dept of Defense, 15 de enero de 1969, p. 157.

incluya el Lejano o el Cercano Oriente,²⁵ donde ahora se están llevando a cabo intensas operaciones militares. La América Latina, y específicamente Cuba, es el caso favorito de los estrategas.²⁶ Pero la contribución del mundo académico va más allá de la justificación de presupuestos militares basados en extravagantes escenarios históricos. El sistema de cohetes antibalísticos intercontinentales no sólo afianza un complejo de relaciones militares-industriales cuyos favoritismos, abusos e ineficiencias le dan mucha similitud con el sistema monopolista isabelino,²⁷ sino que también implica la pérdida de control presidencial (poder civil) en decisiones relacionadas con el lanzamiento de dichas armas nucleares. De acuerdo con el Dr. Herbert York, director de Investigaciones e Ingeniería del Departamento de Defensa —1953, 1961—, la operacionalización de este tipo de armas sitúa el poder decisivo, o en manos de algún oficial de la base de cohetes, o en los circuitos de alguna compleja computadora electrónica.²⁸ La naturaleza ofensiva del MIRV (organismo que controla el sistema defensivo anticohetes intercontinentales) finalmente llevará la competencia armamentista a niveles en que la posibilidad de mantener cierto control sobre el aparato militar —implementar algún mecanismo para el desarme— quedará reducida considerablemente.

El efecto acumulativo de estas estructuras técnicas, económicas y administrativas, continuará otorgando al sistema creado el control de un considerable número de variantes estratégicas que a su vez definen situaciones políticas, sociales y técnicas favorables para su perpetuación.²⁹ Este hecho es particularmente real e importante en el

²⁵ «Statement of Gen Harold K. Johnson, Chief of Staff US Army», **Worldwide Military Commitments**, Hearing before the Preparedness Investigating Subcommittee of the Committee on Armed Services, US Senate, 90th Congress, First Session, 21 de febrero - 1-2 de marzo de 1967, parte 2, pp. 158 y ss; «Statement of Wallace Greene Jr.», Commandant of the Marine Corps, *ibid.*, pp. 241 y ss.

²⁶ Véase: Subcommittee Letter to K. Johnson, General J. P. McConnell, W. Greene, *op. cit.*, pp. 158, 196, 241

²⁷ Como lo sugiere y lo documenta Walter Adams en «The Military-Industrial Complex and the New Industrial State», **American Economic Review**, vol. LVIII, no. 2, mayo de 1968, pp. 652-65.

²⁸ «Strategic and Foreign Policy Implications of ABM Systems», **Hearings Before the Subcommittee on International Organization and Disarmament Affairs of the Committee on Foreign Relations**, US Senate, 91st Congress, First Session, parte 1, 6, 11, 13, 21 y 28 de marzo de 1969, pp. 76-80.

²⁹ Véase: «Strategic and Foreign Policy Implications of ABM Systems», *op. cit.*, pp. 303-4, 306-17. Véase también: Ralph E. Lapp, «Can Strategic Arms Race be Halted?», **The New Republic**, 15 de noviembre de 1969, pp. 14-17.

16 caso de los complejos militares-industriales, ya que su «metafísica» se difunde entre los adversarios que tienden a imitar al enemigo, y por tanto estimulan el dinamismo de la competencia armamentista en el marco de una recíproca profecía autocumplida.

Con cada avance presupuestario, la fuerza de gravitación del Departamento de Defensa se aumenta, tendiendo a satelizar vastos sectores económicos, académicos políticos y administrativos. Este proceso se ha reflejado en el área de las relaciones internacionales en el virtual deterioro de las dos instituciones que formal y tradicionalmente se habían responsabilizado por todo acto externo: el Congreso y el Departamento de Estado.

El gobierno de Nixon ha consolidado formalmente el liderazgo militar en el proceso de formulación de la política exterior, por medio de los cambios en el personal y en la administración llevados a cabo por el secretario de Defensa Melvin Laird. La oficina del Estado Mayor Militar, por ejemplo, ha absorbido las funciones de los asistentes de la Contraloría del Departamento de Defensa, así como las de las oficinas de Asuntos de Seguridad Internacional y de Análisis de Sistemas.³⁰ Estas agencias forman parte de los esfuerzos administrativos del secretario Mc Namara para imponer cierto control civil en asuntos presupuestarios y de seguridad internacional. Ellas habían obtenido la iniciativa en la formulación de dichas políticas restringiendo el poder del Estado Mayor. El nuevo subsecretario para Asuntos de Seguridad Internacional, Warren Nutter, exconsejero en asuntos Internacionales del senador Barry Goldwater, ha nombrado un grupo de asesores cuya posición coincide enteramente con la del Estado Mayor. En consecuencia, tanto su agencia como la de Análisis de Sistemas, han limitado sus actividades a comentar las iniciativas que sobre asuntos internacionales genera ahora la oficina del Estado Mayor: (ver cuadro pp. 18).

Tres agencias que dependen del Estado Mayor parecen haber heredado estas funciones: el ayudante especial para Asuntos Relacionados con los Programas de Ayuda Militar, el ayudante especial para la Contrainsurrección y otros Asuntos Especiales, y el ayudante es-

³⁰ «Influence of the Joint Chiefs is Reported Rising», **NYT**, 30 de junio de 1969, pp. 1 y 25; «Laird Gives Back Major Budget Role to the Military», **NYT**, 29 de setiembre de 1969, pp. 1 y 27. Véase también: Lloyd Norman, «The Joint Chiefs of Staff: From Squabbles to Maturity», **Army**, mayo de 1968.

pecial encargado de los Servicios Relacionados con áreas geográficas, tecnológicas, sociales y culturales: (ver cuadro p. 20)

La presente Administración consolida el proceso al destacar la función del Consejo de Seguridad Nacional, compuesto por los secretarios de Estado y Defensa, el presidente, vicepresidente, jefes de las agencias de inteligencia y el Estado Mayor. El consejo, organismo visiblemente influido por el Departamento de Defensa, discute y procesa todo acto estratégico de política externa. La estructura para la «seguridad nacional» donde se formula la política exterior recibe la influencia del Departamento de Defensa en todos los niveles: (ver cuadro p. 21)

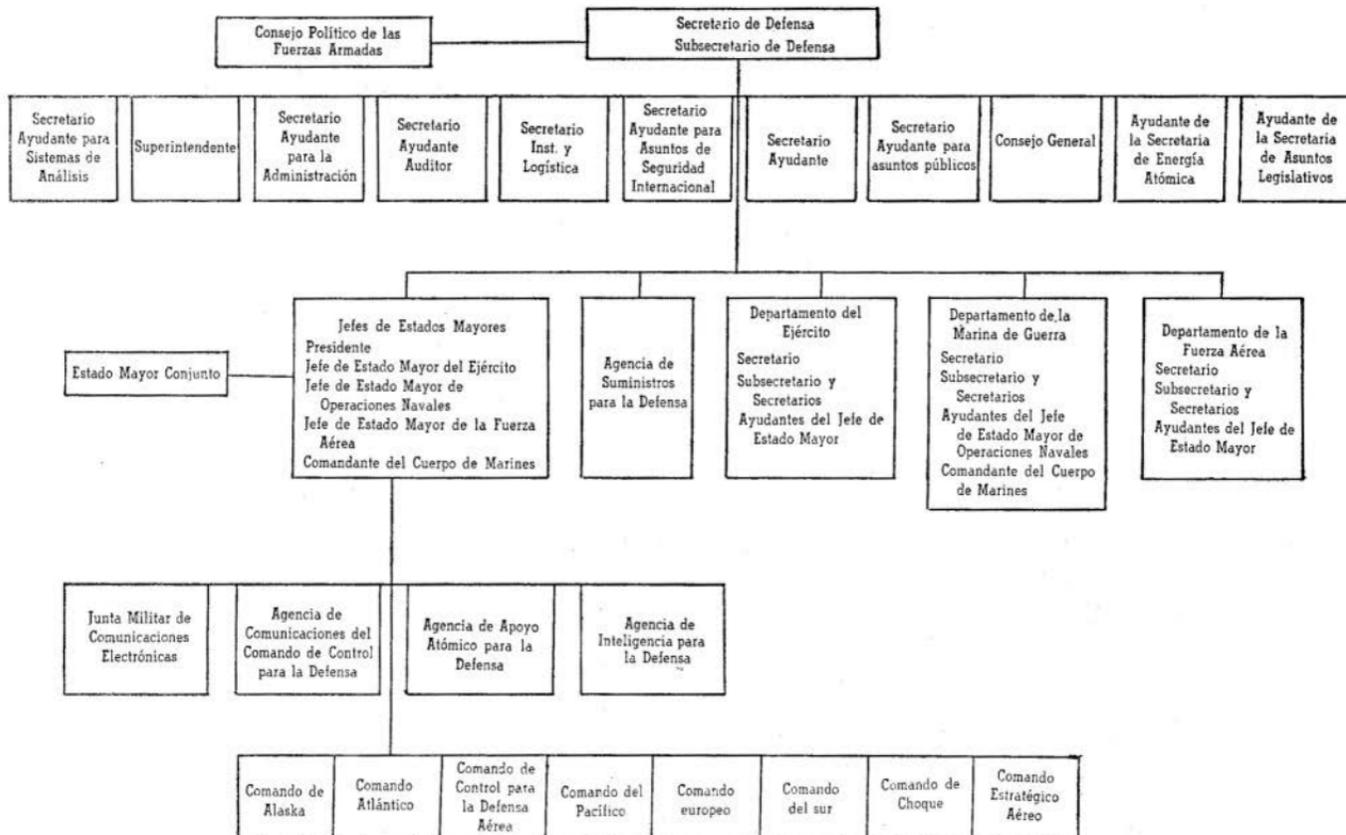
La consolidación institucional del Estado Mayor como organismo clave en la formulación de la política exterior, es el resultado natural de su control sobre vastos recursos económicos, administrativos e ideológicos en el área internacional. Para el año de 1970, el Departamento de Defensa contará con un presupuesto de \$7 547 000 para investigaciones en las ciencias sociales con repercusiones internacionales. (La descripción de algunos de estos proyectos ha sido presentada en el apéndice Núm. 1). El Departamento de Estado, agencia encargada de los asuntos exteriores, tiene un presupuesto de \$125 000 para fines similares. La mayoría de los proyectos mencionados se han justificado por su capacidad para determinar tácticas de contrainsurrección. El Dr. John S. Foster, director de Investigaciones e Ingeniería del Departamento de Defensa, las justifica al proponer que una de las funciones básicas del Pentágono sea llevar a cabo lo que él denomina «la lucha por la paz». El objeto de estas investigaciones es obtener información sobre las vulnerabilidades políticas, sociales y psicológicas de un país. Su utilidad militar parece residir en el hecho de que facilita la intervención en los asuntos internos de otras naciones. Por esta razón el senador William Fullbright exclamó en el «Congressional Record»:

A juzgar por los títulos de los proyectos de investigación que se están llevando a cabo, temo que la «lucha por la paz» sea el nombre que los científicos sociales le dan a la Pax Americana, y que inevitablemente tiende a involucrar a Estados Unidos en las disputas internas de todos los países del globo.³¹

En 1968 el Departamento de Defensa invirtió \$665 365 000 en contratos para investigaciones con institutos y universidades. El presu-

³¹ Véase: «Congressional Record», **Senate**, vol. 115, no. 71, 1 de mayo de 1969.

ORGANIZACION DEL DEPARTAMENTO DE DEFENSA



Delsey* es el tisú higiénico que resguarda el bienestar de su familia...es absorbente, firme y suave como los desechables Kleenex*...viene en cuatro bonitos colores para hacer juego con los accesorios y el decorado de su cuarto de baño.

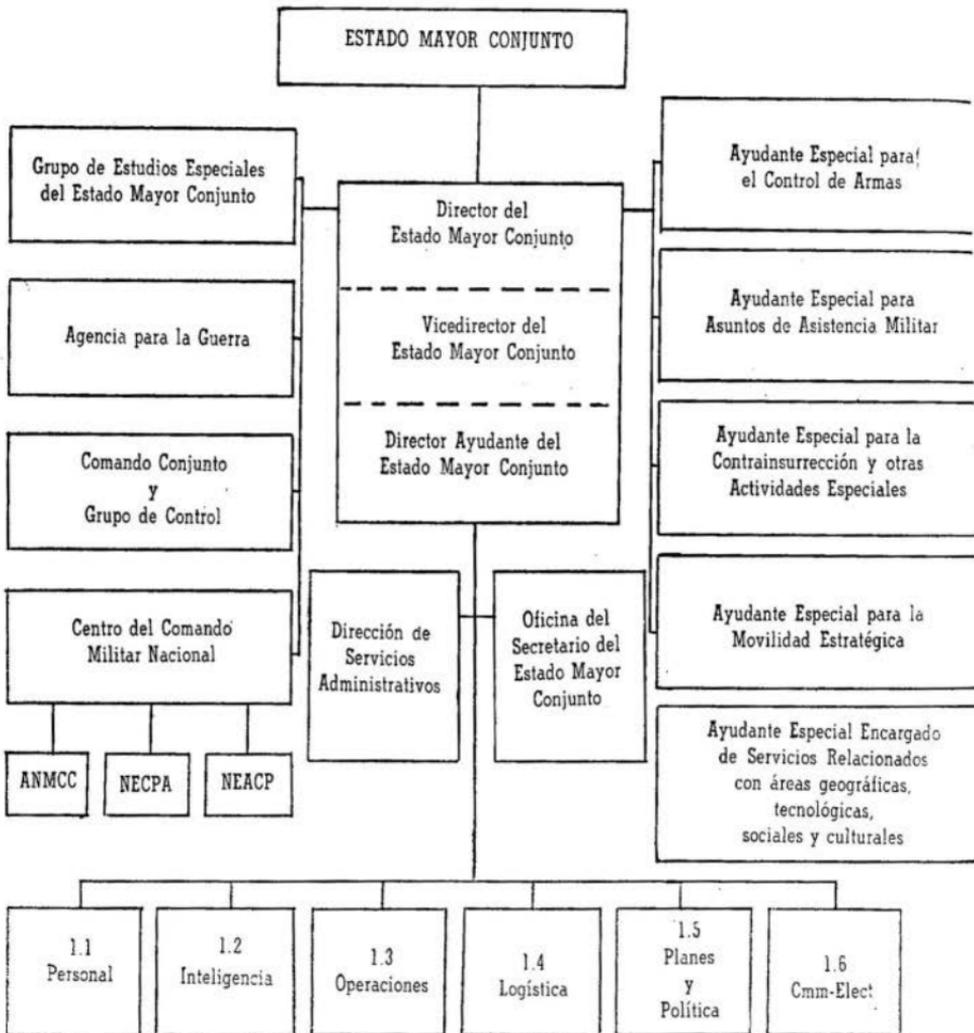
Qué diferencia hay en Delsey — rollo de 1000 hojas—perforación perfecta—cada hoja se desprende fácilmente—es más económico.

Cuide a los suyos—merecen lo mejor.

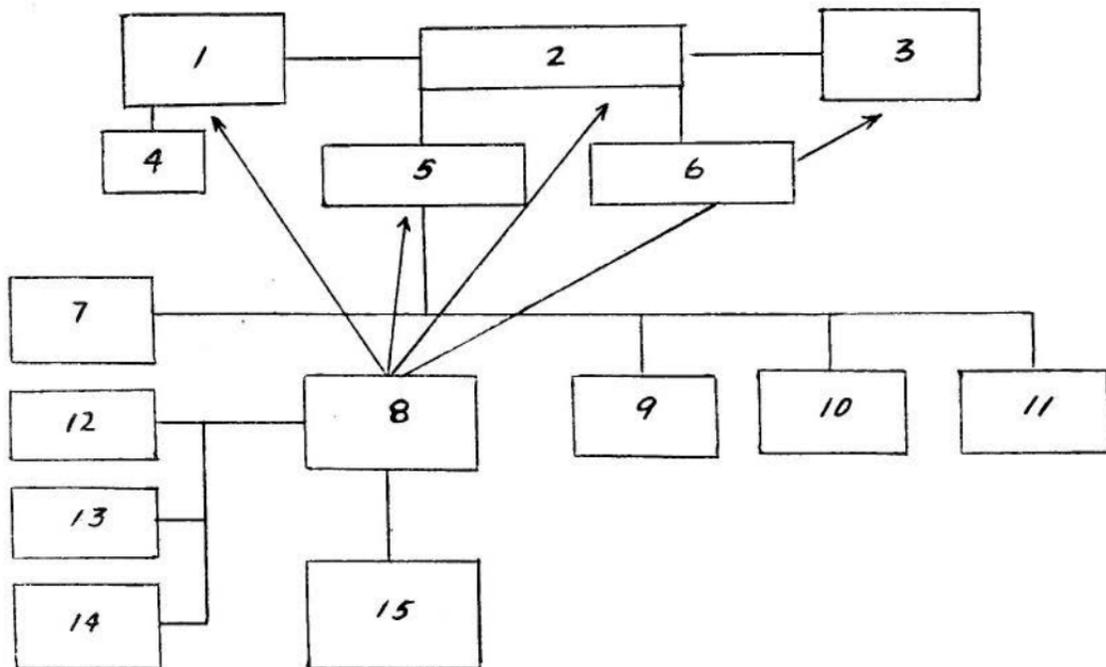
*Marca Registrada



ORGANIZACION DE LA OFICINA DEL ESTADO MAYOR CONJUNTO



ORGANIZACION PARA LA SEGURIDAD NACIONAL



1. Consejo Nacional de Seguridad
2. Presidente de Estados Unidos
3. Oficina de Planes de Emergencia
4. CIA
5. Secretario de Defensa
6. Secretario de Estado
7. Agencia de Suministros para la Defensa
8. Estado Mayor Conjunto

9. Departamento del Ejército
10. Departamento de la Marina de Guerra
11. Departamento de la Fuerza Aérea
12. Agencia de Inteligencia para la Defensa
13. Agencia de Comunicaciones para la Defensa
14. Agencia de Apoyo Atómico para la Defensa
15. Comandos Específicos Unificados

22 puesto total del Departamento de Estado —para ese mismo año— era aproximadamente de 350 millones de dólares. Solo la Agencia de Inteligencia del Departamento de Defensa (Defense Intelligence Agency, DIA), cuenta con un presupuesto estimado oficialmente en dos mil millones de dólares. La DIA depende directamente del Estado Mayor (véase gráfico pp. 19-21) y opera en las mismas zonas que la CIA, contando con los valiosos medios de información provistos por barcos y aviones espías y un número considerable de satélites artificiales.

Cada comando militar, también dependiente del Estado Mayor —véase el gráfico en p. 21—, logra establecer relaciones estrechas con las élites militares locales, quienes tienden a transformarse en los grupos de poder. A estos factores hay que añadir la abundante información que se tramita por medio de la oficina del Estado Mayor, lo cual coloca a los militares en una posición ventajosa en el proceso de decisiones políticas. Por eso, el almirante Hyman G. Rickover, comandante de Propulsión Nuclear del Departamento de la Marina y director de la División de Reactores Navales de la Comisión de Energía Atómica, declaró en una discusión sobre el Proyecto Camelot:

Debido a que el Departamento de Defensa es la agencia ejecutiva mejor financiada, naturalmente es la más poderosa. Aún en asuntos externos, el Departamento de Estado —hablando realísticamente —es un «junior partner» (socio menor).³²

Coincidiendo con el aumento de poder de los militares en la esfera política, y a raíz de múltiples y minuciosas investigaciones militares y socio-históricas, ha surgido un cuerpo de doctrina que engloba los aspectos no-militares de las relaciones internacionales dentro de marcos de referencia puramente militares. Como su objetivo primordial es mantener y extender la hegemonía mundial norteamericana, las distintas hipótesis de trabajo y los programas militares aglutinados a su alrededor han sido denominados «Pax Americana» —como propuso originalmente la Douglas Aircraft Corporation—. ³³

³² «Defense Department Sponsored Foreign Affairs Research», *op. cit.*, p. 20. «But, as I said before, being the most richly endowed of all the executive departments, the DOD is naturally the most powerful. Even in foreign affairs, the State Department is —realistically speaking— a junior partner...»

³³ Véase: «Pax American Project», Defense Dept. Sponsored Foreign Affairs Research, *op. cit.*, p. 32.

Los mecanismos para mantener y extender la «Pax Americana» en Europa —y en áreas desarrolladas del «mundo libre»— así como en los países subdesarrollados varían, según opinan los teóricos, en la relativa preponderancia del elemento económico sobre el militar y viceversa. En Europa los mecanismos de influencia económica adquieren prioridad ya que el acceso y control de armas nucleares, que en última instancia representa el aspecto esencial de poder, se obtendrá por el control del conocimiento teórico-básico y de la habilidad técnica-industrial.³⁴ En este sentido, los esfuerzos de la Francia gaullista para desarrollar su propio arsenal nuclear y administrar su industria y tecnología electrónica y cibernética, deben interpretarse como un intento por liberarse del colonialismo tecnológico, administrativo y económico norteamericano.³⁵

Los estrategas sostienen que en las áreas subdesarrolladas, los instrumentos esenciales para mantener la primacía son de naturaleza militar. De acuerdo con los teóricos de la RAND Corporation, el desarrollo económico, lejos de promover la estabilidad y la «seguridad interna», tiende a provocar disturbios demográficos y psicológicos que pueden incitar al descontento y a la insurrección.³⁶ Además, el desarrollo económico posiblemente fomentaría el surgimiento de políticas que podrían alterar el sistema de distribución y control de recursos naturales, de enorme interés ahora para las corporaciones multinacionales. Y podría reducir el acelerado proceso de desnacionalización industrial y financiera.³⁷ Los estrategas proponen la continua «internacionalización» de la actividad económica y el desmantelamiento del estado nacional, reduciéndolo, por medio de los militares, a mantener el orden interno. Un estudio de la Business International señala que «para el año de 1985 el sórdido conflicto entre la corporación internacional y el estado nacional será mucho más notorio. Durante este período, los poderes del estado nacional continuarán deteriorándose... y un porcentaje sustancial de la

³⁴ G. Liska, **Imperial America: The International Politics of Primacy**, The Washington Center of Foreign Policy Research, The Johns Hopkins Press, 1967, pp. 81-107.

³⁵ A la posición de Jean-Jacques Servan-Schreiber (**The American Challenge**), N. Y. Atheneum, 1968, se le contraponen ahora la estrategia de «open door» de Lionel Stoleru del Banco de Francia: **L'Imperatif Industriel**, Editions Du Seuil, Paris, 1969.

³⁶ Véase: Wolff, **op. cit.**, pp. 24-45.

³⁷ Celso Furtado, «US Hegemony and the Future of Latin America», en Horowitz et al (ed.) **Latin American Radicalism, op. cit.**, pp. 61-74.

24 actividad económica mundial estará bajo la organización de un número relativamente reducido de inmensas corporaciones internacionales, que movilizarán la tecnología, los recursos humanos, financieros y administrativos, a fin de proveer con mayor eficacia los bienes y servicios que la raza humana desea». ³⁸ Según la General Electric, este proceso se logrará mediante la regionalización de mercados internacionales, que estarán bajo el control de corporaciones multinacionales, ^{38a} a los cuales se superpondrá un sistema político-militar también regional, que los controle. ³⁹ Por eso, es natural que tanto los administradores militares como los hombres de negocios, aconsejen el continuo esfuerzo para la regionalización económica y militar en el área latinoamericana. ⁴⁰ De acuerdo con estas recomendaciones, el gobierno norteamericano, en una reciente evaluación de los programas de asistencia económica y militar llevada a cabo por el Consejo Nacional de Seguridad (NSC), ha decidido disminuir considerablemente los programas de asistencia económica. La información hecha pública en el memorando NSC-12, concluye que «el vacío creado por tales disminuciones en los programas de asistencia económica tendrá que ser llenado con un incremento en los programas de asistencia militar». ⁴¹ El resultado evidente de la línea sugerida por el Consejo de Seguridad Nacional es bivalente ya que implica la gradual absorción de la asistencia internacional pública por las corporaciones multinacionales, y mientras tanto, se refuerza el programa de asistencia militar. Desde el punto de vista nacional se acentúa la impotencia del poder Legislativo en la formulación de la política externa, debido a que el Programa de Asistencia Militar está sometido a un gran número de restricciones y medidas de seguridad. Como hiciera notar el Comité de Asuntos Externos del Senado en un informe sobre la asistencia militar:

³⁸ «National Governments and International Corporations», **Business International Research Report**, 1968, p. 80

^{38a} Véase: **LAFTA —Asociación Latinoamericana de Libre Comercio— Conditions & Prospects for Profit**, Business International Research Report; **Argentina Today: Conditions & Prospects Profit**, Business International Research Report.

³⁹ General Electric Company, **Business Environment, Our Future Business Environment**, abril de 1968, p. 22.

⁴⁰ Véase la argumentación del general Robert W. Porter, excomandante en jefe del Comando Sur, y sus referencias a la filosofía militarista del banquero David Rockefeller: **Defensa del Programa de Asistencia Militar para 1968**. Comité de Asuntos Externos, 25 de abril de 1967.

⁴¹ **NYT**, 29 de mayo de 1969.

Es muy poca la información de importancia sobre el programa, que no está considerada como secreta. Este hecho imposibilita la discusión del mismo en el senado. Ni el senado, ni la Cámara de Representantes puede evaluar el programa en tanto que las informaciones esenciales para juzgarlo sean consideradas como secretos de estado. . . Este comité y el congreso difícilmente pueden tomar decisiones sobre estos asuntos ya que los programas son secretos.⁴²

La absorción, por parte de las corporaciones multinacionales, de los programas de asistencia económica y la militarización de la política exterior, se traducen en una proyección a nivel mundial del matrimonio morganático que Eisenhower denominó «complejo militar-industrial». En 1965 los investigadores del Centro para el Estudio de los Asuntos Externos de Washington no habían tomado con seriedad las propuestas del profesor y consejero militar Lucien Pye, y dudaban que los militares locales pudieran llevar a cabo programas de modernización. Esta discrepancia parece haber sido resuelta en la nueva corriente de estrategias de la «Pax Americana», mediante una división en las labores destinadas a construir el «Novus Ordo Seclorum».⁴³ A los militares locales se les asigna labores de seguridad interna, ideológicamente justificadas como «construcción nacional» y administrativamente supervisadas por las misiones militares norteamericanas a nivel local, y por el Comando Sur a nivel «interamericano». Las corporaciones multinacionales tienen la función de formular e implementar las políticas económicas a nivel local e internacional. Los científicos políticos de la fuerza aérea han dicho:

Desde el punto de vista norteamericano sería muy conveniente, económicamente eficaz y políticamente aceptable, que las corporaciones y empresarios norteamericanos desempeñaran un papel cada vez más intenso en los programas internacionales de asistencia (económica).⁴⁴

⁴² **Foreign Assistance Act of 1967.** Report of the Committee of Foreign Relations, US Senate on S. 1872, 90th Congress First Session, Report no. 499, 9 de agosto de 1967, p. 14: «. . . Unfortunately, the Executive branch chooses to shroud the names of the countries, the amounts and details involved for public scrutiny so that it is virtually impossible to establish a meaningful dialogue on the quest of whether, and to what extent, the military assistance program as constituted is vital to our current interests. Little information of value in weighing the merits of the program is unclassified. This fact alone renders it impossible for the Senate to engage in debate on the issue. Neither the Senate nor the House of Representatives can render fair appraisal of this program as long as the information essential to the making of a value judgment on it is classified and not subject to public scrutiny».

⁴³ La misma idea del «Novus Ordo» de la Fuerza Aérea me fue reiterada en entrevista llevada a cabo con el subsecretario de Estado Alexis Johnson (abril de 1966).

⁴⁴ Wesley W. Posvar, Ed. *American Defense Policy*, op. cit., p. 410.

Construcción nacional

- a) Teoría
- b) Administración
- c) Promoción

Por favor, ¿podría usted decirme qué camino debo tomar ahora aquí? (preguntó Alicia). Eso depende: ¿a dónde tú quieres ir?», dijo el gato.

(Alicia en el país de las maravillas, cap.VI)

Aunque las estrategias globales de la política externa y de las corporaciones multinacionales norteamericanas no conducen a un fortalecimiento del estado nacional en las áreas subdesarrolladas, esta ha sido la justificación públicamente utilizada para promover el Programa de Asistencia Militar. Cierta dosis de ingenuidad liberal y un gran esfuerzo publicitario por parte de académicos e institutos, generalmente contratados por el Departamento de Defensa, han tenido que combinarse en el proceso de «ajustar» conceptualmente la doctrina de «construcción nacional» a los requisitos básicos de la filosofía militar.

1. Inicialmente el proceso de «construcción nacional» se concibe como una tarea encaminada a fundamentar aquellas estructuras filosóficas, jurídicas, administrativas y políticas que permiten la auto-determinación de los procesos políticos y económicos. Su buen funcionamiento debe consolidarse dentro de un marco institucional, cuyas «reglas del juego» permitan el acuerdo entre los diversos actores, grupos o fuerzas participantes.⁴⁵ La relativa autonomía política del estado nacional requiere la existencia y control de hábitos y medios sociales de comunicación eficaces entre los diversos sectores

⁴⁵ Para una discusión pormenorizada del proceso de «nation-building»; véase: Karl W. Deutsch y William J. Foltz, eds. *Nation Building*, Atherton Press, New York, 1966, Carl I. Friedrich caracteriza la nación como un ente con: 1) «Independencia —sus asuntos no son dirigidos desde afuera—; 2) cohesión relativamente estable y bien afianzada; 3) organización política; provee medios administrativos, jurídicos y de poder que le permiten al gobierno un control positivo de los asuntos públicos; 4) autonomía en el sentido de que el gobierno posea el apoyo y consenso necesarios para mantener control; 5) legitimidad... que ayuda a mantener un alto nivel de lealtad hacia la nación... dándole gran permanencia», *ibid*, 11.

internos, así como entre éstos y los factores externos.⁴⁶ De ahí que, para que el proceso de «construcción nacional» ocurra se necesita cierto grado de desarrollo político —es decir, la institucionalización de procedimientos y organizaciones políticas—,⁴⁷ de coherencia legal-administrativa y de modernización económica y social: la condición óptima para impulsar y afianzar el estado nacional es aquella en la cual coexistan los procesos de movilización social⁴⁸ con los de organización e institucionalización política.⁴⁹

La evolución del concepto «construcción nacional» es tan confusa que ha facilitado que este haya sido utilizado como justificación de los programas militares de «acción cívica» y «contrainsurrección». En su primera etapa, los dos elementos constitutivos del proceso de «construcción nacional» —el de desarrollo político y el de modernización social y económica—, carecen de distinción conceptual, hasta el punto de perder toda validez empírica. Lucien Pye funde ambos elementos en una extraña amalgama operativa de dieciséis factores;⁵⁰ James Coleman y Gabriel Almond, en forma disciplinada, pero igualmente difusa, identifican el proceso de «desarrollo político» con las «variables patrón» parsoniano,⁵¹ Edward Shils simplemente concibe el proceso de «desarrollo» como la transición de estructuras tradicionales a estructuras modernas a las cuales define como todo aquello que se aproxime técnica, económica, política, social y psicológicamente a la democracia americana y a la experiencia de Europa Occidental;⁵² mientras que otros autores hacen una reducción al absurdo, al intentar una identificación operativa entre «construcción nacional» y el desarrollo de sistemas de transporte y comunicación.⁵³

⁴⁶ Véase: Friedrich, «Nation Building» en Deutsch y Foltz, *op. cit.*, pp. 27-32.

⁴⁷ Hemos seguido la línea sugerida por S. Huntington en «Political Development» *American Political Science Review*, LV, setiembre de 1961 (495).

⁴⁸ Véase: Karl W. Deutsch, «Social Mobilizations and Political Development», *American Political Science Review*, LV, setiembre de 1961 (495).

⁴⁹ Véase: Huntington, *op. cit.*

⁵⁰ Pye Lucian, *Communications and Political Development*, Princeton, 1963.

⁵¹ James S. Coleman, *The Politics of the Developing Areas*, G. A. Almond y Coleman (ed.), Princeton, 1960.

⁵² Véase: Eduard Shils, *Political Development in the New States*.

⁵³ «Multivariate Analysis of National Political Development», *ASR*, octubre de 1968, pp. 699-712.

28 Como observa Huntington, es obvio que los procesos de modernización social y económica afectan el desarrollo político.⁵⁴ El problema reside en la forma en que se han fundido ambos conceptos, generando un marco conceptual abstracto y difuso que impide la localización de hechos históricos y que a su vez genera una percepción unidimensional del proceso de desarrollo político. Debido a esto no es posible conceptualizar la posibilidad de que un proceso de modernización social y económica coexista con la regresión política. Esto quizá explique parcialmente la notoria ausencia de estudios sobre el decaimiento o destrucción sistemática de procedimientos e instituciones políticas que parece ocurrir intensamente en América Latina: desde el punto de vista de índices de participación y movilización política, de legitimidad y de autonomía económica y política en el ámbito internacional, el concepto de «destrucción nacional» parece más adecuado para explicar la historia política y económica latinoamericana de la década de 1960.

Pero, mientras que la forma difusa en que la ciencia política y la sociología norteamericanas tratan la teoría de la «construcción nacional» y «desarrollo político» pudo haber oscurecido la visión, y quizá inhibido el estudio del fenómeno más importante que están experimentando los países latinoamericanos, es innegable que ha contribuido a la homogenización conceptual del tercer mundo. Esto ha facilitado a África, Asia y América Latina el uso y la promoción de las mismas recetas administrativas y militares. No obstante, en Latinoamérica los factores políticos que la componen no son de reciente origen; han tenido sus fronteras definidas hace ya varios lustros, existen lealtades bien definidas hacia la nación, y en varios grados de eficiencia han existido —y existen todavía— servicios civiles al mismo tiempo que estructuras gubernamentales con cierto sentido de responsabilidad pública.

2. La segunda fase de la doctrina de la «construcción nacional» se inicia cuando el Acta de Seguridad Mutua de 1959, desde el punto de vista gubernamental, y Lucien Pye, desde la perspectiva académica,⁵⁵ deciden repentinamente que las fuerzas armadas de los países subdesarrollados son los instrumentos modernizantes por excelencia. Pero como dentro del marco teórico antes citado el proce-

⁵⁴ Huntington, *op. cit.*

⁵⁵ Pye Lucian, «Armies in the Process of Political Modernization», *Arch Europe Social*, 11, 1961, pp. 82-92.

so de modernización socioeconómica implica también la «modernización política», era inevitable —en el caso de América Latina— que sus establecimientos militares fueran paulatinamente trasmutando su misión de «defensores del hemisferio occidental» a «guardianes de la seguridad interna» y más recientemente a la de «constructores del estado nacional» («nation-builders») con la ayuda de los mentores del norte.

El Acta de Seguridad Mutua de 1959, primer documento que establece de forma oficial a las fuerzas armadas de los países subdesarrollados como los instrumentos principales de modernización económica y social, mantiene que «en lo posible debe estimularse... el uso de las fuerzas militares en países subdesarrollados —y amigos— para la construcción de obras públicas y otras actividades que ayuden al desarrollo económico».⁵⁶ Esta actitud fue generada por un estudio preparado por el Comité Draper que, pensando obviamente en las guerras de liberación nacional, había recomendado que «todas las agencias y funcionarios del gobierno deben estimular el uso de fuerzas militares extranjeras en países subdesarrollados, para lograr los objetivos del desarrollo económico».⁵⁷ De acuerdo con el comité —y recordando la experiencia del general Landsdale en las Filipinas—, el uso de las fuerzas armadas en estas labores ayudaría a combatir a los insurgentes comunistas. Estas recomendaciones fueron bien recibidas por el congreso, preocupado por los excesivos gastos militares y por los administradores militares, cuyos tradicionales argumentos sobre la amenaza extracontinental a la América Latina (que habían justificado el Programa de Asistencia Militar), fueron destruidos al iniciarse el desarrollo de armas nucleares y de cohetes intercontinentales de la Unión Soviética. Dentro de la nueva configuración estratégica militar definida por la tecnología nuclear y balística, el apoyo a los establecimientos militares latinoamericanos tuvo que justificarse de otra forma. Por otro lado, la Administración de Kennedy llegaba al poder con un gran interés en desarrollar la contrainsurrección.⁵⁸ Se inauguró entonces el primer centro especial de aprendizaje de tácticas contrainsurreccionarias y se crea-

⁵⁶ **Report of the President's Committee to Study the US Military Assistance**, vol. 1, Washington, 17 de agosto de 1959.

⁵⁷ **Ibid.**, p. 167.

⁵⁸ Morton H. Halperin, **Contemporary Military Strategy**, Little, Brown and Co., Boston, 1967, p. 54.

30 ron grupos de estudio y administración en los niveles más altos de la estructura gubernativa norteamericana: (ver p. 31)

Concebida primordialmente como un instrumento para prevenir la insurrección, la Alianza para el Progreso depositó su confianza en las nuevas generaciones de líderes militares latinoamericanos, quienes, según dijo el presidente Kennedy en el discurso inaugural del programa: «... han mostrado tener una clara conciencia de que las fuerzas armadas no solamente saben defender sus países, sino que también, por medio de sus cuerpos de ingenieros, pueden ayudar a construirlos.» Posteriormente el presidente Kennedy reiteró su endoso al liderazgo militar latinoamericano en su Mensaje Sobre la Ayuda Exterior de 1961, cuando expresó al Senado que,

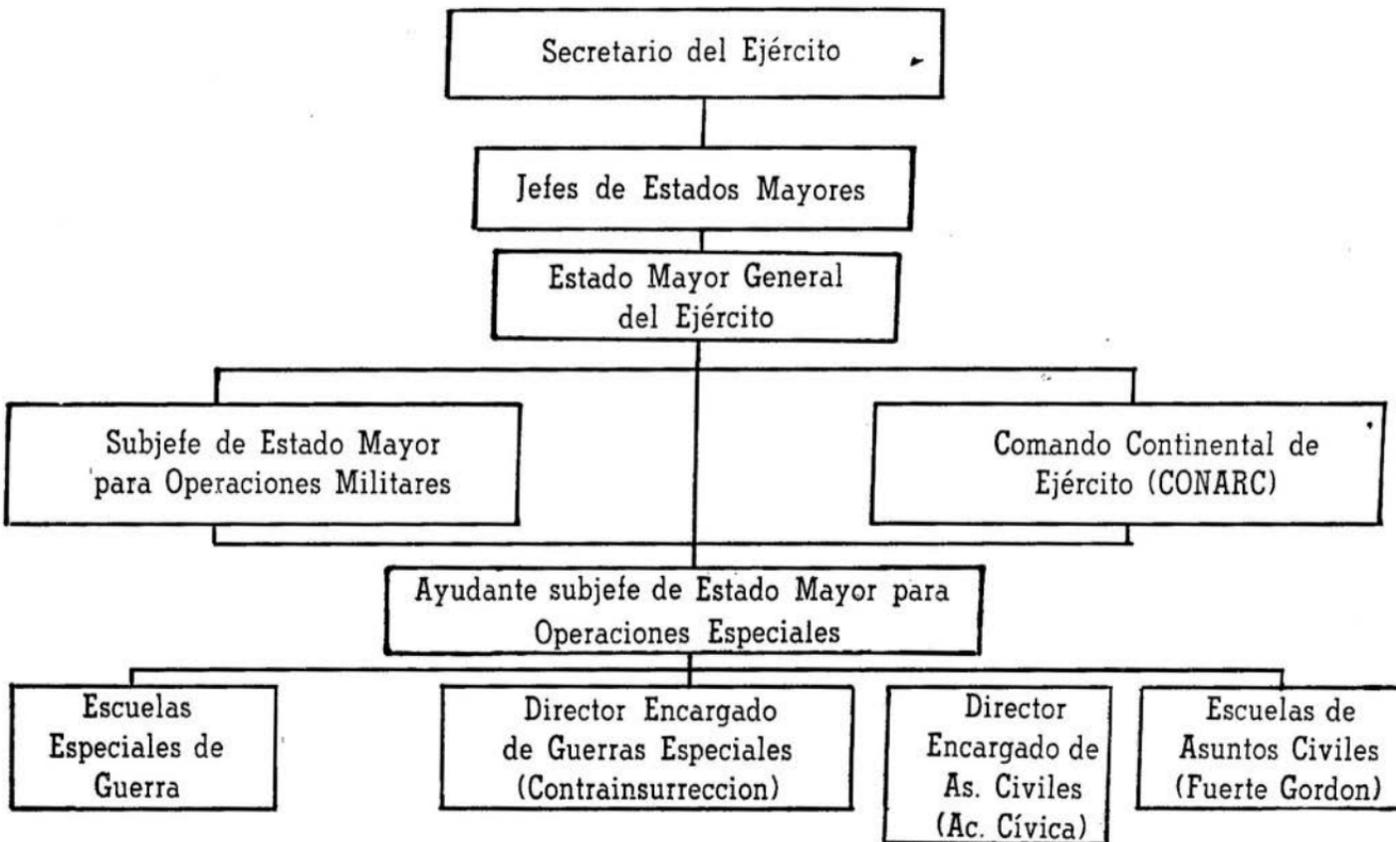
...hasta donde las condiciones de la seguridad mundial lo permitan, la asistencia militar enfatizará en lo futuro la seguridad interna, las obras públicas civiles y el desarrollo económico de las naciones recipientes de la ayuda.

La actitud favorable que la administración de Kennedy tuvo hacia los militares, se puede explicar parcialmente como respuesta tanto a la revolución cubana, como al aparente fracaso de las élites civiles en promover reformas económicas y sociales. Otro importante factor a considerar parece haber sido la opinión, que forma parte del «realismo» liberal, de que al orientar a los militares locales hacia los asuntos sociales y económicos, se lograría una redefinición de su sistema de valores, logrando así transformar o humanizar los aparatos militares, tradicionalmente considerados como los principales obstáculos del desarrollo económico, político y social de América Latina. A principios de 1960, por el contrario, el poder legislativo norteamericano,⁵⁹ administradores de los Departamentos de Estado y Defensa, las Agencias de Inteligencia,⁶⁰ y el mundo académico, aclamaban unánimemente a las fuerzas armadas al sur del Río Grande. Víctor Alba promovía el uso de los técnicos militares

⁵⁹ **Study Mission to South America**, noviembre-diciembre de 1961, US Senate, 87th Congress, Second Session, diciembre, no. 93. US Printing Office, Washington, 1962.

⁶⁰ Una serie de «proyectos» de licencias sociales se han llevado a cabo con este objeto. (v.gr: «Project Rols», que estudia el papel de las fuerzas armadas y sus cambios en la dinámica política interna; «Project Resettle» en Perú; «Project Simpático» en Colombia, que evalúa el efecto de los programas militares en las actitudes de la población local, etc.

MODELO ORGANIZATIVO PARA EL ENTRENAMIENTO EN CONTRAINSURRECCION Y ACCION CIVICA



32 en el proceso de desarrollo nacional;⁶¹ John Johnson describía la contribución civil de los militares latinoamericanos como un hecho de primera magnitud histórica;⁶² Robert Alexander sostenía que las fuerzas armadas latinoamericanas eran las campeonas del cambio revolucionario.⁶³ Tanto los directores de las Agencias de Inteligencia y administradores militares, como el Comandante C. F. Krickenber, se daban cuenta de la enorme potencialidad de los programas de «acción cívica» y «contrainsurrección», como canales por medio de los cuales se podría obtener información estratégica sobre las condiciones internas de los países subdesarrollados.⁶⁴

3. Con estos antecedentes conceptuales, administrativos y políticos, era inevitable que la doctrina de la «acción cívica» fuera adquiriendo la aureola mística típica de toda buena campaña de promoción de ventas. En el caso de la estrategia norteamericana hacia el mundo subdesarrollado, el programa se articuló para satisfacer a liberales, conservadores e independientes, ya que prometía:

- a) Aminorar las presiones revolucionarias en Africa, Asia y América Latina.⁶⁵

⁶¹ Víctor Alba, **El militarismo: ensayo sobre un fenómeno político-social iberoamericano**, Editorial Cultura, México, 1959, p. 91.

⁶² John J. Johnson, **The Military and Society in Latin America**, Stanford, University Press, Stanford, Calif., 1964, p. 254.

⁶³ Robert Alexander, **Today's Latin America**, Doubleday, New York, 1962, p. 182.

⁶⁴ De aquí que se continúen los esfuerzos por mejorar las técnicas de «debriefing» del personal de las misiones militares y supervisores de campo de los programas de Acción Cívica y contrainsurgencia. Véase apéndice. Véase también: González Rojas René, **Contribución de las fuerzas armadas al desarrollo económico: hacia una revisión de concepciones convenientes para los países subdesarrollados**, Editorial Universitaria, S. A., Santiago, Chile, 1965. Una traducción parcial de este documento ha sido llevada a cabo por la Defense Intelligence Agency (Traducción N. LN 138-65). En este documento el coronel González de la Fuerza Aérea chilena define el papel de las fuerzas armadas chilenas como un complejo de hombres y armas cuyo destino es proteger el desarrollo económico y los logros culturales del país. El libro es importante porque describe implícitamente las estrechas relaciones entre el personal militar norteamericano y el chileno. El caso de Chile es particularmente notorio, ya que en ese país se lleva a cabo el programa de asistencia militar mejor financiado de América Latina, después del de Brasil.

⁶⁵ Basados en los trabajos de Mao Tse Tung (por ejemplo, «Take Care of the Living Conditions of the Masses and Attend to the Methods of Work», vol. 1, **Selected Works**, Int-Publishers, New York, 1954, p. 147; «On the Protected War», vol. 11, **op. cit.**, pp. 204-5; «On Methods of Leadership», vol. IV, p. 113) y del general Vo Nguyen Giap (**People's War People's Army**, Foreign Languages Publ. House, Hanoi, 1961, pp. 32, 44-45, 56-57, 74-75, 77-78, 125-27, 140-44), entre otros, los doctrinarios de la «acción cívica» fundamentaron originalmente la capacidad contrainsurreccionaria del programa, en el razonamiento de que los movimientos revolucionarios surgen parcialmente a causa de frustraciones sociales y eco-

- c) Debilitar la competencia armamentista y los conflictos político-militares en dichas regiones
- ⁶⁷

nómicas. En consecuencia, se argumentó que para ser eficaz la contrainsurrección tendría que contribuir en cierta medida al proceso de modernización social y económica, minando así la base popular de los insurgentes. En términos militares, esto se traduciría en una reducción sustancial del personal guerrillero y de sus fuentes de información, armas y otros abastecimientos indispensables (véase: Griffith, brigadier general Samuel B., **Mao Tse Tung on Guerrilla Warfare**, Frederick A. Praeger, New York, 1961; Pustay, John S., **Counterinsurgency Warfare**, Free Press, New York, 1965).

⁶⁶ La segunda meta del programa fue generalizándose del campo social y económico al político. Según estos teóricos, los militares no sólo constituyen la élite mejor capacitada para llevar a cabo los programas de modernización social y económica, sino también para los de «modernización» política. Curiosamente se argumentaba que, al otorgar metas políticas, sociales y económicas, el ejército disminuiría su propensión a intervenir ilegítimamente en el proceso político. En consecuencia, la democracia y el gobierno civil saldrían fortalecidos. La literatura pública de la Rand reconoce ahora que las labores «no-militares», en efecto, aumentan la ambición política de los militares, y, en consecuencia, hay un incremento real de la influencia militar en el sistema político dado. (Véase: Edward B. Glick, **Peaceful Conflict: The Non-military Use of the Military**, Stackpole Books, Penn., 1967, pp. 184-85.) Sin embargo, se insiste en la continuación del programa porque éste no sólo lleva la civilización y la administración gubernamental a regiones remotas, sino que, en última instancia, no afecta las relaciones civiles y militares ya que estos últimos siempre tuvieron gran influencia política. (Véase: Glick, *op. cit.*). Los resultados siempre serían satisfactorios porque, como insiste Manning: «La 'acción cívica' a largo o corto plazo, tiende a promover la democracia. Al proveer educación, ayuda médica, consejo agrícola, higiene y acceso a los mercados... el soldado no sólo ayuda al desarrollo económico, sino también incrementa la madurez política del ciudadano común y su interés económico en el país.» (En Manning Hugh, **The Peaceful Uses of Military Forces**, Frederick A. Praeger, New York, 1967.)

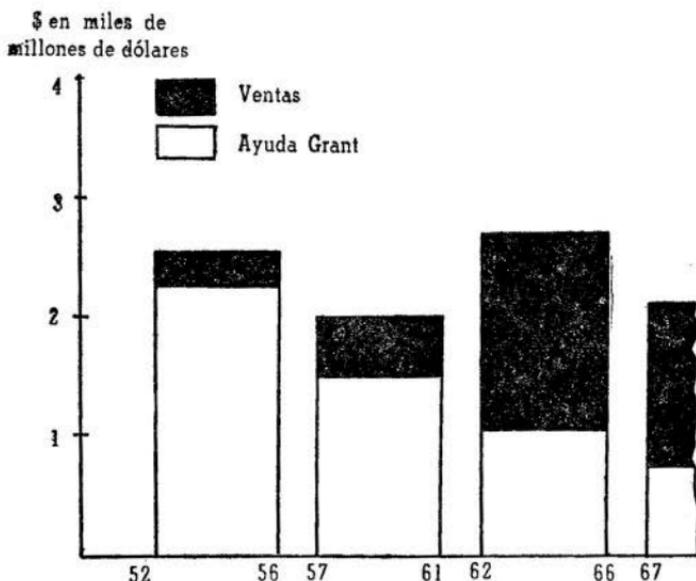
⁶⁷ Finalmente, la «acción cívica» promete disminuir las tensiones militares y las competencias armamentistas en los países subdesarrollados. En un trabajo preparado para la Systems Development Corporation, Edward B. Glick mantiene que la 'acción cívica' canaliza la atención, energías y disciplina y capacidades técnicas de los militares hacia los asuntos internos, disminuyendo, en consecuencia, las intrigas, guerras o competencias armamentistas regionales. (En «The Nonmilitary Use of the Latin-American Military. A More Realistic Approach to Arms Control and Economic Development», **Background**, vol., VIII, no. 3, noviembre de 1964, pp. 161-73. Los casos de Colombia, Guatemala, Brasil y Cuba son discutidos. Véase también: González Rojas René, **Contribución de las fuerzas armadas al desarrollo económico: hacia una revisión de conceptos convenientes para los países subdesarrollados**, *op. cit.*, pp. 11-145. El caso brasileño es discutido por el capitán John Child, «The 'New' Look, in the Military Assistance Program in Latin America». **Un published Technical Research Paper**, The American University, School of International Service, Fall, 1965, p. 9). Para un análisis de la importancia de la acción cívica como mecanismo por medio del cual los militares crean su propia «diplomacia», véase: Dyer, Murray, Hausrath, Alfred H., and Higgins, Gerald J., **The Developing Role of the Army in Civil Affairs**, Special Study, Technical Memorandum ORO-T-398; Bethesda, Md: Johns Hopkins University, Operations Research Office, junio de 1961.

LA DOCTRINA COMO SOLUCION ESTRATEGICA

La brecha entre la articulación pública del Programa de Asistencia Militar y los resultados de su implementación, se clarifica al considerar sus objetivos hegemónicos: 1) la promoción de ventas de armamentos; 2) la promoción del poder político de los aparatos militares locales; 3) su eficaz satelización técnica, económica, ideológica y organizativa.

1. El Departamento de Defensa conduce el programa de ventas de armamentos más extenso del planeta. Se estima que en los últimos veinticuatro⁶⁸ años ha vendido o donado cincuenta mil millones de dólares en armamentos. Desde 1962 la Sección Internacional de Negociaciones Logísticas ha logrado vender un promedio anual de dos mil millones de dólares:⁶⁹

EXPORTACIONES MILITARES NORTEAMERICANAS AYUDA GRANT Y VENTAS AÑOS FISCALES 1952-67. BASE: Períodos de 5 años



⁶⁸ Thayer, *op. cit.*, p. 38.

⁶⁹ «The Level of US Military Exports», *Foreign Military Sales, op. cit.*, Committee of Foreign Relations, US Senate, 1968, S3092.

El más cercano competidor del Departamento de Defensa en el negocio de armas es el grupo de naciones de Europa occidental, con ventas de 900 millones de dólares,⁷⁰ seguido inmediatamente después por el bloque socialista que, incluyendo a China, vende un promedio anual de 500 millones de dólares.⁷¹

El Departamento de Defensa ha estimado que durante el período entre 1965 y 1974, el mercado de armamentos del «mundo libre»,⁷² alcanzará la cifra de 100 mil millones de dólares.⁷³ Con el objeto de controlar más de tres cuartas partes del mismo, se han ajustado las estrategias, programas de adiestramiento y métodos organizativos del Programa de Asistencia Militar con el programa de ventas. El control de este mercado es importante porque no solo aumenta la influencia militar norteamericana, ya que al fin y al cabo su clientela queda dependiendo del nivel tecnológico, sino que también ayuda a mejorar la balanza de pagos, al mismo tiempo que se transforma en la fuente de ingresos más importante del Departamento de Defensa. No existe control efectivo y público alguno sobre este programa, ni de parte del congreso, ni de ninguna otra agencia o entidad gubernamental.⁷⁴ La campaña de promoción de ventas informaba a los diversos equipos de vendedores distribuidos por todos los continentes:

El Departamento de Defensa se ha embarcado en un intenso programa de ventas de asistencia militar. . . El éxito de esta empresa depende en gran parte de la eficacia en la promoción de ventas. . . Nuestra superioridad técnica, nuestros precios, disponibilidad y nuestra oferta de un continuo apoyo por medio de sistemas logísticos están generando la demanda de nuestra clientela internacional. En muchos casos las ventas militares se han facilitado substancialmente por medio de sistemas de pago a crédito a corto o a largo plazo.⁷⁵

⁷⁰ Gran Bretaña: 400 Millones; Francia: 400 millones; Alemania occidental, Bélgica, Suiza, Suecia, Canadá, Italia e Israel, entre otros, 100 millones. Thayer, *op. cit.*, p. 258.

⁷¹ Thayer, *op. cit.*, p. 325.

⁷² V. gr., bajo hegemonía política, económica o militar norteamericana.

⁷³ *NYT*, 19 de agosto de 1969, p. 14.

⁷⁴ Véase: *Arms Sales and Foreign Policy*, Staff Study Prepared for the Use of the Committee on Foreign Relations, United States Senate, 25 de enero de 1967. Ahí se concluye que «...neither the sales figures given by International Logistics Negotiations... nor even customs statistics would be able to give a full story of the extent of arms traffic for which the United States is responsible» (p. 5).

⁷⁵ Dept. of Defense: *Information and Guidance on Military Assistance, 1965-66*, en Thayer, *op. cit.*

36 El programa de ventas de armamentos se coordina con diversos elementos del Programa de Asistencia Militar. Por ejemplo, el esfuerzo educativo del Departamento de Defensa se dedica a adiestrar a grupos militares extranjeros con el propósito de demostrar los nuevos equipos a clientes potenciales. Por otro lado, una de las funciones más importantes de cada Grupo Consejero de la Asistencia Militar (MAAG), reside en la demostración del equipo a nivel local. Estas labores se coordinan con los grupos de vendedores regionales de la Sección Internacional de Negociaciones Logísticas.⁷⁶

Los comandos militares unificados (véanse pp. 19 y 21) funcionan también como consejeros de diversos niveles de tecnología militar para los grupos militares regionalizados como la OTAN, SEATO, el Consejo Interamericano de Defensa y el Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA).⁷⁷ Estos sistemas militares regionalizados realizan operaciones conjuntas que requieren sistemas técnicos más avanzados y complejos que las practicadas a nivel nacional. De este modo, proporcionan un medio adecuado para demostrar nuevos equipos aéreos y de comunicación electrónica.⁷⁸

El programa de ventas militares recibe la colaboración de entidades como el Departamento del Tesoro, el Departamento de Comercio, el Eximbank, y otros organismos financieros internacionales. Al First National City Bank y al Chase Manhattan Bank, les interesa participar en el oneroso tráfico de armamentos y, como al Departamento de Defensa, se preocupa de mantener una balanza de pagos favorable.⁷⁹

La energía producida por esta combinación de fuerzas burocráticas anula los esfuerzos de la Agencia para el Desarme y el Control de Armamentos del Departamento de Estado. Como expresara Nathan Rich, ejecutivo de la agencia, «es imposible adoptar posturas firmes

⁷⁶ «Hearings on Arms Sales to Near East and South Asia Countries», p. 58, en Thayer, *op. cit.*, p. 193.

⁷⁷ El CONDECA ha llevado intensas operaciones militares conjuntas con Estados Unidos. Recientemente ha adquirido un costoso y complejo sistema de telecomunicaciones regionales. Véase: CONDECA, **Foreign Assistance and Related Agencies Appropriations for 1969**. Declaraciones del almirante Heinz, parte 1, p. 653.

⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁹ Véase: «Foreign Military Sales», **Hearings Before the Committee on Foreign Relations**, US Senate, 90th Congress, Second Session, S3092; «Statement of Former Secretary of Defense Robert S. McNamara: Military Assistance and Military Sales», **Hearings on Military Posture**, H. R. Committee on Armed Services, 90th, 8494-97

respecto a la venta de armas. De hacerlo, nadie nos prestaría atención alguna».⁸⁰ Esta observación ha sido confirmada en un estudio preparado por el Comité de Asuntos Exteriores del Senado, donde se concluye que «a pesar de las estipulaciones establecidas por la ley, la Agencia para el Desarme y el Control de Armamentos no participa en las decisiones a alto nivel relacionadas con la venta de armas».⁸¹ Esta situación es común a otras agencias del Departamento de Estado. Los bajos niveles presupuestarios e informativos con que funcionan las coloca en una situación de desventaja e incluso de dependencia con respecto a agencias similares del Departamento de Defensa. Las oficinas regionales del Pentágono tienen tal abundancia presupuestaria, informativa y tecnológica, que han inhibido y absorbido las funciones de los llamados «Bufetes de Países» del Departamento de Estado. Así lo hizo notar el ex-embajador norteamericano en Chile, Ralph Dungan: «...el Departamento de Defensa es ahora el dueño ideológico de los "Bufetes de Países" del Departamento de Estado».⁸² Sin embargo, este departamento aún aparece como el responsable de la política exterior norteamericana, y le corresponde hacer frente a situaciones internacionales difíciles creadas por la prolífica venta de armas del Departamento de Defensa. Recordemos, por ejemplo, el repetido uso de tanques Sherman o Patton contra los palacios presidenciales latinoamericanos en golpes de estado generalmente dirigidos por coroneles o generales adiestrados en escuelas militares norteamericanas.⁸³ En el área del Cercano Oriente se han presentado múltiples ocasiones embarazosas, como cuando el Ministerio de Defensa de Pakistán movilizó su flota de tanques Patton contra la flota de tanques Sherman de la India. El gobierno pakistano transportaba sus tropas en aviones americanos Hércules C-130 B para

⁸⁰ Citado en Thayer, *op. cit.*, p. 193.

⁸¹ Foreign Relations Committee, US Senate Staff Study, *op. cit.*, p. 8.

⁸² Expresado por Dungan a Thayer, en Thayer, *op. cit.*, p. 200.

⁸³ Algunos oficiales adiestrados por el PAM que ahora ocupan una posición prominente en sus respectivos gobiernos militares incluyen a: general Aurelio Lyra Tavares de Brasil, Ministro de Guerra; general Fidel Sánchez Hernández, presidente de El Salvador; general Anastasio Somoza Debayle, presidente de Nivaragua; brigadier general Omar Torrijos de Panamá; mayor general Juan Velasco Alvarado, presidente de Perú; brigadier general Edgardo Mercado Jarrín, ministro de Relaciones Exteriores de Perú, etc. Véase: **United States Military Policies and Programs in Latin America**. Hearings before the Subcommittee on Western Hemisphere Affairs, of the Committee on Foreign Relations, US Senate, 91 st Congress, First Session, 24 de julio de 1969, p. 82.

38 que lucharan contra las tropas hindúes, trasportadas en aviones americanos O-0119 y C-47.⁸⁴

Casos similiares en la historia reciente de América Central muestran que ni la Agencia para el Desarme y el Control de Armamentos, ni la Agencia para el Control de Municiones (ambas del Departamento de Estado), pueden regular las actividades de corporaciones privadas dedicadas al negocio de armamentos. Así, por ejemplo, la Armco Corporation —ahora Interarms Corporation— dirigida por el hábil exagente de la Agencia Central de Inteligencia Samuel Cummings, inició sus extraordinarios negocios con la colaboración inicial del brigadier general Bolívar Vallarino, jefe de la Guardia Nacional Panameña. En 1955 la Interarms le vendió pistolas italianas Beretta y submetralladoras dinamarquesas Madsen a Anastasio Somoza, quien adiestraba y equipaba a un grupo de exilados costarricenses bajo la dirección del expresidente Rafael Angel Calderón Guardia. Este grupo invadió el territorio nacional para derrocar al gobierno constitucional de José Figueres Ferrer. Las fuerzas al mando de Figueres derrotaron la invasión con dos mil M-1 Garands, mil ametralladoras Browning calibre 30, y dos millones de municiones, también compradas a la Interarms Corporation.⁸⁵ En la reciente batalla entre los aparatos militares del Salvador y Honduras, las armas empleadas provenían de la misma fuente. A raíz de este incidente, los agentes nacionales y extranjeros de la Interarms presentan una seria competencia a los grupos de consejeros militares y miembros de las misiones militares norteamericanas en la oferta y venta de armamentos. El conflicto parece haber estimulado la demanda en el mercado interamericano.⁸⁶

⁸⁴ G. Thayer, *op. cit.*, p. 201-03.

⁸⁵ John Kobler, «The Man with the Crocodile Briefcase», *Saturday Evening Post*, 24 de marzo de 1962. Cuando el senado trató de investigar esta transacción se le notificó que la Oficina de Control de Municiones ya había destruido los archivos.

⁸⁶ El brigadier general Vallarino, miembro de la junta militar panameña, inició dos meses antes de la «guerra» centroamericana continuas incursiones en territorio costarricense, provocando serias escaramuzas en la zona sur. Debido a que Vallarino es comisionista de la Interarms, sus actividades han sido sospechadas por grupos nacionales de Costa Rica. El gobierno de San José se decidió por no aumentar el presupuesto de la Guardia Civil como insistentemente le han aconsejado Guatemala, Nicaragua y Panamá. De aquí que Mr. Cummings expresara al *New York Times* que «el único país Latinoamericano inteligente en el negocio de la compra de armas es Costa Rica». (*NYT*, 18 de agosto de 1969.)

Las tensiones regionales parecen ser útiles a la Interarms Corporation o a la Sección Logística de Seguridad y Negociaciones, ya que promueven la venta de armamentos.

Los niveles de compras de armas están estrechamente vinculados a la existencia de cierto nivel controlable de intrigas e inestabilidad regional. Es natural entonces, que la Agencia de Proyectos de Investigaciones Avanzadas (Advanced Research Projects Agency, ARPA), uno de los cuerpos burocráticos mejor financiados del Departamento de Defensa, divida sus labores como consejero técnico de los países subdesarrollados para la adquisición de armamentos⁸⁷ por un lado, y, por otro, como investigador de aquellos conflictos aceptables para Estados Unidos en áreas remotas.⁸⁸

Veinte proyectos de la generación ARPA/AGILE, que se realizan, actualmente han sido clasificados en forma tal, que no se permite ni el título ni su descripción.⁸⁹

El Programa de Asistencia Militar es, como consecuencia, uno de los factores que más visiblemente contribuyen a la competencia armamentista. Los datos disponibles —a escala global— indican el impacto negativo que los gastos militares le ocasionan a las economías de los países subdesarrollados: (ver p. 40).

En los países subdesarrollados el problema es más grave no sólo porque los gastos continúan creciendo en forma desproporcionada respecto a los modestos avances del PNB (producto nacional bruto), sino porque agotan las reservas monetarias necesarias para promover el desarrollo económico.⁹⁰

⁸⁷ Thayer, *op. cit.*, p. 194.

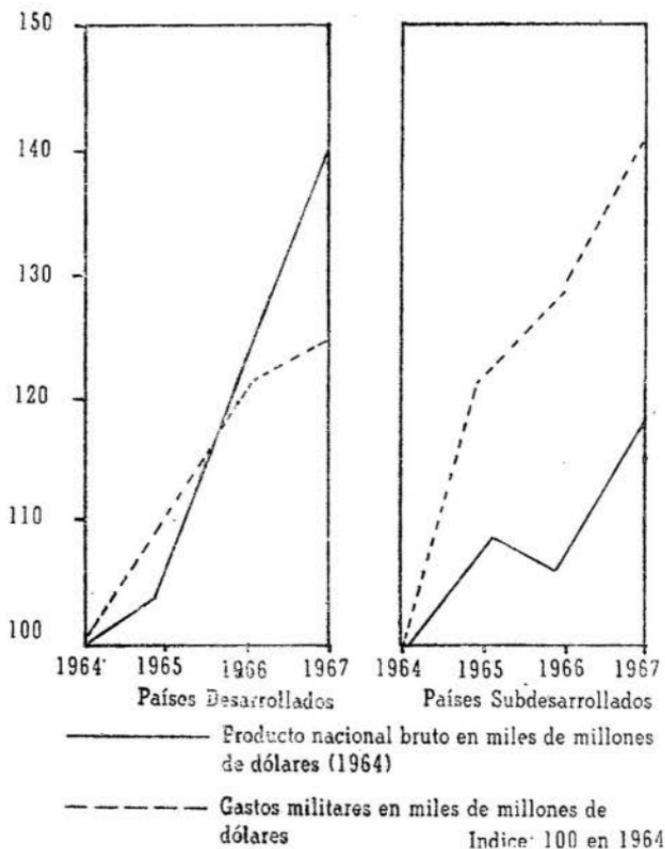
⁸⁸ Michael Klare, *The University-Military Complex: A Directory and Related Documents*, The North American Congress on Latin America, New York, 1969, p. 48. Otros estudios financiados por ARPA:

Atlantic Research Corp.
Georgetown Research
Project, Alexandria, Va.

Remote Area Conflict ARPA/Agile 64-66: A Depth Study of Castro-Communist Operations and Insurgency Potential in Guatemala (1965); A Depth Study of Hans Weigert contemporary Insurgency and Counterinsurgency Operations in Perú, Ecuador, and Bolivia (1964); Internal Security Forces in Venezuela (1965); Insurgency and Counterinsurgency Developments in Venezuela; *ibid* in Colombia (1965) en Michael Klare, *op. cit.*, p. 43.

⁸⁹ Véase: apéndice 1, p. S4421, por ejemplo.

⁹⁰ Véase: Archibald S. Alexander, «The Cost of World Armaments», *Scientific American*, vol. 221, no. 4, octubre de 1969, pp. 21-27.



En el caso de América Latina es difícil estimar el efecto que las ventas de armamentos norteamericanos pueda tener en la deuda exterior. Esto se debe, en parte, a la forma en que el Departamento de Defensa vende sus equipos militares. Los mecanismos empleados incluyen la venta directa por parte de corporaciones privadas norteamericanas a gobiernos extranjeros, la venta de corporaciones privadas a través de alguna agencia gubernamental norteamericana o la venta directa entre gobiernos.⁹¹ Uno de los métodos favoritos es la venta de «licencias» industriales norteamericanas, generalmente a industrias europeas. La variedad de métodos dificulta la recopilación de datos. Por ejemplo, los F-56 que el gobierno venezolano compró a la República Federal Alemana en 1966, fueron manufac-

⁹¹ Véase: *Arms Sales and Foreign Policy: Staff Study*, op. cit.

turados por industrias «italianas» que funcionan con «licencias» norteamericanas.⁹² Sin embargo, las cifras disponibles permiten estimar en forma conservadora que sólo en la adquisición de equipos los aparatos militares latinoamericanos obtienen créditos por más de 125 millones de dólares anuales.⁹³ Esta situación es grave si se tiene en cuenta que, de acuerdo con el Comité de Asistencia para el Desarrollo, «las deudas exteriores de la mayoría de los países subdesarrollados han aumentado en un porcentaje promedio más alto que los índices de exportación de bienes y servicios, el PNB (Producto Bruto Nacional) o los ahorros».⁹⁴ Según cálculos del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso (CIAP): «La deuda externa y el pago de intereses y otros servicios es responsable de las dos terceras partes del déficit en la balanza de pagos».⁹⁵

Debido a que la venta de armamentos a los países subdesarrollados no representa una ganancia económica vital para Estados Unidos —ya que en términos generales representan más bien una ventaja

⁹² *Ibid.*, p. 3.

⁹³ *Ibid.*, p. 5. Es importante notar que el potencial total de crédito para ventas militares en el año de 1968 fue de 554,7 millones de dólares. El Departamento de Defensa tiene autorización a vender \$3 por cada dólar financiado. La mayoría de las ventas al crédito se llevan a cabo con países subdesarrollados:

The authority of the Department of Defense to guarantee military loans made by the Export-Import Bank (Eximbank) would permit the following estimated maximum credits sales for fiscal year 1968 (in millions of dollars):

NOA from MAP appropriations.	\$ 20	Military Sales financed directly	
Funds from country repayments	55	by DOD	\$ 72.3
Recoupments and Adjustments.	45	Military sales facilitated by DOD	
Total funds available to DOD	120	guarantees	190.0
		Military sales financed by Exim-	
		banks W/\$ DOD	292.4
			<hr/>
Funds used for new direct financing	72.3	Potencial Total Credit sales-FY	
Funds used to guarantee Exim-		1968	554.7
bank	47.7		
Total funds used	120.0		

Fuente: Foreign Assistance and Related Agencies Appropriations for 1969. Hearings before a Subcommittee of the Committee on Appropriations, House of Representatives 90 th Congress, parte 1, p. 475.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 10.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 10.

42 modesta en la balanza de pagos—⁹⁶ debemos concluir, con los investigadores del Comité de Asuntos externos del Senado, que,

...la presente política en la venta de armas en áreas subdesarrolladas debe estar fundamentada en otras consideraciones, tales como nuestras continuas influencias en el desarrollo de las élites militares locales, o en nuestro interés en ayudar a los países recipientes a resistir agresiones externas.⁹⁷

La función que los aparatos militares latinoamericanos pudieran tener en la defensa del hemisferio occidental es mínima, aún suponiendo que existieran amenazas extracontinentales. La ausencia de las mismas ha sido oficialmente reconocida: «Respecto a la América Latina —expresó el secretario McNamara— en los últimos siete años hemos ajustado cuidadosamente nuestra política militar a la naturaleza y dimensiones de la amenaza real. Nuestras estrategias ahora reconocen explícitamente las pocas probabilidades de un ataque convencional dirigido contra cualquiera de las naciones americanas desde fronteras extrahemisféricas.»⁹⁸ Debe concluirse que, en el caso de América Latina, los objetivos del programa están encaminados a influir en el desarrollo de las élites militares locales incrementando por un lado su capacidad para controlar su ambiente político, al mismo tiempo que se establece una relación de dependencia entre aquellos y la nación «donante».⁹⁹

Otros factores, además de los ya citados, hacen disminuir considerablemente la «credibilidad» de la doctrina de la «construcción nacional». Los «tanques pensantes» del Departamento de Defensa han

⁹⁶ Por ejemplo, «durante los años fiscales 1962-1966 Estados Unidos tuvo compromisos oficiales y órdenes para adquisición de armamentos por parte de otras naciones por aproximadamente 11,1 billones de dólares. Del total, 9,85 billones fueron adquiridos por los países desarrollados en Europa y Asia. Es decir, 88% del total. Europa adquirió 8,7 billones. Es difícil determinar, sin embargo la cantidad de este equipo que eventualmente es revendido a los países subdesarrollados. En el área latinoamericana Argentina, Brasil y Venezuela han sido los más notorios clientes» (*ibid.*, p. 5).

⁹⁷ *Ibid.*,

⁹⁸ Hearings on Military Posture, *op. cit.*, p. 8490.

⁹⁹ La «reorientación» estratégica de que habla McNamara está dirigida a aumentar la capacidad militar para controlar su ambiente político ya que estimula las fuerzas para la «seguridad interna». McNamara expresó esta idea al Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Diputados diciendo: «El reconocimiento de la ausencia de amenazas externas en este hemisferio nos ha ayudado a reorientar las energías de los signatarios del Tratado de Río de Janeiro hacia los problemas comunes de la insurrección armada.» (Fuente: *ibid.*).

iniciado un esfuerzo evaluativo de la función «modernizante» de los programas de «acción cívica» desde la perspectiva militar. Como resultado, empiezan a reconocer que esas tareas, aun dentro de los objetivos publicitarios que las justifican, podrían minar seriamente los esfuerzos del Programa de Asistencia Militar para mantener la seguridad interna. Así, por ejemplo, se argumenta que la construcción de caminos por parte del ejército local a remotas aldeas podría elevar el nivel de información indígena sobre el mundo exterior, provocando, en consecuencia, la inestabilidad en las estructuras tradicionales. Se teme que los avances acelerados en la modernización económica y social puedan debilitar la estabilidad de instituciones tradicionales antes de que hayan surgido sustitutos adecuados. Por eso, la fuerza aérea, la marina y el ejército norteamericanos muestran gran interés en medir el cambio social en los países subdesarrollados para determinar los niveles de modernización social y económica aceptables desde el punto de vista militar. Se han situado fondos para contratar los servicios de eminentes científicos sociales con el propósito de determinar las implicaciones que las diversas estrategias de modernización socioeconómica podrían tener en la planificación militar.¹⁰⁰ La conclusión de Charles Wolff, de la Rand Corporation es que:

Mientras las condiciones económicas en general progresan, los esfuerzos para su realización se pueden traducir en un deterioro de las condiciones de vida de un número considerable de individuos, quienes, en consecuencia, tienden a transformarse en material propicio para la subversión. . . El resultado puede ser que el uso de fuerzas policíacas y militares se dificulte. En otras palabras, la eficacia, en términos de seguridad interna y de estabilidad de un programa militar dado, puede reducirse en virtud del desarrollo económico.

¹⁰⁰ Organización	Título del Proyecto/Agencia que contrató/ Número de Contrato/Costo/Período/Clasificación.	Principal Investigador
Harvard University	Measuring Social Change in Developing Countries/US Air Force/\$33 000/67-68.	Aler Inkelem
	Implications of Comparative National Development for Military Planning/Air Force Organization of Social Research/AFOSR-227-66/\$95 000 FY 66.	Seymour Lipset

44 2. El Programa de Asistencia Militar es intervencionista, ya que su ayuda técnica, económica e ideológica no está encaminada a mejorar las defensas nacionales contra potenciales enemigos externos, sino precisamente a crear y luego movilizar, fuerzas militares y paramilitares locales que controlen el descontento de la población local. Los programas de «acción cívica» han situado a las fuerzas armadas como intermediarios entre la población local y su gobierno, consolidándolas política e ideológicamente en su propio sistema político. En Bolivia,¹⁰² Guatemala,¹⁰³ El Salvador,¹⁰⁴ Hon-

	USAF/AFOSR- 1:205-67/\$97 947/66-68. Emergent Leaders in Developing Nations/	Seymour Lipset
University of California Berkeley, Cal.	The Politics of Modernization Implications for Military Planning/AFOSR/AFOSR-758- 65 \$98 191/FY 66.	David Apter
University of Chicago, Chicago	Political Development and Modernization in Latin America/AFOSR/\$64 000/64-67.	Leonard Binder
	Studies in Military Sociology/Army Research Office (ARO) (subcontract from the Amer- ican University Center for Research in Social Systems) /65—/Reports: Public Order and the Military in Africa, by Henry Eisan (1967); Political Development and the Role of the Military in Modern Egypt, by Lon Cantori (1967).	Morris Janowitz
Princeton Univ., Center for International Studies, Princeton, N.J.	The social Bases of Stable Political Systems/ Office of Naval Research (ONR). Group Psychology Branch/Contract - 1858 (54) /\$232 000/66-68.	Harry Eckstein

Fuente: B. Klars, **The University-Military Complex: A Directory and Related Documents, op. cit.**, pp. 42-51. (Entre otros.)

¹⁰¹ Wolff Charles, **United States Policy and The Third World, op. cit.**, pp. 40-41.

¹⁰² Véase: Child, John, «The 'New Look' in the M.A.P. in Latin American», **op. cit.**, pp. 11, 19 y 25; «Civic Action in Bolivia, Program of the Armed Forces in Cooperation with US Armed Forces in AID, Within the Alliance for Progress» **Peruvian Times**, XXV, no. 1280, 2 de julio de 1965, p. 5; Erickson, Edwin E., et al, **US Army Area Handbook for Bolivia**, The American University, Foreign Areas Studies Division, Washington DC, 1963; Lasdale, BrigGen Edward G., «Las fuerzas armadas de Bolivia», **Las fuerzas armadas de Bolivia en acción cívica**, La Paz, Bolivia, 1964; Patch, Richard W., «Bolivia: The Restrained Revolución», **The Annals of the American Academy of Political and Social Science**, CCCXXX, marzo de 1961, pp. 123-32; W. H. Brill, **Military Civic Action in Bolivia, U.M./65**, pp. 27-32.

¹⁰³ Véase: Abundio, Maldonado F., «Acción cívica del ejército de Guatemala», **Acción Cívica**, Ministerio de Defensa, Guatemala, 1962; O'Leary, Jeremiah, «Reds Scare Guatemala City Despite Losses in Interior», **The Evening Star**, Washington DC, 14 de diciembre de 1966, p. A16.

¹⁰⁴ Hanning, Hugh, **op. cit.**

duras,¹⁰⁵ Panamá,¹⁰⁶ Ecuador¹⁰⁷ y Brasil,¹⁰⁸ la «acción cívica» ha tenido el efecto político esperado: no sólo contribuyó a debilitar la autoridad civil, sino que también motivó e impulsó el surgimiento de líderes militares. El caso boliviano es interesante porque en ese país la «acción cívica» desempeñó un papel directo y explícito en la reorganización de las fuerzas armadas que, después de la revolución de 1952, habían quedado en estado de desorden y desmoralización. El programa se invocó luego para argumentar a favor de tratados militares bilaterales entre Bolivia y Estados Unidos, y finalmente, resultó ser una buena plataforma política para la carrera del general René Barrientos.¹⁰⁹

Del estudio de la Douglas Aircraft Corporation se desprende que al formular estos programas militares, los estrategas siempre tuvieron presente la intensificación de la intervención militar. Sobre todo porque debían aplicarse a grupos militares que han mostrado históricamente una débil actitud frente a la autoridad civil. En consecuencia se esperaba que los programas aumentarían la habilidad de las fuerzas armadas para comportarse en forma autónoma. (Con la sanción hegemónica norteamericana se han provisto mecanismos que aumentan la autonomía militar.)

¹⁰⁵ Child, John, *op. cit.*

¹⁰⁶ Natanson, George, «US Panama Tension Eases Under 'Operation Friendship,' », *The Washington Post*, 17 de agosto de 1963, p. A19.

¹⁰⁷ **Civic Action Plan for Ecuador**, Washington DC, Department of the Army, 1962.

¹⁰⁸ Child, John, *op. cit.*, p. 9; Hanning, Hugh, *op. cit.*, pp. 3-48. En relación a Colombia véase: Barrera Rueda, Oscar Leonel, «Acción psicológica en apoyo de operaciones contraguerrilleras», *Revista de las Fuerzas Armadas*, X, no. 30, enero-febrero de 1965; Díaz Valerrama Maj Efraín, «¿Se justifica la acción cívica?», *Revista del Ejército* 111, enero de 1963, p. 484; Legters, Lyman H. et al, **US Army Area Handbook for Colombia**, Washington DC, The American University SORO, 1961, especialmente pp. 545-46; Novitski, Joseph, «Colombia Acts to Curb Guerrillas», *The Washington Post*, 21 de mayo de 1946, p. D7; Nusbaum (Lt. Col.) Keith C., «Bandidos», *Military Review*, XLIII, julio de 1963, pp. 20-25; Vázquez, Alvaro, «Combining All Forms of Revolutionary Struggle in Colombia», *World Marxist Review*, IX, no. 4, abril de 1966, pp. 32-34. En relación a la República Dominicana, véase: «Acción cívica en las fuerzas armadas», *Fuerzas Armadas*, República Dominicana, XVII, no. 144, agosto-setiembre de 1966, pp. 23-32; Kimartin, (1st Lt.) Robert C., «Indoctrination of Santo Domingo», *Marine Corps Gazette*, VII, diciembre de 1922; Lane (Col) Rufus H., «Civil Government in Santo Domingo in the Early Days of Days of the Military Occupation», *Marine Corps Gazette*, VII, junio de 1922, pp. 127-46. Estos trabajos son de importancia porque dejan entrever la proyección histórica de la ocupación militar norteamericana en América Latina, por medio del programa de Asistencia Militar.

¹⁰⁹ Brill, *op. cit.*, pp. 27-32.

46 La participación del PAM (Programa de Asistencia Militar, en el desarrollo de una de las instituciones Latinoamericanas más poderosas, es vital para los intereses metropolitanos. Por medio de los militares locales se interviene efectivamente en la dinámica de la política interna. El general Andrew O'Meara, comandante de las Fuerzas Norteamericanas en América Latina, reconoció ya desde 1962, ante el Comité de Asuntos Externos de la Cámara de Representantes que:

(Los aparatos militares latinoamericanos) constituyen una poderosa fuerza que tiene, y continuará teniendo, una gran influencia en el futuro de muchos de los países al sur de nuestras fronteras. Así como es importante que Estados Unidos apoye e influencie el curso del desarrollo económico y social en América Latina, del mismo modo nos interesa apoyar e influir el curso del desarrollo militar.¹¹⁰

Desde 1960, el PAM ha ligado el concepto «acción cívica» con el de «modernización» social y económica. Esta connotación tiene ahora implicaciones negativas ya que lo que se enfatiza es «la seguridad interna». En consecuencia se ha optado por usar el término «construcción nacional». Para el Estado Mayor norteamericano, la «construcción nacional» consiste en una sistemática ofensiva militar contra otras instituciones —generalmente civiles— que compiten con los militares en los sistemas políticos internos. El esfuerzo va dirigido a sustituirlas por medio de una fusión de élites militares y técnicas, dentro de un marco político controlado totalmente por las fuerzas armadas. Los establecimientos militares latinoamericanos, desde la perspectiva del Departamento de Defensa, cuentan con posibilidades institucionales, administrativas y técnicas lo suficientemente desarrolladas como para emprender satisfactoriamente esta tarea. Como sugirió el coronel W. R. Warm, excomandante de la Escuela de Asuntos civiles del Ejército norteamericano (Fte. Gordon),

...los aparatos militares de los países subdesarrollados poseen capacidades latentes para el desarrollo interno de un valor quizá más intenso que sus capacidades reales para hacerle frente a las amenazas externas. Estos establecimientos militares han adiestrado administradores, especialistas técnicos, y cuentan con una fuerza de trabajo en reserva bien disciplinada. Tienen, además, medios de transporte, de ingeniería, equipos de comunicación, todo tipo de herramientas, arsenales y suministros, y el control del terri-

¹¹⁰ US Congress, House Committee on Foreign Affairs, **Hearings Foreign Assistance Act of 1963**, 88th Congress, First Session, 1963, p. 914.

En su discurso a la Octava Conferencia de Ejércitos Americanos, celebrada en Río de Janeiro en setiembre de 1968, el general William Westmoreland informó a sus colegas sobre la explícita dimensión político-institucional, de la «construcción nacional»:

«Construcción nacional» equivale, en esencia, a combatir la insurrección. . . «Construcción nacional» son todas aquellas medidas y acciones que desarrollan una estructura social en la cual la población trabaja al unísono para lograr fines comunes.

Las fuerzas militares, paramilitares y policíacas (regulares y de inteligencia) definen los límites de la estructura social. Ellas proveen el marco de referencia dentro del cual se realiza la «construcción nacional». En consecuencia, siguió diciendo Westmoreland:

Aunque el proceso de «construcción nacional» pareciera referirse a una función de instituciones civiles, nuestra experiencia nos ha enseñado que las fuerzas armadas —**las nuestras** y aquellas de la nación que tratamos de ayudar— deben llevar a cabo frecuentemente el papel principal, y usar su equipo y capacidades para ayudar al pueblo y «ayudarse a sí mismas».

De acuerdo con su experiencia en Viet Nam del Sur, todo acto de «construcción nacional» debe llevarse a cabo bajo el lema de «moverse, disparar y comunicar».

Naturalmente, el proceso hemisférico de «construcción nacional» ha coincidido con un deterioro masivo de instituciones y procedimientos políticos y jurídicos, y con una notoria incapacidad de las fuerzas armadas para proveer mecanismos institucionales adecuados para resolver conflictos y/o la circulación de élites. En Brasil y Argentina, tanto los partidos políticos como los otros medios institucionales utilizados para expresar tensiones y demandas sectoriales (sindicatos obreros y ligas campesinas), han sido sistemáticamente desmantelados. Se ha entronizado el mando arbitrario e ilegítimo, y los problemas de población urbana, analfabetismo, ingreso per cápita y «modernización» política, etc., se han convertido en puros ejercicios estadísticos intrascendentes.

En esos dos países, las fuerzas armadas han asumido todas las funciones ejecutivas, legislativas y judiciales a todos los niveles. El

48 aparato militar argentino, por añadidura,¹¹¹ intervino de modo masivo en el sistema universitario, infringiendo, en las palabras de James Rowe, «un daño quizá irreparable al mayor y más prometedor cuerpo universitario latinoamericano».¹¹² (A los estudiosos del «drenaje de cerebros» argentino, tal vez les interesaría investigar si en ese país existe una correlación negativa entre la contribución de especialistas no militares —y altamente capacitados— al proceso de «construcción nacional» con la autonomía del aparato militar.)¹¹³

3. El Programa de Asistencia Militar se traduce en una disminución de los niveles de institucionalización de procedimientos y organizaciones políticas y de legitimidad interna. El programa está orientado para estructurar los mecanismos que restringen y moderan el impacto de los factores internos y externos en el proceso de decisiones políticas. Las élites militares locales, por otro lado, han mostrado una notoria incapacidad para institucionalizar los procedimientos políticos mediante un partido o sistema de partidos políticos. Deben, en consecuencia, aumentar su capacidad represiva para mantener la inestabilidad política y la ilegitimidad que generan. Esta capacidad represiva se obtiene de fuentes externas que proveen adiestramiento, equipo y «legitimidad».¹¹⁴

¹¹¹ En esta política las fuerzas armadas brasileñas parecen seguir de cerca el ejemplo sentado al sur de sus fronteras.

¹¹² JVR, 8-66, p. 7.

¹¹³ Las fuerzas armadas argentinas han mostrado hostilidad al cuerpo de estudiantes y de profesores universitarios, incluyendo aquellos dedicados a estudios e investigaciones en el área de ciencias puras y aun astronomía. El deseo es monopolizar la actividad científica y tecnológica del país en institutos controlados por las fuerzas armadas. En tal sentido, el Departamento de Defensa Norteamericano ha colaborado estimulando al Consejo Nacional de Investigaciones, bajo dirección militar argentina con lucrativos contratos de investigación.

US. Air Force	Consejo Nacional de Invest. Cient.	X-ray Spectrometry of Galactic Sources from S.G. Hemisphere	\$24 000 (abril de 1969) AFSR-1592-68
US. Air Force	Consejo Nacional de Invest. Cient.	Ultrastructure and function in Cathacollamine containing Systems.	\$65 000 (junio de 1969) AFSR-O963 67A
US. Air Force	Consejo Nacional de Invest. Cient.	Molecular Mechanisms of Steroids Action on respiratory Systems.	\$16 000 (oct. de 1969) AF-AFOSR-68-1395

Fuente: **Congressional Record-Senate.**

¹¹⁴ I. L. Horowitz, «The Norm of Illegitimacy», *op. cit.*

Desde la perspectiva y evaluación imperial, mantener bajos niveles nacionales de institucionalización política es eficaz. Esta situación acelera y robustece la dependencia del aparato militar local de los recursos exteriores de poder. Esto implica el proceso antes descrito en el cual el ejército local funciona como la fuente creadora de crisis, que usualmente resuelve por medios altamente represivos.¹¹⁵ Estos, a su vez, transforman en fuentes generadoras de niveles más agudos de inestabilidad.

El vacío institucional creado por las fuerzas armadas impone la definición de una política nacional que en última instancia se resuelve dentro de la dinámica de poder interna del aparato militar. Como quiera que no se logra establecer procedimientos legítimos ni siquiera para la circulación de élites, es probable que se continúen creando instrumentos «electorales» transitorios, limitados a oficializar el status político nacional, que proviene del seno de las fuerzas armadas. Estos procesos son esporádicos y están determinados por un complejo de intrigas, conspiraciones y contraconspiraciones, y otras catástrofes orgánicas y mecánicas que, como accidentes aéreos y perturbaciones del sistema nervioso, lleguen a desempeñar un importante papel en la circulación de las élites militares latinoamericanas.

Paralelamente con este proceso, las investigaciones sociales y psicológicas del Departamento de Defensa han pasado del énfasis en el estudio de partidos políticos, sindicatos obreros y sistemas políticos nacionales, a investigaciones sobre la dinámica sicosocial y política de los aparatos militares extranjeros (véase apéndice No. 1).

La Rand, por ejemplo, lleva a cabo un análisis de los establecimientos militares latinoamericanos y de la forma en que diversos ambientes internacionales condicionan sus «roles» domésticos y sus «relaciones externas» (S4422); el Dr. D. Spencer, de Howard University, en contrato con la fuerza aérea (FA) estudia las pautas de cooperación y conflicto que surgen entre el personal norteamericano y los militares locales en los procesos de adiestramiento y de transferencia de tecnología militar (S4420); el Dr. A. Frances de la Universidad Católica de Washington, investiga para la FA la forma en que individuos o grupos, incluyendo la población local, sus líderes y organizaciones militares, ante la presencia de amenazas inhe-

¹¹⁵ Véase apéndice no. («Subversao Sera Punida Agora Com Fízilamento», *Tribuna de Impresa*, Río de Janeiro, 29 de setiembre de 1969, p. 3.)

50 rentes a la guerra aérea y otros peligros inminentes (S4420); el Dr. B. Wege, de Tufts University, trata de implementar sistemas de adiestramiento más sensitivos, para establecer un complejo interactivo más eficaz con el personal militar extranjero; el Centro para Investigaciones y Estudios de Sistemas Sociales (CRESS), entre otras actividades y proyectos: Ejército: a) analiza los factores tácticos y estratégicos implícitos en los procesos de defensa interna y de desarrollo; b) realiza un estudio de las operaciones civiles, paramilitares y político-militares relativa a la defensa interna en otros países; c) trata de determinar la capacidad de los establecimientos militares en áreas subdesarrolladas para operar y mantener todo equipo otorgado por medio del PAM; d) estudia el papel cambiante de las fuerzas armadas en los países subdesarrollados; e) investiga los efectos sociales, políticos y psicológicos de los programas de Acción Cívica y Asistencia Comunal en Panamá; f) trata de desarrollar un marco de referencia conductista para mejorar la efectividad en el adiestramiento de personal militar proveniente de diversas áreas del globo (S4418).

La Oficina de Recursos Humanos del Departamento de Defensa estudia los factores que influyen en el proceso interactivo entre los consejeros militares norteamericanos y sus discípulos locales. También para el ejército se lleva a cabo una investigación relativa a la interacción entre las tropas norteamericanas y la comunidad local panameña —plan piloto— (S4419).

El Dr. J. Ramer, del Western Behavioral Sciences Institute para la Marina compila información básica relativa a pronosticar los efectos de diferentes posturas y estrategias militares en el proceso de decisiones políticas de las fuerzas armadas de otros países. El mismo autor trata de estimar la forma en que las fuerzas armadas perciben amenazas político-militares.

El Dr. B. M. Baes, de la Universidad de Rochester, trata de identificar los factores que influyen en la efectividad administrativa y las capacidades de liderazgo de administradores militares y otros oficiales provenientes de diversas regiones del globo a recibir adiestramiento militar. P. Y. Hammond, de la Pand, trata de determinar para la fuerza aérea los métodos más eficaces en la selección de personal para las misiones militares, específicamente en países como India, Indonesia, Brasil e Irán (S4421). K. Chark Abt ha llevado a cabo intensivos estudios para ARPA/Agile, en las impor-

La mayoría de estos trabajos de investigación tiene como objeto refinar el «control cualitativo»¹¹⁶ norteamericano de las fuerzas armadas latinoamericanas. Se recopila información sobre sus sistemas de creencias e imágenes, ya que se las considera como las élites en el poder.¹¹⁷ Con esta información sobre sus puntos de referencia para calcular y valorar situaciones, se intenta determinar, por medio de simulaciones, juegos de conspiraciones, etc., los tipos de comportamiento que probablemente resultarían en situaciones hipotéticas.¹¹⁸

Un número considerable de proyectos tratan de obtener métodos adecuados para formar a las jóvenes generaciones de oficiales extranjeros. De momento, parecería que en esta área, la doctrina de la «construcción nacional» podría contribuir favorablemente al empeño. El programa adiestra a los oficiales con teorías sobre cómo reordenar la estructura política de sus respectivas naciones. En consecuencia, este adiestramiento políticamente orientado mejoraría las probabilidades de que el aparato militar que «dona» la ayuda mantenga un alto grado de influencia, una vez que sus discípulos hayan tomado el poder. Esta esperanza quedó expresada por el secretario McNamara en los siguientes términos:

Posiblemente los mayores beneficios de nuestra inversión para la ayuda militar resultarán del entrenamiento de oficiales elegidos y de especialistas en nuestros colegios militares y en los centros de adiestramiento de Estados Unidos y del extranjero. Cuando regresan, sus gobiernos nombran a esos estudiantes instructores. Ellos son los futuros dirigentes de sus pueblos, los hombres que tienen conocimiento y los transmiten a sus propios grupos.

¹¹⁶ Robert Hilsman Jr., «Intelligence and Policy-Making in Foreign Affairs», **Components of Defense Policy**, Edited by Davis B. Bobrow, Rand McNally & Co., Chicago, 1965, pp. 349-67.

¹¹⁷ Rokeach M. The Open and Closed Mind, New York Basic Books Inc., 1960; Ole R. Holsti, «The Belief System and National Images. A case Study», in Bobrow **op. cit.**, pp. 378-89. Para una versión histórica del proceso, véase: Sherman Kent, **Strategic Intelligence for American World Policy**, Princeton, N. J., 1949.

¹¹⁸ El Centro para el Estudio de Investigaciones de Sistemas Sociales (CRESS) —financiado por el ejército— lleva a cabo un proyecto confidencial con un ~~siguiente~~ título: «Creencias y hábitos de ciertas poblaciones extranjeras de importancia para operaciones psicológicas.» Véase apéndice no. 1, p. S4418.

Es innecesario que insista en la utilidad de contar, en las posiciones claves, con hombres que saben por experiencia cómo hacen las cosas los norteamericanos, y cómo piensan. La amistad de esos hombres es inapreciable.¹¹⁹

V

CONCLUSIONES

1. Consolidar las élites militares en los países subdesarrollados es altamente provechoso para los intereses políticos de los militares norteamericanos en su propio sistema. El programa «construcción nacional» no sólo coloca a las fuerzas armadas locales en la estratégica posición de «intermediarios» entre el gobierno y la población local, sino que también coloca administradores militares norteamericanos como intermediarios entre el gobierno norteamericano y los países subdesarrollados. Como observamos, esta situación mina la función tanto del poder legislativo norteamericano como del Departamento de Estado en su base. Se supone que las estratégicas y estrechas relaciones antes descritas se llevan a cabo dentro de un sistema militar supranacional autónomo respecto de sus respectivos sistemas políticos. Pero, como observó Ralph Dungan, exembajador norteamericano en Chile:

A menudo, nuestros militares están ocultos en otros edificios fuera de la embajada. El Grupo de Consejeros sobre la Asistencia Militar (MAAG), por ejemplo, está físicamente localizado en el edificio del Ministerio de Defensa chileno. Estos oficiales generalmente no se limitan a aconsejar o vender armamentos al aparato militar local. Tienen tanto poder, que usualmente interfieren en la política interna del país.¹²⁰

2. El Departamento de Defensa define las relaciones militares hemisféricas de manera unidireccional. A las fuerzas armadas latinoamericanas les corresponde un papel relativamente flácido y pasivo, como recipiente de ayuda y como objeto de minuciosos estu-

¹¹⁹ Statement by Secretary of Defense Robert S. McNamara, Foreign Relations Committee, **Hearings Foreign Assistance Act of 1962**, Congress, Second Session, p. 69.

¹²⁰ Comentado a G. Thayer, *op. cit.*, p. 199. Goulart, Illía, Juan Bosch (véase su: **Pentagonism: A substitute for Imperialism**, Grove Press, New York, 1968); Víctor Paz Estensoro y Arias, entre otros, han confirmado las palabras del embajador Dungan.

dios sicosociales. Esta situación se revela con la presencia física de misiones militares extranjeras en los diversos ministerios de guerra, y especialmente por su acceso a toda clase de información interna. En cambio no se conoce ninguna investigación financiada y llevada a cabo por las fuerzas armadas latinoamericanas sobre las condiciones sicosociales y políticas del aparato militar norteamericano. Tampoco se sabe nada de la existencia de agentes latinoamericanos en puntos claves del Departamento de Defensa de Estados Unidos, ni de una intervención directa latinoamericana en la política interna norteamericana.

Todo indica que la influencia e intervencionismo norteamericano en la dinámica política de las fuerzas armadas latinoamericanas continuará intensificándose, con el refinamiento de su «control cualitativo». En este sentido, es importante hacer notar los esfuerzos de organización y de adiestramiento que realiza el Departamento de Defensa con los cuerpos de inteligencia locales. (La DIA —Agencia de Inteligencia para la Defensa— y la CIA compiten intensamente.) La función de estos organismos de inteligencia continuará expandiéndose, no sólo para tener bajo control a la oposición —real o potencial— al aparato militar, sino también para determinar de una forma u otra el proceso de «circulación de élites militares». Si las élites que se encuentran ahora en el poder en Bolivia y Perú están realmente llevando un programa nacionalista y desarrollista, es probable que el reto inmediato a su poder provenga no de estudiantes u otras fuerzas «subversivas», sino precisamente del seno de las fuerzas armadas y de la infiltración de agentes subversivos metropolitanos. Es muy probable, sin embargo, que el personal de las secciones de la inteligencia militar continúen adquiriendo y ocupando puestos de importancia.

3. Aunque los militares latinoamericanos hayan racionalizado su intervencionismo en la política de sus respectivos países por medio del concepto de «construcción nacional», su contribución, desde el punto de vista local, se traduce en un intenso proceso de «destrucción nacional». Desde la perspectiva supranacional, su contribución es definida por el Departamento de Defensa como fuerzas «complementarias»¹²¹ en función de la «construcción imperial» que han asumido las fuerzas militares norteamericanas.

¹²¹ Statement of Robert McNamara, Secretary of Defense, before the Senate Foreign Relations Committee in Support of the Fiscal Year 1967, Military Assistance Program, 20 de abril de 1966.

54 Los aparatos militares latinoamericanos deben tener presente que los programas del Departamento de Defensa y las estrategias de las corporaciones multinacionales, significan un virtual desmantelamiento de las instituciones políticas y económicas nacionales y del principio de autodeterminación que en muchas ocasiones sus oficiales prometieron solemnemente defender.

La Douglas Aircraft Corporation lo definió así en la conclusión número 37 de su estudio **Pax Americana**:

Probablemente, la función futura más importante del ejército norteamericano residirá en su programa de «construcción nacional» y en mantener seguras las fronteras del «imperium» norteamericano. Importante en este sentido ha sido la presente y pasada experiencia del ejército en Filipinas, Europa, Corea del Sur, Tailandia, y, ahora, en Viet Nam del Sur.¹²²

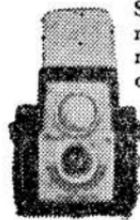
¹²² «Defense Department Sponsored Foreign Affairs Research», **Hearings Before the Committee on Foreign Relations**, US Senate, 90th Congress, Second Session, parte 2, 28 de mayo de 1968, p. 34.



¡Siempre linda... en instantáneas Kodacolor!

Color en el vestido, gesto travieso, sol en el oro del cabello—sólo una foto en colores puede reproducirlos fielmente. La próxima vez que retrate a su niña, use Película Kodacolor. ¡Ella se lo merece!

Kodacolor captará toda su adorable belleza en fotos plenas de color y vida. Use Kodacolor esta semana. Disponible en todos los tamaños populares. Vea a su proveedor Kodak.



La nueva Cámara, Brownie Starflex tiene un visor panorámico y toma instantáneas y diapositivas en colores. Fácil de usar.



Kodak

La OTAN: política de bloques y luchas sociales

Pino Tagliazucchi

La lucha contra la OTAN se desarrolla en un momento en el cual se ponen de nuevo en cuestión los criterios que han guiado la política americana y con ello el atlantismo por casi un cuarto de siglo; un momento, pues, en el cual son más fuertes que nunca las posibilidades de cambio y los peligros de guerra.

El imperialismo dispone de una potencia económica y militar temible, pero no logra ya coordinar sus movimientos en un diseño político coherente. En todos estos años ha tratado de dar un sentido a la unificación del mercado mundial; en realidad las dos cosas han procedido en direcciones divergentes. La unificación del mercado mundial ha marchado y marcha a largos pasos; el diseño político que habría debido acompañarla ha sido bloqueado.

Esta es la sustancia de la crisis **política** del imperialismo. Y es también el término que debemos asir, en todas sus implicaciones, para agravar esa crisis y darle orientaciones positivas. Al mismo tiempo, los efectos de esa crisis tienen vastas repercusiones sobre la organización general de las relaciones políticas y los mismos sistemas sociales. La guerra fría antes y después la coexistencia por bloques expresaban la voluntad del imperialismo —como siempre general— de militarizar las relaciones sociales y dividir el mundo según un rígido esquema bipolar. Esta tentativa ha fracasado; pero nos encontramos ante la difícil tarea de liquidar sus efectos e impedir que las formas cambien y la sustancia quede.

El fracaso de la política de bloques es, en efecto, el aspecto específico de la crisis, y creo, pues, importante fijar las ideas sobre la

naturaleza y los orígenes de esta política. Estos son de clase, reflejan una estrategia de sistema; pero, obviamente, operan también a través de relaciones entre Estados y tienen efectos políticos. Precisamente por esto nos ponen ante opciones que son al mismo tiempo sociales y políticas, pertenecen a la vez a la esfera propia de la lucha de clases y a la propia de las relaciones entre potencias. Es por lo demás la dimensión actual de la lucha de clases, y es la cuestión más importante en la lucha contra la OTAN.

Desde este punto de vista me parece útil volver a los inicios mismos de la guerra fría, a las opciones decisivas ante las cuales se encontró la política americana aun antes de que la guerra terminara. Podemos fiarnos en esto, para reconstruir los esquemas de referencia, de las opiniones de dos hombres representativos: Walter Lippman y George Kennan.

En la primavera de 1944 Lippman escribió un librito¹ en el cual reunía de modo sistemático sus ideas acerca de la política que los Estados Unidos habrían debido seguir después del fin de la guerra para garantizar su propia seguridad y organizar la paz. El diseño que Lippman proponía se articulaba en tres consideraciones fundamentales: la defensa de los intereses nacionales americanos; la convicción de que era necesario y posible establecer un acuerdo con la Unión Soviética; la presunción de que Alemania y Japón habrían constituido el terreno de prueba de una seguridad colectiva oportunamente articulada.

En cuanto al primer punto, Lippman hallaba que los intereses de la Gran Bretaña y Francia coincidían de modo natural con los Estados Unidos, y esto no solamente en el Atlántico, sino también en el Pacífico. Existían, pues, las condiciones para una alianza que habría tenido su punto focal en el Atlántico, pero se habría extendido en realidad a tres continentes, cubriendo las grandes vías imperiales de comunicación. En torno a este núcleo habrían podido reunirse por lo demás no sólo los países europeos de la costa atlántica —hasta Noruega—, sino también aquellos países que, perteneciendo de algún modo a los respectivos sistemas imperiales, podían ser considerados

¹ **US War Aims**, traducido al italiano y publicado por Einaudi con el título de **Los fines de guerra de los Estados Unidos** en 1946; Einaudi publicó también, en 1946, un librito que Lippman había escrito en 1943 con el título de **US Foreign Policy Shield of the Republic (La política exterior de los Estados Unidos)**; en este librito, Lippman anticipaba muchas de las ideas desarrolladas después en el libro citado antes y se detenía en una crítica de las orientaciones tradicionales de la política exterior americana.

58 como aliados «protegidos». Esto— que Lippman definió como «comunidad atlántica», precisando también que habría debido fundarse en una fuerza militar integrada y tener una común política mundial— habría constituido el pilar esencial del sistema de seguridad americano.

La comunidad en cuanto tal, añadía Lippman, debía establecer qué relaciones se podían mantener con otras naciones, ante todo con la Unión Soviética. Está claro para Lippman que, para ser natural y por tanto duradero, el ordenamiento europeo habría debido garantizar la seguridad de la Unión Soviética según criterios que satisficieran «al más suspicaz de los rusos». La condición esencial era reconocer que la faja de países que se extiende desde Finlandia hasta Bulgaria debía pertenecer a una «órbita rusa». Las oscilaciones que, en el período prebélico, habían caracterizado la política de países como Polonia— y que habían contribuido fuertemente a destruir la seguridad colectiva respecto a Alemania y favorecido la agresión nazi en el este— debían ser rechazados con plena conciencia de los peligros que habrían generado de nuevo.

En fin, habría debido ser posible establecer relaciones normales entre estas dos zonas —la «comunidad» y la «órbita»— a condición de que fuera destruido de modo permanente el «partido alemán de la guerra» y que se le hiciese imposible repetir el juego de dividir a los aliados y despedazar todo este sistema de seguridad con el fin de reanudar la guerra. Lo mismo podía decirse en cuanto al Japón —y esto implicaba otro razonamiento sobre la función de China—, en la convicción de que no existían entre los Cinco Grandes ningún motivo de conflicto y que el sistema consistía en el reconocimiento de las recíprocas exigencias.

La argumentación de Lippman tenía varias debilidades. Daba por descontado, por ejemplo, que el Mediterráneo y el Medio Oriente estarían garantizados por la potencia inglesa (el debilitamiento de esta potencia, en cambio, sacó a la superficie la cuestión de Grecia y comenzó a interesar directamente a los americanos en el Medio Oriente). Suponía que los imperios habrían continuado existiendo (en cambio, se estaba acercando la tempestad que los arruinaría, dejando progresivamente a los americanos solos para «defender» a tres continentes). Y se fundaba en la presunción de que las opiniones de los aliados sobre las cuestiones de la Europa central y balcánica— —la llamada «órbita rusa»— habrían coincidido (en cambio, estaban

en su punto álgido las divergencias entre Churchill y Roosevelt, que luego dieron motivo a la ruptura con los soviéticos)

Pero la debilidad principal —además del hecho de que sobre Alemania nadie tenía entonces ideas definidas— consistía en subestimar las diferencias de régimen. Lippman habla de ello largamente, pero las ve especialmente como una cuestión de derechos civiles y de aplicación de regímenes constitucionales y democráticos.² Había quien sostenía —Lippman lo reconoce— que el régimen soviético era por su naturaleza «expansionista» y que actuaría por medio de la «subversión». Pero Lippman sostenía que era preciso ante todo establecer los términos del acuerdo y ver después cómo habrían sido respetados. Consideraba que el término de comparación estaba en la evolución «democrática» del régimen soviético y en los modos con que se instituirían regímenes democráticos en los países de la «órbita soviética»; pero subraya también que el término de medida definitivo sería la actitud de la Unión Soviética respecto a la Europa occidental y respecto a Alemania.

La importancia de estas hipótesis está en el hecho de que racionalizaban las orientaciones del Gran Diseño de un acuerdo tripartita —Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética— que Roosevelt

² A propósito de Alemania, Lippman escribió entonces páginas ilustrativas aun para hoy: «El armisticio no hará perecer el partido de la guerra; éste podrá sobrevivir por algunos años, manteniéndose oculto y reapareciendo solamente bajo otro disfraz. Su táctica será adaptar los viejos sistemas a las nuevas circunstancias. Esta táctica se está perfilando ya. Si los militares creyeran tener algunas posibilidades de éxito, intentarán insinuar a Alemania en la posición de elemento equilibrador entre Rusia y el mundo occidental. Se dirigirán a la Comunidad Atlántica para obtener el permiso de reconstituir la potencia germana con el objeto de balancear la rusa y contener la difusión del comunismo. Cualquier éxito obtenido por los alemanes con este su llamamiento a París, Londres y Washington será explotado inmediatamente por sus diplomáticos en Moscú. Harán uso de ello para despertar los viejos temores de la Unión Soviética de que todo el mundo se ha alineado contra ella como en 1919-1921. De tal modo los alemanes intentarán inducir a los rusos a tomar medidas, con lo cual se enajenarían de nuevo las simpatías de la Comunidad Atlántica (...) Si nosotros adoptásemos una política que facilitase la reconstrucción de la potencia militar alemana como medio para poner freno a Rusia, la reacción rusa sería obvia; sería desastrosa». En cuanto a las relaciones con la Unión Soviética, se pueden citar estos pasajes: «La Unión Soviética no tolera la existencia de ningún partido de oposición que un día pudiera ocupar el poder. Nosotros, en cambio, no solamente reconocemos los partidos de oposición como inherentes y necesarios a nuestro sistema constitucional, sino que toleramos aun un partido de oposición como el comunista, que si conquistase el poder y siguiese el modelo soviético aboliría todos los partidos de oposición e instauraría el régimen totalitario del sistema de partido único (...) Mientras exista tal desigualdad no puede haber una verdadera colaboración entre la Unión Soviética y el mundo occidental. Puede haber solamente un **modus vivendi**, sólo compromisos, mercados, acuerdos específicos; sólo una diplomacia de frenos y contrafrenos».

60 llevó a Yalta.⁸ Nada es más contrario a la realidad que la opinión de que la división de Europa —y por tanto la política de bloque— haya tenido origen en Yalta. Es cierto tal vez que en Yalta se hizo la primera tentativa consistente en establecer una coexistencia pacífica en la cumbre, en torno a la cual organizar las relaciones políticas mundiales.

¿Qué fue lo que llevó a la inversión de esa política? Para tener eficacia, ese acuerdo habría debido resolver no tanto el problema de los derechos democráticos como el muy de otro modo complejo de los conflictos sociales que se entretajan de modo inextricable en las relaciones entre potencias que tengan sistemas sociales diferentes. Si se puede suponer que un Roosevelt— que tenía a sus espaldas la experiencia del New Deal y una restablecida unidad en el sistema— no se daba cuenta de ello, un Churchill tenía plena conciencia. Entre 1943 y 1944 había intentado continuamente hacer aceptar una estrategia que llevase el esfuerzo angloamericano al centro del Mediterráneo, en dirección de la Europa balcánica, para bloquear el avance soviético. En octubre de 1944, resignándose ante el hecho consumado, había propuesto a Stalin el único reparto de zonas de influencia que jamás se hizo deliberadamente. Una división que, como se sabe, no «asignaba» país, sino que tendía a conciliar intereses en contraste con el método engañoso de los porcentajes de influencia. ¿Pero cómo realizar de hecho esos porcentajes? Por lo demás, ¿cómo formar gobiernos «amigos» y «democráticos» en países atrasados económicamente, sin reales tradiciones democráticas, con una débil clase obrera, tradicionalmente dominados más que dirigidos por una burguesía parasitaria, unida al occidente por la piel, sin otra política que un nacionalismo obtuso y antirruso? ¿O bien cómo realizar porcentajes en países que, en la resistencia, habían destruido el viejo orden o al menos habían hallado una nueva dignidad?

Para Lippman —después para los occidentales, en la discusión que los opuso a los soviéticos— el término de comparación se resolvía en

⁸ Es útil precisar que la observación vale solamente para las relaciones con la Unión Soviética y para la formación de un ordenamiento mundial; por lo demás, Roosevelt, al menos oficialmente, propendía hacia un ordenamiento que hiciese inútiles las alianzas y las esferas de influencia, y había en esto un motivo de choque con Churchill; Lippman, en cambio, subrayaba la necesidad de arrojar al mar este lastre wilsoniano y atenerse a sólidas concepciones geopolíticas y a buenos cálculos de relación de fuerzas. Lo que aquí interesa, en todo caso, es la convicción de que se debía buscar un acuerdo con la URSS y que el ordenamiento político europeo, terreno de prueba de las relaciones entre las grandes potencias, debía fundarse en el control común de Alemania.

la creación de gobiernos democráticos y no fascistas.⁴ Pero la cuestión era de clase: era una confrontación de sistemas. Y cuando Truman —al día siguiente de su nominación presidencial— puso estos problemas en el centro de su política, fueron engullidas, por un pleito aparentemente superficial, aún las cuestiones de ordenamiento político y de seguridad recíproca. Sin embargo, si se hubiese tratado solamente de los países de la Europa central y balcánica, quizá las cosas hubieran seguido un curso distinto. A fines de 1945 el pleito había sido prácticamente resuelto. Pero al día siguiente de la victoria sobre Alemania y especialmente del éxito de la bomba atómica en el Japón el problema más candente fue el de la situación social y política en los países de la Europa occidental, países salidos de la guerra en condiciones económicas desastrosas, en los cuales no la clase obrera, sino la burguesía, tenía rotos los huesos.

Era grave ya que en los países balcánicos y centrales los buenos amigos de un tiempo hubieran perdido hasta la camisa y que no fuera ya posible volver a una situación análoga a la prebélica, con Rusia aislada. Pero todavía más grave era que buena parte de las clases dominantes europeas —a menudo cómplices voluntarios del nazismo y el facismo⁵ —tuvieran dificultades en recobrar el tranquilo control de las palancas del poder y en imponer a las masas turbulentas una reconstrucción económica estrictamente capitalista.

Se podía trazar en el mapa, naturalmente, esta o aquella línea de frontera, este o aquel sistema de seguridad recíproca. Si el criterio hubiese sido —como Lippman sugería— medir las intenciones soviéticas por la actitud respecto a los países occidentales, no faltaban demostraciones de buena voluntad. Un país extenuado por la guerra como la Unión Soviética no constituía una real amenaza, y no faltó

⁴ También Lippman, sin embargo, reconocía la naturaleza de clase de las divergencias: «El punto crucial de la dificultad y las futuras semillas de discordia están en el modo de llegar a un entendimiento sobre lo que es necesario hacer para destruir al fascismo. Medidas consideradas necesarias por Rusia para destruir el fascismo podrían ser interpretadas en otra parte como medidas aptas para promover el comunismo; medidas consideradas por los estados no soviéticos como una oportuna defensa contra el comunismo podrían ser interpretadas en Rusia como un apoyo dado al fascismo».

⁵ No es necesario hablar de los países en los cuales el fascismo había dominado en formas diversas; también en Francia, aun ante el peligro alemán, las preocupaciones de la burguesía actuaban en la situación interna y ocultaban apenas la secreta admiración por Hitler. Puede bastar a este respecto ese pasaje de las memorias de De Gaulle en el que cuenta un diálogo con Weygand en vísperas del colapso total. «Y el comandante en jefe añadió mirándome a los ojos: '¡Ah, si estuviese seguro de que los alemanes me dejarían las fuerzas necesarias para mantener el orden!' ».

62 quien lo dijera con todas las letras. Pero el peligro venía del interior; no era una revolución, sino una situación social y política incierta, en la cual no era del todo seguro quien sería el rehén ni quién tendría la sartén por el mango.

En estas condiciones parece difícil pensar en formar una comunidad atlántica y tener al mismo tiempo buenas relaciones con la Unión Soviética; erigir un bastión imperial y acompañarlo de un acuerdo tripartito. El problema, en sustancia, era si se debía proceder **antes** a un acuerdo general, haciendo depender del mismo el ordenamiento social interno, o si se debía consolidar el ordenamiento social interno y ver **después** los términos más convenientes de un eventual acuerdo. Y, naturalmente, no tengo en cuenta las esperanzas, nunca perdidas aún después, de que entre tanto un buen golpe resolviese todos los problemas y obligase a los soviéticos a aceptar una paz con condiciones. Para dominar los conflictos internos hacía falta batir o por lo menos condicionar el sistema antagonista. El conflicto social interno debía ser proyectado hacia el exterior, hacerlo conflicto entre dos sistemas contrapuestos, endurecidos en su interior, y debía desarrollarse no según una confrontación libre, sino según relaciones de fuerzas políticas y militares. En sustancia los sistemas se tornaban bloques, y esta lógica imperialista se tradujo en la que fue definida como política de «contención» y que George Kennan ilustró en un famoso artículo publicado en julio de 1947 en la revista **Foreign Affairs**.⁶

Kennan se esforzaba en demostrar ante todo que el mundo soviético no era tan estable ni tan dinámico como parecía desde el exterior y que antes bien, pese a las demostraciones de fuerza y cohesión que había dado durante la guerra, sorprendiendo a todos, ese país estaba al borde del colapso. Después de decenios de sacrificios, la gente se

⁶ El artículo estaba firmado por «Mister X» e hizo sensación. En realidad Kennan había expresado ya el contenido del mismo en un largo mensaje enviado al departamento de Estado en febrero de 1946, cuando era encargado de Negocios en la embajada americana en Moscú. Puede ser interesante señalar que, como en Lippman se manifestaban concepciones típicas de la que fue después política de bloque, así Kennan veía la «contención» como una función de la coexistencia a aplicar en las condiciones más favorables y no como fin en sí misma. Cuando, con la guerra de Corea, la política americana manifestó todo su contenido antisoviético e hizo de la «contención» un fin, Kennan protestó y escribió en el **New York Times** (25 de febrero de 1951) que esa política llevaba a la guerra y que los Estados Unidos debían buscar los términos de la coexistencia con la Unión Soviética. Tuvo menos suerte que con su «manifiesto» de 1946, pero se puede atribuir esta su vicisitud al fenómeno general de una intelectualidad que siempre se ha esforzado en contraponer ideología a ideología, convencida de la bondad, la fuerza y la capacidad de convicción de la mitología americana, que ha servido, conscientemente o no, al imperialismo.

encontraba con que tenía que comenzar de nuevo. El régimen era implacable e inhumano. La economía estaba en condiciones desesperadas. Se estaba perfilando el problema de la sucesión, que habría podido provocar desastres. Y, en fin, los países «anexados» habrían podido añadir dificultades si se lograba comprimirlos en el mismo asedio y ponerlos ante sus contradicciones.

El régimen, nacido de una revolución, continuaba ciertamente ejerciendo una gran atracción sobre la clase obrera occidental y sobre las masas de desesperados de medio mundo. Pero, escribía Kennan, existen estrellas que brillan aún aunque están muertas desde hace tiempo. Nada prohibía pensar que lo mismo estuviera ocurriendo al régimen soviético.

Esto basta de por sí para inducir a los Estados Unidos a una política de contención que ponga a los rusos, dondequiera que muestren querer mellar los intereses de un mundo estable y pacífico, ante una contrafuerza inexpugnable. Pero las posibilidades de la política americana no están en lo absoluto limitadas a resistir y esperar lo mejor. Los Estados Unidos pueden muy bien influir con su acción los desarrollos internos tanto de Rusia como de todo el movimiento comunista internacional, por el cual es ampliamente determinada la política rusa (...). Sería exagerado decir que este comportamiento acabaría por tener por sí solo efectos de vida o muerte sobre el movimiento comunista y provocaría la caída del régimen soviético en Rusia. Pero los Estados Unidos pueden aumentar enormemente las tensiones en las cuales debe operar la política soviética, pueden imponer al Kremlin un mucho más alto grado de moderación y pueden provocar así tendencias que desembocarían al fin en la explosión o el ablandamiento del poder soviético.

Es ya el estilo fastidioso y obsesivo de la guerra fría, esto es, del ataque ideológico combinado con la presión política y el chantaje militar. Pero interesa subrayar aquí que del modo más explícito se ponía el dedo en la cuestión que después ha atormentado y atormenta las relaciones entre los dos sistemas: la política exterior no es un asunto socialmente neutral, sino que reviste una definida naturaleza de clase. Esto es tan normal para los países capitalistas que hasta estos últimos años el problema ni siquiera se planteaba; impone, en cambio, a los países socialistas una situación continuamente dialéctica entre política de Estado y fuerzas y orientaciones de clase que puede tornarse contradicción. A este elemento, en sustancia, ha apuntado tanto la guerra fría como la coexistencia pacífica.

64 En las tesis de Kennan este elemento está continuamente implícito: hay que golpear la naturaleza de clase de la política soviética yendo a sus mismas raíces y hay que consolidar las bases sociales del capitalismo, porque éstos son los presupuestos mismos de una relación coexistencial o conflictiva entre los dos sistemas. Por ello aclara que:

La coexistencia pacífica y recíprocamente ventajosa entre Estados capitalistas y Estados socialistas es completamente posible. Los conflictos internos de los países avanzados no se deben ya, fundamentalmente, a la propiedad de los medios de producción, sino que derivan de una urbanización y una industrialización avanzadas, y Rusia no se ha librado de ello hasta ahora por el socialismo, sino solamente por su atraso.

De ello concluye que «si no es provocado por las fuerzas de la intolerancia y la subversión» —esto es, si logra dominar el contraste de clase— el mundo capitalista puede muy bien tolerar y proponer un acuerdo. Pero ese país misterioso, ese régimen enigmático está dirigido por «un complot en el complot», y no es posible, pues, confiar en garantías mientras ese régimen no sea apiastado o sea reducido a un comportamiento tolerable.

Estas dos concepciones siguen lógicas opuestas. Lippman se esfuerza en subordinar las divergencias de sistema a un diseño político armónico; Kennan insiste en la necesidad de subordinar el diseño político a la suerte del conflicto social. Pero ambas tienen un punto en común: esto es, que el acuerdo entre potencias habría debido definir de modo explícito por lo menos los límites dentro de los cuales cada uno habría podido hacer prevalecer un propio sistema social. Lippman es explícito a este respecto: todo cambio de régimen en el interior del sistema de seguridad occidental habría comprometido el equilibrio político general y, como no habría que insistir demasiado en lo que habría ocurrido en la «órbita» rusa, así sería bueno que los sueños universalistas de la Internacional fueran privados.⁷

⁷ En su libro se pueden leer pasajes de este género: «El orden mundial de la futura generación se apoyará a la vez en la Comunidad Atlántica y en la Unión Soviética. Ese orden no podrá ganarse la confianza y la lealtad de los pueblos del mundo si no se resuelve este conflicto ideológico sobre los elementales derechos civiles del hombre». En otra parte se lee: «De tal modo, Rusia y los Estados Unidos se encuentran en una posición en que la guerra o la paz entre ambas será determinada por la política que sigan respecto a sus alianzas. Uso la palabra «alianza» para indicar cualquier acuerdo entre gobiernos, oficial y no oficial, declarado o implícito, que les comprometa a descender al campo uno al lado del otro en caso de guerra. Rusia y los Estados Unidos pueden tener la paz si usan de sus alianzas para estabilizar la política exterior de sus aliados. Tendrán la guerra si una de las dos

Aunque Lippman insistía en la posibilidad de distinguir entre el dato potencia y el dato clase, también sus ideas recaían en sustancia en la convicción de que se podía tener la coexistencia sólo si se desnaturalizaba el carácter de clase de la política soviética para dejar actuar solamente el de la política imperialista. El punto es decisivo también, porque corresponde a una realidad histórica que se había presentado ya con la victoria de la revolución de octubre, pero que se ha hecho incontenible después de la guerra y francamente explosiva después de la victoria de la revolución china.

Es el problema de nuestra época y del mismo dependen a la vez la suerte de la paz o la guerra y los problemas de nuestra estrategia y nuestra unidad. La relación dialéctica entre política de estado —como elemento neutral en sí, sino necesariamente ligado a criterios propios y a las relaciones de fuerza entre Estados— y acción de clase— como otro elemento que no se sustrae a las relaciones de fuerza, sino que debe interpretarlas autónomamente para poderlas modificar desde el interior y para imponerse como lógica superior— está, en efecto, en el centro de nuestros debates y nuestras opciones de lucha. Por eso está también en el centro de los criterios orientadores de la lucha de clase contra la OTAN.

Los acontecimientos de estos veinte años —y las opciones oficiales que están ya ante nosotros— están contenidos ya en estas dos concepciones, en sus divergencias estratégicas y en su convergencia sustancial. No es inútil, empero, subrayar que a las formas actuales de la política de bloque se ha llegado a pasos sucesivos, señalados por profundos contrastes dentro de la alianza atlántica y como consecuencia de factores políticos que al principio parecían tener una escasa importancia. Entre las varias causas que han formado la OTAN como es hoy —con su rigidez, sus contrastes y su disgregación incipiente— tres en particular deben ponerse de relieve. Ante todo la política misma de la «contención», que todos los aliados aceptaron aun con intenciones diversas. Esa política estaba conce-

intenta hacer alianza con naciones situadas dentro de la órbita de la otra o si una de las dos intenta incorporar a Alemania o el Japón a su propio sistema estratégico (...). Si se quiere evitar la guerra, la agresión debe ser detenida **bastante antes de que el agresor atraviese una frontera** y cometa lo que se conoce como un acto **manifiesto** (...). Según el principio regional sostenido por mí, debiera considerarse como acto manifiesto de agresión el hecho de que un Estado cualquiera **intentara** hacer una alianza **fuera de su órbita estratégica** con un Estado perteneciente a otra órbita». Quizá es bueno añadir que Lippman, en estos dos libros, jamás ha aludido a las implicaciones políticas de la guerra atómica. (Las cursivas son mías).

66 bida para Europa, porque parecía que los otros frentes estaban seguros, y partía del presupuesto de que el ordenamiento político europeo no habría podido resolverse de modo satisfactorio hasta que los soviéticos entraran en razón. Se congelaba así una situación provisional, incapaz de regirse por sí misma, en espera del momento en que la superioridad atómica americana hubiera podido actuar plenamente contra la convencional de las fuerzas soviéticas. En este tipo de estrategia no había urgencia en que los aliados contribuyeran directamente, sino proporcionando bases y prestando su consenso político.

Las cosas cambiaron bruscamente con el estallido de la guerra de Corea. La victoria de la revolución china había hecho ya hundirse un frente y sustraído un aliado precioso; pero ahora los americanos no tenían dudas de que la URSS, estrechada por la «contención», trataría de desviar la amenaza a su flanco occidental desencadenando el ataque en el este. Comenzaron así los contrastes en la alianza atlántica y comenzó también el endurecimiento de ésta. Los aliados veían las cosas de modo distinto. Para ellos el frente principal seguía siendo el europeo: antes bien, a medida que la obra de descolonización se agudizaba, creían necesario llevar a una conclusión política la «contención». Actuaba así la segunda causa, esto es, el resquebrajamiento progresivo de los imperios y la reducción de las potencias europeas a sus dimensiones metropolitanas.

En Washington, al contrario, se creía que en una lucha de dos frentes la sombrilla atómica no bastaba ya y que el concurso de los aliados debía ser más concreto, aun en menoscabo de la reconstrucción económica. Alemania, en particular, debía ser rearmada. Esto creó el tercer elemento de crisis. Rearmar a Alemania significaba no solamente resucitar viejos temores; quería decir también hacer imposible un ordenamiento europeo concertado y autosuficiente y reforzar el «partido alemán de la guerra».

Todo el debate sobre la CED, que duró cuatro años, reunió esas tres causas en un único motivo de disenso. No resolvió nada; antes bien, mientras las divergencias se hacían inconciliables, reveló que los aliados europeos estaban demasiado divididos y eran demasiado débiles para oponerse realmente a la estrategia americana. Y comenzó a producirse este estado de cosas paradójico por el cual la estrategia americana provoca situaciones insostenibles; pero para los aliados no hay otro modo de protegerse contra sus efectos que plegarse a esa estrategia.

Estas cosas fueron evidentes precisamente cuando ingleses y franceses intentaron entablar un diálogo distensivo e incluir en el mismo también a los americanos. En 1954 y en 1955 los encuentros que produjeron los acuerdos sobre Indochina y el «espíritu de Ginebra» parecieron prometer que el diálogo tendría éxito. Pero fue un momento. En 1955, como contragolpe a la entrada de Alemania en la OTAN, se formaba el Pacto de Varsovia. El año siguiente el XX Congreso proclamaba que era posible, pese a todo, una coexistencia entre dos regímenes sociales distintos. Pero fue también el año de Suez y el de Hungría. Aún profundamente distintas entre sí, ambas cosas demostraban que ahora, para pasar de la lógica de bloque a relaciones más libres, hacía falta necesariamente liquidar los pesados residuos del pasado y afrontar con ánimo abierto la dinámica de los sistemas como distinta de las relaciones de fuerza.

Sin embargo, algo había sucedido. El **roll-back**, que Dulles, altivamente, había proclamado para «liberar» a los países socialistas de la Europa central, había mostrado no poder aprovechar precisamente la ocasión que había auspiciado y preparado sin que provocase otro conflicto mundial. En 1957 el **sputnik** dijo a los americanos que, por primera vez en su historia, su territorio estaría directamente envuelto en un conflicto. Se abría así realmente una fase contradictoria de búsqueda de los términos posibles de coexistencia. Pero esta búsqueda estaba dominada, del lado americano, por la voluntad de tratar desde posiciones de fuerza y, del lado europeo, por la evidente incapacidad para sustraerse a la ilusión de que el proceso podía desembocar en un equilibrio entre bloques que habría salvado todo, paz, ordenamiento europeo y conservación social.

Lo que estamos viviendo es también el fracaso de esta tentativa de coexistir sin mover nada, antes bien, coexistir para no mover nada. Es superfluo rehacer la historia de estos años; nuestro objeto es patentizar sus ilusiones

En efecto, el disenso en la alianza atlántica se ha agudizado hasta paralizarla. Pero al mismo tiempo han aumentado los peligros objetivos, porque las cosas han comenzado a andar por sus propias piernas y es cada vez menor la capacidad para controlarlas. Pese a las tentativas contradictorias y ambiguas de la política gaullista, el fortalecimiento económico y militar de Alemania, por un lado, ha vaciado de sentido a la OTAN como sistema de seguridad colectiva, y por otro ha demostrado que la búsqueda de un ordenamiento

68 europeo dentro del actual estado de cosas lleva a un largo deslizamiento hacia la guerra. Y éste es sólo uno de los aspectos de la crisis, aunque quizá el más agudo.

Ante el fracaso de la CED, Dulles habló de «revisión desgarradora» de la política europea de los Estados Unidos. En realidad la política americana había tomado ya el camino hacia lo que después se definió de modo general como el «globalismo». A los americanos les interesaba sobre todo que el frente europeo permaneciese bloqueado —y esto lo obtuvieron de hecho— mientras ellos maniobraban en el frente asiático.

Hasta la intervención en Corea la estrategia asiática de los Estados Unidos se había regido sobre el presupuesto de que China constituía —si no ya un aliado— una potencia con la cual siempre era posible pactar, a condición de tener paciencia y no plantear cuestiones de régimen. Acheson, aun cuando en Shanghai ondeaba ahora la bandera roja, había tratado de convencer a sus connacionales de que no había que volver contra los Estados Unidos un empuje nacionalista que, si se dejaba a sí mismo, se habría vuelto espontáneamente contra la Unión Soviética. Había que «dejar disolverse la polvareda» y sobre todo evitar creer que la política de «contención» se adaptaba a la situación.

Esta tentativa fue derrotada, y se aplicó también en Asia la misma política, con la misma lógica de clase. No hay necesidad de demostrar cuán desastrosa ha sido en Asia esa política, la cual no hallaba en todo el Pacífico un aliado válido. Y desde el punto de vista militar sus objetivos eran ilusorios e insostenibles. En Europa, en efecto, la «contención» hallaba aliados válidos y sólidas bases, y era plausible, al menos teóricamente, pensar que una eventual reconquista de los países de la Europa central habría sido posible sin entrar en un conflicto terrestre con la Unión Soviética. En Asia estos razonamientos no tenían ninguna base. La reconquista de China no podía ser parcial, y una reconquista total era una locura. Cuando, luego, los americanos decidieron que para la contención era indispensable mantener los pies en el continente asiático y por tanto combatir al Vietminh, se echaron encima otra carga, esto es, no solamente la militar de combatir en tierra a 10,000 kilómetros de casa, sino también la política de oponerse abiertamente al nacionalismo revolucionario de un pequeño país.

En estos términos el problema asumía proporciones desmesuradas y la estrategia americana perdía hasta los puntos-clave a que referirse. El desafío era global y debía ser vencido en todas partes, con todos los medios posibles. No habiendo puntos de referencia ni objetivos específicos, era casi imposible establecer criterios y límites; si Santo Domingo era vital, en el Viet Nam se debía empeñar todo. Johnson llevó hasta el fondo la no lógica de esta no política. Sin embargo, en el globalismo hay criterios y variaciones expresas que conviene subrayar. Ante todo el hecho de que arrastra sobre el empedrado del mundo el sable atómico, y puede, sin contradecirse, hablar de coexistencia condicionada. Su objeto, en efecto, no es tanto destruir a la **potencia interlocutora** como hacer que se marchite el **régimen antagonista**. Aun se podría decir que hoy, como al comienzo de la guerra fría, lo que sucede en el interior de los países socialistas —como, por lo demás, en el interior de los países capitalistas— es todavía más importante que las relaciones de fuerza, y no hay necesidad de demostrar que, como la guerra fría, también la coexistencia actúa especialmente sobre la capacidad de evolución de los sistemas sociales. No hay por eso nada paradójico en el hecho de que, comenzando con Dulles, el globalismo haya alcanzado el máximo de sofisticada eficiencia con Kennedy y el máximo de violencia con Johnson, esto es, en una fase relativamente avanzada de búsqueda de la coexistencia.

Por lo demás, la involución de la política soviética de coexistencia y el incipiente conflicto chinosoviético permitían aplicar un tratamiento diferenciado, distinguiendo entre un diálogo cauto en Europa y una represión fuerte en el resto del mundo. Pero el objeto seguía siendo único: presentarse en las negociaciones con **un solo interlocutor** y definir con él un acuerdo que confirmase la división del mundo en sistemas inmutables.

Otra cosa que cabe subrayar es que esa estrategia diferenciada ha desorientado en su conjunto a los aliados europeos. La acción en el mundo colonial le interesaba escasamente. De la manera kennediana discernían solamente algunos aspectos: el acuerdo sobre Laos, de 1962, que permitía esperar una reanudación de los contactos con China, la frágil amalgama de **counter-insurgency** y reformismo. De la manera de Johnson les enfurecían la tosquedad y la obstinación. Pero solamente algún espíritu agudo observaba que o bien la coexistencia envolvía el conjunto de la situación o bien no habría coexistencia. Y que por esto, si no interesaba lo que ocurría en el resto del

70 mundo, no se reunirían nunca las condiciones para un acuerdo en Europa.

Los aliados europeos, por ello, han acabado por hacer en la práctica una curiosa distinción entre política de bloque, vista en función europea, y globalismo, como una cuestión americana, peligrosa por sus posibles consecuencias y fastidiosa porque distrae a la mayor potencia occidental de las cuestiones europeas. En realidad el globalismo es la proyección de la política de bloque en escala mundial. El capitalismo europeo puede sostener que, no teniendo ya intereses directos mayores en el mundo neocolonial, la cosa no le interesa; queda el hecho de que no existe un frente europeo separado del resto del mundo, sino un conjunto articulado cuya suerte es común. No existe, por esto, una distinción entre globalismo y política de bloque; el globalismo es la única política de gran radio de la alianza, y puesto que ese globalismo se ha quebrantado durante la ofensiva del Tet han cambiado también las condiciones de una política europea

Nada lo demuestra mejor que el hecho de que los dos problemas decisivos a los fines de la paz y la guerra están uno en Europa y el otro en Asia. Uno, la cuestión alemana, concierne al ordenamiento político europeo; otro, la China popular, concierne a la organización bipolar del mundo. Ambos dependen de lo que será la política de bloque y de sus criterios inspiradores, y por tanto de la capacidad de liquidarla para producir una relación más elástica entre sistemas y en los sistemas o de la incapacidad de vencer las resistencias conservadoras y, en consecuencia, impedir la guerra.

Por eso es necesario detenerse en las características de estos dos problemas. Con la decisión de fortalecer económica y militarmente a la Alemania occidental, los aliados han dado un largo paso hacia atrás en la situación europea tal como había salido de la guerra. En 1945 la división de Alemania en zonas de ocupación militar no tenía nada de definitivo. Los proyectos apuntaban a la unificación del territorio alemán y sus desmilitarización. Las vacilaciones versaban sobre los modos de control y los límites de la rehabilitación económica; no apuntaban a la división definitiva y mucho menos a la inclusión de dos Estados alemanes en dos sistemas de seguridad contrapuestos.

Alemania, en efecto, es inofensiva si está rodeada de un único sistema de seguridad o si se encuentra entre dos esferas que se com-

binan en el interés de excluirla e impedir volver a ser un peligro. La guerra fría, en cambio, ha proporcionado a Alemania occidental un buen motivo para estar insatisfecha con el ordenamiento europeo actual, y en vez de crear una situación que le impusiera sufrir ese ordenamiento, le ha ofrecido las condiciones esenciales para comenzar a trabajar por derribarlo.

Sobre estas bases el «partido de la guerra» ha hecho un trabajo que recuerda mucho la táctica del nazismo. Ante todo un fuerte incremento económico y una base social garantizada por el condicionamiento del movimiento obrero y por leyes excepcionales. Después, un juego diplomático que permita a la Alemania occidental convertirse en el árbitro y el término último de las cuestiones europeas. Por eso la división de los aliados, que la disgregación de la alianza favorece; una mezcla de halagos y amenazas respecto a la Unión Soviética y una acción penetrante entre los países socialistas menores.⁸ En fin, el rearme, y esto significa hoy el rearme nuclear.

Este juego ha resultado en buena parte y espanta no menos a los aliados atlánticos que a los países socialistas, y si se recuerda la táctica de Hitler también esto entra en el juego alemán. Faltan todavía muchas condiciones. Pero el resultado es que la Alemania occidental, hoy, no es un Estado europeo; es el problema europeo del cual depende todo lo demás.

La **ostpolitik** de Brandt y la política de Strauss son dos aspectos de la misma voluntad de combinar las cosas en Europa; puede ocurrir que uno sea alternativo y menos peor que el otro; pero, estando las cosas como están, nadie puede confiarse de ello. Si, además, la Alemania occidental pusiera las manos en las armas nucleares, podría una vez más dictar sus condiciones o hacer estallar una guerra. Estamos por eso en 1936.

⁸ A propósito de Checoslovaquia se ha hablado de la **ostpolitik**, esto es, de la tentativa de poner ciertos métodos, propios de una coexistencia pacífica, al servicio de una política de disgregación del campo socialista. Las observaciones eran justas; pero las raíces de la **ostpolitik** se remontan a hace varios años, envuelven todo el campo socialista europeo y apuntan a las dos debilidades económicas. Por lo demás, aun después de Checoslovaquia, esta continua tentativa de penetración económica en el campo socialista está muy lejos de haberse agotado; en estos días se vuelve a hablar de contactos con Polonia, y aunque se haya puesto la condición del reconocimiento de las fronteras Oder-Neiser, no por esto se ha eliminado todo lo demás, esto es, el equipo político y administrativo que se asocia a la potencia económica alemana y el hecho de que, en la situación actual, también las relaciones económicas, inevitablemente desequilibradas, pueden ser puestas al servicio de este empuje reivindicativo.

72 En el ordenamiento por bloques este problema no tiene solución. El reconocimiento internacional de la existencia de dos Estados alemanes es indispensable, pero no es suficiente. Mientras la Alemania federal forme parte del bloque atlántico y la República Democrática del bloque de Varsovia será imposible preparar un proceso autónomo de acercamiento entre los dos Estados, que, no obstante, es el único modo de comenzar a desmontar el mecanismo.

Es evidente, sin embargo, que esto no es posible como simple «separación» de dos miembros importantes de los respectivos bloques e impone soluciones más generales que, por ejemplo, sigan la lógica que hace años sugirió el plan Rapacki, esto es, combinación de neutralidad garantizada y acuerdos entre las grandes potencias. Está claro en todo caso que nada de esto es posible sin una intervención de las fuerzas de clase; no al servicio de un plan diplomático, sino para desintegrar las bases sociales en que se apoya el revanchismo, para atacar la matriz capitalista del «partido de la guerra» y para imponer una solución de paz fundada en la liquidación de un ordenamiento por bloques.

El problema de China, no hay necesidad de demostrarlo, es todavía más complejo, porque pone en cuestión al bipolarismo y porque desemboca en el maremagnum de las cuestiones del desarrollo-subdesarrollo. ¿Cuáles son los términos esenciales del mismo? Desde el punto de vista político es evidente que China es el interlocutor principal de toda potencia que tenga una posición hegemónica en el Pacífico. Hoy son los Estados Unidos. Los Estados Unidos deben decidir, pues —dado que su política de «contención» ha fracasado—, con quién quieren arreglar las cosas en Asia, si con la URSS o con China. Si insisten en tener **un solo interlocutor** para todo el mundo o si, en cambio, reconocen que los interlocutores son dos. Naturalmente, esto significa insistir en el bipolarismo o bien despedirlo. Significa también revisar todos los términos de su política asiática y las relaciones con el campo de los aliados-satélites. Pero no será nunca posible hablar de cualquier sistema de seguridad en Asia mientras este estado de cosas no haya sido reconocido y mientras no se haya aceptado que China desempeña, en Asia y en otras partes, la función que le compete.

El problema, sin embargo, no se detiene en los solos datos políticos. La China popular es la única gran potencia que está atrasada económicamente. Ayer, en un ordenamiento colonialista, esto significa-

ba un enorme mercado a dividir y explotar colectivamente. Hoy estos dos datos, grandeza y atraso, trastornan todas las pretensiones de la política neocolonialista; pero trastornan también, indirectamente, la relación actual entre desarrollo y subdesarrollo, los criterios con los cuales el imperialismo quiere resolverlo. Esta es la raíz de la fuerza de atracción de la China popular y la base sobre la cual ésta puede desempeñar una gran función política y social.

La dirección natural de esta función es hacia Asia y Africa. Y desde el punto de vista político —como «zona de seguridad» china— esto no ha estado nunca ausente de los cálculos americanos.

No se trata, cierto, de «ceder» dos continentes. Pero cuando Schlesinger sostiene que las zonas vitales para los Estados Unidos son la América Latina y la Europa occidental,⁹ o cuando Lippman propone que los Estados Unidos retiren su presencia militar, las tropas de tierra, hacia Australia y Nueva Zelandia es probable que ambos reflejen consideraciones de amplio alcance.

Pero como cuestión social la cosa puede entorpecer los engranajes más delicados del mecanismo imperialista. Aquí no se trata de acuerdos coexistentiales o de deliberada voluntad «subversiva»; el hecho es que el desarrollo económico y social de China —con el régimen actual y con la teoría de «hacer por sí»— impone condiciones que no están dentro de los esquemas actuales del dualismo capitalista. Probablemente esto no haría saltar por sí solo el mecanismo imperialista, pero le impondría ritmos y modos de funcionamiento mucho más gravosos.

Por lo demás, si éstas son las características esenciales de la situación social china, hay que reconocer que ésta se distingue también del régimen soviético, y que el fin del bipolarismo político no significa poner otra silla en la misma mesa, sino revisar también los criterios según los cuales el mundo se divide en dos sistemas. El subdesarrollo no es un sistema, y estos años han demostrado suficientemente que no existen terceras posiciones entre socialismo e imperialismo. Pero, aún siendo la contradicción fundamental, ésta no excluye la otra entre desarrollo y subdesarrollo. Es una contradicción que envuelve al sistema capitalista, pero se han dicho, escrito y hecho demasiadas cosas en estos años para pretender que los países socialistas indus-

⁹ En Viet Nam, una herencia amarga; en cuanto a Lippman, ver la cita en este mismo número.

74 trializados puedan ignorarlo. El conflicto chinosoviético, en efecto, tiene también entre sus causas esta contradicción.

Por ello tiene poco sentido decidir si el régimen actual en China es socialista o nacionalista. China tiene, como la Unión Soviética, una composición nacional demasiado compleja para que sea posible reducirla a adjetivos. Es más importante, en cambio, decir que la China popular y la Unión Soviética **no pueden** hacerse la guerra ni influirse políticamente. Acheson erraba profundamente cuando consideraba que una China nacionalista habría sido empujada hacia el norte por la cuestión de las fronteras. Consideraba que la revolución china era esencialmente un problema agrario. En realidad el problema de China no es expandir su agricultura con adquisiciones de territorio, sino transformarla cuanto antes en una economía industrial avanzada. El Kazakstán es rico en minerales no ferrosos, pero el juego no vale la candela. El centro de gravitación de China está en el sur, como el soviético está en el oeste. La cuestión de las fronteras —como ocurre con la India— es delicada y grave; pero tiene otras causas, que hay que buscarlas en la situación asiática y mundial, y no las territoriales. Ninguno de los dos países tiene la fuerza, la voluntad o el interés de empeñarse en un conflicto desastroso en regiones no vitales. Es mucho más realista reconocer que estos dos grandes países tienen sistemas análogos pero no idénticos, y tienen intereses y orientaciones distintos, pero no antagónicos. Tienen, por lo menos, un punto en común: ambos son rivales del sistema imperialista.

Este es el tipo de consideraciones de que debemos partir no para renunciar a la confrontación de las ideas, sino para tenerlo siempre junto a la realidad, para evitar que detrás del humo de las «ideologías» se desarrollen causas y motivos de guerra y para reconstruir una unidad articulada, sin la cual no es posible imponer al imperialismo el respeto a la realidad que intenta desesperadamente evitar porque lo paraliza.

El colapso del globalismo cierra todo un período histórico, pero todavía no se ha abierto otro. En Viet Nam el imperialismo ha perdido una batalla decisiva: no ha logrado imponer la «contención» de China ni demostrar que el nacionalismo revolucionario no paga. Pero, con excepciones importantes, ha logrado hasta ahora mantenerse en el mundo neocolonial; los Estados Unidos, antes bien, son hoy la principal potencia dominante en tres continentes. En Europa es evidente

que, como en los años treinta, el ordenamiento político no se mantendrá por mucho tiempo en los términos actuales, y éste es el fracaso real de la política de bloque; pero el imperialismo no ha perdido ninguna batalla y, pese a los contrastes políticos en la OTAN, la comunidad Atlántica ha dado largos pasos hacia adelante en el terreno de los vínculos económicos y de sistema. La situación está en equilibrio. La tentativa más importante del imperialismo —la sugerida por sus mentes más lúcidas— es liquidar las formas de la política de bloque para salvar la sustancia del sistema. Tampoco esto podrá ocurrir sin luchas intestinas, y sólo en la medida en que lo impondrán los hechos. Pero lo que empuja en esta dirección no es solamente la comprobación de que los objetivos más ambiciosos e indispensables del globalismo no pueden ser alcanzados ya, es también la conciencia del hecho de que no se puede permanecer en una línea avanzada e inmóvil cuando las retaguardias corren el riesgo de quedar al descubierto.

Lo que, en efecto, empuja a la clase dominante americana a considerar un repliegue —y es un hecho que debemos valorar atentamente— no es solamente que la «contención» de China es ilusoria y que la guerra de Viet Nam es desastrosa. Cuando empezó la agresión expertos respetados escribieron que ésta requeriría un millón de soldados y podría desembocar en un conflicto nuclear con China. Es difícil pensar que el Pentágono se hiciera ilusiones a ese respecto. Sin embargo, nadie vaciló. El hecho decisivo es que esa guerra no ha dado **ningún** resultado y entre tanto se han preparado por lo menos dos procesos que amenazan al sistema.

El primero es que el mundo neocolonial se ha revelado no organizable. Puede ser dominado en algunas zonas y por cierto tiempo, pero no puede ser organizado. Esta es la consecuencia principal de las derrotas que el imperialismo ha sufrido en Cuba y en Viet Nam, después de las sufridas por el colonialismo. En ese mundo de países atrasados, sometidos a todas las presiones, con regímenes que se sitúan en todo el arco de los sistemas opuestos, ejemplos como Viet Nam y Cuba no valen solamente por la fuerza de la acción antimperialista; valen especialmente porque hablan a un mundo acobardado en la única lengua que comprende. Algunos pequeños países fuerzan la barrera, abren paso, y aún cuando el precio que han pagado espanta, a través del paso circula un flujo más lento, aún contradictorio e incierto, pero incontenible. La resistencia y las victorias del pueblo vietnamita y las consiguientes incertidumbres de la estrategia ame-

76 ricana han hecho subir la presión en todas partes. La victoria final de los vietnamitas abrirá otro paso. Por lo demás el fracaso de la Alianza para el Progreso y lo que está sucediendo en la América Latina —se podría decir lo mismo de otros continentes— demuestran que está ya en curso una evolución aún de los nacionalismos «medios». Si en los próximos años esa evolución se acelera y expande, como es probable, las reservas políticas y económicas del imperialismo americano serán sometidas a un desgaste desconcertante.

Los Estados Unidos están muy conscientes de esta situación, y el viaje de Rockefeller les ha refrescado la memoria. En el pasado las amenazas a la hegemonía yanqui en la América Latina venían del exterior, y esto empujó a los Estados Unidos a entrar en dos guerras mundiales. Esta vez la amenaza viene del interior y puede imponer a los Estados Unidos la reconsideración de su estrategia mundial para concentrarse en la «defensa».

El otro proceso se refiere a la misma sociedad americana y sobre ello se ha escrito bastante para permitirme hacer sólo algunas observaciones. Para el poder el peligro más inmediato no es, a mi parecer, el de un empujón revolucionario, porque es más probable una involución fascistoide. El aspecto crucial está en la disgregación política del centro tradicional, esto es, de la fuerza que tradicionalmente ha proporcionado al poder su base más estable y su justificación ideológica. Por ello el peligro está en la ruptura de la unidad, en la inestabilidad del régimen político, en un país según criterios europeos, es más Estado que nación, que siempre se ha reconocido en la preponderancia solidaria de las clases medias y en su ideología; más que en una real síntesis política, en una mediación superior. Desde este punto de vista es muy cierto que la crisis envuelva las superestructuras políticas e ideológicas, sin lograr todavía poner en movimiento las fuerzas sociales. Pero en un país en el cual Estado, instituciones e ideología son el cemento principal de la nación, precisamente esto corre el riesgo de tornarse mortal cualesquiera que sean los efectos inmediatos. Por lo demás, tal vez por vez primera existe una estrecha relación entre crisis interna de la política internacional, con efectos recíprocos. Esto no ocurre solamente en la conciencia de algunas vanguardias. Pocos de nosotros se dan cuenta de que, mucho antes que los estudiantes, esta correlación entre sistema y política mundial había sido establecida por los **liberales**, los exponentes políticos más articulados de las clases medias, la **élite** del centro tradicional. La guerra fría, el globalismo, la coexistencia

condicionada, la misma aventura vietnamita habían empeñado todas las energías y esperanzas de estos «americanos tranquilos». La derrota es tanto más atroz cuanto que los ha vaciado.

Puede ocurrir que para la clase dominante americana la situación no sea irreparable. No me he detenido en sus aspectos más estrictamente sociales, que también son desconcertantes; pero, al menos según los debates en el Congreso, parece que éste es terreno en el cual una parte de la clase dirigente quiere concentrar sus esfuerzos, con la esperanza de colmar de este modo las grietas políticas. Esto, empero, constituiría un empeño, un esfuerzo no inferior al del **New Deal**, y basta seguir el debate sobre los anticohetes para darse cuenta de su alcance. Pero otras señales indican que están ya bajo tiro también las mismas instituciones tradicionales, esto es, que puede verificarse no un neoislacionismo, sino una fase en que la sociedad americana se repliegue sobre sí misma para un examen de sus mecanismos principales.

Hallamos en estos motivos no solamente procesos que abren fuertes posibilidades, sino también un terreno connatural a nuestra acción de clase y a las mismas condiciones en que operamos. Los fenómenos de crisis en la sociedad americana tienen un equivalente en la inestabilidad de todos los regímenes políticos capitalistas. Todos estamos conscientes de los límites y las debilidades internas que todavía caracterizan al fenómeno; pero el hecho es nuevo. En toda esta postguerra los regímenes capitalistas han mostrado una notable estabilidad política y social. Pese a que los quebrantos de la guerra, los fenómenos de inestabilidad se han manifestado solamente en la IV República (Francia), y eran especialmente parlamentarios, como en Italia eran especialmente sociales. Por lo demás, el radio de influencia del movimiento obrero —aún donde resistía en amplias posiciones de clase— era limitado. Clases medias y social-democracia han permanecido «fieles».

Todo esto ha cambiado. En ningún país capitalista avanzado —con excepción quizá de los países escandinavos y en parte de la Alemania occidental— el régimen puede jactarse de tener enlaces seguros con fuerzas sociales amplias y estables. Tampoco en esto es necesario detenerse. Lo que se verifica no es quizá todavía un positivo despertar de la conciencia, pero la gente descubre el precio de los consumos. Esta comprobación vivida revela cuán inadecuada es la organización social del capitalismo y cuán odioso son sus valores priorita-

78 rios. Se descubre que el Estado está al servicio de una clase y que además es anacrónico. Es el fin de la mistificación. Y es —con todos los problemas que nos plantea— un terreno fértil de unidad inter-nacionalista.

De todo esto se puede concluir que en los últimos veinte años la política americana ha obtenido resultados considerables, pero que han sido totalmente trastornadas las relaciones interimperialistas que caracterizaban, en sus comienzos, a la alianza atlántica; no se han alcanzado ni son alcanzables los objetivos decisivos que habrían debido hacer definitivo el ordenamiento imperialista mundial; se abren en el interior de todo el sistema imperialista crisis sociales particularmente agudas, porque corresponden a la fase más avanzada del desarrollo y no a «retardos» que pudieran ser absorbidos con una política reformista. La crisis de la política americana es una crisis de perspectivas; se expresa en la necesidad de buscar un ordenamiento político mundial estable y necesariamente más avanzado. La lucha contra la OTAN —como lucha de clases y antimperialista— debe por ello dar fuertes empujones a las viejas relaciones. Debe contribuir especialmente a la desintegración del bipolarismo, a la liquidación de la alianza atlántica como alianza integrativa y subordinante de una política que está fundada casi exclusivamente en la fuerza y en el empleo de la fuerza para mantener situaciones artificiales. Esto es indispensable, porque la crisis americana no ha llegado todavía a un término concluyente y puede precipitar un rebote de la línea más agresiva y peligrosa. Lo que sucede en Viet Nam es indicativo, especialmente si se ve sobre el fondo del debate que hoy tiene lugar más en los vértices políticos que en la base de la sociedad americana, y si se recuerda que en ese debate han dejado la vida una serie de personalidades políticas, comenzando por John Kennedy. Pero esto es posible si la lucha contra la OTAN afronta también lo que está aflorando de nuevo, si condiciona las salidas posibles de la situación y no se limita a apresurar la liquidación de lo que es viejo y está en crisis, y si se siguen en esto criterios y orientaciones que vayan al fondo de la lógica que ha regido la política imperialista en estos veinte años y que podría permanecer como espina dorsal de un nuevo ordenamiento concertado; esto es, la lógica de bloque.

A esta lógica se remiten todos los principales problemas políticos existentes, con sus graves amenazas de guerra. Se remite en particular el problema de un ordenamiento mundial que rompa final-

mente con los criterios colonialistas que, desde el siglo pasado, han regido las relaciones entre grandes y pequeños países, y se remiten también las cuestiones sociales en el interior del mundo capitalista. Abatir la lógica de bloque no significa liquidar el imperialismo —especialmente como fenómeno económico— ni instaurar una sociedad socialista, sino que significa imponer al imperiaismo condiciones, reglas de juego político y social mucho más difíciles y de tal naturaleza que aceleren todas sus contradicciones y preparen su desintegración como sistema. No es un resultado que se pueda obtener con un gesto, antes bien, es una lucha larga y difícil; pero este resultado depende también y especialmente de la orientación a largo plazo que podemos dar a nuestra lucha contra la OTAN y de la vivacidad con que sepamos dirigirla.

En este punto he dicho lo esencial de lo que quería decir, y sería inútil, por lo demás, abordar en este lugar los problemas específicos de la lucha contra la OTAN. La clase obrera italiana ha luchado siempre contra la OTAN y por eso el razonamiento, en cierto sentido, es antiguo; al mismo tiempo, dado que las condiciones han cambiado profundamente, el razonamiento es nuevo y hay que afrontarlo con una gran articulación de temas en lo vivo de la experiencia.

Hay, empero, algunas observaciones orientadoras que es útil explicar brevemente. La primera es que la lógica de bloque es una deformación de la relación entre sistemas, impuesta por la guerra fría y continuada en la búsqueda de una coexistencia en la cumbre, y como tal se refleja también en el interior del sistema socialista y en las relaciones internas del movimiento antimperialista. Sobre este punto el razonamiento no debe contener equívocos. Pese a un retorno neobloquista que se ha verificado en el campo socialista a consecuencia de la cuestión checoslovaca y pese a una deformación más antigua que tiende a subordinar el sistema al bloque y la acción de clase a la política de estado, la política de bloque favorece al imperialismo, no a las fuerzas socialistas.

Los razonamientos sobre la «desintegración» que el imperialismo intenta provocar en el campo socialista y los relativos a su acción «ideológica» corresponden, como hemos visto, a una realidad que no es ni siquiera reciente; por lo demás, dado que existe, el imperialismo actúa con todos los medios a su disposición. Pero esto concierne a la lucha entre sistemas, a la capacidad o incapacidad de un sistema

80 para disgregar al otro y no puede transferirse al plano de las relaciones de fuerza, regulado a base de acuerdos o choques entre bloques. La lucha de clases es una continua disgregación del sistema capitalista; el imperialismo responde con la política de bloque precisamente porque no puede combatir con armas iguales en el plano social; antes bien, ésta es la razón principal de la crisis de su política en estos veinte años.

No se ponen por ello en el mismo plano un bloque agresivo y un bloque defensivo y todavía menos dos sistemas antagónicos, cuando se repite que la lucha contra la OTAN apunta a liquidar, a través de la disgregación de la alianza atlántica, toda la política de bloque y toda su lógica. En el campo socialista esto no abre las puertas a la «disgregación»; requiere, en cambio, un proceso de renovación tanto más fuerte cuanto más al desnudo pone la liquidación de la política de bloque las deformaciones que ésta ha producido.

En los países capitalistas el hecho de que ya no sea posible usar el lenguaje de la guerra fría y de que se haya perdido la batalla ideológica de los pasados veinte años ha bastado para poner en evidencia una serie de mistificaciones internas y externas, y ha producido verdaderas crisis ideológicas, entre las cuales podemos poner tranquilamente la rebelión de las nuevas generaciones que no están obsesionadas por el reflejo de la «defensa». Un fenómeno de ese género, distinto porque es distinta profundamente la realidad social, se produce en las sociedades socialistas. Contraponerle un lenguaje superado, ver en él la acción de fuerzas oscuras y omnipotentes, no subrayar que el equilibrio entre fuerzas militares es una visión restrictiva de la «cohesión», es en sustancia correr el riesgo de favorecer precisamente la tentativa imperialista de resolver todo en el plano de la lógica de bloque.

En último análisis, lo no aceptable de la cuestión checoslovaca no es que la intervención sea completamente injustificada; antes bien, es el hecho de que, en la lógica que rige las relaciones actuales y en la situación europea de este momento, no puede tener justificaciones «bloquistas». No se puede aceptar un estado de cosas tal que no sepa si la política de mayo debe ser discutida en su fondo o si, en cambio, debe ser vista como un oscuro proceso que habría llevado

o modificar el **statu quo** en favor de Alemania. O bien si la neutralidad de Checoslovaquia —una cosa que de por sí no es en lo absoluto desconcertante ni modificaría nada en las relaciones entre sistemas— es una maquinación, una ingenuidad de gatitos ciegos o simplemente un absurdo. O, en fin, si una concepción diversa de la relación entre partido y sociedad es un proceso de renovación que cabe juzgar en sí o, en cambio, una cuestión subordinada a la relación general de fuerza entre bloques.

Puede ocurrir que en el período de la guerra fría estas cosas fueran inevitables. Pero aquella «vigilancia» que se resolvía en reprimir todo debate de ideas y en la cristalización burocrática y autoritaria de las superestructuras fue una deformación grave; como tal fue denunciada en el XX congreso y por contribuciones autorizadas que subrayaron la necesidad de ir al fondo, de no detenerse en los «errores» y en el culto a la personalidad. Esto no se ha hecho nunca y no se puede aceptar que, después del limbo postveinteno, se propongan de nuevo tesis o explicaciones que claramente repiten la deformación y recurren a las obsesiones de los servicios secretos. En una fase de transición difícil, en la cual es más agudo que nunca el choque de clases a nivel mundial, precisa obviamente poner mucha atención; pero toda la línea de desarrollo del movimiento debe ser movida hacia adelante, debe afrontar valientemente las deformaciones del pasado y sus efectos, reconocer las exigencias que nacen del movimiento y de su más fuerte madurez. El estado de cosas que en el pasado obligaba a subordinar todo a rígidas relaciones de fuerza, en la lógica de muro contra muro, no puede ser considerado como base definitiva de la seguridad y la paz en Europa. No puede ser teorizado según criterios de «soberanías limitadas», que en sí no son nuevos ni escandalosos, pero que, en su formulación y en el contexto actuales, se elevan a teorización del bloque y a traducción «marxista» de su lógica.

En realidad, ninguna seguridad europea que permanezca en la lógica de los bloques puede ser garantizada y duradera. El problema alemán no puede resolverse en el **statu quo**. Esto no significa cambiar las fronteras salidas de la guerra, y por lo demás el problema no puede ser reducido solamente a este término. Significa, en cambio, cambiar relaciones políticas provocadas forzosamente por la

82 guerra fría, embutidas en la política de bloque, superpuestas a la capacidad de evolución y renovación de los sistemas.

Es éste, por lo demás, el sentido concreto de la petición de que Italia salga de la OTAN y adopte una política de neutralidad activa, esto es, que esta política constituya un ejemplo ostensible para otros países europeos y contribuya a crear un nuevo ordenamiento europeo y mundial, en el cual la seguridad de cada uno no requiera la limitación de la soberanía de otros o la sofocación del sistema.

Esto será posible solamente si la clase obrera, junto a las masas proletarias del mundo neocolonial, logra despedazar la falsa alternativa entre seguridad política y evolución social. Aquí surge una segunda cuestión: si la lucha debe ser contra la OTAN, para su destrucción, o si debe apuntar, en cambio, a la reducción progresiva y simultánea de los dos bloques. La opción es muy otra que táctica. En el primer caso la lucha adquiere todo su carácter de clase y antimperialista; no le son extrañas consideraciones políticas aun inmediatas, objetivos, «intermedios» que puedan permitir poner remedio a los males más gruesos y detener el resbalón hacia la guerra. Pero su orientación es totalmente incompatible con soluciones puramente políticas, que descuidan las relaciones sociales y miran a resolver la situación con compromisos en la cumbre.

En el segundo caso —y queriendo admitir que esta reducción sea posible a través de ingeniosos sistemas de seguridad contractual— queda la sustancia de la política de bloque, esto es, la identificación de las relaciones sociales con las relaciones de fuerza, su subordinación a exigencias de equilibrio político entre Estados, y subsistiría por ello en Europa y en el mundo un **modus vivendi** constrictivo y al mismo tiempo inestable. Puesta al servicio de un juego diplomático delicado, la lucha de clases se agotaría en la propaganda genérica por la paz; no tendría fuerza para proponer soluciones políticas ni mucho menos para cambiar, en sus raíces sociales, las relaciones políticas existentes. Es exactamente lo que desean los más ardientes sostenedores de esta línea, los socialdemócratas.

Sobre estas cosas el razonamiento debe ser preciso también por otra razón, esto es, por el hecho de que la lucha contra la OTAN requiere

reconocer que entre política de estado y acción social existe una relación dialéctica y que, por consiguiente, la autonomía de los partidos y las organizaciones de clase no es un lujo o el inicio de la pulverización, sino una condición de éxito. Es antes bien, del mismo modo, definir las relaciones internas del movimiento antimperialista, la afirmación del criterio principal de nuestra lucha: que la paz puede ser asegurada distinguiendo entre relaciones de fuerza y confrontación abierta de sistemas.

La autonomía de los partidos —como por lo demás la soberanía de las naciones— no es por ello un criterio organizativo o un «principio» abstracto que puede tener en la práctica cualquier aplicación política. Hay aquí, antes bien, una última cuestión que tocar fugazmente. Se ha dicho más o menos abiertamente que la demanda de autonomía encubre en definitiva el deseo de sustraerse a una disciplina de movimiento para seguir una política reformista y de integración. Ciertas interpretaciones de la tesis de las «vías nacionales» se prestan, en efecto, a algunas ambigüedades.

Pero cuando se ha dicho todo queda el hecho de que no se puede luchar contra la OTAN, como lucha de clases contra la política de bloques, y practicar al mismo tiempo una política reformista, o, si se quiere, no se puede combatir la integración en el sistema capitalista y al mismo tiempo engullir la política de bloque o combatirla flojamente. La autonomía no sirve a una política de interpretación —aun cuando sea dirigida de modo circunspecto— sino con la adhesión a un bloque. Nenni es la ilustración viva de esta contradicción. Se puede decir que ha aceptado la OTAN porque quería ir al gobierno; pero no es menos cierto decir que ha ido al gobierno porque había aceptado la «realidad» de la relación de fuerza, la subordinación de las fuerzas sociales y por tanto la «prudencia» de no cambiar el equilibrio, no poner en peligro la paz y trabajar con paciencia por reformar una realidad históricamente inmutable. En otras palabras, dado que Italia está donde está, lo mejor que se puede obtener es que no nos pongan entre la espada y la pared.

Esta lógica, por lo demás, no requiere siquiera una adhesión abierta a la OTAN; es suficiente reconocer que el equilibrio entre bloques es inevitable, que su liquidación requerirá tiempo y podrá ser ope-

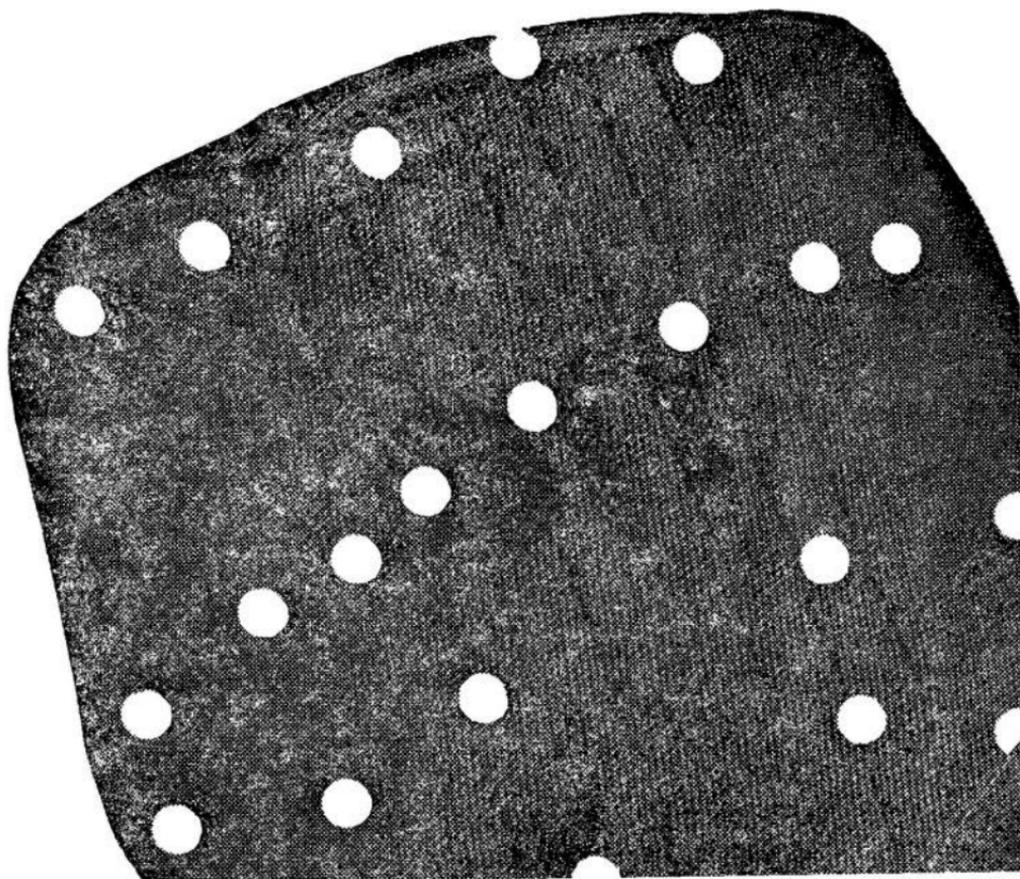
84 rada solamente a través de acuerdos en la cumbre. En este caso —como ocurre ya con los socialdemócratas europeos— la acción será puramente la de un grupo de presión que desde el comienzo ha renunciado al criterio decisivo para la liquidación de los bloques: la lucha social, que no puede ser negociada ni permanecer en los límites y en los tiempos fijados por la diplomacia. El reformismo se identifica con la política de bloque o, mejor, con su lógica: es la expresión interna del concepto de que seguridad política e inmovilidad social son la misma cosa. Por lo demás, cuando se habla de reformismo se usa un término superado. Estos años han demostrado que el reformismo, como concepción estratégica del movimiento de clase, no existe ya; está al servicio de un neocorporativismo que promete reformas y las hace pagar por anticipado. El precio a pagar por una seguridad fundada en la lógica de bloque no es ni siquiera la aspiración a una ola revolucionaria, que puede parecer irrisorio, sacrificio fácil de un sueño romántico; es en realidad el precio de la democracia real, de la evolución social, de un empuje que puede tener o puede también no tener saltos revolucionarios, que desde ahora somete las estructuras capitalistas a un fuerte desgaste.

La lucha contra la OTAN adopta por eso varios aspectos. Se refiere a Europa, pero se encuadra en un contexto mundial. Es lucha política porque debe afrontar problemas que no pueden esperar y que requieren indicaciones específicas; pero es especialmente lucha de clases, antimperialista. Es una lucha internacionalista y por ello ligada sólidamente al mundo neocolonial y a todo el campo socialista; pero precisamente porque envuelve los criterios estratégicos requiere **también** un razonamiento interno al movimiento. ¿Cómo traducir todo esto a objetivos específicos? ¿Cómo hacer de ello una lucha de masas? ¿Con qué fuerzas aliarse, en Europa y en el mundo, y cómo hacer concretamente operantes estas relaciones?

La respuesta a estas interrogaciones puede venirnos solamente del debate y de la experiencia viva, hecha en la acción. Hace veinte años, cuando nos batíamos contra el plan Marshall y contra la OTAN, no teníamos delante solamente los espectros del caos económico; teníamos también la fuerza del prestigio americano y las mistificaciones del imperialismo. Hoy todo esto ha terminado en un baño de sangre. Los hechos nos han dado la razón. Pero precisamente por

el hecho de que hoy la situación está abierta a todas las salidas, ello **85**
agrava nuestra responsabilidad. La lucha contra la OTAN no es un
lujo, sino un necesidad absoluta. Será dura y larga. Pero debe en
verdad ser nuestro Viet Nam.

Traducción de G. G. Ruiz.

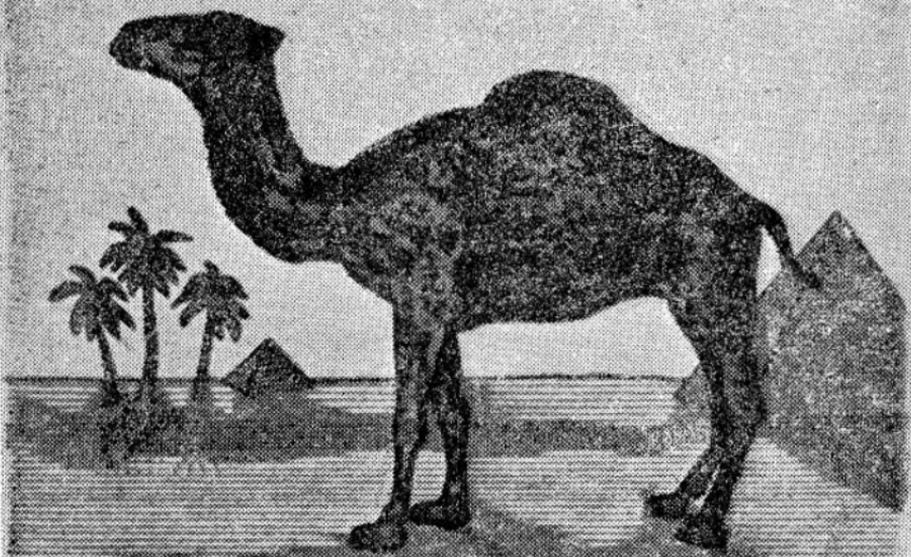


CAM

FINE FLAVOR

CAMEL

FILTERS



TURKISH & AMERICAN
BLEND
CIGARETTES



La segunda guerra de Indochina

Wilfred Burchett

INTRODUCCION

Cuando el 30 de abril de 1970, tropas y tanques de Estados Unidos cruzaron la frontera con Viet Nam del Sur y penetraron estruendosamente en la neutral Cambodia, comenzó la segunda guerra de Indochina. Entonces ya no se trató de una guerra terrestre separada en Viet Nam del Sur; de una guerra aérea en Viet Nam del Norte; de una «guerra secreta» en Laos: éstas se habían fundido en un solo frente como el que había existido dieciséis años antes, previamente a los Acuerdos de Ginebra de 1954 que pusieron fin a la guerra de Francia en Indochina. No obstante todo lo que se ha dicho acerca de «objetivos limitados» y plazos para la retirada de las tropas de Estados Unidos, los historiadores fijarán el 30 de abril de 1970 como la fecha en la cual comenzó la segunda guerra de Indochina. De entonces en adelante, en la medida en que iba a haber una sola guerra, podría por tanto haber una sola paz —la paz indochina. Y esto, sólo si el conflicto podía ser limitado a los estados involucrados por entonces.

Una semana antes de que se lanzara la invasión, el secretario de Estado, P. Rogers, había asegurado al Comité Congressional de Presupuestos que ninguna tropa norteamericana sería enviada a Cambodia. Pocos días después de comenzar, el presidente Nixon y el secretario de Defensa Stephen Laird, dieron seguridades de que la invasión tenía un límite de tiempo y de espacio —dos meses y una profundidad de 19 millas en el interior de Cambodia. Un par de

semanas más tarde, una flotilla de lanchas torpederas, protegidas por un paraguas de aviones y helicópteros norteamericanos, avanzaban río arriba por el Mekong, hasta puntos situados cien millas dentro del territorio de Cambodia, mientras los líderes de Saigón —con la bendición de Estados Unidos— declaraban que sus tropas habían ido a Cambodia para quedarse. ¡Lanchas torpederas en el Mekong! Todo esto tenía el fuerte olor de la fase más rapaz del colonialismo del siglo XIX.

«¿Sabe alguien, con seguridad, qué cosa está haciendo la flotilla de lanchas torpederas survietnamitas en el río Mekong...?» preguntaba en un editorial de mayo 13 el **Washington Post**. Después de examinar los ambiguos pretextos oficiales de Estados Unidos, el periódico preguntaba: «Donde hay lanchas torpederas, ¿puede estar muy lejos, detrás de ellas, alguna clase de diplomacia-de-lanchas torpederas?»

Para estar seguros de que se trataba sólo de lanchas torpederas survietnamitas: había solamente algunos oficiales a bordo que —como los pilotos que suministraban la protección aérea— eran norteamericanos.

La expedición Mekong arriba, fue de hecho una extensión de esa flamante invención de la política militar de Estados Unidos, llamada «guerra especial», que comenzó a ser experimentada por primera vez en Viet Nam del Sur a partir de finales de 1961. Se trata de lo que quizá más tarde será identificado como un ejemplo clásico de la aplicación de un concepto más bien confuso y hasta ahora pobremente definido y entendido que es el de «neocolonialismo».¹

«Guerra especial» en la era de Nixon de «asiatización», de una forma teleguiada de colonización norteamericana de Asia. El contenido práctico del concepto del viejo John Foster Dulles de «dejar que los asiáticos luchan contra los asiáticos», estaba en el centro de los intereses norteamericanos.

¹ Se podría definir como un nuevo tipo de colonialismo apto para ser impuesto a países que han logrado su independencia recientemente y/o en los cuales la costosa presencia de la potencia colonial es reducida al mínimo. Es un sistema diseñado por Estados Unidos para instalarse en los países que han echado abajo el tipo clásico de colonialismo. En lugar de una administración y tropas coloniales de ocupación, existen regímenes subsidiarios y tropas fíteres locales que aplican las políticas de «Guerra Especial» en lugar del despacho de una fuerza expedicionaria de viejo tipo, es la expresión militar del neocolonialismo. La «Guerra Especial» fracasó en Viet Nam del Sur y los norteamericanos fueron obligados a enviar sus propias tropas después de todo, y esto no hizo sino desenmascarar el colonialismo de viejo tipo.

90 La «guerra especial» fue uno de los tres tipos de guerra que aconsejaron emplear los asesores militares de los últimos años del presidente Kennedy (incluido Henry Kissinger, que actualmente es asesor de Nixon en asuntos de seguridad nacional). Lo bueno de la «guerra especial» es que otros pelean mientras Estados Unidos pone los dólares y las armas; suministra a través de un equipo de «consejeros militares», dirección estratégica y táctica; apoyo aéreo y transporte —en realidad, todo, excepto la carne de cañón. Entre las ventajas que ofrece la «guerra especial», está el hecho de que cuesta barata. Como dijo un entusiasta congresista, después de explicar el bajo costo que significaba mantener soldados locales en lugar de norteamericanos: «Y cuando ellos mueren, usted no tiene que preocuparse de embarcar el cadáver para enviarlo de regreso a casa. Usted los entierra allí mismo». Es decir un equivalente del comentario del embajador Ellsworth Bunker a favor de la política de «vietnamización de Nixon»: «Es cuestión de cambiarles el color a los cadáveres». La «guerra especial» fracasó en Viet Nam y tuvo que pasar a la fase siguiente de «guerra local» o «guerra limitada», en la que intervienen soldados norteamericanos, cuyos límites están cerca de la tercera y última guerra «nuclear global».

Estados Unidos ha estado haciendo una «guerra especial» en Laos a partir de 1960, como veremos más adelante. Desde abril de 1970 la está haciendo en Cambodia.

Las lanchas torpederas «Mekong arriba» significaron un paso adelante en este tipo de guerra. En lugar de fuerzas locales respaldadas por Estados Unidos para sostener regímenes pronorteamericanos en el poder, estas fuerzas han sido ahora despachadas a invadir territorios de países vecinos. Una ventaja obvia fue el hecho de que la operación podía ser «vendida» como una operación «survietnamita», no sujeta a ninguna regla que Washington fingía imponer a sus propios jefes militares.

El propósito de este libro es mostrar que lo que está ocurriendo en Cambodia y en Laos actualmente no tiene nada que ver con las «rutas de Sihanouk», las «rutas de Ho Chi Minh», ni con los «sanctuarios del Vietcong», sino que representa una extensión lógica de la política seguida desde 1954 por Estados Unidos en el área. Una política deliberadamente planeada por Estados Unidos para «llenar el vacío de poder» creado por el colapso del colonialismo francés en

Estados Unidos echó a pique deliberadamente los acuerdos de Ginebra de 1954 que rehusó firmar pero que prometió respetar. Al rechazar las elecciones para la unificación de Viet Nam —que debían celebrarse en julio de 1956, por mandato de los acuerdos de Ginebra—, al negarse a respetar la neutralidad de Laos y Cambodia, y al trabajar consistentemente para derribar los regímenes verdaderamente neutrales existentes en esos países, los diseñadores de la política exterior norteamericana crearon, ladrillo a ladrillo, la grave situación existente hoy en estos estados indochinos. El concepto de Laos y Cambodia como estados neutrales taponés, fue la base para un entendimiento entre las potencias del este y el oeste en la Conferencia de Ginebra, en 1954; específicamente fue una reunión de entendimiento entre Anthony Eden y Pierre Mendes-France de un lado, y de Chou En Lai y Vyacheslav Molotov de otro, con el visto bueno de los estados a los que concernía inmediatamente la cuestión. Pero John Foster Dulles le salió al paso a la Conferencia de Ginebra y denunció la neutralidad calificándola de «peligrosa e inmoral».

El resultado final son las lanchas torpederas «Mekong arriba», lanchas torpederas survietnamitas seguidas pronto por lanchas torpederas indonesas y una segunda guerra en Indochina. Es típico del neocolonialismo que se trate de lanchas torpederas títeres. Como es típico que asiáticos tailandeses y survietnamitas estén cooperando con los subtíteres cambodios en la tarea de desgarrar a Cambodia y convertirla en una subcolonia. ¡O, al menos, lo están intentado! El hecho de que 21 corresponsales veteranos de guerra hayan desaparecido durante los dos primeros meses de lucha en Cambodia —algo sin precedentes en ninguna guerra, que yo sepa— es prueba elocuente de que ni los títeres arriba mencionados, ni los subtíteres de Lon Nol, tienen control alguno sobre la situación militar. No hay autoridad militar que sea capaz de decirle a ningún corresponsal qué carretera, río o aldea es «segura», desde su punto de vista.

Cuando la CIA echó abajo al príncipe Norodon Sihanouk y a sus concepciones neutralistas, comenzó una reacción en cadena de eventos, cuyas consecuencias últimas son imprescindibles. No sólo se trató de ensanchar la guerra de Viet Nam hasta el suelo de Cambodia en un período de días, ni de crear un sólo frente de guerra en toda

92 Indochina —pese a las declaraciones del presidente Nixon en sentido contrario. Al hacer saltar la política de neutralidad de Cambo-
dia los diseñadores de la política exterior norteamericana han co-
menzado una guerra «sin fronteras» que muy bien pudiera abrirse
camino a través de todo el sudeste asiático e inflamar incluso la
entrada a la India y más allá.

Washington ha hecho mucho ruido con la cosa de los «santuarios
comunistas» en Cambo-
dia. Hay «santuarios» norteamericanos muchí-
simo más importantes en Tailandia; hay también importantes bases
guerrilleras en Tailandia que se extienden a través de la frontera
con Malasia. Y pese a las declaraciones que proclaman a Sir Robert
Thompson como «vencedor en la contrainsurgencia», hay allí todavía
una guerra de guerrillas que no ha terminado. El duro núcleo y la
jefatura de las guerrillas malayas, a quien Sir Robert Thompson
nunca a derrotado militarmente, permanecen intactos en el área fron-
teriza de Tailandia y Malasia. La extensión de la «guerra especial»
a Laos, en junio de 1970, provocó una vinculación entre el noroeste
de Laos y el noroeste de Tailandia —entre las guerrillas del Patnet
Lao y el Frente Patriótico de Tailandia, que en esa área está inte-
grado principalmente por hombres de origen étnico laosiano.

Si se hubiera confinado la guerra de Viet Nam dentro de las fron-
teras de Viet Nam, si se la hubiera ceñido a líneas que comenzaban
a ser definidas en las conversaciones de París, los demás problemas
habrían sido separados de este, tratados y resueltos eventualmente de
acuerdo con el desarrollo económico y sociopolítico de los países in-
teresados. El presidente Nixon decidió «vietnamizar» la guerra en
lugar de terminarla; expandirla en vez de limitarla. La intervención
norteamericana —como ha ocurrido con Tailandia y Filipinas—, la
mera presencia norteamericana, actúa como un poderoso fertilizador
de la semilla de los movimientos de liberación nacional. Con este
hecho contundente de la década de 1970 tendrán que vérselas Nixon
y sus sucesores.

El autor de estas líneas ha sido testigo presencial del drama indo-
chino desde el principio —desde la batalla de Dien Bien Phu y la
Conferencia de Ginebra de 1954 hasta la formación del Gobierno
Real de Unión Nacional de Cambo-
dia, el 5 de mayo de 1970 en
Pekín.

La conferencia cumbre y los futuros papeles (claramente definidos) de los participantes, despejaron el camino para un Congreso Nacional del pueblo camboiano celebrado a principios de mayo, en Pekín. Los delegados fueron aquellos señalados por la dirección de la resistencia en Camboia en consulta con los camboianos patriotas en el extranjero, incluyendo, por supuesto, a Sihanouk en Pekín. Fue este congreso el que confeccionó el Programa Político del Frente Unido Nacional Camboiano, confirmó a Sihanouk como presidente, eligió un Buró Político de 11 miembros para el FUN y designó un Gobierno Real de Unión Nacional, Con Penn Nouth como primer ministro.

Hubo un aplauso considerable en la conferencia de prensa cuando Sihanouk anunció que a los tres diputados en la resistencia se les había dado tres ministerios claves en el gobierno de resistencia. Khieu Samphan, de 40 años, fue nombrado ministro de Defensa. Hou Youn, de 42 años ministro del Interior, de las Reformas Rurales y Cooperativas. Hu Nim, de 41 años, ministro de Información y Propaganda. Fue electo como ministro de Relaciones Exteriores Sarin Chhak, de 48 años de edad, exembajador camboiano en El Cairo, electo como ministro de Obras Públicas, de Telecomunicaciones y de Reconstrucción lo fue Huot Sambath, de 42 años, exjefe de la delegación de Camboia en las Naciones Unidas. El miembro más joven del gabinete es Chan Youran, de 36 años, exembajador en Senegal, el de más edad es el primer ministro Penn Nouth con 64 años. La edad promedio del gabinete de 12 miembros es de 48 años que viene a ser la misma edad de Sihanouk. Es un gobierno joven pero distinguido con una elevada proporción de conocidos patriotas y progresistas. Después de Sihanouk nadie tiene más prestigio dentro del país que Penn Nouth cuya vida completa ha sido dedicada a obtener y defender la independencia camboiana. Los doce miembros han sido ministros o secretarios de estado en gobiernos anteriores, dos de ellos ministros de defensa: el mayor general Duong Sam Ol quien fue ministro de Defensa en el último gobierno antes del de Lon Nol, y el teniente general Ngo Hou quien también ha sido jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas y jefe de la Fuerza Aérea. La relación incluyó también a dos exministros de relaciones exteriores. El ministro de Economía y Finanzas, de 44 años de edad, Thiuunn Mumm, Dr. en Ciencias, es un bien conocido progresista y había estado en

94 exilio autoimpuesto en Francia; Chea San de 40 años de edad, en la actualidad embajador en Moscú, es ministro de Justicia y de Reformas Legales, y Chau Seng, de 42 años, exvicepresidente de la Asamblea Nacional, que en una ocasión fue el dinámico y eficiente secretario personal de Sihanouk, designado ministro a cargo de Misiones Especiales.

No hay miembros de cualidades comparables en el gobierno de Lon Nol.

El programa político estipula el budismo como la religión oficial pero también está garantizada la libertad para las demás religiones; incluso la protección de «los legítimos derechos e intereses de los ciudadanos extranjeros que respeten nuestras leyes y costumbres. . .» Entre las reformas sociales prometidas hay algunas que serán recibidas con entusiasmo por los campesinos, incluyendo «Garantizar a los campesinos el derecho de la propiedad de la tierra que cultivan ayudar a los campesinos a resolver el problema agrario mediante una solución justa de las deudas no razonables. . .» Otras medidas tratan con la revisión del sistema de arrendamiento de tierras y el interés sobre préstamos que son exorbitantes en algunas partes del interior. Estas últimas medidas no tienen que esperar por la victoria de la lucha de liberación. Están siendo aplicadas inmediatamente en veintenas de aldeas liberadas a través de todo el país.

Se va a abolir la poligamia y se va a introducir «la igualdad efectiva para ambos sexos». Se va a mantener el tipo de equilibrio que ya existía entre el estado y los sectores privados de la industria y el comercio, incluso la nacionalización de bancos y el comercio extranjero, pero con medidas dirigidas a eliminar el tipo de corrupción que estropeaba las empresas estatales en el pasado.

La política de neutralidad está reafirmada en la sección que trata de la política extranjera y: «Cambodia está presta a realizar concertados esfuerzos con Laos y Viet Nam para hacer de Indochina una zona genuinamente de independencia, paz y neutralidad donde cada nación conserve su soberanía integral. . .» En general hay poco en el programa que cause cualquier inquietud a cualquier país excepto a aquellos que tienen intenciones agresivas contra Cambodia. Es un programa capaz de reunir el apoyo más amplio dentro del país y está en conformidad con los principios más estrictos de la coexistencia pacífica.

Al presentar el programa, Sihanouk dijo que éste había sido confeccionado, y que el gobierno había sido electo sin su participación: «Yo simplemente ayudé a corregir la redacción en francés de diversos documentos y unos cuantos errores de mecanografía», dijo, pero agregó que aprobaba de todo corazón las decisiones. «Nuestras fuerzas armadas existen ya», dijo: «El enemigo dice que es el 'Vietcong' o 'Vietminh' el que está liberando nuestro territorio. Esto no es cierto, es nuestro propio Ejército de Liberación. Carecíamos de gobierno; ahora tenemos un gobierno. Tenemos una administración real. Cada vez que liberamos una aldea o localidad instalamos la administración legítima con la diferencia que ahora se está aplicando el nuevo programa político, para gran ventaja del pueblo. . . »¹

En una entrevista que Sihanouk me concedió el 6 de mayo, el día después de la formación del gobierno, y la cual fue filmada y grabada en el jardín del suntuoso y moderno palacio que el gobierno chino había puesto a su disposición como su residencia y secretariado, le pregunté si el hecho de que se hallaba en exilio en Pekín y el gobierno se había formado en el extranjero, no lo apartaba de la resistencia dentro del país. Sihanouk, a quien encontré «dispuesto a la lucha», muy confiado, muy militante y vital, contestó en inglés: «No. Formamos el gobierno en respuesta a una solicitud formulada desde el interior del país, principalmente de aquellos en el movimiento de resistencia. Notables miembros del gobierno, como usted sabe, dirigen verdaderamente ese movimiento de resistencia. Podemos expresar que nuestro gobierno no está arraigado aquí sino que está arraigado en el suelo de Cambodia. Estoy muy ansioso por regresar, pero los «maquisards» en las bases de resistencia me han dicho que tengo que cumplir algunos deberes en el extranjero en el campo diplomático internacional, útiles para la causa de nuestro pueblo en Cambodia». Explicó que en tales cuestiones, en lo que se refiere a qué ministros deben regresar y cuándo, sólo los ministros que dirigen

¹ En lo que se refiere al por qué se utiliza el título «Gobierno Real de Unión Nacional», Sihanouk explicó que era una cuestión de defender la legitimidad del régimen que él encabezó y que fue establecido bajo una Constitución redactada en 1947, con la participación de todos los partidos políticos, incluyendo el Partido Comunista, que existía en aquel momento. Sihanouk hizo citas extensas de esa Constitución para probar sin ninguna sombra de duda que el golpe de estado del 18 de marzo de 1970 fue una violación de la Constitución y los conspiradores fueron culpables de alta traición. También explicó, correctamente, que aunque la forma del régimen era monárquico, el contenido era republicano desde el momento que abdicó al trono. Pero él y los líderes del Frente Unido nacional prestaron gran importancia a defender la legitimidad constitucional de su gobierno y así la «ilegitimidad» del encabezado por Lon Nol, Cheng Heng y Sirik Matak.

96 la lucha en el lugar tenían poderes para decidir. El resto del gobierno estaba atado por sus decisiones en tales cuestiones.

En el momento de la entrevista, la República Popular China, Corea del Norte y Cuba ya habían reconocido el gobierno y tenía declaraciones de reconocimiento de unos 20 países en total. Sin incluir la Unión Soviética o los países de Europa oriental además de Albania, Rumania y Yugoslavia. Pero Sihanouk estaba confiado de que la Unión Soviética lo reconocería y después lo harían también el resto de los estados socialistas europeos.

En cuanto a su reacción referente a la invasión por parte de tropas de Saigón y Estados Unidos, Sihanouk expresó: «Esto no me sorprende porque el objetivo del golpe del 18 de marzo fue el de abrirle las puertas de la independiente y neutral Cambodia a la invasión y ocupación norteamericana. Debido a su teoría del 'dominó en caída' desearon ocupar Cambodia para fortalecer otros dominós y evitar así que se caigan».

El día anterior el presidente Nixon había dado como una de las razones para la invasión, el que Estados Unidos estaba «defendiendo la neutralidad cambodiana», por lo que le pregunté a Sihanouk qué pensaba acerca de eso:

«Desde que el presidente Nixon decidió defender nuestra neutralidad», replicó, «la neutralidad cambodiana ya no existe y nuestra independencia ha sido suprimida. Pero sin la intervención armada de Estados Unidos de América y sus invasores satélites, ya estaríamos en Phom Penh y no en Pekín. En realidad Lon Nol los llamó, no para proteger la neutralidad de Cambodia, sino para defender su tambaleante régimen».

Solicité su opinión sobre la razón dada por los norteamericanos para invadir Cambodia, incluso para el golpe de estado, que fue especialmente la presencia de fuerzas de resistencia vietnamitas en el suelo cambodiano.

«Antes éramos independientes», contestó: «Teníamos nuestra neutralidad. Ahora somos una colonia de los norteamericanos y estamos ocupados por 65 000 tropas sudvietnamitas, mercenarios de los norteamericanos. Fui depuesto el 18 de marzo porque se decía que permitía al 'Vietcong' y al 'Vietminh', ocupar Cambodia. Algunas veces venían a Cambodia debido a algunas necesidades, algunas necesidades estratégicas o técnicas. Pero dentro del marco de su marcha

contra Estados Unidos, para liberar su patria. Incluso si estaban en Cambodia miraban hacia Saigón. Todos sus esfuerzos estaban dirigidos hacia Saigón y Viet Nam del Sur. Ellos deseaban liberar a Viet Nam del Sur. Nunca miraron hacia nuestra dirección. Reconocían **de jure** nuestras fronteras. Incluso en el futuro, después de su victoria, no podían cambiar las fronteras de Cambodia. Ellos no representan una amenaza para Cambodia. Pero, al contrario, el gobierno de Saigón es una amenaza para Cambodia ya que se niega a reconocer nuestras fronteras, porque desean arrebatar nos algunas provincias. Svay Rieng, por ejemplo, que están ocupando en la actualidad con las fuerzas del general Do Cao Tri. También desean quitarnos algunas de las islas situadas frente a la costa.»

Sihanouk también dio su evaluación de la Conferencia Cumbre de los Pueblos de Indochina:

«Antes de la llegada de los colonialistas franceses, la llamada Indochina no existía. Existían Annam, Tonkín, Cochinchina —los tres estados de Viet Nam— Laos y Cambodia. Fue Francia quien creó la Indochina y nos unió en una Federación. Pero nuestros tres pueblos deseaban reconquistar de los franceses la independencia nacional para nuestros países. Tuvieron que tener solidaridad entre sí a fin de desarrollar su lucha en aumento y sus reclamos por la independencia.

«Cuando los militaristas y fascistas japoneses llegaron a Cambodia durante la segunda guerra mundial, nuestros pueblos tuvieron que resistir esta invasión japonesa. Esto creó, desde el comienzo, desde el mismo punto de partida —hace muchos años— una solidaridad entre los pueblos de Indochina. Verdaderamente esa solidaridad fue fortalecida grandemente por la invasión norteamericana a Indochina, a Viet Nam del Sur en particular. Pero en la actualidad, la agresión de Estados Unidos no es solamente contra Viet Nam del Sur, sino contra Viet Nam del Norte, contra Cambodia y Laos. Tenemos que luchar, tenemos que liberar nuestros países.

«Concientes de nuestra debilidad, pueblos pequeños que tenemos que luchar contra un gigante, una potencia muy grande, muy poderosa, con un poderío militar enorme, es vital para nosotros el unir nuestros esfuerzos para cooperar estrechamente entre sí a fin de vencer. Si deseamos la victoria, es lo que tenemos que hacer. Esto se puede demorar mucho tiempo Pero somos optimistas en lo que concierne a la victoria de nuestro pueblo.»

98 En su conferencia de prensa el día anterior Sihanouk también se había referido a la cuestión de la cooperación entre los pueblos de Indochina: «Es nuestro derecho sagrado unirnos con los fraternales pueblos laosiano y vietnamita», dijo y pasó a hablar acerca de los árabes de regímenes sociales ampliamente diversos quienes estaban unidos contra Israel: «Porque nos unamos en esta lucha, esto no significa que tengamos que volvernos satélites comunistas o aceptar invasiones extranjeras. Durante la segunda guerra mundial, Inglaterra invadió y atravesó Francia para combatir al enemigo común. Nadie acusó a Inglaterra de 'invadir a Francia'. Indochina es nuestro hogar. Los únicos invasores extranjeros son los norteamericanos y sus satélites. Ellos se deben retirar. Se deben retirar, o de lo contrario los destruiremos. . . La conferencia cumbre ha declarado formalmente que Cambodia debe estar libre de tropas extranjeras. . . Ni Estados Unidos de América, ni Australia, ni Corea del Sur, ni Tailandia ni nadie más tiene el derecho de invadir nuestra Indochina y hacer la guerra.»

Sin establecer ningún estado mayor militar conjunto formal, parecía que la actividad coordinada entre las fuerzas de resistencia cambodiana, laosiana y sudvietnamita, se desarrollaban incluso antes de la conferencia cumbre. Una extensa zona liberada ya se había logrado a mediados de mayo en lo que se conoce como «la zona de las tres fronteras» donde se encuentran Cambodia, Laos y Viet Nam del Sur. Las victorias del Pathet Lao en la zona de Attopeu-Saravane de la estratégica Meseta Bolovins coincidía con los avances del Ejército de Liberación Cambodiano en la colindante provincia más septentrional de Stung Treng, culminando con la captura de la capital provincial del mismo nombre. Del lado sudvietnamita, el control del FNL de las Regiones Montañosas se extienden hasta los suburbios de Pleikú, con zonas liberadas sólidamente al norte y sur de esta ciudad. Cualquiera resultado que produzca el flujo y reflujo de la batalla, los pueblos de Indochina tienen ahora una base vasta, contigua y relativamente segura, enlazada por zonas liberadas desde hace tiempo por el Pathet Lao y el FNL, con Viet Nam del Norte y por lo tanto con China. En caso de que Tailandia intervenga también notoriamente en los asuntos de Laos y Cambodia —como muestra toda intención de hacerlo— se puede predecir que el Pathet Lao —con o sin apoyo de Viet Nam del Norte— y las fuerzas de resistencia cambodianas, extenderán las zonas que tienen bajo su control hasta la mayoría de las zonas fronterizas con Tailandia. Para el

Pathet Lao, como quedó demostrado por sus operaciones durante la temporada de seca de 1970, esto no representa un gran problema. El contacto con las fuerzas de resistencia tailandesas se facilita por el hecho de que Tailandia nordestal donde las fuerzas de resistencia son más activas, está poblada principalmente por personas de origen étnico Lao. En Cambodia, las Montañas Cardamomes cerca de la frontera de Tailandia es una de las bases más viejas y sólidas de la resistencia cambodiana.

Mientras el Mando de Estados Unidos-Saigón acumulaba las cifras del «Conteo de cadáveres del Vietcong», basado en los civiles cambodianos masacrados en los ataques aéreos a las zonas de Cambodia comprendidas en las operaciones «Parrot's Beak» y «Fish-hook»;² mientras sus fuerzas terrestres operaban para encontrar un «Pentágono del Vietcong», a fin de darle a Nixon alguna justificación necesitada desesperadamente para su catastrófica equivocación, los estados mayores generales de las fuerzas de resistencia de los tres pueblos de Indochina estaban estableciendo y consolidando tranquilamente bases comunes para lo que todos se percataban sería otra prolongada fase en su extensa lucha por la independencia.

Lo que Nixon había contado como un ataque por sorpresa para lograr una rápida victoria militar fuera del atolladero de Viet Nam del Sur, en realidad ha creado las condiciones para una victoria completa de todos los pueblos de Indochina. Al menos es así como lo ven sus líderes y tienen argumentos muy serios y lógicos, basados en la historia reciente de sus países respectivos para justificar sus predicciones. Sin embargo, ningún líder responsable cambodiano, laosiano o vietnamita con quien he hablado, ha sugerido alguna vez el sometimiento del pueblo cambodiano ante los sufrimientos y sacrificios acarreados por una prolongada lucha armada contra las fuerzas armadas más poderosas y despiadadas que ha conocido la historia. No fueron los líderes de la resistencia cambodiana, laosiana o vietnamita quienes derribaron las barreras que trajeron la guerra al suelo cambodiano. Una vez hecho esto, el pueblo cambodiano no tenía otro remedio que empuñar las armas, como ha hecho a través de toda su historia, contra los invasores extranjeros.

² **Le Monde** (París) de mayo 31-junio 1º de 1970 citó a la AP como que estaba arrojando una gran duda sobre la autenticidad de las cifras de «los conteos de cadáveres» de Cambodia. Acumuladas principalmente a ojo de buen cubero después de los ataques aéreos en zonas donde las patrullas no se atrevían a aventurarse, incluso donde las acciones no tuvieron lugar, ¡los periodistas estaban asombrados al leer después de ligeros contactos, comunicados de acuerdo a los cuales habían sido muertos doscientos guerrilleros...!

El método de librar la guerra que tienen Estados Unidos —destruir lo que no se puede ocupar— asegura que otros pueblos cambodianos sufrirán el destino de aquellos como Snoul, Memot, Krek y otros en las zonas fronterizas, borradas de la existencia. Miles de mujeres y niños cambodianos serán asesinados para constituir las cifras de los conteos de cadáveres del «Vietcong» y eventualmente del «Khmercong». Pero la resistencia continuará mientras quede un solo invasor en el suelo cambodiano, o en el suelo laosiano o en el suelo vietnamita. Y la destrucción de los valores materiales en Indochina se iguala a la destrucción de los valores morales dentro de Estados Unidos. Por esto quizá habrá un terrible día de juicio final para el presidente Nixon o para cualquiera que lo suceda en la Casa Blanca. La violación de Camboya fue demasiado para la constancia humana. Los errores militares y políticos de los artífices de la guerra norteamericanos reflejan el desprecio total que tienen por los seres y valores humanos, el desprecio total por el pueblo cambodiano así como por su propio pueblo. A pesar de los calculados sondeos de la opinión pública, nada parece haber preparado un Nixon para las ondas de choque de cambio repentino que barren todo el mundo, incluyendo, especialmente, Estados Unidos ante el horror que la invasión cambodiana representó y las cotidianas mentiras presidenciales de intentada justificación.

En una advertencia al régimen de Lon Nol el 25 de mayo, el gobierno soviético, en lo que se puede creer sea el primer paso hacia el reconocimiento del gobierno de unión nacional de Sihanouk, emitió una declaración en que condenaba la invasión de Camboya por las tropas de Estados Unidos y Saigón como una «brutal violación de los acuerdos de 1954 sobre Indochina y de las normas reconocidas generalmente de la ley internacional. . . La llama de la guerra ha barrido a Camboya dejando ruinas y cenizas donde había pueblos y aldeas y sacrificando las vidas de miles de víctimas inocentes»; la declaración continuaba y pasaba a advertir sobre la posibilidad de una prolongada guerra civil y que «aquellos que consientan la intervención de Estados Unidos y Saigón tendrán la responsabilidad por la misma. . .» Los soviéticos «sacarán conclusiones apropiadas de la alternativa de que el régimen de Lon Nol regrese al camino de paz y neutralidad o de unidad con las fuerzas de agresión y guerra...» Si todavía tiene alguna capacidad para ser conmovido por las reacciones internacionales, el presidente Nixon se debería sentir herido especialmente cuando el congreso del Partido Socialdemócrata diri-

gente en Alemania Occidental aprobó una resolución el 12 de mayo, en que condenaba la invasión norteamericana. **101**

Sin embargo, no serán las reacciones de un Nixon o de un Lon Nol ante la opinión internacional lo que será decisivo en Indochina o Cambodia. Será la lucha de los pueblos de Indochina, del pueblo de Cambodia, de Viet Nam y de Laos.

SIHANOUK CONTRATACA

En un automóvil camino del aeropuerto de Moscú donde tomaría un avión que habría de llevarlo a Pekín, Sihanouk fue informado por el primer ministro soviético Alexei Kosiguin que había sido destituido. Los miembros de su séquito conocían esta noticia desde hacía horas, pero no habían decidido cómo comunicársela. Le llegó como una perfecta sorpresa; no había habido indicios de ninguna clase. Pero la reacción de Sihanouk fue inmediata —y de esperarse— para aquellos que lo conocían bien. El príncipe contrataría. En el avión hacia Pekín ya estaba planeando el contrataque. A su llegada, su viejo amigo Chou En Lai que había ido a esperarlo al aeropuerto, inmediatamente le aseguró que podía contar con la ayuda de China. Pocos días después recibía la misma seguridad de ayuda del premier de Viet Nam del Norte, Pham Van Dong, el que hizo una visita especial a Pekín —secreta en aquel entonces— con ese propósito. El 23 de marzo, ya Sihanouk había formulado una proclamación de cinco puntos que permanecerá como acontecimiento histórico en la propia evolución de Sihanouk y el inicio de un nuevo capítulo en la historia de Cambodia. En su capacidad de jefe de Estado, Sihanouk:

- Acusó al régimen de Lon Nol de alta traición y decretó su disolución.
- Anunció que se formaría un gobierno de unidad nacional.
- Convocó a la creación de una asamblea consultiva compuesta de elementos de las más variadas secciones de la comunidad incluyendo «todas las tendencias progresivas y antimperialistas».
- Convocó a la creación de un Ejército de Liberación Nacional para luchar contra el imperialismo norteamericano y sus agentes dentro del país.
- Convocó a la creación de un Frente Unido Nacional para la liberación del país y hacerse cargo de las tareas de reconstrucción después de obtenida la victoria.

102 Sihanouk apeló a sus compatriotas para que tomaran la decisión de alzarse y derrocar al régimen de Lon Nol-Sirik Matak.

A partir de esto, los acontecimientos empezaron a precipitarse con rapidez; con más rapidez de la que Sihanouk pudo haber imaginado en el momento del golpe. El factor de vital importancia fue que los intelectuales progresistas respondieron inmediatamente a su apelación. Esta había sido transmitida por la radio de Hanoi, escuchada y copiada en cinta magnetofónica en Cambodia y retransmitida por miles de altoparlantes a través de todo el país. El efecto causado por la voz de Sihanouk fue emocionante. Lon Nol no tenía nada con qué contrarrestar. Había preparado la parte militar y la intriga política consiguiente con mucho cuidado, pero no había hecho nada para preparar a la opinión pública. Su campaña de difamación contra la vida privada de Sihanouk no pudo haber afectado menos a la población. Esta estaba interesada en las cuestiones de paz y de guerra, de independencia o de invasiones extranjeras.

Dentro de las próximas 24 horas se recibió una declaración conjunta de los tres representantes del ala izquierda ausentes —Hou Youn, Hu Nim y Khieu Samphan— respaldando a Sihanouk. Estas fueron las primeras noticias que se tenían de ellos en casi tres años. El hecho de que estos intelectuales de renombre, pioneros de la lucha de resistencia dentro del país, con un alto precio puesto sobre sus cabezas, ofrecieran su ayuda sin límites a Sihanouk, causó un efecto electrificante en los progresistas dentro y fuera del país. Los tres habían sufrido enormemente durante los cuatro años anteriores, pero demostraron su madurez cuando decidieron que lo que realmente vale es la política a seguir y no las personalidades. Sihanouk había trazado una línea correcta y ellos estaban preparados para olvidar el pasado, aceptar esa línea de conducta por el momento y luchar por el futuro. En su análisis de la situación, contenido en la declaración de ayuda, dejaron perfectamente aclarado que la apelación de Sihanouk correspondía precisamente a la nueva fase de la revolución democrática nacional. Era una que los progresistas más ortodoxos del ala izquierda podían apoyar, cosa que hicieron.

«Apoyamos sin reservas la declaración del 23 de marzo hecha en Pekín por el jefe del Estado, príncipe Norodom Sihanouk», expresa la declaración de los tres representantes: «Nosotros apelamos a todos nuestros compatriotas en las ciudades y en el campo, para que no se alisten como carne de cañón en el ejército o la policía de los imperialistas norteamericanos y esos traidores nacionales Lon Nol y

Sirik Matak; para que no les paguen impuestos de ninguna clase ni respeten ninguna de sus bárbaras leyes; para que se unan con toda sinceridad y muy estrechamente en el Frente Unido Nacional Camdiano; para que organicen unidades de guerrilla y fuerzas armadas para luchar contra ellos y destituir su régimen, instituyendo administraciones honradas a nivel de caseríos, aldeas, distritos y provincias. . .» Los representantes exhortaron a los soldados y empleados públicos a que respaldaran al pueblo en su lucha y se alistaran en las filas de las fuerzas de resistencia. Se refirieron al amplio respaldo internacional que con toda seguridad recibiría el movimiento de resistencia «especialmente de los pueblos vietnamita y laosiano» en su lucha por la liberación nacional.

¿Cuándo tuvo algún movimiento de resistencia un comienzo más propicio? ¡La unión de un amplio campo de fuerzas campesinas y obreras a la monarquía! Las bases para la resistencia ya programadas, seis de ellas dominando las áreas clave del país. El embrión de un ejército de liberación y dirigentes probados por tres años de lucha clandestina, además de veteranos de la resistencia antijaponesa y antifrancesa, y armas en abundancia inmediatamente después de la apelación de Sihanouk.

En el pasado, el FLN de Viet Nam del Sur no suministraba armas a los combatientes de la resistencia «Khmer Rouges», a pesar de que tenían amplias reservas en las áreas fronterizas. No querían hacer nada que pudiera poner en peligro la neutralidad de Sihanouk. Los sudvietnamitas respetaron con toda fidelidad los acuerdos de no interferir en los asuntos internos de cada cual. Los «Khmer Rouges», a partir de 1967 en que se pasaron a la resistencia armada, se convirtieron, de hecho, en algo engorroso para el FLN. Este último no podía apelar a ellos para que desistieran de su propia lucha en aras del interés mucho más importante de ayudar al FLN para vencer al imperialismo norteamericano. Pero le fue tan fácil a Lon Nol persuadir a Sihanouk —como ya lo había hecho en otra oportunidad— de que era el «Vietcong» el que estaba detrás de los «Khmers Rouges», que era un asunto muy delicado de tratar. Afortunadamente las bases principales y el escenario principal de los encuentros armados estaban muy apartados de las áreas fronterizas de Viet Nam del Sur. A mi modo de ver, la única ayuda prestada a los combatientes de la resistencia cambodiana fue ocasional. Cuando un grupo se veía acosado por las tropas de Lon Nol en las áreas fronterizas, les era permitido colarse a través de las filas del FLN para regresar

104 después o territorio camboiano lo antes posible (posiblemente en algún otro sector).

Con la exhortación de Sihanouk la situación cambió. Sihanouk pidió una «lucha librada conjuntamente con otras fuerzas populares antimperialistas de países hermanos. . .» Si los norteamericanos se sintieron algo defraudados porque los escondites de armas que descubrieron durante su invasión en territorio camboiano estaban vacíos, debieron haber buscado las que faltaban en manos de decenas de miles de combatientes de la resistencia camboiana, que fueron distribuidas en los primeros días siguientes al llamamiento de Sihanouk para la lucha armada.

Hubo alzamientos espontáneos en gran escala inmediatamente después del llamamiento de Sihanouk. A pesar de que Lon Nol pretendió hacer creer que estos habían sido provocados por los «vietnamitas» y fomentó una serie de masacres salvajes contra la comunidad vietnamita que dejó atónitos al mundo entero, los periodistas que se hallaban presente comprobaron que eran camboyanos y no vietnamitas los que se volcaron en demostraciones masivas en contra del régimen; que eran camboianos y no vietnamitas, cuyos cuerpos abarrotaban los caminos y cuyos heridos llenaban los hospitales provinciales. Cientos de personas fueron muertas entre el 26 y 28 de marzo en el camino que va de Kompong Cham, la tercera entre las más grandes ciudades de Camboia, a la capital, muchos de ellos caídos en las inmediaciones de la propia Phnom Penh. Con referencia a los incidentes de Kompong Cham, el corresponsal del periódico **Le Monde**, J. C. Pomonti, reportó:

«Los manifestantes (alrededor de tres mil según un testigo presencial) estaban diseminados por toda la ciudad y por el camino, parando vehículos, pintando en sus puertas la consigna de 'Que viva Sihanouk' y distribuyendo fotos del príncipe entre los que los guiaban. Después de esto, y en circunstancias que se desconocen, se formó un convoy de unos 50 camiones y autos desbordados de manifestantes, incluyendo un gran número de estudiantes y alumnos de secundaria que salieron en dirección a Phnom Penh, a unas 60 millas (96 km) al sur. En Koki a unas 12 millas (19,2 km) hacia el oeste de la capital habían ocurrido incidentes durante la noche del jueves y la mañana del viernes. De acuerdo a lo declarado por un oficial paracaídista camboiano, gran cantidad de vietnamitas «disfrazados de campesinos y con algunas armas» se habían infiltrado en distintas aldeas de esa región. . .» Este reporte se refiere a «campesinos

armados con cuchillos» que atacaron una oficina gubernamental en la provincia de Takeo, quemando todos los archivos a que pudieron echar mano y Pomonti cita a un funcionario local declarando que estaba hallando dificultades para «explicarles las cosas a los campesinos. . .» Éste se refería a encuentros armados que ocurrieron a la entrada de un puente a menos de una milla (1,6 km) del centro mismo de Phnom Penh y en el cruce de caminos a la salida de la ciudad. Todas estas manifestaciones fueron hechas por cambodios, no por vietnamitas. Pomonti cita al funcionario de Takeo, quien alegaba que: «En mi distrito hay muy pocos vietnamitas y tienen buen cuidado de no moverse. . .»¹

«Esta es la tierra de Sihanouk; su pueblo permanece fiel al príncipe que fue derrocado como jefe de Estado hace diez días», reportó Jack Foisie del diario **Los Angeles Times**² desde Kompong Cham, el 30 de marzo. «Las turbas mataron a golpes y pisotones a dos representantes de la Asamblea Nacional que habían regresado aquí para explicar a sus electores por qué habían votado para que derrocaran a Norodom Sihanouk. En represalia, tropas del ejército marcharon hacia la ciudad y entraron disparando sobre una multitud de personas el viernes pasado matando a 26 de los allí presentes —según conteo del gobernador provincial— e hiriendo a 62. . . La provincia. . . parecía estar en estado de alboroto.

»Los aldeanos nos restregaban por la cara fotografías de Sihanouk y nos preguntaban con un francés gutural si estábamos con él. Y respaldaban su furia con machetes, afiladas herramientas agrícolas y garrotes. Algunos estaban armados de rifles franceses y checos. Asentíamos con la cabeza y eso bastaba para que nos dieran palmadas en las espaldas y nos cubieran de aclamaciones en todo el trayecto.

»El gobernador provincial, Tian Kien Chieng, calculaba el número de cambodios, 'descarriados' en su zona entre 20 000 y 40 000, principalmente campesinos que, según decía, habían caído bajo la influencia de agentes comunistas de Viet Nam del Norte o de Camboya. . .»

Foisie puso en boca del gobernador la aseveración de que los participantes en las demostraciones «querían la disolución de la Asamblea Nacional y la restauración del príncipe Sihanouk. . .»

¹ **Le Monde**, 31 de marzo de 1970.

² **International Herald Tribune**, 31 de marzo de 1970.

106 Con anterioridad, el dirigente de la resistencia Hu Nin había sido diputado por la provincia de Kompong Cham, cargo para el que fue reelecto en 1966, pese a las presiones del ala derecha y la corrupción de electores.

Todos estos hechos constituían levantamientos genuinos y espontáneos del pueblo camboiano. Los periodistas que se encontraban en el lugar, se inclinaban a reportar solamente aquellos brotes de rebeldía que tenían lugar en las provincias adyacentes a Phnom Penh, especialmente en las muy sensibles zonas entre la capital y la frontera de Viet Nam del Sur. Pero, en realidad, tales levantamientos se producían en todo el país. Después que varios centenares de campesinos fueron masacrados en Kompong Cham, Takeo, Svay Rieng, Kandal y otras provincias, a raíz de la colosal oleada de demostraciones espontáneas de finales de marzo, Sihanouk aconsejó que se desistiera de tales acciones por parte de un pueblo inermes, para recurrir a la resistencia armada organizada. Se estableció contacto con millares de aldeanos que habían huido a la selva en busca de los dirigentes de la resistencia y se les instruyó para que retornaran a sus aldeas y establecieran organizaciones de resistencia, incluyendo comités de elección popular y unidades de guerrilla de defensa propia. Millares de soldados de Lon Nol se sumaron a las fuerzas de la resistencia o depusieron sus armas ante el movimiento de resistencia y retornaron a las aldeas de donde procedían. En infinidad de casos, se limitaban a apilar sus armas en sus barracas, para enviar después aviso a los dirigentes locales de la resistencia a fin de que vinieran a recogerlas. En la zona de Battambang, en el oeste, un veterano cuadro de la resistencia escuchó la apelación de Sihanouk y sin esperar más instrucciones acudió a hacerle el planteamiento a una compañía de soldados de Lon Nol que había en su distrito. Resultado: todos los soldados siguieron al patriota a la selva, donde establecieron una importante base de resistencia, reforzada pocos días después por grupos de estudiantes procedentes de la universidad de Battambang. En Siem Reab, cerca de las famosas ruinas de Angkor, los estudiantes acudieron también en masa a la base más próxima de la resistencia. El ejército y la administración de Lon Nol daban señales de desplome en todas partes, excepto en la propia capital, donde el régimen había podido concentrar poderío armado bastante para estabilizar la situación. Pero el ejército no tenía entrañas para la pelea.

En el cruce del «ferry» de Neak Luong, en el río Mekong —60 millas al este de Phnom Penh— la resistencia disparó algunos tiros y el batallón encargado de la defensa huyó a buscar refugio en una pagoda budista, con las fuerzas de la resistencia pisándoles los talones. Los bonzos de la pagoda persuadieron a los soldados a abandonar las armas y marcharse, cosa que hicieron. Así fue como se tomó el cruce del «ferry». (El cruce fue recuperado después por tropas de Saigón transportadas por unidades navales, con apoyo aéreo de Estados Unidos). De los 50 batallones iniciales de Lon Nol, diez se habían dispersado sencillamente en el primer mes de acción, otros diez habían sido aniquilados, se habían rendido o se habían pasado voluntariamente a las fuerzas de la resistencia, y otros nueve estaban inmovilizados en servicio de guardia fija. Se formaron otros treinta y cinco batallones de reclutas bisoños, con estudiantes aturdidos y otros elementos que vinieron a constituirse fundamentalmente en proveedores de armas para las fuerzas de resistencia. Al cumplirse las seis primeras semanas, las seis primeras bases de resistencia se habían anclado, y se había organizado un Ejército de Liberación regular con efectivos ascendentes a un batallón y provisto de mejores armas que las de los soldados de Lon Nol. Estas fuerzas estaban complementadas por tropas regionales a nivel de una compañía y por guerrillas de defensa propia en más de un centenar de aldeas. Estas dos últimas fuerzas estaban igualmente tan bien armadas como las tropas de Lon Nol. En realidad contaban con las armas más modernas. Eran las tropas del Ejército de Liberación camboiano —no el «Vietcong» (nombre que despectivamente aplican los norteamericanos al Ejército de Liberación de Viet Nam del Sur) ni los «norvietnameses»— las que habían liberado a la mayor parte de Cambodia para la fecha en que Nixon decidió atacar a través de la frontera con tropas de Estados Unidos y despachó fuerzas de Saigón en una operación que constituyó una de las más flagrantes agresiones, a tratar de recuperar el control de ciudades y aldeas cambodianas que se encontraban en poder de los patriotas cambodianos. Las tropas de choque utilizadas por Lon Nol desde los primeros días que siguieron al golpe, y empleadas en las masacres de campesinos cambodianos y prisioneros vietnamitas inermes, procedían del ejército privado de la CIA de «Khmer Serei». En 1969, hubo misteriosas defecciones en gran escala —compañías enteras y hasta batallones— de mercenarios del «Khmer Serei» con base en Tailandia que se pasaron al gobierno cambodiano. En un solo día, setecientos de ellos cruzaron la frontera desde Tailandia y se entregaron. El cré-

108 dito por estas «defecciones» se adjudicó a Lon Nol. A los «desertores» se les entregaron recompensas en efectivo y se les concedieron tierras para establecerse en zonas estratégicas de la frontera. Círculos de Phnom Penh sostienen que estas fuerzas reorganizadas, integradas en unidades, armadas y conducidas secretamente a la capital, en vísperas del golpe. El número de estas fuerzas se acrecentó con centenares de otros ingresos, principalmente de gente que se encontraba en prisión y fue libertada por Lon Nol a los pocos días del golpe. Desalmados adiestrados en el infame arte de matar, sin lazos inhibitorios de ninguna clase con el país o con el pueblo, habían sido reclutados entre la minoría Khmer de Viet Nam del Sur: violadores y saqueadores, no tardaban en sembrar el terror donde quiera que aparecían. El golpe Lon Nol-Sirik Matak era la acasión para la que habían sido adiestrados. Estos entes repulsivos desempeñaron para la CIA el mismo papel que los mercenarios Vang Pao en Laos. El 24 y 25 de abril, una «Conferencia Cumbre de los Pueblos Indochinos» se efectuó en «una localidad de la zona fronteriza de Laos-Viet Nam-China. . .» La delegación cambodiana estuvo presidida por el príncipe Sihanouk; la delegación laosiana, por el príncipe Souphanouvong, presidente del Frente Patriótico de Laos; la delegación sudvietnamita, por Nguyen Huu Tho, presidente del FNL de Viet Nam del Sur, y la delegación norvietnamita por el primer ministro de la República Democrática de Viet Nam, Pham Van Dong. La esencia de los acuerdos logrados estaba relacionada con las tareas que entonces se realizaban con vistas a la unificación por librar una guerra ampliada en Indochina. Los acuerdos en cuestión definían los principios de la aplicación de esta unidad, así como la base de las futuras relaciones entre los distintos componentes. Trátase de un documento inteligente y moderado, que ratifica que las posiciones fundamentales de los tres pueblos no se han modificado por razón de la extensión de la guerra. Por lo cual:

«Las partes cambodiana, laosiana y survietnamita reiteran que sus objetivos de combate son la independencia, la paz, la neutralidad, la prohibición de la presencia de cualesquiera tropas o bases militares extranjeras en sus suelos respectivos, la no participación en alianza militar alguna, la prohibición del uso de sus territorios por cualquier país extranjero con fines de agresión contra otros países. . . El pueblo de la República Democrática de Viet Nam respeta a plenitud estas legítimas aspiraciones y apoya sin reservas la lucha por estos elevados objetivos. . .»

En otras palabras, pese al notable cambio de la situación, la neutralidad persiste, con todas las inferencias inherentes, para un Viet Nam del Sur autónomo, como asociado de Laos y Cambodia en una zona neutral.

El principio de la autonomía de cada uno de los componentes —aunque cooperen en los asuntos militares— se enfatiza claramente en un párrafo que consigna: «Partiendo del principio de que la liberación y la defensa de cada país son asunto del pueblo respectivo, las distintas partes se comprometen a hacer todo cuanto puedan por facilitarse entre sí apoyo recíproco, de conformidad con el deseo de la parte a que incumba y sobre la base del respeto mutuo. . .» Hay otra referencia al «apoyo mutuo en la lucha contra el enemigo común» y a la «cooperación permanente en el futuro en la construcción de cada país conforme a su propio modo. . .» También hay otro párrafo que señala: «Las partes reiteran que todos los problemas que surjan en las relaciones entre los tres países pueden resolverse por medio de negociaciones, en un espíritu de mutuo respeto, mutua comprensión y mutua asistencia. . .»

No se hace referencia al establecimiento de un comando militar conjunto, como se podía haber esperado, pero sí hay una cláusula para futuras reuniones a nivel cumbre, cuando la ocasión lo requiera. También se hace resaltar el hecho de que la situación para una lucha común «es más favorable que nunca» y que el pueblo indochino «ha forjado una solidaridad indestructible y posee, además, fuerzas mucho más considerables que nunca antes. . .»

Chou En Lai, quien se presume actuó como «anfitrión» de la conferencia, ofreció un banquete después de la sesión de clausura. En este banquete, Chou dijo, entre otras cosas: «La situación internacional es excelente. Bajo los golpes contundentes de los tres pueblos indochinos y del pueblo del resto del mundo, el imperialismo de Estados Unidos está acosado por las dificultades, tanto en el ámbito nacional como en el extranjero. Llevados a un callejón sin salida, cada vez se les hace más dura la vida. . .» Parafraseando una cita de Mao Tse Tung, al principio de la guerra en Viet Nam, el premier Chou manifestó: «Los setecientos millones del pueblo chino facilitarán respaldo poderoso a los tres pueblos indochinos, y la inmensidad del territorio de China constituye para ellos una zona de retaguardia digna de la mayor confianza. Los tres fraternales pueblos de Indochina pueden estar seguros de que en la lucha común contra

110 el imperialismo de Estados Unidos, el pueblo chino estará siempre al lado de ellos. Juntos nos encontramos, juntos luchamos y juntos ganaremos.»

Muy rara vez en los últimos años ha hecho dirigente chino alguna una declaración tan específica sobre semejante cuestión. Las palabras de Chou fueron precursoras de una declaración del presidente Mao Tse Tung, el 20 de mayo de 1970, en la que respaldó calurosamente:

- «...el ánimo militante del príncipe Norodom Sihanouk, jefe de Estado camboiano, contra el imperialismo de Estados Unidos y sus lacayos...»
- «...la declaración conjunta de la conferencia «cumbre» de los Pueblos de Indochina...»
- «...el establecimiento del Gobierno Real de Unión Nacional...»;

y prometió:

- «...que el pueblo chino apoyaría firmemente a los tres pueblos de Indochina y a otros pueblos del mundo en sus luchas revolucionarias contra el imperialismo norteamericano y sus lacayos...»

Esta vino a ser solamente la séptima declaración sobre asuntos internacionales por el presidente Mao Tse Tung, en siete años; ¡comentario suficiente sobre la importancia que China concede a la violación de Cambodia y a la guerra en Indochina!

(Subrayando similar preocupación por parte de la Unión Soviética, el primer ministro Alexei Kosiguin efectuó con fecha 4 de mayo su primera conferencia de prensa en seis años como jefe del gabinete soviético. En esta plática con los periodistas, Kosiguin advirtió a Estados Unidos de las consecuencias de su agresión contra Cambodia y lanzó una apelación urgente para «la unidad de todas las fuerzas amantes de la paz», a fin de detener tal agresión. En el lenguaje más duro hasta ahora empleado en Moscú contra un presidente de Estados Unidos, desde la segunda guerra mundial, la declaración del gobierno soviético leída por el primer ministro Kosiguin, advertía a Nixon que el gobierno soviético «sacaría las conclusiones adecuadas» para su propia política futura hacia Estados Unidos. Ante la agresión contra Cambodia y «el manifiesto divorcio entre las declaraciones y garantías del presidente Nixon y sus actos en el campo de la política exterior», Kosiguin inquirió: «¿Qué valor pueden tener los

convenios internacionales en que Estados Unidos sea o trate de ser parte, si tan irrespetuosamente violan los norteamericanos sus obligaciones? Contestando a preguntas de los periodistas, Kosiguin manifestó que consideraba que la Conferencia Cumbre de los Pueblos de Indochina representaba un «factor de unidad» en la lucha contra la agresión de Estados Unidos).

LAS DOBLES NORMAS DE CONDUCTA INTERNACIONAL Y EL DOBLE JUEGO

El pretexto oficial de Washington para la gradual escalada, de la interferencia a la intervención y después a la agresión directa contra el pueblo laosiano, se ha relacionado siempre con la «intervención» o la «agresión» norvietnamita. En realidad, la política de Hanoi ha consistido estrictamente en dejar a los laosianos solucionar sus propios asuntos. Sin la interferencia de Estados Unidos, los laosianos hubieran solucionado sus asuntos de manera satisfactoria para ellos y para los norvietnamitas. El Viet Nam de Ho Chi Minh no tenía intención —y muy poco interés— de tratar de imponer un régimen comunista o procomunista en Laos, aunque hubiese tenido medios para hacerlo. En lo que respecta a los Acuerdos de Ginebra de 1954 sobre Laos y Cambodia, los dirigentes de Hanoi quedaron perfectamente satisfechos de la letra y el espíritu de estos pactos, cuya esencia era que Laos y Cambodia se convertirían en estados tapones neutrales entre Viet Nam y los otros estados continentales del sudeste de Asia. Este era el elemento esencial en la reunión de mentalidades del este y el oeste en Ginebra.

En lo que respecta a los británicos y franceses, el concepto del estado tapón quietaba las ansiedades respecto a la expansión demasiado rápida de las «ideas comunistas» con que solían identificar al Viet-minh más allá de los confines de Viet Nam. El «cordón sanitario» protegería la esfera de interés de ellos en Tailandia, Malaya, etc. . . , del «virus rojo». Viet Nam no podía ser salvado —el Vietminh había ganado—, pero se podría amputar ideológicamente del resto del sudeste de Asia y si Viet Nam se abotonaba a sí mismo a China —ya perdida—, constituiría tal cosa un precio aceptable a pagar por su aislamiento de otros países. Por otra parte, la OTASO podría aportar un escudo militar de protección para los estados situados al otro lado del tapón.

112 Respecto a Hanoi, con las perspectivas de que la zona situada al sur del paralelo 17 se reunificase con el norte en el término de dos años, para tener entonces al mar como frontera natural por el este y por el sur; con estados taponés neutrales en el oeste, y la fraternal República Popular China al norte, el pueblo vietnamita podría avanzar inmediatamente, con paz e independencia, en la construcción de un factible estado socialista que constituyese una atracción aún más irresistible para los compatriotas del sur, cuando llegase el momento para las elecciones. Con estas ideas, se podía llegar en Ginebra a un acuerdo sobre el status futuro de Laos y Cambodia.

Laos se encontraba en un estado de evolución sociopolítica distinto al de Viet Nam. Su revolución encontraría su propio impulso. Si hubo tropas del Vietminh en Laos durante la guerra antifrancesa, fue únicamente a base de una ayuda mutua amistosa, forjada por las fuerzas de la resistencia de Indochina, al objeto de coordinar sus esfuerzos comunes para derrotar al colonialismo francés y traer la paz y la independencia a cada una de las partes componentes. Estas fuerzas de la resistencia se opusieron a los esfuerzos franceses de nuclearlos separadamente, a fin de derrotarlas también separadamente, una vez que las fuerzas colonialistas fuesen lo bastante fuertes.

Las tropas del Vietminh en Laos se retiraron después de los Acuerdos de Ginebra de 1954, para satisfacción unánime de la Comisión Internacional de Control que supervisó la partida de las mismas. No tenían la menor idea de retornar alguna vez. Entre los camaradas de armas de estas tropas del Vietminh, el Pathet Lao, con amplio apoyo popular, incluido el del poderoso clero budista, de una parte, y las fuerzas nacionalista-neutralista, de la otra, entre ambas facciones, que representaban todo cuanto había de opinión pública organizada en el país, no podían encontrar los dirigentes políticos laosianos problemas para llegar al acuerdo sobre los programas comunes. No habría problemas para consumir la reconciliación nacional. No existía el riesgo de que el gobierno resultante de esta reconciliación nacional adoptase una política que pudiera representar amenaza o peligro alguno para un Viet Nam independiente.

Atareados como estaban en la recuperación de los estragos de la guerra, el establecimiento de la unidad dentro del propio Viet Nam del Norte, y los preparativos para las elecciones nacionales, lo que menos querían los dirigentes de Hanoi era tener entre las manos un problema laosiano. Y los Acuerdos de Ginebra parecían ser la más segura garantía de que no lo tendrían.

Pero Estados Unidos de Eisenhower y Dulles, aún antes de que se firmasen los Acuerdos de Ginebra, habían decidido entrar en Laos, indirectamente si era posible, por mediación de secuaces como Katay-Sananikone; directamente, si lo primero no daba resultado. Esta política se continuó por las administraciones de Kennedy y Johnson, y se sigue hoy por la de Nixon. Toda ayuda que Viet Nam del Norte, en cualquier etapa en particular, pueda haber facilitado a las fuerzas patrióticas de Laos, ha sido enteramente como reacción a la intervención de Estados Unidos. Viet Nam del Norte, solo o junto con la República Popular China, y apoyado de cuando en cuando por la Unión Soviética (como copresidente de la Conferencia de Ginebra) ha puesto en práctica innumerables iniciativas para situar nuevamente la cuestión laosiana dentro de las líneas de los Acuerdos de Ginebra y fortalecer el papel supervisorio de la Comisión Internacional de Control. Los norvietnamitas denunciaron la exclusión de la CIC por Sananikone y su repudio de los Acuerdos de Ginebra. También demandaron la investigación por la CIC de violaciones flagrantes de los convenios, y nunca tuvieron nada que temer de las investigaciones de las acusaciones de intervención vietnamita. Por dos años, durante los cuales la intervención de Estados Unidos se acrecentó continuamente, el gobierno británico tuvo oídos sordos para los reclamos norvietnamitas, expedidos por mediación del gobierno soviético, de que se reviviera la Comisión Internacional de Control. Los británicos actuaban únicamente cuando podían servir los intereses de Estados Unidos y de sus titeres en Laos. Cuando Viet Nam del Norte comenzó a enviar ayuda sustancial a Laos, lo hizo a solicitud específica del gobierno legal de Souvanna Phouma, en un momento en que éste necesitaba el apoyo del Pathet Lao para su supervivencia política y física.

Hanoi mantuvo una actitud consecuente muy similar respecto a Viet Nam del sur. Mientras Estados Unidos se mantuvo fuera del sur físicamente —y de hecho hasta mucho después de producida la intervención física— Hanoi dejó que el pueblo de Viet Nam del Sur manejase y arreglase sus propios asuntos, pese al pérfido desgarramiento de los Acuerdos de Ginebra, la repulso de la promesa ginebrina de unas elecciones generales en julio de 1956 para la unificación del país, y la salvaje represión, equivalente a un intento de exterminio, de los participantes y simpatizadores de la lucha de independencia. Hilsman reconoce que el norte comenzó a ayudar realmente al movimiento de resistencia del sur, mucho después de haberse iniciado la intervención de Estados Unidos en esta región.¹

114 Lo que sí se podía vaticinar era que Hanoi, al menos en lo que a Laos se refería, no iba a permanecer con los brazos cruzados, viendo como sus antiguos camaradas de armas de allende la frontera eran exterminados para que Estados Unidos pudiese relevar a los derrotados franceses como la nueva potencia colonial. Si en cualquier momento los norvietnamitas hubiesen ayudado a las fuerzas patrióticas laosianas a repeler a las fuerzas de la intervención de Estados Unidos, la inmensa mayoría de las personas sensatas con un mínimo de conocimiento de los antecedentes, habría aplaudido el gesto. Al hacer tal cosa, los vietnamitas del norte habrían estado defendiendo los intereses del pueblo laosiano y los de la paz en Asia suroriental. Habrían estado actuando inspirados en la alianza de 1951 entre las fuerzas de la resistencia de los trece estados de Indochina² y en la Conferencia de los Pueblos de Indochina, en Phnom Penh (mayo de 1965), que se comprometieron a la acción común contra la agresión norteamericana.

La historia, indudablemente, habría juzgado con mucha severidad a los vietnamitas del norte si estos hubieran vuelto las espaldas a sus antiguos aliados laosianos y a sus compatriotas en el sur, en su hora de más urgente necesidad. Los dirigentes norvietnamitas tenían que tomar sus decisiones teniendo en cuenta los intereses nacionales —indudablemente amenazados si el poderío militar de Estados Unidos se instalaba y hacía acto de presencia junto a sus fronteras, así como la situación internacional, particularmente la posición de Viet Nam del Norte como miembro del campo socialista. Los participantes en la conferencia de los Partidos Comunistas del Mundo, celebrada en Moscú en 1957, habían convenido en qué, aunque estaban contra la exportación de la revolución, también eran contrarios a la exportación de la contrarrevolución. Los partidos se comprometieron a movilizar sus recursos, incluyendo los recursos militares de aquellos países en que el partido comunista ocupase el poder, para ayudar a los pueblos

¹ Refiriéndose al Libro Blanco del Departamento de Estado de Washington sobre la «Agresión desde el norte...», utilizado para justificar el inicio de los bombardeos estadounidenses al norte, Hilsman comenta (página 531): «No se presentó ningún documento, equipo o material ocupado que indicase, bien la presencia de unidades regulares de Viet Nam del Norte, o bien de individuos norvietnamitas en número apreciable o significativo. El Libro Blanco pudo presentar los casos de sólo cuatro infiltradores capturados, que eran norvietnamitas étnicos. No se presentó ninguna prueba de la presencia de unidades regulares de Viet Nam del Norte, excepto las aserciones de dos de estos infiltradores capturados y las de otros dos «Vietcongs» de procedencia sureña que también fueron hecho prisioneros...» Hilsman, que conocía muy bien los métodos utilizados para la obtención de tales confesiones, no depositaba en ellas mucha confianza.

² Se hace referencia a esto en el capítulo 1.

y países que se hubiesen alzado en revolución y fueran víctimas del apoyo internacional de la contrarrevolución.

De ese modo, en relación con su posición dentro del movimiento comunista internacional y el campo socialista, la República Democrática de Viet Nam habría estado cumpliendo sus obligaciones internacionales al ayudar al Pathet Lao a derrotar la contrarrevolución patrocinada por Estados Unidos en Laos.

Hubo otros factores. Para 1965, Estados Unidos había creado un solo frente militar contra los pueblos de Indochina. Este frente había asumido las formas de tropas de combate norteamericanas lanzadas contra el pueblo del sur; de guerra aérea contra el Norte de Viet Nam; de «guerra especial» en Laos; de amenaza de invadir Cambodia, junto con el bombardeo y ametrallamiento de las aldeas fronterizas de este último país. Todas estas operaciones constituían parte de un frente único y coordinado. Pero en tanto que Estados Unidos se reservaba el privilegio de librar una guerra unilateral, como hicieron los franceses en su tiempo, se suponía que las víctimas tenían que esperar, encerradas en sus pocilgas respectivas, el momento de ser masacradas una a una. ¿Podía alguien culparlas de que se levantasen para unirse y ayudarse mutuamente?

Y seguían abundando otros factores. El ochenta por ciento de los ataques aéreos contra el Norte de Viet Nam se realizaron desde bases en Tailandia, cruzando por el espacio aéreo laosiano, con los aviones atacantes guiados hasta sus objetivos por bases de radar manipulados por norteamericanos, pero situadas en Laos, para ser arrojadas las bombas por medio de señales electrónicas expedidas desde estas bases. Pero si Estados Unidos tenía derecho a utilizar el espacio aéreo laosiano para atacar a Viet Nam del Norte, los vietnamitas del norte no tenían derecho a cruzar el espacio terrestre laosiano, para atacar las bases en Tailandia, por no mencionar el derecho a penetrar en territorio laosiano para barrer con las bases de radar. Si el príncipe Souvanna Phouma se hubiese preocupado al menos un poco por el mantenimiento de la neutralidad laosiana, habría negado en todo momento el uso del espacio aéreo laosiano para el ataque a un país vecino. Pero la verdad es que Souvanna Phouma ni siquiera levantó jamás la voz contra tal cosa.

Otro aspecto de la doble cara que Washington utiliza en el papel de gendarme internacional que a sí mismo se ha impuesto, es la de que Estados Unidos se reserva para sí el monopolio del uso de tropas extranjeras pagadas por Washington, contra el pueblo laosiano (y con-

116 tra el sudvietnamita). Tailandeses, vietnamitas del sur, chinos del Kuomintang, filipinos y otros mercenarios en Laos (surcoreanos, australianos, neozelandeses, tailandeses, filipinos y otros soldados mercenarios en Viet Nam del Sur). Pero el hecho de que los norvietnamitas ayudasen a sus vecinos y compatriotas más allegados, constituía un «crimen» que se tenía que castigar con el exterminio: «A bombardearlos hasta regresarlos a la edad de piedra», como demandó el general Lemay.

Si el campo socialista hubiese reaccionado en forma similar, aeroplanos soviéticos hubieran estado bombardeando ciudades americanas; submarinos soviéticos y chinos se hubieran dedicado a hundir los convoyes de suministros de Estados Unidos en el Pacífico (miles y no seis o doce toneladas de suministros al día); y tropas chinas, norcoreanas, cubanas, húngaras, etc, estarían combatiendo en Viet Nam del Sur y Laos.

A principios de 1961, por ejemplo, después que Kong Le y Singkapo se apoderaron de la Llanura de las Jarras, tropas tailandesas, bajo el comando de Estados Unidos se arrojaron en paracaídas en dicha zona, por tres días consecutivos, el 1, 2 y 3 de enero. Y esto se produjo en un momento en que ni la imaginación más audaz podía concebir la presencia vietnamita, por encontrarse esa zona a centenares de millas de distancia de la frontera vietnamita, a través de montañas intransitables y cubiertas de tupida selva. Tampoco podían los norvietnamitas estar vinculados a ninguna de las crisis importantes que precedieron a la acción de Washington: el fracaso de las campañas militares de Katay, el «affaire» de los dos batallones del Pathet Lao; la fuga de Souphanouvong; el golpe de Kong Le; la toma de la Llanura de las Jarras. Por aquel entonces ni siquiera se había inventado el pretexto del sendero «Ho Chi Minh». Pero la intervención de Estados Unidos y de las tropas pagadas por Norteamérica era patente para todo el que la quisiera ver.

Otro ejemplo de la doble cara de Washington, es el hecho de que Estados Unidos se reserva para sí el monopolio del uso de un país como Tailandia, para el establecimiento de bases de adiestramiento y operaciones convertidas en «santuarios exentos de todo ataque»; para emplearlo como territorio por donde transportar provisiones de guerra y maniobrar con tropas a sueldo y bajo el comando de Estados Unidos, a fin de flanquear y atacar a sus víctimas por la retaguardia. (Como en el ataque de Nosavan sobre Vientiane, por ejemplo.) ¿Qué algarabía se habría formado si China hubiese utilizado el norte de

Laos para enviar suministros militares a Viet Nam del Norte! ¡O si hubiera invadido a Laos y Tailandia bajo el pretexto, inventado por Estados Unidos de «una persecución tenaz» para destruir a los remanentes del Kuomintang que están hostigando sus áreas fronterizas desde bases en Laos y Tailandia!

Desde el inicio de su intervención en Laos y en cualquier otra parte de Indochina, Estados Unidos ha estado aplicando la ley de la selva de que «la fuerza es el derecho». Si Viet Nam y el Pathet Lao, así como los países amigos de ellos, hubieran empleado los mismos pretextos oficiales utilizados por Washington para justificar su intervención, los «santuarios» de Estados Unidos en Tailandia, Guam, Okinawa y las Filipinas habrían sido bombardeados, desde un inicio. Tailandia habría sido invadida, por realizar los «actos de guerra» definidos en las convenciones internacionales, contra la República Democrática de Viet Nam y Laos. Al aplicar sus dobles normas de conducta internacional, Washington ha llevado ya las cosas al borde mismo de una guerra ampliada en Asia suroriental que sólo un milagro podría evitar.

A consecuencia de la alarma pública respecto al camino que llevaban las cosas en Laos y de las vistas del senado sobre lo que estaba ocurriendo, la Cámara Alta de Estados Unidos, con fecha 15 de diciembre de 1969, aprobó una enmienda al proyecto de ley de créditos de defensa que se presentó al público como fórmula que ponía término al peligro de que Estados Unidos se viese envuelto en un conflicto armado en Laos y Tailandia. Pero, después de los habituales encomios editoriales elogiando lo sabio de este paso, se hizo patente, con la publicación del texto, que la enmienda facilitaba a la administración de Nixon la continuación —y hasta la intensificación, si era necesario— de ese tipo de «guerra especial» contra el pueblo laosiano, que se describió en los capítulos precedentes.

Por eso no sorprende que el presidente Nixon pudiera decir a los líderes del senado que la enmienda —en la que tantas esperanzas se habían cifrado— estaba «definitivamente acorde con la política de la administración», y que el secretario de prensa de la Casa Blanca, Ron Ziegler, pudiese comentar que la enmienda era una «ratificación», más bien que un «refrenamiento» de tal política. Entonces resultó que, en un procedimiento de lo más inusitado para una medida que se suponía estaba encaminada a bloquear todas las posibilidades de intervención de Estados Unidos en Laos y limitar las facultades del presidente en este sentido, había sido enviada al presidente

118 Nixon para su aprobación, antes de ser adoptada por el Congreso. La redacción de la enmienda se había aprobado en «una sesión secreta en la que los reporteros fueron excluidos de las galerías...» La frase clave era la de que «ninguno de los créditos adjudicados por esta ley se utilizará para financiar la introducción de tropas americanas de tierra en Laos o Tailandia...»³

La Fuerza Aérea de Estados Unidos, las unidades de helicópteros, los «Boinas Verdes», la artillería, las comunicaciones y otras facilidades de «apoyo», toda la parafernalia, en fin, de la «guerra especial» queda excluida de la prohibición. Ni un solo dólar sería recibido del presupuesto para el financiamiento de las actividades de la «guerra especial». Cuando más, la enmienda podría impedir cualquier escalada inmediata de la «guerra limitada», pero también esto encaja a perfección en la versión nixoniana de la doctrina de «Asiáticos para combatir a los asiáticos» que Estados Unidos propugna porque así conviene a sus intereses.⁴

Veinte años antes, el entonces senador Richard Nixon se ganó el mote de «Dickie el Tramposo». Su tan manido «plan secreto de paz» para poner término a la guerra de Viet Nam, al igual que su locuaz aceptación de la enmienda del senado sobre la limitación de la forma de la intervención de Estados Unidos en Laos y Tailandia, demostraron palpablemente que Nixon estaba haciendo honor a este apodo. El «plan de paz» resultó ser un plan de continuación de la guerra en Viet Nam por otros medios: «vietnamizándola», con la garantía de que Estados Unidos no se retiraría hasta que la «vietnamización» estuviese funcionando como Nixon quería. (En su escala en Pakistán, durante su gira mundial, al preguntársele si estaba encontrando dificultades en convencer a los dirigentes asiáticos de que su plan para la retirada de fuerzas de Estados Unidos en Viet Nam no entrañaba amenaza alguna para la seguridad de otros asiáticos, Nixon replicó que «aunque Estados Unidos estaba comprometido a seguir una política en el Pacífico, se trataba, no de una política de intervención, sino de una política que descartaba incuestionablemente la

³ **International Herald Tribune** (París), 18 de diciembre de 1969.

⁴ Nixon comenzó a exponer su versión de esta doctrina en una serie de conferencias informativas con los periodistas, sobre los antecedentes de la misma, en Guam, el 25 de julio de 1969, en la etapa asiática de su gira mundial. La esencia de la doctrina era que Estados Unidos representaba fundamentalmente una «potencia del Pacífico»; pero que «continuaría desempeñando su papel en Asia hasta el punto de que las naciones asiáticas, bilateral y colectivamente, desearan que Estados Unidos desempeñase tal papel». Trasladada a infinidad de variantes desde entonces, ha devenido en la versión de «háganlo-ustedes-por-nosotros-y-sin-nuestra-ayuda» de la doctrina de «Asiáticos para combatir a los asiáticos».

Los resultados definitivos de las vistas del senado sobre Laos —donde en aquellas secciones que escaparon de la censura de Nixon se confirma gran parte de los manejos poco escrupulosos consignados en este libro— no han sido otros que autorizar a la administración de Nixon la continuación de la obra iniciada por sus predecesores. El aspecto más siniestro, en lo que al pueblo laosiano y a sus vecinos inmediatos se refiere, y que se ha confirmado en la forma más brutal con la invasión de Cambodia, es que las intenciones de Estados Unidos de dominar el Asia suroriental no parecen haber cambiado un ápice. El pueblo laosiano, al igual que sus vecinos vietnamitas, cambodianos y tailandeses, no tiene otra alternativa que continuar librando la lucha, armas en la mano, cuando y donde sea necesario, para derrotar esta política y obligar a Estados Unidos a desistir de sus pretensiones.

Es cierto que la política de la administración norteamericana en el Asia suroriental está encontrando oposición cada vez mayor dentro del propio Estados Unidos, incluyendo al congreso norteamericano, donde muchos congresistas liberales se sienten manifiestamente espantados por el escamoteo de sus prerrogativas, especialmente en la cuestión de hacer la guerra. Esto explica la colisión directa y frontal entre Nixon y el senado, respecto a la invasión de Cambodia, y la tentativa por un grupo de senadores de pasar una legislación, mucho más severa que la enmienda sobre Laos, para refrenar la intervención de Estados Unidos en Cambodia. La enmienda Cooper-Church, llamada así por el senador republicano y el senador demócrata que la redactaron, era una adición a la legislación sobre ventas militares al extranjero, encaminada a suprimir los créditos para cualesquiera actividades militares de Estados Unidos en Cambodia, a partir del 30 de junio de 1970, fecha para la cual Nixon prometió haber retirado todas las tropas de combate de Estados Unidos en Cambodia. En su forma original, la enmienda hubiera suprimido igualmente los fondos y suministros para las tropas de Saigón que operan en Cambodia. Pero tal enmienda sí hubiera permitido el financiamiento de las actividades aéreas de Estados Unidos. La enmienda fue gradualmente cercenada, con el pretexto de que «infringía las responsabilidades del presidente —en su condición de comandante en jefe de las fuerzas armadas de Estados Unidos— de proteger a las tropas norteamericanas en campaña. . . »

120 Al igual que con la enmienda de Laos, los peritos legales se pusieron a trabajar para producir algo que pareciese bueno a la opinión pública; pero permitiera al mismo tiempo al presidente lograr lo que él quería, en una forma u otra.

Mucho antes de que se acercase la fecha del vencimiento del plazo, el 30 de junio, figuraban ya en el asalto a Cambodia tropas tailandesas y comandos de «fuerzas especiales» —formados por la CIA con survietnamitas de origen cambodiano— que habían recibido la encomienda de la «defensa» de Phnom Penh contra las fuerzas de la resistencia cambodiana. También había posibilidades de que fuerzas surcoreanas, indonesias y taiwanesas se integrasen en un ejército internacional de contrarrevolución, armado y financiado por Estados Unidos a pesar de la enmienda Cooper-Church. El cinismo con que este espectáculo de una Cambodia hecha pedazos por sus peores enemigos, bajo el patrocinio norteamericano, se presentó como la «salvación del país» de los «miembros del vietcong y de los vietnamitas del norte», no necesita comentario:

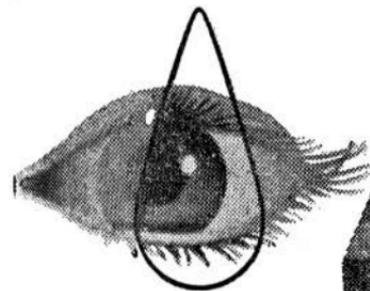
«El cinismo del ejecutivo de Estados Unidos llegó al colmo», dijo Sihanouk en su discurso de apertura de la Conferencia Cumbre de los Pueblos de Indochina, el 24 de abril de 1970, «cuando demandó que las fuerzas de resistencia de nuestros tres pueblos de Viet Nam, Laos y Cambodia, evacuasen sus propios países, en respuesta a la retirada de parte de las fuerzas de Estados Unidos, y especialmente cuando nuestra resistencia hubo de convertirse en 'intervención extranjera' en nuestro propio suelo. ¿A dónde irían, pues, nuestros ejércitos de liberación? ¿A Estados Unidos? ¿Se habrán convertido los agresores de Estados Unidos, por obra y gracia del Espíritu Santo en indochinos de pura sangre?»

Estados Unidos —se explica algunas veces por los más ardientes apologistas— tiene derecho a emplear las dobles normas de conducta internacional porque ellos son los «buenos» y las fuerzas de liberación nacional son los «malos». El uso por los norteamericanos de santuarios en Tailandia, Okinawa y Guam, se sigue alegando, está justificado, porque es para una «buena» causa, en tanto que Cambodia puede ser pulverizada por los bombarderos B-52 y hacerse desaparecer entre sus vecinos, porque los «santuarios del Vietcong» se emplearon para una «mala» causa.

No es probable que semejantes argumentos impresionen a los pueblos de Indochina, y la lucha de ellos contra esas dobles normas de conducto internacional constituirá el más importante factor en el Asia suroriental en el decenio de 1970.



¡PRONTO ALIVIO



para
ojos irritados
y empañados!

● Ese brillo de los ojos que les da atractivo viene de *vitales flúidos*. Pero, cuando se cansan sus glándulas humectantes, los ojos pueden *researse* y *empañarse*.

¡Revitalice pronto esos ojos cansados! Con dos gotas en cada ojo, MURINE les suministra vital humedad. Casi al punto, se *siente* uno, y se *ve*, refrescado.

¡USE
MURINE
PARA LOS OJOS!



Marxismo y II Internacional

Carlos Tablada

Las últimas décadas del siglo XIX observó la formación del primer movimiento socialista de carácter internacional que se adscribió a la teoría marxista. Un conjunto de partidos nacionales obreros se vertebraron en los países más desarrollados de Europa occidental y central y en la Rusia zarista como partidos obreros de masas, convirtiendo, de cierto modo, el marxismo en su teoría e ideología oficiales. Este movimiento se denominó Socialdemocracia.

Sin embargo, la historia de la Social democracia no discurre por las vías que desembocan en la revolución. Desde posiciones aparentemente revolucionarias, la Socialdemocracia marchó progresivamente, hacia el reformismo y la colaboración política con los partidos de la burguesía. El siglo XX fue testigo de este paso. La primera guerra mundial imperialista fue apoyada por los partidos socialdemócratas, significando este apoyo la «bancarrotta» de éstos como movimiento socialista internacional. Los bolcheviques encabezados por Lenin le establecieron este alcance a su actuación; la revolución de octubre de 1917 le fijó el fin de toda sus apariencias revolucionarias; el marxismo tuvo su reencuentro con la revolución. Lo anterior no es sólo un problema histórico, es también un problema teórico e ideológico, pues la Socialdemocracia estableció una teoría y una ideología, que fueron también marxistas. Y es aquí donde las situaciones se repiten; en nombre del marxismo se enfrentan corrientes de pensamiento y actuación política diferentes.

El mundo actual es testigo de estas circunstancias. Para entenderlas cabe únicamente dilucidar cuándo convergen

marxismo y revolución, cuándo el primero se hace efectivo para la segunda.

Este trabajo pretende examinar este tema dentro de la II Internacional, esto es, cómo la Socialdemocracia europea hizo su «marxismo», que correspondió al abandono del camino de la revolución.

Después de las revoluciones de 1848 comenzó, para una parte del movimiento obrero, un período que se caracterizó, en el orden político, por la formación en casi todos los países europeos, y algunos no europeos, de los partidos nacionales obreros socialistas, cuyo auge tuvo lugar a lo largo de las décadas setenta, ochenta y principios de la noventa, convirtiéndose en un fenómeno común a los países capitalistas con cierto desarrollo. La mayoría de los nuevos partidos se denominaron «socialdemócratas» y algunos pocos «laboristas».

La historia de las ideas políticas ha bautizado todo este movimiento con el nombre genérico de **Socialdemocracia**. Este aparece como «heredero» de las ideas de Marx y Engels en el período que media entre el fracaso de la Comuna de París y el estallido de la Revolución de Octubre (en que descuellan el hombre y el partido creado por éste, que harían realidad los postulados marxistas).

En 1889, en la ciudad de París, se constituyó la II Internacional,¹ formando parte de ella los partidos socialdemócratas, laborista y otras organizaciones, tales como sindicatos obreros y algunos grupos anarquistas.²

La nueva Internacional contaba con la limitación de que sus organizaciones filiales no habían sido creadas en función de

¹ Para un conocimiento histórico detallado del proceso de formación de la II Internacional, véase G. D. Cole, **Historia del pensamiento socialista**, Fondo de Cultura Económica, t. III.

² «A los primeros congresos de la II Internacional, asistían, además de los socialdemócratas, representantes de organizaciones anarquistas y de otras ideologías tomando los socialdemócratas la táctica de atraerse a algunos y expulsar a otros, a medida que en dichos congresos podían lograr mayorías. . . de este modo, los socialdemócratas se hallaban siempre ante un dilema. No podían declararse completamente en favor de una Internacional puramente socialdemócrata, marxista, sin perder en los congresos gran parte de la ayuda de los sindicatos obreros; pero tampoco les era fácil soportar que éstos fuesen utilizados como plataformas de propaganda por los anarquistas o los sindicalistas.» G. D. H. Cole, ob. cit, t. III, cap. II, p. 39.

124 las directivas de ella sino más bien había sucedido lo contrario: la diversidad de partidos nacionales obreros que la integraban daban prioridad a las actividades que conllevaban una inmediata mejoría de la clase obrera a la cual representaba —lo que se ha conocido como reformismo— y conforme a esta política, actuaba la II Internacional. Así, los acuerdos, declaraciones y documentos de sus congresos no implicaban una aplicación inmediata y obligatoria por parte de sus miembros; éstos podían hacerlo o no, sin que existiese mecanismo alguno de sanción efectiva para ellos.

En estas condiciones, a los seguidores del pensamiento marxista (tanto a los teóricos como a los dirigentes políticos) les fue muy difícil trazar una línea política, ideológica y teórica que, por una parte, conservase los principios en los que se sustenta la teoría de Marx y que, por otra, no se limitase a repetir lo ya descubierto, las prácticas política y teórica de momentos pasados, sobre todo, en el período inmediato posterior a la muerte de Marx (coincidente con el momento de auge socialdemócrata señalado).

Es por ello que para poder comprender el pensamiento de los dirigentes y teóricos de la II Internacional —y el sentido de este período— no basta con realizar un estudio más o menos profundo de sus obras, de los programas de sus congresos, de sus discursos y sus declaraciones de principio referidas a su incondicionalidad a la teoría de Marx. Es preciso ampliar las coordenadas de nuestro estudio.

Entre otros, deben tenerse en cuenta tres elementos que influyeron decisivamente en sus modos de pensar y actuar:

- a/ la cultura burguesa de la época;
- b/ el pensamiento de Marx, que llega a ellos en gran medida a través de la obra y la persona de Federico Engels;
- c/ otras corrientes de ideas imperantes dentro del movimiento obrero (fundamentalmente la de F. Lassalle).

A lo largo del siglo XIX, y principalmente en su segunda mitad, ocurre un desarrollo vertiginoso en las disciplinas relacionadas con el hombre (la Sociología, la Antropología, la Ecología, la Biología, etc.) y dentro de éstas, las Ciencias

Sociales, que experimentan en este período un auge que las llevará a alcanzar el rango de ciencias.

Estas disciplinas relacionadas con el hombre, influyeron notablemente en el modo en que los pensadores socialdemócratas interpretaron el marxismo.

Sería juicioso poder ver a través de un ejemplo lo planteado anteriormente de la influencia de la cultura burguesa de la época sobre los dirigentes de la II Internacional, tomando como modelo a K. Kautsky (1854-1938).

En 1880, en Zurich, Kautsky era estudiante de los escritos de antropólogos como Herbert Bancroft, J. J. Bachofen y Henry Morgan. Esto es un año antes de convertirse al marxismo, pero esta conversión no significó que el enfoque positivista cesase en él y en prueba de esta afirmación podemos argumentar con los mismos trabajos posteriores de Kautsky.

A los 70 años de edad retorna a Viena para realizar una investigación donde contemplará el análisis de las disciplinas que siempre le apasionaron, Antropología, Ecología, Demografía, disciplinas que interesan tanto a las ciencias naturales como a las ciencias sociales, y tenía como objetivo desarrollar una estructura conceptual de trabajo que abarcara ambas áreas de trabajo científicos. Lo intentó realizar en su primer libro que trataba la influencia que ejerce el crecimiento demográfico sobre el programa social (1880) y más tarde en su obra **La concepción materialista de la historia** (1927).

Es posible hallar en su obra una continuidad que nos permita conocer el principio del cual él parte invariablemente a través de los años, y este principio no es otro que el de comenzar de lo que es general a todos los elementos para llegar a sus disimilitudes, quedando así los casos particulares como secciones del todo.³

Por ejemplo, al considerar y entender el marxismo como la «teoría general de la evolución de la sociedad»:

³ Kautsky entendía el advenimiento de la fase imperialista del sistema capitalista, de muy distinta manera a como la concibió Lenin. Para Kautsky, las causas del surgimiento del imperialismo había que buscarla en los modos de producción precapitalistas, el imperialismo constituía un retraso más que un adelanto, era la supervivencia de formas sociales anteriores al sistema capitalista, la continuación de sistemas imperiales barridos por los siglos.

- 126** a/ quieren ver la teoría de Marx a través de los conceptos, teorías y métodos de dichas ciencias, por lo que, el cuerpo de categorías —y el método ligado a éste— utilizado por Marx, sufre una desnaturalización;
- b/ no interpretan el marxismo como la teoría de la revolución anticapitalista dirigida y realizada por el proletariado.

Cuando afirmamos que la cultura burguesa de la época influyó en los dirigentes y teóricos de la II Internacional de manera categórica, no pensamos que ésta sea, por sí misma, del todo negativa.⁴ El problema reside, más bien, en el modo en que opera esta influencia, en la actitud que genera en ellos estos conocimientos, en la utilización que hacen de los resultados del desarrollo de la ciencia social, en el modo en que se relacionan estos conocimientos con la teoría marxista.

Mientras Marx vivió, su teoría fue silenciada por la cultura burguesa, por lo que, podría decirse que no formaba parte de la misma. No penetró en los círculos universitarios, y sus resultados metodológicos en el campo de la economía y la sociología, no fueron incorporados al resto de los conocimientos científicos de la época.

No es casual que esta teoría haya sido silenciada por parte de la cultura de la época; ella era, desde el origen hasta el fin, una teoría de la transformación de la sociedad capitalista en sociedad comunista, una teoría de la destrucción del poder de la clase burguesa por la clase proletaria.

Es así que incluso no logró permeare la ideología de la clase proletaria. La teoría marxista decía, y aspiraba ser, en el aspecto ideológico más general, la ideología de la clase proletaria; en el aspecto político, la teoría de la revolución proletaria y de la instauración de esta clase en el poder;

⁴ El propio Carlos Marx estuvo influido por esta cultura, lo que es más, sin ella le hubiera sido imposible hacer la crítica de la sociedad burguesa. Su obra pertenece a la llamada «cultura de Occidente» y es una de sus expresiones más totalizadoras y geniales, no sólo por ser la obra de un sólo pensador, sino porque conforme a su teoría las disciplinas sociales de la época rompen con el positivismo (fundamentalmente con el evolucionista Spencer) y comienza un desarrollo que les otorgará el rango de ciencia. En la disciplina sociológica, pongamos por caso, no es posible concebir las obras de Emile Durkheim, Max Weber, y Karl Mannheim, por nombrar las figuras más descolantes de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, sin la existencia de la teoría marxista.

y en el propio aspecto teórico, la teoría que permitiera dar a las masas proletarias el conocimiento real del sistema capitalista, la forma de destruirlo y el modo de fundar una sociedad comunista.

No deja de ser curiosa la paradoja de que la clase obrera no hubiera hecho suya «su ideología», «su teoría», y «su programa político», y, más bien, pensara en términos anarquistas, economistas y reformistas.⁵

Sin embargo, algunos años después de haber fallecido Marx, el marxismo logró tener un gran número de seguidores, constituyendo la «teoría» e «ideología» de los partidos obreros nacionales europeos agrupados alrededor de la II Internacional.

Una de las causas más importantes que dieron lugar a que la teoría de Marx pasara a formar parte de la cultura de la época, de los programas políticos de la Socialdemocracia, y que fuera permitido su conocimiento en los círculos universitarios y legales del sistema, la constituyó el que éste perdiese su núcleo central, el sentido con el cual se enunció: su carácter revolucionario y anticapitalista. Desnaturalizada la teoría de Marx, y despojada de su carácter subversivo, fue posible reducirla a una teoría académica, capaz de ser criticada y/o utilizada, según fuese el caso, como mejor exigía la situación.

La interpretación del pensamiento de Marx como la teoría del desarrollo de la historia humana, como teoría general de

⁵ «Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos; luchar contra los patronos. . . En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. . . La conciencia política de clase no se puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera en que se pueden encontrar estos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí» V. I. Lenin, ¿Qué hacer?, Obras completas, Editorial Cartago, t. v. pp. 382, 383 y 429.

128 la sociedad, como un método que permitiría explicar todo el desarrollo y funcionamiento de la sociedad precapitalista, no contribuyó a esclarecer y preservar el carácter revolucionario de la teoría de Marx, sobre todo por las nuevas condiciones políticas a que dio lugar el desarrollo capitalista.

Dentro de las ideas imperantes en el movimiento obrero en la segunda mitad del siglo XIX, el pensamiento de F. Lassalle (1825-1864) fue el que más influyó en la formación de la ideología de la Socialdemocracia y en su práctica política a fines de siglo.

Lassalle se consideró públicamente discípulo de Marx, seguidor y expositor de sus ideas en Alemania.⁶

No obstante, el pensamiento de Lassalle, teórica y políticamente, era, en realidad, diametralmente opuesto al de Marx. Las **Glosas marginales al programa del partido obrero alemán**⁷ escrito por Marx a raíz de la unificación del Partido lassallista con el Partido socialdemócrata alemán y motivado por el anteproyecto del programa de Getha,⁸ fue el primer documento donde se hace explícita y se argumenta la sepa-

⁶ Lassalle desarrolló su actividad política en el interior de Alemania, a diferencia de Marx que, exceptuando el período que corresponde con la Revolución de 1848, permaneció, desde 1843, hasta su muerte, fuera de Alemania.

⁷ «... en él se expone por primera vez, con claridad y firmeza la posición de Marx frente a la tendencia trazada por Lassalle desde que se lanzó a la agitación, tanto en lo que atañe a sus principios económicos como a su táctica». Prólogo de F. Engels, 1891. La **Crítica del programa de Gotha** fue escrita por Marx a principios de mayo de 1875, dadas a leer a W. Bracke, W. Liebchnecht, Bebel y Auer, todos ellos, dirigentes del entonces Partido social demócrata alemán.

⁸ En un principio existían en Alemania dos partidos obreros de tendencia socialista, la **Asociación general de obreros alemanes**, fundada por F. Lassalle (véase la carta de F. Engels a K. Kautsky de fecha 22/2/1891) y el partido social demócrata alemán, encabezado por W. Liebchnecht, constituido en el congreso de Eisenach en 1869 e influido directamente por la teoría marxista, del que Marx y Engels sentíanse miembros. En 1875, en el congreso de Gotha ocurrió la unificación de los dos partidos socialistas, dando origen al PSDA.

En el año de 1878 Bismarck (1815-1898) instauró por 12 años las leyes antisocialistas. Estas proscribían el Partido, obligándolo a llevar la vida clandestina. No obstante, los socialdemócratas siguieron teniendo acceso al Parlamento, pudiendo presentar candidatos y participar en las elecciones del Reichstag. Al final de este período el PSDA aumentó notablemente el número de electores.

ración existente entre el pensamiento de Lassalle y el de Marx. Las diferencias entre Marx y Lassalle, tanto en el plano teórico como en el político, son innumerables. Sólo nos referimos aquí a algunas de las ideas de Lassalle, contrarias a la teoría de Marx, que tuvieron una influencia decisiva en la formación del pensamiento de la Socialdemocracia.⁹

Tanto la política como los métodos de la lucha que preconizaba Lassalle estaban condicionados, en gran medida, por la concepción que éste tenía del Estado, que podríamos sintetizar en los siguientes puntos:

- a/ el estado es el medio idóneo para manifestar el ánimo del pueblo;
- b/ el estado ha sido desviado y utilizado en fines completamente opuestos a su lógico rol, —en esto coincidía con Hegel— ha perdido momentáneamente su esencia: la de beneficiar a la sociedad en conjunto;
- c/ la sociedad socialista no será el resultado de una transición revolucionaria violenta —como lo entendía Marx— sino un proceso de elevación de la clase proletaria al poder, a través de los procedimientos burgueses;
- d/ la vía oportuna para encauzar al estado hacia la vuelta a su condición racional es por medio del **sufragio universal** ejercido por todos los hombres (varones);
- e/ tan pronto como se obtenga la mayoría de votos, por el sufragio universal, el estado pondrá a disposición de los obreros los recursos necesarios que les permitirá valerse por sí mismos e independizarse de los capitalistas y, de este modo, el monte total de la producción será absorbida por los obreros;¹⁰
- f/ para lograr este objetivo, se necesita contar con la organización nacional única, cuya bandera de lucha será

⁹ Ver **Crítica del programa de Gotha**.

¹⁰ Para Lassalle «... la organización socialista de todo el trabajo no resulta del proceso revolucionario de transformación de la sociedad, sino que «surge» de la ayuda del estado. Esta fantasía de que con empréstitos del Estado se puede construir una sociedad como se construye un ferrocarril es digna de Lassalle». C. Marx, **Crítica del programa de Gotha**.

obtener el derecho al sufragio universal y logrado esto, se pasará de inmediato a la transformación del estado burgués, pasando el poder a manos de los obreros.

Como se puede apreciar, existe un desconocimiento del carácter clasista y de la lucha de clases como medio para alcanzar la sociedad comunista. Por ello, la dictadura del proletariado no forma parte de su concepción de estado revolucionario.

LA SOCIALDEMOCRACIA Y LA FILOSOFIA

Uno de los problemas más discutidos alrededor de la teoría de Marx, desde poco después de su muerte, y que ha llegado, incluso, hasta nuestros días, lo constituye la relación entre el marxismo y la filosofía: ¿es el marxismo una filosofía?, ¿posee una filosofía al igual que una economía política, una sociología, etc.), por el contrario, ¿no es, ni contiene una filosofía?, ¿en qué parte de la obra de Marx, la podemos hallar?

Para los dirigentes y teóricos de la II Internacional, el marxismo constituía una suma de conocimientos teóricos sin una relación inmediata con la praxis revolucionaria. El marxismo era un conjunto de ciencias: ciencia económica, ciencia política, ciencia de la historia, ciencia de la evolución y del desarrollo de la sociedad. Y se lamentaban de que Marx no hubiese hecho un estudio semejante al realizado en **El capital** del desarrollo y evolución de la sociedad, desde sus orígenes hasta nuestros días, y hubiese limitado a realizar el de la sociedad capitalista.

A partir de esta concepción, es comprensible que algunos de ellos, al estudiar, y buscar filosofía, en la obra de Marx, no la encontrarán. Hallaban **El capital** y lo consideraban la obra fundamental de la economía política marxista. Pero no hallaban **El capital** filosófico; una obra que tuviera la envergadura, el rigor científico de este libro y que tratara problemas puramente filosóficos. De aquí que se tuviera el convencimiento de que el marxismo carecía de una disciplina filosófica y que, por tanto, era necesario realizar, buscar, hacer

una filosofía para el marxismo.¹¹ De esta manera, un militante de la Socialdemocracia —afirma Korsch¹²— en su vida filosófica privada, podía profesar, pongamos por caso, la filosofía kantiana, sin estar, aparentemente, en contradicción con el marxismo, y seguir siendo, en su actividad práctica, un militante de la Socialdemocracia.

Esta concepción de la teoría marxista, influye decisivamente en su interpretación de las obras de Marx.

Es de sobra conocido, por haber sido tratado por diversos autores, la discusión en torno a la especificidad de las categorías utilizadas por Marx y que esta especialidad está dada, entre otras cosas, por el lugar que ocupan en la estructura del discurso científico. Marx, al realizar el estudio y el análisis de la sociedad capitalista, no se limitó, como algunos creyeron y aún pretenden creer, a un solo aspecto, de ésta, al análisis de las relaciones económicas de producción, no se ocupó de éstas con el mero fin de hacer ciencias. Su estudio tiene un carácter ideológico subversivo-anticapitalista.

En Marx, en su discurso científico no encontramos una separación del aspecto material del aspecto inmaterial (la producción material por un lado y la producción de ideas por otro). No encontramos una historia natural y una historia social. Esta separación no es posible; en las propias categorías marxistas no existe una diferenciación.

El discurso forma una unidad indivisible y todo intento de seccionarlo arrojará, cuando menos, la desnaturalización de la(s) categoría(s) o del propio discurso.

Pero esto, que no se halla en Marx, lo encontramos en el pensamiento de la Socialdemocracia en el período de la II In-

¹¹ Pensadores marxistas como Karl Korsch y Gramsci se opusieron a esta interpretación del marxismo y específicamente al tratamiento dado por la socialdemocracia al problema de la relación entre el marxismo y la filosofía. Cf. Korsch, K. **Marxismo y filosofía**. En Pensamiento Crítico no. 41. Gramsci, A. **El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce**. Ed. revolucionaria, 1966.

¹² Korsch, K. **op. cit.**

132 ternacional y, específicamente, en la obra de sus teóricos más notables, como K. Kautsky¹³ y J. Plejanov (1857-1918) Tanto para Kautsky como para Plejanov. **El capital** constituye un discurso económico y las categorías sólo expresan relaciones materiales; así ellos, realizan el divorcio entre la producción y las relaciones sociales en que se produce, entre naturaleza e historia, donde ambas aparecen no sólo separadas en el espacio sino en el tiempo, una es lo primario; la otra, lo derivado.

La interpretación que realiza Plejanov del marxismo, no sólo tuvo una importancia inmediata para el pensamiento de la Socialdemocracia —específicamente en Rusia— sino que influyó en la configuración del carácter esquemático, dogmático y manualista de la literatura marxista soviética.

Plejanov efectúa una desfiguración esquemática de la teoría marxista al hacer renacer problemas filosóficos anteriores a Marx, que fueron rechazados y superados por el propio Marx.¹⁴

El llamado problema fundamental de la filosofía, la contraposición materia-conciencia, la lucha del materialismo contra el idealismo y todos los demás problemas en que se debate esta posición filosófica, fueron situados como el centro de la filosofía marxista, como su problemática.

El problema marxismo-filosofía, lo encaraba Plejanov afirmando: «...quienes sientan la necesidad de 'completar' el marxismo alegan que Marx y Engels no han hecho, en ninguna parte, la exposición de sus concepciones filosóficas... Es preciso tener en cuenta que disponemos de suficientes datos para formarnos una idea cabal de las concepciones de

¹³ «... después de la muerte de Engels, en 1895, el partido cayó, en el campo teórico, en manos de Kautsky. El resultado de este cambio fue que, en cada congreso anual, las enérgicas protestas del ala izquierda contra la política puramente parlamentarista, sus urgentes advertencias contra la esterilidad y el peligro de semejante política, fueron estigmatizadas como anarquismo, socialismo anarquizante... Lo que oficialmente se hacía pasar por marxismo, se convirtió en un manto que encubría todos los tipos posibles de oportunismo, la constante evasión de la lucha de clases revolucionarias... Se acabaron todos los esfuerzos serios de los socialistas alemanes por derribar las instituciones capitalistas.» Luxemburgo, Rosa **Programa para la revolución**. En Pensamiento Crítico No. 11. p. 136.

¹⁴ Véase como ejemplo de rechazo y superación por Marx de los viejos problemas de la filosofía, las **Tesis sobre Feuerbach** (1845); **La ideología alemana**.

Marx y de Engels»¹⁵ y, en el mismo párrafo, señala las obras que contienen a su juicio, dichas concepciones filosóficas. Tales son: **Anti-Dühring, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana** y el prefacio a la traducción inglesa del folleto **Del socialismo utópico al socialismo científico de Engels**. Y de Marx, el postfacio a la segunda edición del tomo I de **El capital**, las **Tesis sobre Feuerbach, Miseria de la filosofía...** En una palabra, no son materiales los que faltan.

Es necesario solamente servirse de ellos, es decir, estar preparados para comprenderlos.¹⁶ No se **comprende**, precisamente, debido a que «...se conoce muy mal, en primer lugar, la **filosofía hegeliana** sin la cual es difícil poder asimilar el método de Marx, y en segundo lugar, la **historia del materialismo**, sin la cual no es posible formarse una idea cabal de la doctrina de Feuerbach que fue, en filosofía el predecesor inmediato de Marx y **que ha suministrado, en gran parte, la base filosófica de la concepción del mundo de Marx y Engels**».¹⁷

En contraposición a los neokantianos y empiriocriticistas de su época,¹⁸ Plejanov enaltece el pensamiento de Hegel y,

¹⁵ Cuestiones fundamentales del marxismo. Editora política p. 14.

¹⁶ Idem, p. 18.

¹⁷ Idem, p. 18 (El subrayado es de C. T.).

¹⁸ En la segunda mitad del siglo XIX, en Alemania, la filosofía no marxista se caracteriza por un abandono total de la filosofía hegeliana y un regreso en la década del sesenta a Kant, siendo los máximos exponentes de este retorno: Zeller, Liebmann, L. Lange. Esta negación, separación y olvido intencional de la filosofía hegeliana, por parte de los filósofos burgueses alemanes, no fue parcial, sino más bien total, desechando con ella todo lo positivo que aportó al conocimiento la obra de Hegel. Situación que instó a Marx a escribir en el postfacio a la segunda edición del tomo I de **El capital** un ataque contra aquellos «...gruñones petulantés y epígonos que hoy ponen cátedra en la Alemania culta...» que «...dieron en arremeter contra Hegel... tratándolo como a 'perro muerto' Esto fue lo que me ha decidido a declararme abiertamente discípulo de aquel gran pensador, y hasta llegué a coquetear de vez en cuando, por ejemplo, en el capítulo consagrado a la teoría del valor, con su lenguaje peculiar...»

Ya a principios de la década del 60, los debates filosóficos acerca de la obra de Hegel desaparecen, adoptando los nuevos kantianos un método de investigación que los hizo casi totalmente incapaces de comprender siquiera fenómenos como la teoría de Marx.

A finales de siglo, el neokantismo estaba en diversas corrientes, permeando también el pensamiento de numerosos teóricos y militantes de la socialdemocracia.

134 dentro de éste su método dialéctico, que entendía como base fundamental del método de Marx y del materialismo dialéctico. Según esta concepción, Marx realizó la unión del materialismo feuerbachiano con el método dialéctico hegeliano, despejado este último de su sistema idealista. He ahí el origen de la nueva filosofía (materialismo dialéctico) cuyo problema fundamental vuelve a ser la relación entre la materia y la idea. Su aplicación a la historia arroja como resultado el materialismo histórico, cuyo problema fundamental es la relación entre el ser social y la conciencia social. La filosofía marxista tiene, de esta suerte, la responsabilidad de realizar una ruptura con el idealismo, delimitar bien sus campos y desarrollar una lucha contra los expositores del idealismo hasta su total destrucción.¹⁹

Korsch era de la opinión de que «... los marxistas ortodoxos se persuadían mutuamente de que su marxismo no tenía, en su esencia, ninguna relación con la filosofía; y con esto creían haber dicho alguna cosa importante a su favor».²⁰

Esta afirmación no es del todo cierta. Algunos marxistas ortodoxos, como el que acabamos de analizar, estaban convencidos de que Marx y Engels habían hecho en alguna parte de su obra la exposición de sus concepciones filosóficas.²¹

No obstante, el que Plejanov tenga esta posición ante el problema de la relación marxismo— filosofía, no lo exime de una interpretación equivocada del marxismo.

Del análisis de la postura de Plejanov ante este problema, se infiere que él piensa que la teoría marxista no es una filosofía sino que posee una filosofía. Esta no es otra que la premarxista, resumida en las obras de dos grandes pensadores alemanes: Hegel y Feurbach. De aquí que la filosofía

¹⁹ Es preciso cuando se está de acuerdo con esta concepción tener en cuenta:

- a) Marx no escribió obra alguna que versara sobre el llamado materialismo dialéctico;
- b) Se da la paradoja de que el llamado materialismo histórico — toda la obra de Marx— que fue la concepción que permitió a Marx la ruptura con el pensamiento filosófico especulativo, aparece como la aplicación de la concepción «dialéctica» a la historia.

²⁰ K. Korsch, **ob. cit.**, p. 80.

²¹ J. Plejanov, **ob. cit.**, p. 14.

marxista no sea considerada original, sino el resultado de la unión del método dialéctico hegeliano con la filosofía materialista de Feuerbach. A pesar de que nos señala las obras de Marx que poseen, a su juicio, las concepciones filosóficas éstas aparecen como «. . . numerosas observaciones detalladas, consignadas a lo largo de la exposición. . .» de dichas obras, pero las citadas concepciones se presentan en forma de «. . . numerosas observaciones. . .» **no** como parte del cuerpo teórico, de las categorías mismas creadas y utilizadas por Marx.

Plejanov, en su libro **Sobre la concepción materialista de la historia** rechaza y critica la llamada «teoría de los factores»,²² pero si seguimos leyendo detenidamente, encontraremos a lo largo de su exposición cómo los factores se organizan, de modo tal, que obtendremos como resultado lo criticado y rechazado en un principio, permeado todo ello por un vulgar determinismo económico. Por eso es posible leer: «Así pues, los hombres hacen su historia tratando de satisfacer sus necesidades. Es evidente que estas necesidades son determinadas en su origen por la naturaleza; pero, después, cambian de manera considerable cuantitativamente y cualitativamente, por las propiedades del medio artificial. **Las fuerzas productivas** que se encuentran a disposición de los hombres **condicionan todas** sus relaciones sociales. **Ante todo** el estado de **las fuerzas productivas determinan** las relaciones que los hombres establecen en el proceso social de producción, es decir, **las relaciones económicas**. Estas relaciones, crean, naturalmente, ciertos intereses que encuentran su expresión en el derecho. . . la lucha lleva a la sustitución de la organización de la gens por la del Estado, cuya tarea consiste en la defensa de los intereses dominantes. Finalmente, sobre las bases de las relaciones sociales **condicionadas** por un estado determinado de las **fuerzas productivas** nace la **moral co-**

²² «Entre los 'factores' existe la acción recíproca: cada uno de ellos influye en todos los demás y, a su vez, sufre la influencia de estos últimos. Como resultado se obtiene una red tan intrincada de influencias recíprocas, de acciones y reacciones, que al hombre que se haya propuesto explicarse la marcha del desarrollo social comienza a darle vueltas la cabeza y siente una necesidad irresistible de encontrar cualquier hilo para salir de este laberinto. Siendo así que la amarga experiencia le ha demostrado que el punto de vista de la acción recíproca conduce únicamente al mareo, busca otro punto de vista; trata de simplificar su tarea.» Plejanov, Jorge, **Sobre la concepción materialista de la historia**. (El subrayado es de C. T.).

136 **riente. . .**» Y más adelante agrega «. . . Así pues, el derecho, el régimen estatal y la moral de todo pueblo determinado **son condicionadas de forma inmediata y directa por las relaciones económicas** que le son propias. **Estas relaciones condicionan** —pero ya de forma indirecta y mediata— **todas las creaciones del pensamiento y de la imaginación:** el arte, la ciencia, etcétera. . . **No existe ni un solo hecho histórico que no deba su origen a la economía de la sociedad. . .** La Historia no puede limitarse a la anatomía de la sociedad, **tiene presente todo el conjunto de los fenómenos condicionados directa e indirectamente por la economía social, incluido el trabajo de la imaginación.**»²³

Esta misma concepción hace que Plejanov y Kautsky compartan la idea de que **El capital** no es más que un ejemplo, una aplicación muy particular de una concepción general de la historia. Esto hace que declaren la necesidad de realizarla y que Kautsky, en 1927, escriba una obra titulada **La concepción materialista de la historia** donde intenta realizar este resumen «desde el punto de vista del materialismo dialéctico». Está de más explicitar que Marx no parte de la naturaleza, ni aún del estudio de las primeras sociedades humanas para el estudio de la sociedad capitalista.

Los dirigentes ortodoxos de la II Internacional desapercibieron la especificidad del método de Marx, creyendo que éste es historicocronológico.

No advirtieron que, para conocer el presente, no hay que partir del pasado; que las categorías que explican una realidad pasada no dan origen al presente y, que como bien indica Colletti: «. . . la renta de la tierra, por ejemplo, no puede ser entendida sin el capital, por el contrario, el capital puede ser comprendido aún sin la renta territorial».²⁴

No podemos confiar en la opinión que los socialdemócratas tienen sobre ellos mismos. Aunque en sus obras teóricas se critica la cultura burguesa, éstas no son más que declaraciones formales, pues, sus discursos están llenas de las lógicas

²³ Idem.

²⁴ Colletti, Lucio. **El marxismo como sociología**. En *Pensamiento Crítico* No. 7.

y conceptos de dicha cultura, y en el plano de la práctica política está presente su contrapartida: el reformismo.²⁵

De todo lo anterior se entiende cómo para la Socialdemocracia el marxismo debía de ser, ante todo, un sistema filosófico, perfectamente estructurado en leyes y categorías, que explicaba el conjunto de los fenómenos de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento.

SOCIALDEMOCRACIA Y REVOLUCION SOCIAL

El problema expuesto anteriormente guarda una estrecha relación con la interpretación que realizan los teóricos de la II Internacional de la teoría de la revolución social de Marx. La fundación del PSDA, como resultado de la unificación de los partidos lassallistas y eisenachista, tuvo como consecuencia inmediata el ascenso de los principios e ideas de Lasalle al rango de pilares del aparato teórico, de la ideología, y de la práctica política del nuevo partido.

Ya desde 1875, Marx, en la **Crítica del programa de Gotha**, denunciaba el nuevo rumbo tomado por la Socialdemocracia, la separación, en la práctica, de los principios fundamentales de su teoría y la toma de la concepción lassalleana. De ahí que no resulte extraño que la **Crítica del programa de Gotha** no fuera publicada hasta 1891, y con la supresión, por parte de Engels, «...de algunas expresiones y juicios sobre personas allí donde carecían de importancia objetiva...»;²⁶ y aún de la publicación de la Crítica «suavizada» no contara con la venia de la dirección de la Socialdemocracia alemana.²⁷ En rigor lo denunciado por Marx en 1875 se había oficializado en 1891.

²⁵ «...las revoluciones son el resultado de un desarrollo lento y gradual. Aquí también los órganos sociales se desarrollan con lentitud. Lo que puede hacerse cambiar de improviso, de un salto revolucionario, son sus funciones»: Kautsky, K. **¿Qué es una revolución social?** En Wright Mills. C. **Los marxistas**, p. 142.

²⁶ Prólogo de F. Engels a la **Crítica del programa de Gotha**. A Engels se le presentó la disyuntiva de por fin, poner a disposición de toda la militancia socialdemócrata el histórico y revolucionario documento, o, que éste siguiera permaneciendo en el ostracismo. Las supresiones que Engels realizó al documento para poderlo publicar, no alteraban el contenido del mismo.

²⁷ El órgano central de la socialdemocracia «Vorwärts», en un artículo editorial del 13/2/1891, censuraba la crítica de Marx y se vanagloriaba de que el Partido no hubiese seguido las consideraciones de Marx.

138 En el año 1891, luego de 16 años del último congreso (el de Gotha) se celebró la máxima reunión del Partido en Erfurt. Si se realiza un análisis comparativo entre el congreso de Gotha y el de Erfurt, se puede extraer la siguiente conclusión: en Erfurt, el Partido deja de ser, tanto en la práctica política como en la práctica teórica, un partido revolucionario de tendencia marxista y pasa a ser un partido parlamentario asimilado, neutralizado inofensivo para la sociedad burguesa. El parlamentarismo, la lucha por el sufragio universal, y el electoralismo, la lucha por la legalidad y, luego de alcanzada ésta, la lucha para mantenerla, fueron los rasgos más sobresalientes de la práctica política del Partido; se convirtieron en el medio (y también en el fin) único de la Socialdemocracia.²⁸

A modo de ilustración de lo afirmado transcribiré primero unos párrafos de un discurso de W. Liebchnecht que data de 1869 y, posteriormente, fragmentos de las palabras que él dirigió a la incipiente ala izquierda del Partido liderada por el entonces W. Werner.

«El socialismo —decía Liebchnecht en 1869— no es ya una cuestión de teoría, es sencillamente una cuestión de fuerza, **que no puede ser resuelta en el parlamento, sino en el campo de batalla, como cualquier otra cuestión de fuerza.** . . Para los pueblos como para los principios la violencia tiene la última palabra»; se preguntaba qué sucedería en el «. . . caso inconcebible de que los socialistas tuviesen mayoría en el Reichstag. . . Si esa mayoría tratase de transformar las instituciones fundamentales de la sociedad alemana, una compañía de soldados dispersaría a la mayoría socialista, y, si estos caballeros no aceptasen pacíficamente su expulsión, un puñado de policías los conduciría a la cárcel, en donde tendrían tiempo para reflexionar acerca de su quijotismo».

²⁸ «. . . mientras el socialismo no aparezca en una **base democrática**, y mientras la mayoría del pueblo lo rechace no ha llegado aun su momento. . . **La democracia con su sufragio universal**, es el método para transformar la lucha de clases de una lucha mano a mano en una batalla de inteligencia. . . » Kautsky, K. **Terrorismo y comunismo**. «La democracia es el camino más corto, más seguro y menos costoso para llegar al socialismo. . . Allí donde la democracia se ha perdido, la primera y más importante tarea de los socialistas y del trabajo es volver a tenerla.» Kautsky, K. **Democracia vs comunismo**, en el artículo **Socialismo y democracia**.

En el congreso de Erfurt, afirmaba: «Sostengo, todos nosotros sostenemos, que el centro de gravedad de la actividad de nuestro partido no se halla en el Reichstag, sino fuera de él y que nuestra actividad en el Reichstag, mientras no tengamos una influencia decisiva, debe tener como objetivo sobre todo la propaganda; pero porque no tengamos una influencia decisiva, ¿se sigue que debemos condenar el parlamentarismo? **El parlamentarismo es sencillamente el sistema de representación del pueblo.** Si hasta ahora no hemos conseguido resultados en el Reichstag la culpa no es del parlamentarismo: es sencillamente consecuencia de que no tenemos todavía en el país, en el pueblo, el poder necesario. **Si tuviésemos detrás de nosotros tantos votos y tanta fuerza como tienen los partidos burgueses, el Reichstag sería para nosotros tan poco infructuoso como lo es para ellos.** . . . Decir esto no es sostener que todo problema puede ser resuelto mediante la legislación, pero que alguien me enseñe otro camino que lleve a nuestro fin. Sé que hay otro camino, el cual, en opinión de algunos pocos de nosotros, es más corto: el de la violencia. . . pero ese camino conduce al anarquismo, y es culpa grande de la oposición no haber tenido en cuenta este resultado. . . En el proceso del tiempo la mera fuerza debe ceder a los factores morales, a la lógica de las cosas, Bismarck, el hombre de la fuerza bruta, el hombre de la política de hierro y sangre, yace postrado, y la Socialdemocracia es el partido más fuerte de Alemania. . . **La esencia del revolucionario está no en los medios, sino en el fin.** La violencia ha sido durante miles de años factor de reacción. Probad que nuestro fin es falso, y entonces podréis decir que el partido ha sido apartado por sus jefes del camino de la revolución.»²⁹

En los primeros años de la década del noventa, el Partido se divide en dos grandes corrientes, que diferían, en un principio, tanto en el tratamiento de los problemas de la política partidista como en el aspecto teórico. Una de las corrientes tenía como representante teórico a K. Kautsky y la otra a Edward Bernstein (1850-1932). Los partidarios de la primera corriente se llamaron «ortodoxos»; los de la segunda, «revisionistas».

²⁹ Citado por G. D. H. Cole; *ob.cit.*, t. III, cap. V, pp. 243-244 (el subrayado es de C. T.)

140 La historia de las diferencias entre la ortodoxia y el revisionismo es más bien larga, tanto en los aspectos de la práctica política como en el campo teórico. Sólo indicaré aquí los problemas esenciales en que se desarrolló la polémica, así como las posiciones (política y teórica) que asumieron los representantes de dichas corrientes.

El marxismo en manos ortodoxas perdió su carácter revolucionario, pasando a ser una teoría estática de la interpretación de la sociedad capitalista y del advenimiento de un nuevo sistema como consecuencia del lógico desarrollo de las contradicciones del régimen capitalista. Tomaban ante esta teoría una postura acrítica, trasladando a su presente el análisis de situaciones históricas pasadas realizadas por Marx, olvidando dos de los fundamentos metodológicos de la teoría marxista: la historicidad de los conceptos y categorías, y el condicionamiento histórico de la actividad humana.

Los ortodoxos eran opuestos a la conciliación de clases y acusaban al revisionismo de querer convertir al Partido en una amalgama de radicalismo pequeño burgués y de oportunismo político, pensaban que todo intento de alterar los principios del Partido a fin de atraerse el apoyo de otras clases tendría como resultado la pérdida de su coherencia lógica y teórica y declinaría en un mero oportunismo.³⁰

Sostenían que los socialdemócratas debían de hacer una distinción entre la política a seguir frente al Estado antes y después de la conquista del poder. Consideraban que el estado capitalista debía de ser apreciado como un instrumento de la clase burguesa y por tanto, enemigo de los obreros; que los socialdemócratas deberían luchar por debilitarlo cada día más y que sólo era posible utilizarlo edificadamente cuando hubiesen alcanzado el poder. Así, los ortodoxos no apoyaban los programas donde se les exigía al estado capitalista la nacionalización de las empresas y otras demandas que perse-

³⁰ A principios de la década del noventa, al PSDA se le planteaba el dilema de seguir siendo o no un partido exclusivamente proletario. Esta disyuntiva surgía producto de la situación existente, en que el proletariado alemán no creía numéricamente y el partido necesitaba más votos y éstos los podía hallar en el campesinado. En un principio algunos teóricos, entre ellos Kautsky, querían demostrar que la economía aldeana iba en decadencia ante el empuje de la economía capitalista en el campo, pero los hechos fueron contrarios a este postulado.

guían el objetivo de mejorar la situación de la clase obrera dentro del sistema.

No obstante, la vía para materializar sus pensamientos no pasaban por la revolución social como lo entendió Marx. Los medios por lo que entendían se podrían lograr sus objetivos eran el parlamentarismo, la lucha electoral, la no violencia, las vías pacíficas que el sistema permitía. Pensaban que el cambio se produciría como consecuencia de haber alcanzado el poder suficiente, dentro y fuera del Reichstag, para imponer un cambio revolucionario; creían que los defensores del capitalismo serían demasiado débiles como para resistir.

Los revisionistas abogaban por la integración con los aldeanos a tono con el razonamiento de que al Partido le eran necesarios estos nuevos votos, ya que este grupo no estaba en vías de desaparición. Ahora bien, para que el Partido ganase los votos de los aldeanos tenía que adaptar sus programas a sus intereses, conciliar los intereses de los obreros con los de los aldeanos.

Pensaban que el advenimiento del socialismo estaba aún lejos y que el Partido debía elaborar una política encaminada a lograr mejoras sustanciales para la clase obrera dentro del sistema capitalista, que la transformación social no vendría de golpe, sino de un proceso más bien largo en que la clase obrera iría mejorando paulatinamente su situación, por lo que las medidas que preconizaban iban, de hecho, en favor del estado burgués.

Bernstein cuestionó la validez que podía tener para los socialdemócratas la teoría marxista; declaró que él aceptaba el «núcleo central» del marxismo, que sólo no estaba de acuerdo con cuestiones secundarias que no alteraban en nada lo principal de la teoría de Marx. No obstante, decía creer que el marxismo era el programa político del socialismo, constituyendo el resto de sus planteamientos la negación total del marxismo.

A pesar de la posición abiertamente antimarxista y reformista que preconizaban los revisionistas, éstos no fueron expulsados del Partido en aras de «salvar la unidad del Partido». La dirección de la socialdemocracia se limitó a dedicarles una resolución condenatoria en el congreso de Dresden. (19)

142 La condenación del Partido al revisionismo no significó que los criterios de estos últimos hubiesen perdido todo su valor. No pasó mucho tiempo para que el pensamiento revisionista pasara a formar parte de los programas y de la práctica política del Partido.

Tanto los ortodoxos como los revisionistas desde un inicio, marchaban hacia la derecha, pero mientras unos lo hacían descarnadamente, los otros lo hacían guardando las apariencias con una fraseología en que sobrevivía la terminología revolucionaria; pero ambos movimientos coincidieron en lo fundamental: no crear un partido para realizar la revolución social, negaron en su práctica la teoría de la revolución anti-capitalista de Marx.

En el plano teórico ambas corrientes creían que la revolución proletaria vendría inevitablemente, que no estaba determinada por la voluntad de los hombres; que éstos no podían ni acelerar ni retardar el momento de su llegada; que constituía una condición **sine qua non** que la mayoría del proletariado, y con él las demás capas de la sociedad (exceptuando a la burguesía), estuviesen de acuerdo con el cambio y que, por ende, éste se realizaría a través de métodos democráticos; que la violencia sería una pieza anacrónica en el momento del cambio debido a la democracia que reinaría; la burguesía no tendría más remedio que retirarse sin presentar batalla: sería aplastarla totalmente por el poder antes de la hora prefijada por parte de la minoría se convertiría en la dictadura de dicha minoría y ésta nunca podría realizar la construcción de una sociedad socialista, porque la mayoría no estaría aún preparada para el cambio y sólo podría mantenerse en el poder utilizando la represión.

La base de toda esta argumentación (el principio y las leyes que determinarían el momento y el advenimiento mismo de la revolución) era el conjunto de las leyes económicas del sistema capitalista. Es decir, la revolución estaba predeterminada, prefijada, por la dinámica interna del sistema capitalista, por sus leyes económicas.

Y cuando sustentaban teóricamente esta concepción recurrían al propio Marx identificando su teoría con este determinismo económico. La teoría coherente y consecuente de la revolución

social de Marx, es convertida así, por los teóricos y dirigentes de la Socialdemocracia, en «diversas críticas» (la crítica científica de la economía política y estado burgueses; la crítica de las «ciencias burguesas») con lo que queda velado el verdadero sentido de la labor teórica y revolucionaria de Marx: la destrucción del régimen capitalista y la construcción de la sociedad comunista.

Si comparamos el **Manifiesto comunista** y los **I Estatutos**, redactados ambos por Marx, con los programas de la socialdemocracia, salta a la vista una diferencia esencial: en el Manifiesto y en los I Estatutos todo está en función de la revolución proletaria anticapitalista, y en los programas de la Socialdemocracia encontramos todo lo contrario.

A partir de esta diferencia, en el plano de la práctica política, se plantea el problema democracia —dictadura del proletariado, revolución violenta— toma del poder por medio de una escalada lenta, pacífica, parlamentaria, determinada por las propias leyes económicas del sistema.

La socialdemocracia rehuyó tratar sobre los medios a utilizar para alcanzar la revolución y habló de los fines a alcanzar. ¿Porqué adoptaron esa postura teórica y práctica?. Porque nunca se preocuparon de la destrucción del estado burgués, formaron un partido que se limitaba a aspirar a tener una sociedad socialista y obviaba la conquista del poder político por la clase proletaria. De aquí que rechazaran implícitamente la concepción de Marx sobre la dictadura del proletariado como medio de destrucción del estado.

Los conceptos de dictadura del proletariado, de revolución violenta, etc., son sustituidos por conceptos burgueses como democracia, parlamentarismo, tránsito gradual y pacífico, etc.³¹

La dictadura del proletariado se había convertido para ellos en algo que no merecía la menor atención, dando cabida al

³¹ «La democracia es el único método por medio del cual se puede lograr una forma de vida, que el socialismo declara que es el derecho de los hombres civilizados». Kautsky K. **Terrorismo y comunismo**. «La democracia es el camino más corto, más seguro y menos costoso para llegar al socialismo... Allí donde la democracia se ha perdido, la primera y la más importante tarea de los socialdemócratas y del trabajo es volver a tenerla. Donde no existe la democracia la tarea más importante antes que el sindicalismo y la democracia sindical es establecer la libertad política». Kautsky, K. **Democracia social vs. comunismo**.

144 oportunismo y la confusión acerca de la verdadera naturaleza de la teoría de Marx.

La lucha quedó, así, fundamentalmente reducida en este período al aspecto económico, elevar el nivel de vida de los obreros y otras tantas fórmulas reformistas, convirtiéndose la lucha económica en el esqueleto de los programas de la Socialdemocracia que se rellenaban con su consecuencia política inmediata; la lucha por el sufragio universal, por mantener las libertades democráticas el parlamentarismo etc.

Sin embargo, un pequeño grupo de miembros del Partido alemán combatió de igual modo a ambas fracciones. Este grupo se conoce como **ala izquierda** del Partido y estaba encabezada por Rosa Luxemburgo (1871-1919), Karl Liebknecht (1871-1919), Franz Mehring (1846-1919), Clara Zetkin (1857-1933), Georg Ledebour (1860-1947).³²

Las diferencias del ala izquierda con el resto del PSDA se manifestaron en los debates surgidos acerca de la posición a tomar ante el revisionismo, el militarismo y la utilización de la huelga general.³³

K. Liebknecht concentró su atención en el punto del antimilitarismo, denunciando el rumbo que llevaba el estado alemán y criticando y oponiéndose a la política de la socialdemocracia de aprobar en el Reichstag los presupuestos de guerra así como la política colonial. Para Rosa Luxemburgo, el debate acerca del militarismo constituyó sólo una parte de un asunto más vasto, dado en la disyuntiva de hacer la revolución o convertirse en meros reformistas y por tanto simples peones del juego del sistema burgués.

Rosa Luxemburgo criticaba al Partido el limitarse a hablar de la revolución sin hablar de los medios para alcanzarla, el

³² El ala izquierda del PSDA se formó en los primeros años de nuestro siglo (después de 1905).

³³ El ala izquierda y especialmente Rosa Luxemburgo, exponía que la huelga general es un arma revolucionaria que serviría para poner en acción a las masas y llevarlas a la insurrección y con esta a la destrucción del sistema; Bebel y el resto del partido veían la huelga como «...una manifestación ordenada que tomaría la forma de una suspensión del trabajo que iría a conseguir un objetivo particular y limitado». G. D. H. Cole ob. cit. t. III cap. 5 Los sindicatos obreros estaban abiertamente en contra de su utilización tanto del modo como la preconizaba Rosa Luxemburgo, como del que lo hacía el resto del Partido. La dirigencia sindical temía que el gobierno como represalia confiscase sus oficinas, edificios, perdiesen su existencia legal y fuesen a parar a la cárcel.

que se supeditara el advenimiento de la revolución y se aplazara ésta hasta que el Partido hubiese conseguido una mayoría parlamentaria para así tomar el poder sin violencia a través de una negociación con el régimen capitalista.³⁴

Pensaba que la primera tarea y obligación del Partido era prepararse activamente para la revolución reformando su aparato burocrático y creando una estructura que le permitiese subvertir el régimen y preparar las condiciones para que las masas marchasen hacia la insurrección e instaurasen el nuevo régimen deseado.³⁵ Quería que el Partido fuese una maquinaria para hacer la revolución. Era contraria a la tendencia existente en el Partido a limitarse a contar los votos obtenidos y luchas por acrecentarlo; y preguntaba cuántos de los que votaban por el Partido estaban preparados a participar en favor de ellos en una lucha final contra el estado capitalista.³⁶

Su actuación política se caracterizaba por varias constantes:

- a/ radicalidad de los métodos de lucha que propone;
- b/ total confianza en las masas proletarias como agentes de la revolución;
- c/ mantenimiento y defensa a toda costa de los principios revolucionarios y lucha contra toda forma de revisionismo;
- d/ abandono y combate de puntos de vistas nacionalistas.

El estallido de la primera guerra mundial significó para la II Internacional su desintegración y muerte.

³⁴ Sobre las diferencias entre la izquierda y el resto del Partido véase de Rosa Luxemburgo, art. cit.

³⁵ «Nuestro programa se opone deliberadamente al principio fundamental de Erfurt; se opone deliberadamente a las llamadas demandas mínimas e inmediatas formuladas para la lucha política y económica sean separadas de la meta socialista, considerada como el programa máximo... en que liquidemos, sobre todo, los resultados primordiales de la guerra diciendo que no sabemos nada de programas mínimos y máximos; **lo único que conocemos es el socialismo, el mínimo que vamos a asegurar.**» Rosa Luxemburgo, art. cit. (El subrayado es de C. T.).

³⁶ A finales del período de la preguerra, Rosa Luxemburgo entró en abierta contradicción no sólo con la derecha del Partido, sino con el centro y con algunos que estaban considerados como miembros del ala izquierda. Junto a Clara Zetkin y Franz Mehring, funda la «Liga Espartaco», y posteriormente funda junto a Karl Liebknecht, el «Partido comunista alemán»; organizando el levantamiento obrero de 1918 y enero de 1919. Murió asesinada junto a K. Liebknecht el 15/1/1919, en las calles de Berlín.

146 En 1912, en Basilea, se dieron cita los delegados de las diferentes organizaciones pertenecientes a la II Internacional para manifestar, más bien que a discutir, la necesidad de aumentar la lucha para la formación de un frente socialista contra la guerra, motivados por el comienzo de la guerra de los Balcanes.³⁷

Tanto los acuerdos de este congreso como los de los anteriores fueron inoperantes para evitar la guerra. Ante ésta, los llamados a evitarla, a no participar en ella, a no dar sus votos en los parlamentos para los presupuestos de guerra, fueron inútiles y olvidados.

La Socialdemocracia en su casi totalidad mantuvo una actitud inversa a la preconizada en el período de la preguerra.

Los socialdemócratas alemanes votaron en favor de los presupuestos de guerra y por la defensa nacional, y otro tanto hicieron los belgas, los austríacos, etc. Se negaron a utilizar la huelga general o parcial y la insurrección para evitar la guerra; la posibilidad de que la guerra fuera el motivo para organizar a las masas para una insurrección y destruir el estado capitalista no fue utilizada; prefirieron las gigantescas demostraciones pacíficas pidiendo la paz, los artículos y editoriales en contra de la guerra, los discursos, las arengas y otras formas más de franco estilo reformista y totalmente ajeno a los intereses de la clase trabajadora; no supieron utilizar sus fuerzas y no tuvieron voluntad para evitar la guerra por el único medio que podían evitarla: la revolución. Después de la reunión de Bruselas en julio de 1914, la II Internacional dejó de existir en la práctica. Sólo una minoría encabezada por Lenin guió una línea política diferente al resto. Ellos vieron e interpretaron la guerra como el medio idóneo para la revolución mundial criticando la actitud chovinista de la Socialdemocracia con la consigna de convertir la guerra imperialista en guerra revolucionaria, donde los pueblos y ejércitos en conflagración virasen los cañones al estado burgués y decidiesen, de una vez, sus destinos.

marzo-julio 1970.

³⁷ En este año comenzó la guerra en los Balcanes, formando un frente unido: Bulgaria, Servia, Grecia y Montenegro contra Turquía con el fin de apoderarse de los territorios que quedaban en Europa del imperio turco y repartírselo entre ellos.

...en Navidades

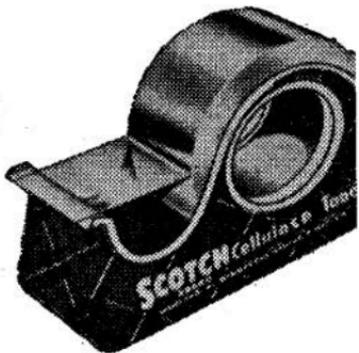
Péguelo con **SCOTCH**
BRAND

Insista siempre en lo mejor:

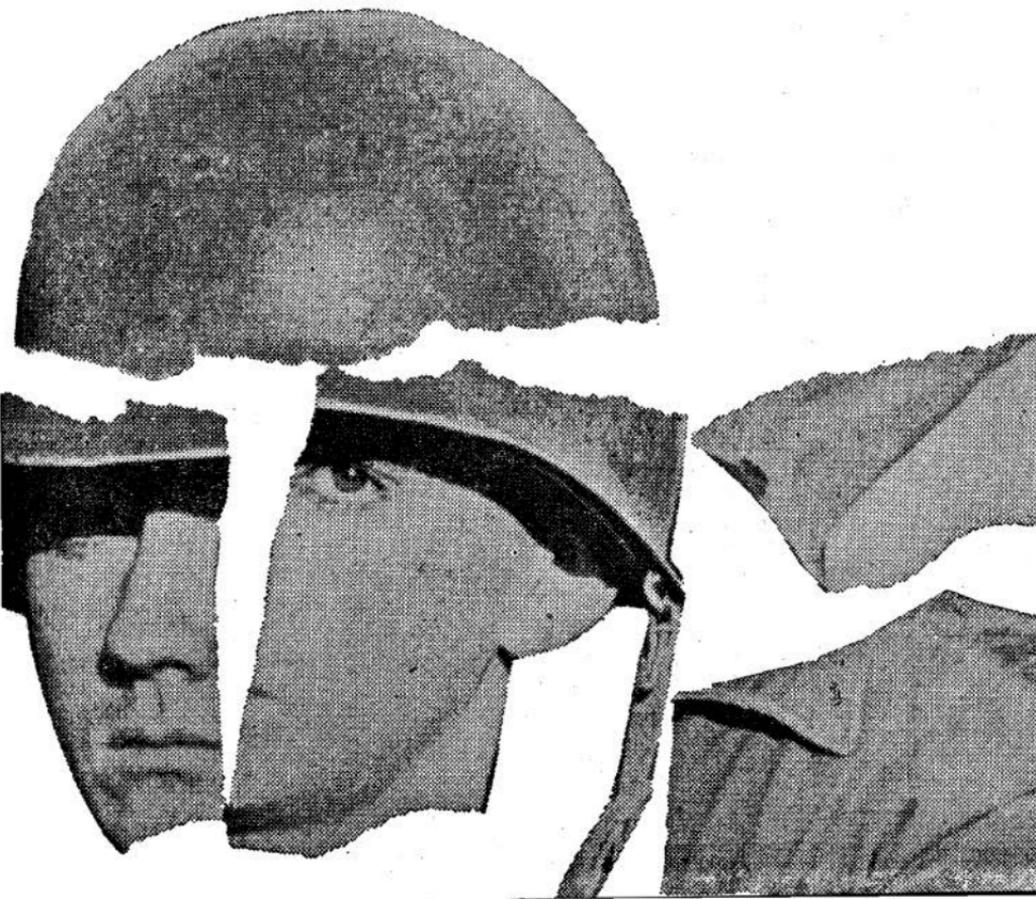
(Marca Registrada)

SCOTCH
BRAND

**CINTA ADHESIVA
TRANSPARENTE**



La palabra "Scotch" y el diseño escocés son las marcas registradas para toda clase de cinta adhesiva al tacto fabricada en E. U. A. por la Minnesota Mining and Mfg. Co., St. Paul 6, Minn.



VENEZUELA: una década de desarrollo capitalista

James Petras

La economía política del estancamiento

El principal defecto de las estimaciones relativas a la política venezolana, consiste en la grave subestimación de los problemas económicos y sociales —o más, de desarrollo— a largo plazo generados a partir de la última década, así como de su impacto en la política.

La economía venezolana ha estado estancada a lo largo de la década de 1960, mientras que las desigualdades entre las clases se han acentuado. El índice de crecimiento **per cápita** ha sido en 1961--66 de 1%, o sea, 60% **menos** que la tasa mínima de desarrollo planteada en la Alianza para el Progreso (2,5%).¹ En 1968 subió ligeramente a 1,6%. Después de diez años, Venezuela sigue siendo extremadamente dependiente de la industria petrolera, de la cual 90% pertenece a corporaciones norteamericanas.² El petróleo constituye

¹ Consejo Interamericano de la Alianza para el Progreso (CIAP). «El esfuerzo interno y las necesidades de Venezuela», OEA/SER. H/XIV CIAP/178, 7 de noviembre de 1967, Unión Panamericana, Washington, DC, p. 3 (en adelante mencionado como «Informe del CIAP sobre Venezuela»).

² Arturo Sosa, «Structural Factor in Venezuela Economic Development» (artículo mimeografiado presentado en la Conferencia Sobre Venezuela de la Johns Hopkins School ad Advanced International Studies, 1969), p. 3.

30% del producto nacional bruto, 90% de los ingresos de exportación y 65%³ de los ingresos del erario público. Las empresas norteamericanas que operan en Venezuela son en gran medida corporaciones multinacionales con inversiones en otras zonas petroleras, particularmente en el Cercano Oriente. Cuando el gobierno capitalista democrático de Venezuela aumentó a 48% la participación del país en las ganancias, las corporaciones multinacionales comenzaron a acrecentar la producción en sus yacimientos del Cercano Oriente y Canadá. A raíz de ello, a partir de 1958 se produjo un descenso abrupto en las nuevas inversiones en el sector petrolero. Las compañías petroleras norteamericanas redujeron sus desembolsos de capital en Venezuela de tal manera que en 1960 la inversión estable bruta declinó en 22%.⁴ La política de Acción Democrática, no suficientemente radical para nacionalizar la industria petrolera y promover la expansión bajo el patrocinio público, ni suficientemente conservadora para suministrar a los inversores extranjeros la clase adecuada de alicientes, alentó el estancamiento. La carencia de expansión dinámica en el sector petrolero afectó a otras actividades económicas conexas, como la industria del acero, que provee las tuberías. Du-

rante el último medio siglo Venezuela ha experimentado el desarrollo del subdesarrollo, es decir la penetración y control crecientes por parte de inversores extranjeros, la dependencia creciente respecto a sectores económicos pertenecientes a extranjeros y la máxima vulnerabilidad frente a personas que adoptan decisiones desde el exterior. El contraste entre pasado y presente es sugestivo. En 1920 el petróleo constituía 2% del valor de las exportaciones; en 1960 el petróleo, en poder de los norteamericanos, constituye más de 90% del valor de las exportaciones (junto con la mina de hierro, de propiedad norteamericana, asciende a 97%), y no hay motivo para pensar que esa relación de dependencia cambiará con Caldera. El sector principal de la economía, la industria petrolera, está en **declinación**. El valor de las exportaciones petroleras en 1961 descendió 11% respecto a 1957. Entre 1962 y 1966 el total de las exportaciones bajó de 2, 5 a 2, 3 mil millones de dólares.⁵ Ha habido una reducción drástica de nuevas inversiones, estancamiento en la exportación, pocos pozos nuevos han comenzado a producir y la prospección

³ Guillermo Morón, «Venezuela», ed. Claudio Véliz. «Latin American and the Caribbean» Praeger, Nueva York, 1968, p. 144.

⁴ «Informe del CIAP sobre Venezuela», p. 5.

⁵ *Ibid.*, p. 94.

150 prácticamente ha cesado. El flujo-neto de capital a Venezuela desde 1960 ha sido negativo.

El esfuerzo industrializador muestra señales de empobrecimiento: el índice de 11,1% para 1950-59 cayó por debajo de 7,5% en 1960-66. (El plan nacional establecía un índice de crecimiento de 13,5%).⁶ Existen indicios de que Venezuela puede estar a punto de agotar las oportunidades fáciles de desarrollo basadas en la sustitución de importaciones. Las industrias tradicionales de consumo constituyen todavía el grueso del producto manufacturero (52%), mientras que la industria pesada aún es un factor muy marginal, con sólo 10% de la producción.⁷ La subsistencia de un bajo poder de compra por parte de la mayoría de los venezolanos, obliga a la industria a buscar nuevos mercados en el extranjero, misión para la cual se encuentra singularmente mal equipada, dados los costos y beneficios altos que caracterizan la actividad industrial. El desarrollo industrial se ha basado en programas gubernamentales de «asistencia»: créditos, impuestos bajos, tarifas proteccionistas y fuertes inversiones infraestructurales, financiadas por los ingresos petroleros. Tras la barrera protectora establecida por los revolucionarios democráticos de

Venezuela, han surgido grandes empresas monopolísticas que producen a altos precios mercancías de calidad inferior. Según un informe industrial realizado en esta década, 196 unidades de la gran industria producían 60% de la producción industrial total.⁸

La estrategia de desarrollo capitalista democrático no se ha orientado en Venezuela hacia una utilización máxima de los recursos humanos existentes. Al centrarse en el desenvolvimiento de la industria intensiva de capital —en su mayor parte las decisiones se adoptan conforme a las necesidades de beneficios máximos de los inversores domésticos y extranjeros—, las nuevas empresas industriales no han absorbido la creciente fuerza urbana de trabajo. Los inversores, directores, profesionales, y, en grado mucho menor, los empleados y una tenue capa de trabajadores industriales sindicalizados, cosechan los beneficios de la expansión industrial. La mayor parte de la fuerza de trabajo urbana, no integrada directamente a la producción fabril, está excluida de los beneficios de la expansión industrial.

⁶ *Ibid.*, pp. 50-51.

⁷ «El desarrollo industrial de Venezuela», CORDIPLAN, 1968.

⁸ «Encuesta industrial de 1961», CORDIPLAN, noviembre de 1963.

Precisamente por medio del desarrollo capitalista subsidiado por el estado, las desigualdades se acentuaron. La desocupación ha oscilado entre 17 y 10% de la población económicamente activa en los centros urbanos.⁹ La desocupación disfrazada —en gran parte bajo la forma de minicapitalismo y de ocupaciones de subsistencia vinculadas al sector de servicios— y la desocupación son resultados del desplazamiento de los trabajadores rurales. Ambas derivan de la estrategia de desarrollo elegida por los políticos capitalistas democráticos venezolanos, orientada hacia los beneficios y el crecimiento intensivo del capital.

En sus esfuerzos para crear un clima favorable a los inversores privados, los líderes políticos adecos y de COPEI han creado un clima desfavorable para las reformas económicas y sociales. La evolución conservadora de los dirigentes adecos que dominaban el gobierno, contribuyó sustancialmente a la línea favorable a las empresas y a las prioridades que se establecieron. La hostilidad de la «guardia vieja» adeca contra los noveles grupos nacional-populistas dentro del partido, y contra los fidelistas y comunistas en los sindicatos y universidades, corrió pareja con un acercamiento a los grupos militares y de inversores. La

aceptación y fomento, por parte de AD, de las inversiones privadas domésticas y extranjeras en gran escala, requerían mantener controles rígidos sobre el movimiento sindical y los estudiantes, excluir la política de movilización de masas e instituir clientelas políticas. Muchas de las restricciones impuestas al debate político y económico posterior y la incapacidad de AD para lidiar con diversos problemas socioeconómicos claves, derivan un último análisis de su elección inicial de aliados y enemigos políticos. La exclusión posterior de la izquierda en lo referente a la acción política pública limitó, a su vez, la capacidad de los reformistas moderados, que habían quedado en AD, de movilizar efectivamente un apoyo para una política redistributiva más enérgica. Los vínculos establecidos entre la «guardia vieja» adeca y la comunidad financiera y de los negocios, se expresaron a través de: a) un convenio tácito con los militares, que incluía la conservación de una parte sustancial del presupuesto y la decisión de abandonar cualquier reorganización o reducción en las compras de armas; b) un acuerdo con las compañías petroleras de no nacionalizar sus propiedades; c) una alianza política formal con

⁹ «Informe del CIAP sobre Venezuela», p. 114.

152 el partido COPEI dominado por los empresarios, y más tarde con el ala derecha del Frente Democrático Nacional, derechista, dirigido por Arturo Uslar Pietri. Como permuta por el control de la administración estatal y por una oportunidad de promover los intereses de la clase industrial y directorial doméstica, la dirección de la guardia vieja de AD resolvió desechar su programa populista y antimperialista. Para los miembros socialmente móviles de la clase media, AD proporcionaba oportunidades de progreso, así como empleo a través de la expansión de la industria, el comercio y las oficinas públicas (los gastos administrativos crecieron 9% sólo en 1966). Los programas de asistencia social, financiados en gran parte con créditos de la industria petrolera, beneficiaron a los grupos de ingreso medio y medio-superior, esto es, a los que tenían empleo fijo, nivel profesional, acceso a los jefes políticos adocos o a los funcionarios sindicales. La inversión pública declinó, pero los gastos «operativos» aumentaron a causa del exceso de personal burocrático, es decir, de partidarios de AD pagados por el gobierno.

La política estatal y el desarrollo económico siguieron dependiendo excesivamente del capital extranjero, pues la legisla-

ción impositiva está llena de escapatorias y la mayor parte de los venezolanos ricos son expertos en evasión de impuestos. Entre 1960 y 1966, el gobierno central se volvió, en lo referente a sus ingresos, cada vez más dependiente del petróleo. En 1960, 58,2% del ingreso gubernamental procedía del petróleo; en 1966 ese guarismo se había elevado a 62,6%.¹⁰ La burguesía venezolana disfruta de una de las tasas impositivas más bajas del mundo; los ingresos gubernamentales que derivan de la industria no petrolera siguen siendo bajísimos. Ante la perspectiva de una legislación de impuesto a la renta y seguridad social, la burguesía venezolana apeló al recurso extremo de retirar su capital, y el gobierno capituló.

Como la burguesía venezolana depende en grado sumo del capital norteamericano, cuando la industria petrolera no está en expansión los inversores domésticos pierden fácilmente la confianza; la inseguridad puede originar una fuga masiva de capital en un breve período, dada la facilidad con que puede transferirse el capital. Esta fuga, o la amenaza de la misma, hizo que la política de AD (y ahora de COPEI) dependiera ampliamente de la buena voluntad de los

¹⁰ *Ibid.*, p. 75.

grupos inversores extranjeros y locales, más que de las necesidades de los grupos de menor ingreso o de una planificación económica nacional.

La reforma agraria bajo el capitalismo democrático

La experiencia venezolana con la reforma agraria constituye un fracaso, por tres motivos: a) no ha debilitado sustancialmente el poder económico de los grandes terratenientes y, en consecuencia, la ayuda técnica y los programas crediticios han beneficiado ampliamente a los grandes granjeros comerciales; b) no ha proporcionado tierra a alrededor de dos tercios de los campesinos que se encuentran en estado de necesidad extrema; c) no ha proporcionado crédito suficiente, asistencia técnica y otros medios para promover el desarrollo de esas granjas en las cuales se ha instalado a los campesinos que recibieron tierras. La ley de reforma agraria venezolana fue aprobada el 5 de marzo de 1960, en buena medida como resultado de un compromiso entre los grandes terratenientes y la intención original de Acción Democrática de efectuar un «cambio estructural profundo». En la época, se estimaba que el número de beneficiarios potenciales ascendía a 380 000 fami-

lias,¹¹ o sea, 2,2 millones de personas. Los campesinos sin tierra constituían algo más de 58% del total. Desde el comienzo del programa, aproximadamente 100 mil familias campesinas recibieron alguna parcela.¹² Los latifundistas no han opuesto resistencia a la «reforma agraria» venezolana. El gobierno pagó precios muy altos por la tierra de aquellos, con lo cual los terratenientes (que subieron sus precios para lucrar con la reforma agraria «democrática») pudieron obtener importantísimas ganancias, que en ciertos casos les permitieron comprar nuevas tierras en otras zonas. Por añadidura, la ley de reforma agraria, como norma, no se aplicó a las grandes plantaciones comerciales operadas eficientemente. De ahí que la mayor parte de las primeras expropiaciones afectaron a las granjas ruinosas y tierras públicas sin cultivar; unas y otras requerían inversiones enormes para su desarrollo, a lo cual se deben los costos altísimos que han insumido los únicos y limitados cambios ocurridos en Venezuela, costos que ningún otro país de América Latina podría sufragar. Entre

¹¹ J. Raul Alegret R., «Venezuelan Agrarian Reform: Its Impact and Outlook» (artículo mimeografiado presentado en la Conferencia sobre Venezuela de la Johns Hopkins School of Advanced International Studies, noviembre de 1969), p. 3.

¹² *Ibid.*, p. 7.

1963 y 1965 el grueso de la tierra (58%) provino de terrenos fiscales, ya que AD protegía y estimulaba el desarrollo de grandes y eficientes explotaciones agrarias comerciales.¹³ En conjunto, 45% de la tierra distribuida había sido de propiedad gubernamental, y en muchos casos no era la tierra mejor, ni la mejor ubicada respecto a los mercados. Hacia 1964 se abandonó el énfasis en la fase redistributiva de la reforma agraria. El director del Instituto Agrario Nacional señala que «el programa se orientaba hacia la consolidación física de los establecimientos agrícolas, con una atención creciente en el factor económico».¹⁴ En 1969 el mismo funcionario destacó el hecho de que la política agraria era una política de clase orientada hacia el capitalismo agrícola comercial: «Pocos progresos importantes se han alcanzado en cuanto a la reducción de la concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos, el crecimiento de la producción o ingreso de los campesinos, o en la formación y fortalecimiento de empresas y organizaciones económicas de pequeños granjeros.»¹⁵ Los beneficiarios de la reforma agraria aportan menos de 13% de la producción agrícola y sólo 5% de la carne.¹⁶ Además, los grandes granjeros comerciales controlan el desarrollo y la producción de los renglones más lucrativos. Como AD y COPEI

optaron por subsidiar a la clase latifundista, las limitaciones financieras han levantado enormes barreras contra la expansión del programa de reforma agraria, aun en el caso de que aquellos partidos quisieran o desearan aplicarlo.

La mayoría aplastante de los latifundios no ha sido afectada. Los grandes terratenientes, aunque menos importantes en el conjunto de la economía, disponen siempre de importantes recursos políticos y económicos que les permiten determinar la política para el desarrollo agrícola. Por ello, muchos de los «beneficiarios» de la reforma agraria trabajan para su mera subsistencia o han abandonado sus parcelas, forzados por un fracaso económico que, en gran parte, se debe a la carencia de créditos. Entre los beneficiarios de la reforma un 70% no usa productos químicos, un 62% no compra semillas, un 80% no compra animales y un 61% no adquiere máquinas.¹⁷ Tras la ideología del «terruño» y la retórica agrarista, la AD promovió la modernización de

¹³ Raúl Domínguez Capdeville, «El camino para una reforma agraria de tipo nacionalista», en *Ruedo Ibérico* no. 22-24, p. 255.

¹⁴ Alegrett, *op. cit.*, p. 6.

¹⁵ *Ibid.*, p. 6.

¹⁶ *Ibid.*, p. 7-9.

¹⁷ *Ibid.*, p. 9.

la agricultura en gran escala y la producción acrecentada de cosechas comerciales. Se ha desarrollado una nueva diferenciación de clase entre los «beneficiarios»: quienes tuvieron éxito inicial están en expansión, mientras que los que experimentaron dificultades ya no pueden aspirar a nuevos créditos: parcelas sin créditos equivalen al retorno al minifundio y a que el nuevo granjero, pese a tener una escritura de su propiedad, trabaje para su vecino más próspero. Un observador hizo notar que más de 50% de quienes se beneficiaron con la reforma agraria ganan menos de 250 dólares anuales en sus actividades agrícolas, mientras que menos de 12% ganaban 1 000 dólares o más.¹⁸ Pese a que los grandes granjeros comerciales constituyen tan sólo una pequeña fracción de la población rural, recibían más de la mitad de los créditos (491 950 000 bolívares, contra 475 605 000 bolívares para los campesinos).¹⁹

Los beneficios decrecientes de los campesinos reflejan el poder declinante del campesinado en la política nacional, tendencia que continúa con Caldera y COPEI. En el marco de la política agraria, los grandes granjeros comerciales obtienen una parte creciente de los beneficios mediante sus vínculos con la comercialización e industrializa-

ción de los productos agrícolas. En la coalición de AD el campesinado está cada vez más subordinado al capitalista urbano; en las zonas rurales, AD está crecientemente vinculada al granjero capitalista más eficiente y presta sólo una atención marginal a los beneficiarios que no han prosperado. Para las doscientas mil familias campesinas (2/3 de todos los campesinos) que no han recibido ninguna tierra, las perspectivas que les ofrecen los partidos políticos burgueses son sombrías. Mientras que el índice de crecimiento per cápita es apenas adecuado, el nivel de ingresos del grueso de la población rural continúa en el nivel de subsistencia.

Los agricultores capitalistas son un componente importante de la clase dirigente nacional, pese a la insignificancia «cuantitativa» del aporte agrícola al PNB. Se han elegido representantes de la Federación de Granjeros y de la Federación de Ganaderos para altos cargos de la principal organización venezolana que representa a las empresas (Fedecámaras).²⁰

La burocratización de las organizaciones campesinas y de los sin-

¹⁸ *Ibid.*, p. 11.

¹⁹ «Informe del CIAP sobre Venezuela», p. 45.

²⁰ Alegrett, *op. cit.*, pp. 13-14.

156 dicatos, y paralelamente los intentos de «despolitizar» la adopción de decisiones económicas (esto es, permitir que las élites empresariales y sus agencias políticas tracen y administren los planes gubernamentales), sugieren que existe un grado considerable de integración directa entre las esferas políticas y económicas de élite. El modelo de dependientes, representantes de los intereses de las masas, se dejan ver menos que las instituciones de representación funcional dominadas por intereses económicos de élite. El modelo de política estatal-corporativa toma cada vez más vuelo no sólo en Venezuela sino en toda América Latina. Rotular de democrática la política venezolana es sumamente equívoco: la burocratización, el apoliticismo y tecnocratismo se ajustan perfectamente a la nación empresarial conservadora de armonía de clases y a la idea católica tradicional de una sociedad orgánica. Los valores sociales y políticos del catolicismo tradicional están vinculados a las necesidades de desarrollo capitalista moderno. La planificación y el desarrollo económicos tal como se presentan hoy, utilizan los ideales democráticos como fachada para una adopción de decisiones oligárquica y elitista. Las personas que realmente trazan los principales programas políticos se re-

clutan entre las grandes empresas, y hay un intercambio continuo de personal, de la política a los negocios y viceversa. La red, intrincada y compleja, de relaciones de interacción entre intereses económicos privados y partidos dominantes, agencias administrativas y cuerpos ejecutivos limita drásticamente los tipos de problemas considerados y las opciones e instrumentos accesibles a los planificadores públicos en su tarea de concebir una política económica y social.

La política agrícola bajo el presidente Caldera guarda relación escasa con las necesidades del millón o millón y medio de campesinos sin tierra, o casi sin ella, e incluso con la parte de los campesinos que recibieron una parcela bajo el gobierno adeco. La atención gubernamental se centra en la promoción de los intereses de una minoría de granjeros y empresarios grandes y medianos. Bajo la bandera de «promover la productividad», los «revolucionarios» socialcristianos de Venezuela, electos en parte sin votos campesinos, han echado mano al erario público para proporcionar incentivos y promover la productividad de la élite. La política electoral en Venezuela es en gran medida el medio por el cual los corredores políticos en el poder regatean con las élites económicas: intercambian ren-

tas públicas y legitimidad para su propio avance social y el de los clientes inmediatos, mientras mantienen el mito de una «democracia pluralista».

Los costos de la estabilidad política

Las posiciones adoptadas por el presidente venezolano Rómulo Betancourt durante su período de gobierno (1959-1964) constituyeron un repudio directo de los programas nacionalistas y populistas de Acción Democrática. En una jugada para aplacar los temores de la comunidad empresarial norteamericana y venezolana, Betancourt desechó la idea de nacionalizar las industrias claves, como la petrolera. AD aceptó la dependencia de Venezuela respecto al capital norteamericano y procuró simplemente aumentar su parte de las ganancias. Del mismo modo, AD rechazó la idea de una expropiación rápida y completa de las grandes haciendas y se volcó a la colonización de tierras fiscales, costosos pagos por los terrenos privados adquiridos y subsidios para modernizar y hacer más eficiente la producción de los latifundios. El aparato administrativo civil, policial y militar quedó intacto; la expansión de la burocracia para satisfacer los reclamos de prebendas planteadas por los partidarios de AD,

constituyó el cambio principal. El viejo aparato administrativo, en gran parte producto de los gobiernos conservadores anteriores, era prácticamente insensible a las demandas populares de innovaciones sociales. Con vistas a gobernar, Betancourt optó por llegar a un arreglo con las principales instituciones del viejo orden, los inversores extranjeros y locales, los militares y los latifundistas. Fundándose en un partido extremadamente burocratizado y un aparato sindical vinculado estrechamente a la burocracia gubernamental (el Ministerio del Trabajo financiaba el aparato organizativo y las actividades de la Federación Campesina, dominada por AD-COPEI) y merced a una importante asistencia financiera del tesoro público y el apoyo físico de la policía y el ejército, Betancourt, Leoni y el ala de extrema derecha adeca estuvieron en condiciones de expulsar del partido a los populistas, nacionalistas y reformistas moderados. El nuevo orden político estructurado por la AD purgada y conservadora, implicaba un espectro de partidos y opiniones mucho más estrecho. El juego político se basaba en un consenso **contrario** a la nacionalización del petróleo, a la expropiación extensiva y rápida de los grandes latifundios privados y a la movilización de masas. Para conver-

tir a Venezuela en una democracia capitalista, se lanzó una represión al por mayor que impidiera la movilización masiva de los estudiantes nacionalistas y los subocupados y desocupados de Caracas. Simultáneamente se frustraron intentos conspirativos de los partidarios de Pérez Jiménez, que procuraban tomar el poder. El nuevo orden político fue establecido por la fuerza pese al importante desafío revolucionario de las fuerzas nacionalpopulistas a lo largo del período 1959-63. A las revueltas estudiantiles y manifestaciones populares siguieron acciones guerrilleras y levantamientos militares.²¹ La derrota de la izquierda revolucionaria y de la derecha perezjimenista antiparlamentaria se debió en buena medida a la cooperación y apoyo que Betancourt recibió de la policía y el ejército venezolanos y de los funcionarios gubernamentales, inversores y misiones militares de Estados Unidos. La relativa estabilidad política lograda desde 1964 se basa en la colaboración entre AD y los partidos de la derecha, orientados políticamente por las empresas. La estabilidad política se funda en la capacidad manifestada por esos partidos de solucionar discrepancias políticas y de unirse contra sus enemigos comunes sociales y políticos. Una legislación que liquidara los privilegios y prerrogativas

de los partidos que forman ese consenso, llevaría muy probablemente a un atolladero político. La estabilidad política ha sido alcanzada al precio de la incapacidad del sistema político para redistribuir los ingresos, aprobar un progresista impuesto a la renta, y resolver los problemas que plantean la desocupación masiva y las empresas monopolísticas e ineficientes que producen bienes de consumo a precios exorbitantes. Entre tanto, AD se ha convertido en un partido cada vez más carente de corrientes reformistas: en 1960 rechazó la posición presentada por su sector juvenil, «Documento de los jóvenes de Acción Democrática», que más adelante formaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); en 1962 purgó al dirigente nacional de los sindicatos campesinos Quijado, porque éste exigía una reforma agraria cabal; en 1968 perdió a los reformistas moderados dirigidos por Luis B. Prieto Figueroa (expresidente de AD entre 1964-67), quienes fundaron el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP). Al entrar en 1970, Acción Democrática está compuesta principalmente por

²¹ Este problema se analiza más pormenorizadamente en un ensayo anterior, «Revolution and Guerrilla Movements in Latin American, Venezuela, Guatemala, Colombia and Peru», de James Petras y Maurice Zeitlin, en *Latin American: Reform or Revolution*, Faxwett, Nueva York, 1968, pp. 329-369.

burócratas partidarios que comparten una hostilidad profunda contra el cambio social en gran escala, una aceptación general de los valores empresariales y una obsesión por las sinecuras del poder.

Desarrollo social y reforma urbana

Los líderes políticos capitalistas democráticos de Venezuela enfrentan muchos de los mismos agudos problemas sociales en las áreas urbanas que confronta el resto de América Latina: desocupación, vivienda y educación inadecuadas y grandes desigualdades en los ingresos.

En el dominio de la vivienda, numerosas instituciones han gastado considerables sumas de dinero en la construcción urbana. En cerca de 40 años el Banco Obrero sólo invirtió 1,9 mil millones de bolívares en viviendas, de los cuales 60% correspondió a Caracas.²² La construcción privada alcanza a varios cientos de millones de bolívares. Sin embargo, 50% de las familias de la capital no pueden permitirse la adquisición de una casa, pública o privada, debido a sus bajos ingresos.²³ Los revolucionarios capitalistas democráticos no sólo han fracasado en la solución de los problemas de vivienda que se plantean a los grupos de ingresos reducidos, sino que han

sido testigos de la creciente «tugurización» de Caracas. Un urbanista venezolano ha señalado que mientras los **barrios** (tugurios) cubrían 5% del total de áreas urbanizadas en 1938, ese guarismo era de 15% en 1959 y de 18% en 1966.²⁴

Los tugurios están situados en zonas inundables y padecen de una carencia casi total de saneamiento. En ellos vive 30% de la población de Caracas.²⁵ La mayor parte de los recursos financieros gubernamentales y privados que han producido el «bum» de la construcción en Caracas ha beneficiado a las clases altas y medias. Un informe de la Comisión Interamericana de la Alianza para el Progreso puntualizaba: «En lo tocante a la vivienda (...) la falta de acceso por parte de los grupos de menores ingresos constituye una falla grave en la estructura social venezolana.»²⁶

Los políticos capitalistas democráticos y sus defensores en Es-

²² Alberto Morales Tucker, «The Dilemma of Venezuela: The Case of Caracas» (trabajo mimeografiado presentado en la Conferencia sobre Venezuela de la Johns Hopkins School of Advanced International Studies, noviembre de 1969), p. 6.

²³ *Ibid.*, p. 21.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ «Informe del CIAP sobre Venezuela», p. 17.

160 tados Unidos han dado publicidad a sus éxitos educacionales, junto a la reforma agraria, como sus mayores logros.

De cada cinco niños que ingresan a la escuela uno completa los seis años de primaria en las zonas rurales, y sólo uno de cada tres en el conjunto de la nación²⁷ Aunque se progresó algo en los primeros años de esta década, a partir de entonces la situación no ha mejorado y puede haber empeorado, incluso. Según un observador, los alumnos de las escuelas rurales pasaron de 314 194 en 1959-60 a 291 537 en 1967-68.²⁸ En Caracas la proporción de niños que no van a la escuela subió de 17% en 1961 a 25% en 1966,²⁹ al deteriorarse el nivel de la educación pública. Los grupos de ingresos altos y medianos recurren cada vez más a las escuelas privadas como medio de preparar a sus hijos para el ingreso a las actividades mejor remuneradas. Bajo los gobiernos capitalistas democráticos la educación no ha sido un vehículo que haga accesible la sociedad a las clases inferiores, sino un medio de renovar y reforzar las amplias desigualdades socioeconómicas. El fracaso de AD-COPEI en elevar el nivel de la vivienda, los ingresos y el empleo de los pobres urbanos y rurales, en eliminar la explotación y así asegurar la vida familiar de las clases bajas, es

el motivo del alto índice de deserción escolar. La expansión cuantitativa de disponibilidades y gastos educacionales ha contribuido poco o nada a democratizar la sociedad venezolana.

Los desocupados y subocupados rurales, que llegan a 55% de la población económicamente activa, toman parte en un enorme éxodo hacia Caracas y otras ciudades.³⁰ Muchos de los refugiados rurales trabajan en los empleos peor pagados del sector de servicios. Mientras que el petróleo y la minería proporcionan 600 nuevos empleos cada año y la industria 10 500, el comercio y los servicios suministran 26 800.³¹

El sector terciario contiene ahora 43% de la población económicamente activa, frente a 18% en el sector secundario; en otras palabras, por cada obrero industrial hay 2,3 trabajadores en los servicios.

Más específicamente, por cada obrero industrial hay dos traba-

²⁷ José Rafael Revenga, «The efficacy of Education in Venezuela» (trabajo mimeografiado presentado en la Conferencia sobre Venezuela de la Johns Hopkins School of Advanced International Studies, noviembre de 1969).

²⁸ *Ibid.*, p. 3.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Alberto Morales Tucker, *op. cit.*, p. 32.

³¹ Cifras anuales tomadas de Revenga, *op. cit.*, tabla 1.

jadores en el servicio doméstico.³² En términos de distribución de ingresos, la amplia desigualdad existente en la década de 1950 persistió durante los años de dominio capitalista democrático. El 30% inferior de la población obtiene 6% del ingreso nacional, mientras que el 10% superior logra 38% del ingreso nacional.³³

El abismo probablemente es mucho más hondo, en virtud de que grandes sumas de ingresos no informados afluyen a los inversores y financistas de las clases altas.³⁴

Conclusión

Los partidos capitalistas democráticos han desempeñado un papel importante en la estabilización de las relaciones de propiedad capitalista y en la defensa de las prerrogativas de la élite empresarial en la sociedad venezolana. Como ha señalado perspicazmente un estudioso de la política venezolana, «el poder real en el sector económico está en manos de los (...) conglomerados que no tienen necesidad de un grupo de intereses intermedarios en sus tratos con el gobierno». ³⁵ La política venezolana ha permitido la discusión y competencia libres entre los partidos que preconizan diversas estrategias para el desarrollo **capitalista**. AD-COPEI sirvieron de instrumentos para derrotar un desafío

nacional-populista, que amenazaba socavar los puntales propietarios de la sociedad venezolana; rechazaron con éxito el desafío de la derecha, que procuraba desplazar el parlamento en beneficio de un régimen autoritario centralizado. En lo social AD creó un grupo de granjeros de clase media en el campo: su reforma agraria benefició sustancialmente alrededor del 15% de los campesinos que antes carecían de tierra.

Mediante la expansión del sistema educacional y de instituciones del gobierno, AD aumentó las oportunidades de que dispone la clase media inferior y media. Creó agencias gubernamentales que se ocupan del desarrollo y proporcionan asistencia técnica a los empresarios urbanos y rurales. Al mismo tiempo, la red organizativa de AD logró aislar efectivamente a la masa de los habitantes de los **barrios** y de los campesinos sin tierra respecto de los partidos políticos izquierdis-

³² José Agustín Silva Michelena, «El siglo XX, en **Ruedo Ibérico** no. 22-24, p. 99.

³³ «Estudios sobre la distribución del ingreso en América Latina: Anexo Venezuela», CEPAL E/CN/ 12/770, octubre de 1966.

³⁴ **Ibid.**

³⁵ David Blank, «Political Conflict and Industrial Planning in Venezuela» (trabajo mimeografiado presentado en John Hopkins Scrool of Advanced International Studies, noviembre de 1969), p. 16,

162 tas y de los grupos que procuran enunciar sus agravios. Ante la ausencia de la izquierda, el COPEI derechista y la derecha antiparlamentaria han capitalizado el descontento de las masas excluidas, especialmente en Caracas, desplazando la influencia adeca. La elección de Caldera a la presidencia y el resonante triunfo electoral de Pérez Jiménez en la elección senatorial caraqueña de 1969 constituyen indicios de que el populacho rechaza la integración adeca con los estratos medios burocráticos y propietarios.

El partido Acción Democrática ha seguido una estrategia de desarrollo socioeconómico orientada principalmente a la promoción de la clase media, dentro de los límites trazados por los intereses de los propietarios norteamericanos y venezolanos. En este dominio tuvo, en grado considerable, un éxito. No obstante, los capitalistas democráticos no han modificado la estructura económica semicolonial de Venezuela. El desarrollo económico del país permanece a merced de las decisiones de los intereses petroleros norteamericanos. Por añadidura, los nuevos capitalistas «nacionales» de Venezuela son sumamente dependientes de los intereses corporativos norteamericanos. A título de ejemplo, señala un escritor: «Muchos de los

fabricantes de repuestos, aparentemente independientes, de hecho son «cautivos» de una compañía automovilística de montaje, de propiedad extranjera, ya que la producción de aquéllos se vuelca casi exclusivamente en el montaje de ese automóvil en particular». ³⁶ El drenaje de capital venezolano por la remesa de beneficios de las empresas en manos de inversores norteamericanos, ha sido un factor importante del estancamiento económico general de Venezuela. Los beneficios e intereses anuales alcanzan promedialmente a 650 millones de dólares. ³⁷ Por cada nuevo dólar invertido, los inversores norteamericanos ganan tres. ³⁸

Las aspiraciones políticas y los apetitos socioeconómicos de los empresarios, burócratas y profesionales (especialmente abogados) de clase media, han alcanzado amplia satisfacción a través de la participación y actividad de sus representantes partidarios en el congreso y el ejecutivo. A los representantes políticos de esos mismos estratos medios les cabe ampliamente la responsabilidad de haber transformado el estado

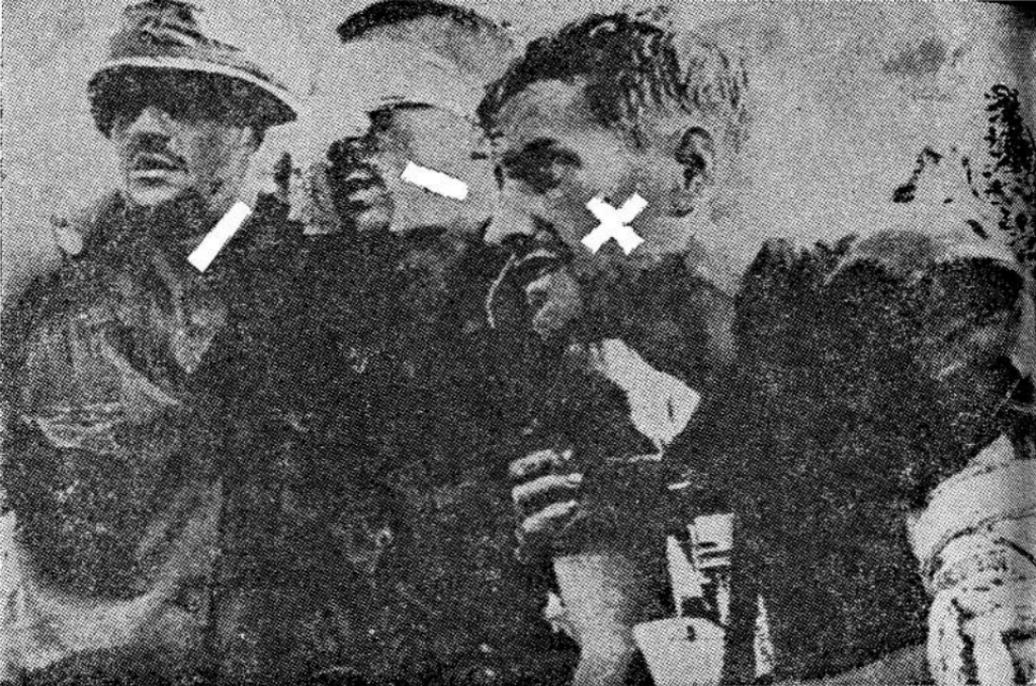
³⁶ *Ibid.*, p. 32.

³⁷ D. F. Marcos Zavala, «Problemas principales y situación actual», en *Ruedo Ibérico* no. 22-24, p. 58.

³⁸ Rodolfo Quintero, «Las tres conquistadas de América Latina», en *Ruedo Ibérico* no. 22-24, p. 44.

en un instrumento de desarrollo industrial capitalista, en la medida limitada en que éste se ha producido. Con vistas a lograr la estabilidad política necesaria para los objetivos económicos urbanos, los políticos de clase media organizaron un apoyo campesino y crearon una nueva clase agraria comercial. La «reforma agraria» venezolana empeoró; se ha visto limitada por el principio fundamental de AD: **una base política de apoyo para el desarrollo capitalista urbano y rural.** Una vez que se creó una base política firme entre los agricultores comerciales, AD viró de la reforma a la «modernización»; AD-COPEI sólo ha alcanzado un logro: el de iniciar el desarrollo

capitalista y, luego, el de representar los intereses de los exitosos estratos medios administrativos y propietarios. Al actuar así, AD se mostró dispuesta a sacrificar las necesidades socioeconómicas de la gran mayoría del pueblo venezolano; la independencia de la economía venezolana respecto a la dominación de Estados Unidos; las libertades (y vidas) de la joven generación de nacionalistas y revolucionarios venezolanos. Difícilmente el resultado del esfuerzo capitalista democrático de Venezuela resulte atractivo a las empobrecidas masas de América Latina, a los nuevos nacional-populistas en la iglesia y el ejército o a los estudiantes e intelectuales revolucionarios en las universidades.



AHORA un vendaje adhesivo
que no duele al quitarse



NO
ESTO!



SINO
ESTO!

La Exclusiva Compresa TELFA* se
halla sólo en los NUEVOS

CURITAS*

Los vendajes plásticos CURITAS con su nueva compresa TELFA no se adhieren a las heridas—no levantan la costra, ayudando así una cicatrización mejor y más rápida. Los vendajes plásticos CURITAS permanecen nítidos y limpios, son impermeables y pueden lavarse.

Asegúrese de obtener *genuinos*
CURITAS, elaborados sólo por

Bauer & Black

División de The Kendall Company
Chicago, E. U. A.

*Marca Registrada

Volvimos a las montañas

Nuestra lucha contra el imperialismo yanqui es a muerte.

La gesta iniciada por el Che y un puñado de valientes hizo posible la creación del instrumento revolucionario que permitirá, al fin, la toma del poder para el pueblo a través de la lucha armada, única vía posible para la revolución socialista. Ese instrumento es el EJERCITO DE LIBERACION NACIONAL.

Es indudable que la revolución socialista exige la expulsión del imperialismo yanqui sin contrapartidas, ni claudicaciones por el camino honroso de la guerra revolucionaria y liberadora.

El carácter de nuestra lucha es esencialmente antimperialista. Al imperialismo se lo vence NO con la «guerra» de comunicados o declaraciones, NO con la «conciencización proselitista» a que nos tienen acostumbrados los partidos tradicionales de diestra y siniestra, NO con el maniobrerismo de izquierdistas independientes cuya capacidad, por grande que fuese, jamás podrá compararse ni con la más ridícula caricatura del poder y capacidad de maniobra del imperialismo. Estos métodos se vienen ensayando durante décadas con resultados ya conocidos.

Al imperialismo hay que vencerlo en un enfrentamiento abierto que inicie una guerra incontenible. Sólo entonces los comunicados, la conciencización, la maniobra, tendrán el aval de los hechos y no de las palabras. Sólo entonces las derrotas se trocarán en victorias y los errores en aciertos. Es el camino que nos enseña el glorioso pueblo vietnamita.

El armamentismo y militarismo como sistema imperialistas llegan ya a su clímax y constituyen el sostén más poderoso del capital fi-

166 financiero. El imperialismo ya no se define con su ideología, esa batalla la tiene perdida hace mucho tiempo, defiende sus intereses a sangre y fuego y ese es el lenguaje con el que hay que hablarle, esa es la batalla que debemos librar. La ideología del proletariado hace mucho que se ha impuesto, pero el proletariado sigue oprimido. Entendamos de una vez: el imperialismo yanqui es y será cruel e implacable en función de sus prerrogativas, mantenidas por las armas que posee.

Estamos concientes de su poderío militar, que no podemos menospreciar; de las dificultades con que nos encontramos al enfrentar ese poderío; aunque sabemos también que ese poderío se exagera con la intención de amedrentar al pueblo; y sabemos que, con todo y pese a todo, podremos enfrentar y derrotar ese poderío, porque es el lado más vulnerable, el «talón de Aquiles» del imperialismo, como se está demostrando en Viet Nam. Y eso lo saben ellos, los imperialistas. Por eso se ensañarán contra nosotros.

Aquí en Bolivia tienen intereses económico-políticos que defender. Enumeramos sólo las principales empresas imperialistas que operan en nuestro país, sin tomar en cuenta las mixtas o «sociedades anónimas» con capitales norteamericanos: International Mining Processing Co., Phillips Brothers (subsidiaria de la U.S. Steel), South American Placers, Bolivian Tin Corporation, Fabulosa Mines, Grace, Cerro Grande (Chase Manhattan Bank), Cobona, William Brothers Sudamericana Ltda., Coper, Oil Industry Supply and Services Co., Bolivian Power, Oriental Eximport Ltda., Telcom Incorporated, Dubber Reserve, International Standard Electric of New York Ltda. (ITT), All American Cables, Cable West Coast, American Distillers, Bolivian American Tabacco Co. (subsidiaria de Phillips Morris Inc.), Urdini Motors, Exprinter, Jones Ass. Bank of America, First National Bank, etc., etc., y el control superestatal de USAID y BID.

Damos esta lista parcial no con la intención de empezar un trabajo económico de investigación que corresponde a especialistas o a algunos periodistas que pueden ya cambiar sus «guiones sensacionales» de escándalos oficialistas por la información veraz sobre la penetración yanqui en lo económico, político, cultural, etc. (que el pueblo no siempre capta con facilidad y si capta es sólo después de amargas y costosas experiencias).

La minería, el transporte, las comunicaciones, el petróleo y el gas (aún actualmente, después de la nacionalización de Gulf), la explo-

tación del caucho, fabricación de licores y tabacos, importación de maquinarias, operaciones bancarias, etc.; son los dientes que el «tiburón» usa para devorar sin obstáculos a la patria.

Pero esto no es todo. Bolivia, por su posición geográfica, su situación económica y contexto político, donde se conjugan todos los factores que hacen de la miseria, del hambre y la explotación una **crisis** insoluble y mayor a la de otros países latinoamericanos es, pues, el **«eslabón» más débil** del imperialismo en esta etapa del hemisferio. Por eso Bolivia será el escenario de una lucha escarnizada contra el imperialismo yanqui, pero también será el Ayacucho de la definitiva independencia latinoamericana: ¡nuestro deber es estar en capacidad combativa y nada más justo y racional que el camino que hemos elegido! ¡Es hora de cobrarnos la deuda que el imperio del dólar tiene con nosotros, y a quien le debemos nuestros estómagos vacíos, nuestra encorvada espalda, nuestra ignorancia y miseria! ¡Opongamos la fuerza de las armas a los nuevos conquistadores!

II

Esta guerra contra el imperialismo yanqui es una guerra contra un sistema y por lo mismo involucra a los agentes internos, a las instituciones que están al servicio y forman parte del sistema capitalista.

Los «restauradores» no se han extinguido, al contrario, cobran fuerza y control. La ultrarreacción se organiza con insolencia ante la mirada tranquila del llamado «nacionalismo revolucionario». Son primos hermanos, aunque unos sean más hermanos que primos. La diferencia está en la forma, en el cómo servir mejor a los intereses imperialistas y a qué monopolios específicamente. El desplazamiento de **castas** en las alturas, lo único que pudo provocar fue el «sorojchi» de unos cuantos, pero nunca una revolución. Cuando más, la renovación de un sector de la burguesía que cambió la frágil mamadera de vidrio por una más moderna de plástico, pero no por eso irrompible. El golpe militar de Ovando no es pues un cambio estructural, menos aún una revolución nacionalista, si entendemos correctamente lo que es nacionalismo. El golpe militar de Ovando introduce ligeros cambios en el andamiaje político. Resucita partidos políticos, dando vigencia a viejos y corrompidos dirigentes para así contar con una «oposición» inofensiva y domesticada. Creó y financia una incipiente corriente nueva olera de «apoyo crítico», que es más apoyo que

crítica, compuesta por oportunistas de todos los sectores (movimientistas, prinistas, pekineses, moscovitas, e incluso algunos desertores del ELN) que tratan de refugiar su cobardía en esa actitud servil. Y esto no nos extraña, pues lo hicieron otros gobiernos y en circunstancias menos favorables para ellos. Aquellos que ayer se golpeaban el pecho por lo que fueron incapaces de hacer, hoy dan su apoyo a quienes ostentan sus manos manchadas con la sangre del CHE, de INTI, de DARIO, de los mineros de la noche de San Juan, a quienes protegen y dan cargos diplomáticos a los esbirros y torturadores. El golpe militar del 26 de septiembre logró, en un primer momento, neutralizar o desorientar a algunos sectores. Sobre todo después de la nacionalización de la Gulf, una medida significativa en lo económico, que sirvió de aval para otras medidas intrascendentes de **supraestructura**. Pero estas medidas no se enmarcan en un proceso revolucionario ni mucho menos. Estos cambios y aparentes concesiones del imperialismo norteamericano obedecen a una **política hábil de CONTRAINSURGENCIA** que es el verdadero fondo del «nuevo carácter nacionalista de las FF.AA.»

Reconocer un viraje de las FF.AA. hacia la izquierda es aceptar a la vez que el imperialismo se ha humanizado y se ha despojado de su carácter espoliador. Es muy elocuente el paralelismo en las declaraciones públicas de los más altos representantes de las FF.AA. y Mr. Siracusa. Los primeros dicen más o menos: «... Hemos nacionalizado la Gulf por mandato de las FF.AA., somos revolucionarios.» Mr. Siracusa declara: «... Reconocemos el derecho de los países a nacionalizar cualquier empresa norteamericana, siempre que se pague una justa indemnización.»

Es decir, el «nacionalismo revolucionario» está permitido por el Pentágono, y es lógico que el instrumento elegido para tal política sean los ejércitos títeres, en un período en que el **civilismo** se ha desgastado y debilitado. El ejército, con todo su desprestigio y antipopularidad, es la única institución cohesionada política y disciplinariamente con el poder, tanto para jugar un papel reaccionario sin esfuerzos, como para ponerse la careta revolucionaria de acuerdo a sus necesidades internas y circunstancias externas. Así, no será raro que del próximo golpe de estado surja un gobierno militar «más revolucionario» que el actual que llame a elecciones o tome medidas también de carácter populista.

A tal fin el militarismo necesita fabricarse una cobertura en el pueblo y nada mejor que presentarse como el «campeón de la revo-

lución». Algunos civiles y partidos políticos facilitan esta tarea del ejército cuando se prestan al juego o compiten en la carrera «revolucionaria» como aceptando la posibilidad de un cambio real a través de las FF.AA., posibilidad que no existe, y que es sólo una concesión oportunista por parte de quienes la aceptan.

Es cierto que en el ejército boliviano, y en todos los ejércitos títeres, existen contradicciones, pero éstas son superables. Es cierto que se encuentran casos excepcionales de oficiales revolucionarios, o por lo menos progresistas, que incluso se incorporan y hasta dirigen el proceso de liberación, pero esto no es lo frecuente. Es cierto que en el ejército se aglutinan grupos más o menos adversos, en torno a caudillos, pero en definitiva prima, por sobre todo, el espíritu de cuerpo militar, el espíritu de casta. Han sido numerosas las demostraciones en este sentido y con seguridad que en el futuro se repetirán. Ovando ha denunciado, reiteradamente, el golpe de estado reaccionario sin atreverse a descubrir su origen ante el pueblo. Es probable que después del golpe tan anunciado Lechín Suárez retorne al país y Ovando vaya a ocupar un cargo diplomático en Inglaterra, Alemania o cualquier otro país. Pero de lo que hay que estar seguros es de que el general no ocupará ningún puesto en «Siberia», «Pekín» o en la Plaza San Pedro. Estos lugares están reservados para los revolucionarios.

El pueblo sí sabe que el próximo gobierno militar es de corte fascista y tomará el poder independientemente de nuestro alzamiento. Nosotros no esperaremos este cuartelazo para volver a las montañas porque esperararlo es dar tiempo al enemigo a que nos golpee. La iniciativa ahora es nuestra, de los revolucionarios.

III

El ejército es el sostén armado del sistema que mantiene el poder real en razón de las armas que posee. Ese poder no es total si no se complementa con el poder económico, por lo menos parcialmente. Actualmente es palpable la hegemonía militar en las grandes decisiones económicas. Los organismos estatales claves de la economía nacional están controlados por los coroneles y generales.

El ejército, o más correctamente, la alta oficialidad, se ha capitalizado, se ha convertido en una casta empresarial, adinerada y mediaticada por el capital yanqui, en el mejor caldo de cultivo para el

170 «desarrollismo económico» que no es más que otra faceta del neocolonialismo. Ese neocolonialismo es una disfrazada agresión económico-política del imperialismo yanqui con el más apátrida de los sectores de la burguesía. Allí donde tal sector es débil se lo incuba, donde no existe, se lo forma. En Bolivia eso es lo que hizo el imperialismo, formó y financió la burguesía parásita y burocrática que vive de sus migajas y es el mejor instrumento del neocolonialismo. Las inversiones norteamericanas en la «minería mediana» se escudan en exasesores, exabogados y exempleados (actualmente «nacionalistas revolucionarios») de la exgran minería. Muchos militares, otrora desplazados, entran en esta combinación.

Esa «minería mediana» con capitales fundamentalmente yanquis, actualmente está casi en el mismo nivel de poder del que fuera tristemente célebre «superestado minero». Un sector de la burguesía parásita depende directamente de la actual «minería mediana». El resto es parte de ella.

En el campo esta burguesía parásita y burocrática ha penetrado a fuerza de bayonetas para sostener a caciques desclasados, tan despotas como los antiguos patrones, que nada tienen que ver con las verdaderas aspiraciones de los campesinos momentáneamente mediatizados por la ignorancia y el analfabetismo. Es otra forma más de la violencia institucionalizada que hay que combatir con la guerra de guerrillas.

El desarrollismo no es más que el desarrollo al estilo yanqui, mejor dicho es el «desarrollo» asesorado por los yanquis a semejanza y caprichos propios.

En Bolivia existen unos cuantos capitalistas nacionales débiles y solitarios que no conforman una clase, ni mucho menos, y que en última instancia siempre estarán a expensas de la burguesía parásita y burocrática en pos de legalizar una concesión o decreto que los favorezca. Eso es lo que algunos «teóricos» llaman burguesía nacional, insinuando cierto carácter nacionalista de ese sector en el que el imperialismo encontraría oposición.

Dejemos las clasificaciones librescas a «varias burguesías» (que no se adaptan a nuestro medio). Abandonemos el empeño de encontrar en la burguesía un aliado para el pueblo, aunque sólo fuera circunstancial. Dejemos de tocar las puertas de esa «burguesía nacional» que no existe más que en la mente de los pedantes y exquisitos ideólogos de la izquierda tradicional.

En el proceso de la guerra prolongada, cuando la revolución sea una fuerza realmente poderosa, la burguesía nacional (si para entonces existe) vendrá a tocar nuestras puertas y tal vez sí será un **aliado circunstancial** para conveniencia del pueblo. Ahora, en este momento, ella, la burguesía, por su poder y medios se serviría de nosotros. Halagarla o tratar de catequizarla es un juego absurdo y demagógico, que ha costado muchas derrotas al pueblo.

La política de «frentes», o el coqueteo con sectores de la burguesía grande o pequeña, o con burócratas sindicales corrompidos, que son la expresión de la ideología burguesa dentro del proletariado, es una política de conciliación, y a estas alturas del movimiento revolucionario en Bolivia es simplemente una traición al pueblo.

Lo que hoy corresponde es unir a la vanguardia, a los que quieren **ya** empuñar las armas por el socialismo. Lo que hoy corresponde es el FRENTE en las montañas en la guerra antimperialista y no los «frentes únicos» del economismo estrecho y desviacionista.

IV

Algunos temen esta guerra frontal contra el imperialismo y sus agentes nativos y buscan argumentos para sus posiciones. Unos porque las justificaciones ocultan su cobardía y abyección. Otros porque sencillamente no las comprenden. Y no faltan quienes, comprendiendo la necesidad de un cambio, someten los problemas de la revolución a la concepción pacifista, como si tal concepción fuera un fin. El pacifismo no es un objeto como tampoco lo es la violencia. Pero cuando la violencia cotidiana se la ejerce en todos los niveles para abrir paso a la penetración y dominación imperialista, el pacifismo deja de ser un método para convertirse en un obstáculo y sólo queda el camino de la violencia revolucionaria. La violencia imperialista es la muerte de miles de niños y adultos víctimas del hambre y la miseria, es el analfabetismo, son las masacres de mineros y fabriles, es la represión contrarrevolucionaria, es la muerte del CHE, de INTI, de MAYA, de DARIO, de IVAR TEJADA PEREDO, de los compañeros RICARDO y VICTORIA.

La violencia revolucionaria es el derecho del pueblo a empuñar las armas contra la causa de todos estos males: el imperialismo yanqui. La violencia revolucionaria es ahorrar vidas y sacrificios al pueblo. El pacifismo rechaza toda violencia sin diferenciar el carácter de

172 clase que en un caso u otro tiene la violencia. La violencia es usada por el imperialismo, y contra él debemos usarla los revolucionarios, pero una violencia y otra son diferentes.

Veamos algunos argumentos en contra de nuestra lucha: la guerra de guerrillas ha perdido su vigencia porque ha tenido muchos fracasos en Latinoamérica y en Bolivia su máximo exponente fracasó (entendiendo por fracaso la muerte física del CHE). La guerra de guerrillas es una lucha de élite y por lo tanto está desligada de las masas. La guerra de guerrillas desencadena la represión del movimiento obrero y perjudica el trabajo legal de los partidos de izquierda y al mismo tiempo favorece a la derecha en sus intentos golpistas. Y otro argumento: la revolución no se exporta (insinuando con esta afirmación que la guerra de guerrillas es un producto de la exportación cubana).

Nosotros respondemos: la lucha armada, fundamentalmente la guerra de guerrillas, se ha impuesto como el método más efectivo en Latinoamérica y en el mundo para ir derrotando al imperialismo por partes. Es una guerra de desgaste para el enemigo y de fortalecimiento para el campo revolucionario. Es cierto que se han registrado muchas derrotas para la guerra de guerrillas, particularmente en Latinoamérica, y que la única victoria de significación es la gloriosa Isla de la Libertad. Pero es más cierto que la lucha recién empieza y que no todos los comienzos son exitosos. Si hasta hace 15 años atrás los partidos comunistas apenas eran una preocupación para el imperialismo yanqui, hoy no lo deja dormir la pesadilla guerrillera. Se siente inseguro en todas partes y trata de contrarrestar la acción revolucionaria de los pueblos. Ahí están sus escuelas antisubversivas **en Panamá, sus manuales antiguerrilleros, sus asesores militares, sus donaciones de armas e implementos bélicos, sus agencias de la CIA.** Ahí está su ministerio de colonias, la OEA, vomitando resoluciones condenatorias al terrorismo y la guerrilla.

Aun con derrotas y falta de cohesión los movimientos de liberación acrecientan su influencia y, particularmente en Bolivia, con sólo su anuncio produce sus efectos polarizantes.

Sin embargo no todas son derrotas: Guatemala lucha victoriosamente por su liberación en una guerra popular que los imperialistas yanquis han sentido ya en carne propia.

En Brasil la guerra de guerrillas contó y cuenta con la aprobación del pueblo que día a día se incorpora a la guerra revolucionaria. Esta guerra se desarrolla ya impetuosa en las montañas.

El ejemplo glorioso de los Tupamaros en Uruguay ha calado profundamente no sólo en el pueblo uruguayo, sino en el de toda Latinoamérica.

Y es en Bolivia donde el CHE con su «muerte» dejó selladas definitivamente la efectividad de un método: LA GUERRA DE GUERRILLAS, y la vigencia de una teoría: EL FOCO GUERRILLERO. Parece ironía, pero aquí estamos nosotros para demostrarlo.

Estos son ejemplos de la efectividad de la guerra de guerrillas que marca una nueva etapa de la lucha revolucionaria.

La guerra de guerrillas es una **lucha de vanguardia**, no de élite, y su ligazón con el pueblo está en ligazón directa con los intereses que defiende y la ideología que sustenta consecuentemente con sus actos. ¿Cuánto han hecho los partidos en su «lucha política» por el pueblo en décadas de gobierno o de oposición pero siempre en «ligazón» con las masas? Los resultados son elocuentes y no necesitamos forzar demostraciones.

El **ELN** en toda la etapa de su reorganización desde el asesinato del CHE ha hecho la mejor labor política que jamás ninguna organización ha podido hacer en décadas de proselitismo y «conciencización». Lo mejor y lo más honesto de la juventud encuentra en el **ELN** el eficaz instrumento de liberación. La prueba está en que los firmantes de este documento han militado en diferentes tiendas políticas: la Democracia Cristiana, el PC «moscovita» y «pekinés», católicos independientes, etc., que han experimentado la inercia de esas formas partidistas inadecuadas para las necesidades de la revolución. Este trabajo político es el mejor «tapaboca» para quienes nos acusan de anteponer la cuestión militar a la política.

No se trata de rechazar al partido como forma organizativa del proletariado. En una etapa posterior aspiramos a la formación de un partido que será el conductor de la revolución socialista. Pero las actuales necesidades prescinden de los métodos y formas de los partidos tradicionales y exigen la de una organización política con estructura fundamentalmente militar. El **ELN** cumple esa función transitoria e irá adoptando nuevas formas organizativas de acuerdo a los niveles y etapas de la guerra de liberación.

174 El descabezamiento y la represión del movimiento obrero son métodos usuales que viene utilizando el ejército desde hace mucho tiempo atrás. Sólo la imbecilidad o la inmoralidad de miserables politiqueros es el punto de partida para culpar a las guerrillas de la actitud de la reacción. Y es que la izquierda mediatizada actúa siempre en función de la reacción y no del pueblo. Mira lo que pueda gustar o disgustar a la derecha, para poder actuar más o menos «legalmente», en la institucionalidad hegemónizada por la reacción.

El enemigo jamás necesitará del pretexto guerrillero para masacrar al pueblo. En todo caso la guerrilla es el efecto (respuesta) y no la causa de las masacres masivas que practica el ejército con su habitual prepotencia.

Por último no faltan los agentes solapados del imperialismo, que «reconociendo» y maniobrando con lo que ellos entienden por internacionalismo proletario, hablan de las especificidades sociopolíticas en que el foco guerrillero de Cuba resultó victorioso. Esta es la tesis del «excepcionalismo» que pretende reducir la teoría del foco a situaciones muy especiales. Falsifican una teoría, un pensamiento, para hacerlo trizas cómodamente. Lo falsifican porque es un pensamiento que emplaza a la acción y estos deformadores ven amenazado su status. Es el papel de los eunucos izquierdistas, de los que temen un rompimiento total con el sistema porque han vivido de él toda la vida. De los que ven en la guerra de guerrillas un método suicida porque tiemblan ante los tanques y los aviones del enemigo, y porque se sienten vencidos antes de empezar la lucha. Les es menos riesgoso seguir manipulando las esperanzas del pueblo.

Nosotros sabemos que no se repetirán las mismas condiciones o situaciones que permitieron, en parte, el triunfo de la revolución cubana, que el imperialismo está sobre aviso y no se dejará sorprender y se apresta para impedir el mínimo asomo de revolución socialista. Por eso la lucha será más dura y cruel. Pelearemos con un enemigo que sabe qué es lo que combate y combatirá con furia. Hemos elegido el camino que nos enseña el Che porque es la única posibilidad de triunfo. Los «excepcionalistas», «exitistas» y otras especies seudorrevolucionarias pueden seguir indefinidamente «creando condiciones», «madurando» sus organizaciones hasta que se pudran, y hablando de la revolución en abstracto. Son teorizantes que desconocen una de las más evidentes verdades del marxismo-leninismo: «LA PRAC-

Los votos y los comunicados de partidos políticos en apoyo de las guerrillas comandadas por nuestro comandante Che, hoy deben convertirse en actitudes militantes. No basta compartir las consignas. Hay que tomar partido en la lucha armada, que es lo que ahora define a un revolucionario. No necesitamos que nos aplaudan, esto no es una competencia, sino una guerra. Tampoco necesitamos consejeros sino compañeros que luchen a nuestro lado y compartan riesgos y victorias.

V

Preparar las condiciones técnicas militares mínimas para el inicio de una guerra no es tarea fácil, más aún cuando se trabaja en terreno de un enemigo que sabe de tales aprestos.

Creemos un deber transmitir algunas de nuestras experiencias que pueden ser de utilidad para organizaciones que estén decididas a emprender la guerra liberadora como la única posibilidad de victoria para el pueblo.

Son pocas las organizaciones que en tan escaso tiempo hayan sufrido los más duros reveses. Después de la muerte del Che, Inti se dedicó a la reorganización del **ELN** para volver a las montañas.

Cuando nos encontrábamos en vísperas del ingreso al monte, los sucesos de Cochabamba que precedieron a los de La Paz, dieron por resultado el **desmantelamiento de los aparatos urbanos con la muerte de Maya y la captura de Víctor**, ambos compañeros de gran responsabilidad por su capacidad de trabajo. A esto se sumó el agravante de las delaciones del traidor Silvetti y otras delaciones que están en proceso de investigación, que permitieron la caída de armas y equipos en manos de los aparatos represivos. Luego la caída de nuestro jefe en una «acción» combinada del ejército, de la DIC y de la policía, nos privó de una dirección capaz y experimentada.

La ausencia de un líder visible y reconocido por el pueblo pesaba y preocupaba inmensamente al grupo de revolucionarios que, no obstante los golpes, decidió continuar la lucha pese a todas las dificultades orgánicas y políticas, internas y externas. Se imponía la presencia de un líder, pues la organización político-militar como la nues-

176 tra, requiere de un **mando único** con funciones político-militares para garantizar la ejecutividad y agilidad en el pensamiento y la acción revolucionarios. Así, atravesamos una nueva experiencia cuyos resultados no podíamos prever. Pero esta experiencia para ser tal debía corroborarse por las acciones. Y entramos en el terreno de las acciones en un momento en que la «apertura democrática» se inició y dio fin con su punto culminante, nacionalizando la Gulf, hecho éste que nos aislaba políticamente de los sectores que creyeron en el carácter revolucionario de tales medidas.

Para muchos, actuar en esas condiciones era simplemente un suicidio político. No faltaron los que insinuaron nuestra disolución. Para los que decidimos actuar significaba el inicio de otra etapa, dentro y fuera de la organización. En lo político emplazamos, con acciones, al gobierno en una definición (la respuesta no se hizo esperar mucho). En lo interno reforzábamos los cuadros político-militares. El tiempo se ha encargado de darnos la razón: el **ELN** se ha fortalecido política, orgánica e ideológicamente, ha crecido y desarrollado en todos los niveles, se ha saneado de la infiltración y traición con medidas radicales que limitan en el futuro tales posibilidades. La inmoralidad, corrupción, que éste y los anteriores regímenes han institucionalizado a través de la extorsión y aprovechándose del hambre y la miseria del pueblo, en nuestra organización encontraron su definitiva sepultura. Este repunte del **ELN** costó, sin embargo, muchos esfuerzos y, lo que es más, costó la sangre de valiosos compañeros que lo dieron todo por la causa del pueblo. El total desprendimiento de estos compañeros es la más viva muestra de lo que empezaba a ser ya el **hombre del siglo XXI**, el **hombre nuevo** que el Che estaba formando con su ejemplo cotidiano, el hombre que se forma en el espíritu «heleno», en el ejército del Che, del hombre que no sólo fue un precursor sino que sigue siendo un forjador. Inti, Darío, Maya, Ivar Tejada Peredo, y los compañeros Ricardo y Victoria escribieron las más gloriosas páginas en esta etapa del **ELN**, hicieron posible la reorganización y estructuración de nuestro ejército. En fin, el esfuerzo y energía que ellos volcaron en esto tiene el infinito y bello valor de lo que significa VOLVER A LAS MONTAÑAS.

Ahora podemos sacar conclusiones de las experiencias anteriores. Y la primera es una reiteración de lo que hace más de medio siglo, en situaciones diferentes en el espacio y el tiempo, escribía Lenin: «... Qué milagros puede hacer en el trabajo revolucionario no sólo la energía de un círculo, sino incluso la energía de un sólo indivi-

duo...» y nosotros añadimos: el proceso revolucionario jamás se detendrá mientras quede un solo individuo que se plantee la revolución en forma intransigente y aún **obsesiva**.

La segunda conclusión de nuestras experiencias se resume así: la labor revolucionaria de una organización para ser exitosa, no siempre necesita de un líder reconocido. Cuando ese líder no existe, la decisión de lucha y agresividad política son mínimos suficientes para iniciar o continuar un proceso revolucionario. Los jefes surgen en los combates con el reconocimiento popular, y no en elecciones congresales.

Cuando existe un pueblo dispuesto a combatir, todo es posible, incluso milagros.

VI

Mientras toda la izquierda perfumada se hallaba en el «apoyo crítico» se nos acusó de ser poco políticos por no tener una posición similar. Para nosotros ser político no es entrar en el juego de la politiquería criolla, sino apartarnos concientemente de ella con el fin de realizar la tarea fundamental que como revolucionarios nos compete: lograr una progresiva concientización de las masas mediante el ejemplo y las demostraciones concretas. Sólo así se las puede formar políticamente y transformarlas en únicas protagonistas de la revolución.

El **ELN** se ha ido forjando en el fragor de los combates en las montañas y las ciudades, y en ese proceso ha ganado la confianza y la simpatía del pueblo. Sabemos que esto no es suficiente. Pasará algún tiempo y tendremos muchos combates más, hasta que esa simpatía y confianza se transformen en actitud militante.

Nuestro ejército está presto a librar estos combates en la seguridad de triunfar finalmente, porque esta es la guerra justa de un pueblo contra la guerra injusta del imperialismo yanqui, la guerra que se inició hace más de un siglo y medio, la guerra que inició el gran americano Simón Bolívar, la guerra de Sucre, San Martín, Manuel Rodríguez, Martí, Sandino, Murillo, los Padilla, del Che y de todos los patriotas que no se detuvieron ante las artificiales fronteras que nos impusieron los poderosos y que nosotros sabremos romper, sin reticencias chauvinistas. Porque para nosotros, como lo fue para Bolívar y el Che, LA PATRIA ES AMERICA, la patria no sólo es donde se

178 nace, sino donde se está dispuesto a morir o vencer en la lucha contra el enemigo de los pueblos.

El concepto de extranjería es un producto de la colonización y sólo puede cuajar en el espíritu colonizado de los patrioteros, mas nunca en el de los verdaderos patriotas. Sólo los alineados y seudorrevolucionarios cuestionan la nacionalidad del Che, porque no fueron ni serán capaces ya no de imitarlo (sería mucho pedirles), sino de llegar al planteamiento serio de la liberación nacional. Por eso seguirán con sus argumentos soeces sobre la participación de revolucionarios latinoamericanos en nuestro movimiento. Estos argumentos pueriles nunca encontrarán eco en el pueblo. Extranjero es el explotador, el opresor de la patria, el masacrador, el esbirro y el soplón, los enemigos del pueblo.

Extranjeros son los agentes de la **CIA** y sus colaboradores en nuestro país. Un revolucionario no es extranjero en ninguna parte y es un patriota en todas partes. Esta lucha que iniciamos en Bolivia es la lucha de todos los pueblos americanos y en ella están combatiendo revolucionarios de todo el continente.

Una victoria nuestra es una victoria de todos los oprimidos por el imperialismo. Una derrota nuestra es un revés para todos los revolucionarios del continente.

VII

Esta guerra es parte de la contienda entre dos sistemas: el socialismo y el capitalismo. Es una lucha por destruir un sistema opresor, explotador y colonizante. Y esta lucha debe ser obra del hombre nuevo, decidido a la violencia, porque la sustitución del capitalismo por el socialismo es un fenómeno violento, prolongado y desgarrador. Debemos destruir no sólo un sistema político-económico, sino la mentalidad inhibida y sumisa, de respeto al orden establecido por los explotadores, con lo que nos ha dotado el imperialismo para facilitar su dominación.

Esta lucha es obra de hombres nuevos que estén dispuestos a rechazar toda la institucionalidad corrupta, a no ser partícipes y por lo tanto cómplices del orden establecido por nuestros opresores.

Por eso esta lucha no es sólo una rebelión contra los gobernantes. Es además la formación paulatina del hombre nuevo que empezó a

forjar el Che en la gran escuela del combate. Y por eso esta lucha, por lo que ella entraña, tendrá nuevas características.

La primera guerra de independencia, no obstante los esfuerzos e intenciones de los libertadores, sólo traspasó el poder español al de los terratenientes criollos. Nos dejó sin embargo una invaluable enseñanza: LA LUCHA ES ARMADA Y CONTINENTAL. Esta nueva guerra deberá transitar por la misma estrategia, pero planteada en la nueva realidad latinoamericana.

Debemos dar batalla en condiciones que nos favorezcan. Esto presume la concentración de fuerzas revolucionarias donde el enemigo es más vulnerable: aquí en Bolivia. Simultáneamente esa concentración será el factor más importante de la irradiación de la guerra continental, que, sabemos, no se producirá en todas partes ni al mismo tiempo, pero cada vez irá tomando más volumen. Y así como es factor de irradiación revolucionaria, es también factor de concentración contrarrevolucionaria. Es decir, los ejércitos títeres vecinos acudirán a este encuentro en Bolivia al sentir temblar el suelo que pisan por la acción irradiante del FOCO GUERRILLERO. Vendrán, como lo hicieron en 1967, a combatirnos físicamente y cuando esto no sea suficiente, intervendrán en nuestra patria el imperialismo yanqui con su ejército, como hoy lo hace en Viet Nam, Laos, Camboya, como lo hizo en Santo Domingo. Entonces Bolivia y parte de Sudamérica se convertirá en otro Viet Nam, es decir, en otra derrota del imperialismo, en otra victoria revolucionaria.

Entonces la línea divisoria entre el campo revolucionario y contrarrevolucionario será más definida, y todos tendrán que tomar partido en la guerra.

Entonces el FOCO GUERRILLERO ya no será un foco, sino un amplio y vasto campo de acción donde el frente de batalla estará en todas partes y en ninguna, y el enemigo sentirá insegura su retaguardia. Es la etapa decisiva de la liberación nacional.

El pueblo armado sabe que sólo así aplastará al ejército títere. Los gorilas y el imperialismo ahora sabrán que este pueblo no sabe de rendirse, que este pueblo cantará con «TABLETEOS DE AMETRALLADORAS» los vibrantes versos de MORIR ANTES QUE ESCLAVOS VIVIR.

Venceremos, porque la causa del pueblo siempre vence.

Venceremos, porque estamos con el curso de la historia.

180 Venceremos, aunque muchos queden en el camino, aunque muchos no llegemos al triunfo.

La victoria será nuestra, de los que supervivan la guerra, y de los mártires, de todos.

Esta guerra no es sacrificio para los revolucionarios, sino una satisfacción y un privilegio que nos ha deparado la historia.

¡VICTORIA O MUERTE EN LAS MONTAÑAS!

INTI, Ricardo, Darío, Maya, Frank (Reinaldo Barrientos Mamani), Ivar Tejada Peredo «Choclo», Victoria (Jenny Koeller) son los primeros firmantes porque fueron los forjadores del espíritu y contenido de este Manifiesto y porque así lo hubieran hecho de haber estado entre nosotros.

CHATO PEREDO. ALEJANDRO (Tani Villca). OMAR (Jorge Ruiz Paz). FELIPE MARTIN (Luis Barriga).

Tomado de **Punto Final**.



¡Diviértase usted también!

Cuando se tiene indigestión ácida, ¡no hay ánimos para divertirse! Entonces, una o dos tabletas de Alka-Seltzer disueltas en un vaso de agua, producen una agradable solución antiácida efervescente que el organismo utiliza de modo natural para proporcionar alivio a la indigestión y las molestias que la acompañan. Cuando la indigestión ácida no le deja divertirse . . . ¡alíviese prontito con Alka-Seltzer!



Alka-Seltzer

*Marca Registrada



DISUELTO COMPLETAMENTE . . . ALIVIA RAPIDAMENTE

A los pueblos latinoamericanos

Bolivia, julio 1970

Esta carta abierta tiene por objeto explicar las causas más fundamentales que motivan a un grupo de latinoamericanos a combatir en el ejército del Che, el ELN de Bolivia, junto al pueblo boliviano en este pedazo del continente.

Estamos plenamente convencidos de la necesidad de hacer la revolución; sobran las explicaciones de esa necesidad, se trata de cómo llevarla adelante.

La única manera de enfrentar la liberación de nuestro continente consiste en oponer a la explotación y represión organizada del imperialismo una respuesta armada, también continental y coordinada. Esta estrategia debe terminar con la fatal fragmentación de nuestros pueblos, fomentada y mantenida por el imperialismo. Sólo a través de la lucha unificada será posible la destrucción progresiva de los aparatos de sustentación de los Estados Unidos desde sus primeros peldaños, sean éstos monigotes criollos con sus ejércitos mercenarios, sean los propios yanquis con sus fuerzas especiales, cuando ya los primeros sean ineficaces de sostener su sistema.

Esta lucha unificada tuvo su primera e histórica expresión en Nancahuazú con el comandante Guevara, en su esfuerzo sobrehumano por recuperar definitivamente la dignidad y la independencia del pueblo latinoamericano. Para el Che, Bolivia es el territorio clave para la iniciación de la gran guerra liberadora. Aquí se presentan las condiciones básicas socio-políticas y geográficas que la convierte en el eslabón más débil de la cadena de explotación imperial.

Aquí se gestará parte importante de ese ejército continental que liberará nuestros pueblos. De ahí la necesidad de concentrar en este frente los mejores esfuerzos. Pero, entiéndase bien: este Viet Nam irradiante que pretendemos crear se complementa con la extensión de la guerra a todos los niveles y en todos los sentidos, es decir, a todos los rincones de nuestra tierra americana, donde esté presente la garra yanqui y oligárquica. Si nuestra tarea es concentrar en Bolivia los mejores esfuerzos, lo es también el no permitir concentrar aquí las fuerzas del enemigo.

No hacemos otra cosa que seguir el ejemplo de Bolívar, Sucre, San Martín, el Che, de tantos que figuran en la historia liberadora de nuestra patria americana, y que nunca se preguntaron dónde ni cuándo para emprender la tarea de liberar a nuestros pueblos del hambre y del vasallaje.

No es culpa nuestra haber nacido en distintos lugares de nuestra patria dividida. Por lo demás, para el pueblo boliviano sólo son extranjeros los que siempre han dividido América para devorársela mejor, nunca los que vienen aquí a ofrecer su vida por su liberación.

Es la hora de todos los patriotas latinoamericanos, de todos y en todas partes, pues es la hora de enterrar para siempre al imperialismo como sistema.

¡VICTORIA O MUERTE EN LAS MONTAÑAS!

Eugenio (Luis R. Pires Almeida), brasileño; **Manuel** (Julio E. Zambrano Acuña), chileno; **Pedro** (Hernán Ampuero), chileno; **Pablo** (Tirso Montiel Martínez), chileno, exoficial del Cuerpo de Carabineros de Chile; **Oswaldo**, argentino; **Chuma**, colombiano (Fabián Barba); **Sergio**, chileno; **Cristián**, chileno; **Rogelio**, chileno; **Alberto**, chileno; **Raúl**, peruano; y otros que por razones de seguridad no firman.

Tomado de Punto Final.

autores

John Saxe Fernández

argentino, del Departamento de Sociología de Hoftra University; el trabajo que publicamos es su ponencia al IX Congreso Latinoamericano de Sociología.

Pino Tagliazucchi

italiano; su artículo, aparecido originalmente en la revista **Problemi del Socialismo**, es un agudo y polémico análisis de la política de bloqueos y las alternativas que ésta presenta a las fuerzas de izquierda.

Wilfred Burchett

conocido periodista australiano; su colaboración es un fragmento del libro que recientemente terminó sobre la segunda guerra de Indochina.

Carlos Tablada

instructor del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana.

James Petras

profesor de la Universidad Estatal de Pensilvania; su artículo explora los mecanismos que han permitido a la burguesía venezolana mantenerse en el poder durante la última década.



Unidad Productora 04, "Urselia Díaz Báez", La Habana, Cuba.



